



EL
BAILE
DEL
AHORCADO

Solo porque ames una historia
no significa que debas morir por ella

ANNA DAY



Lectulandia

HAY HISTORIAS QUE MARCAN

¿Y si pudieras ser Katniss? ¿Y si pudieras ser Tris?

El sueño de Violet se convierte en realidad cuando ella y sus amigos son trasladados al universo de *El baile del ahorcado*, su saga distópica favorita.

Atrapada en una historia violenta y peligrosa cuyas reglas no conoce tan bien como creía, Violet deberá convertirse en la heroína que siempre quiso ser.

Aunque eso signifique bailar el baile del ahorcado.

Lectulandia

Anna Day

El baile del ahorcado

ePub r1.0

Titivillus 30.07.18

Título original: *The Fandom*

Anna Day, 2017

Traducción: Blanca Rodríguez Rodríguez & Ana Isabel Sánchez Díez

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

Dentro de una semana me ahorcarán.

Me ahorcarán por mis amigos, por mi familia y, por encima de todo, por amor. Un pensamiento que, curiosamente, no me reconforta demasiado cuando pienso en la soga que se cierra alrededor de mi cuello, o en mis pies, que buscan el apoyo del suelo, en mis piernas que se agitan, bailando en el aire.

Esta mañana no tenía ni idea. Esta mañana estaba en la Comic-Con, inhalando el olor a perritos calientes, a perfume y a sudor; me empapaba de los colores de los disfraces, de los flashes de las cámaras, de los tambores y los violines. Y ayer estaba en el insti, muy estresada por una exposición que tenía que hacer en clase de lengua y deseaba estar en otro mundo.

Cuidado con lo que deseas porque a veces la realidad da mucho asco.

CAPÍTULO 1

Al levantarme me doy cuenta de que la falda se me ha metido entre las piernas y despego la tela de mi piel con disimulo.
—¡Venga, que tú puedes! —susurra Katie.

No le contesto. ¿Por qué me habré presentado voluntaria para esta mierda de exposición? No es que hablar en público sea mi punto fuerte. La verdad, mi punto fuerte no tiene nada que ver con el público.

—Cuando quieras, Violet —dice la señorita Thompson.

Le doy un último tirón a la tela y me sitúo delante de toda la clase. De pronto me siento muy pequeña, como si mis compañeros tuvieran rayos reductores en los ojos. Violet la Menguante. Eso me hace reír y ahora, además de nerviosa, creo que estoy desquiciada.

La señorita Thompson me sonrío desde su mesa destartalada.

—Muy bien, Violet, háganos de tu novela favorita, que es...

—*El baile del ahorcado*, de Sally King —contesto.

Los chicos de la última fila lanzan un gruñido al unísono. Pero su decepción es un bulo: no hace ni un año que los vi a todos en el cine cuando se estrenó la película y recuerdo a la perfección que todos salieron con los ojos sospechosamente rojos.

Inspiro hondo y empiezo a hablar:

—Hubo un tiempo en que vivía una especie conocida como humanos.

»Los humanos eran inteligentes y con grandes aspiraciones, pero además eran codiciosos y su codicia abarcaba también una obsesión insaciable con la perfección: el cuerpo perfecto, la mente perfecta, la vida perfecta. Con la llegada del siglo XXII, esta obsesión hizo aparecer a la primera ola de humanos mejorados genéticamente.

Hago una larga pausa y recorro el aula con la mirada. Esperaba encontrármelos embelesados, con los ojos muy abiertos, pero están medio dormidos.

—Eran los gemas. Humanos mejorados genéticamente: altos, fuertes, guapos, con cocientes intelectuales por encima de 130. Los gemas no tardaron mucho en irse a vivir a las mejores zonas de la campiña a las que llamaron Los Pastos, donde no había enfermedades ni delincuencia.

Cambio de postura, me aparto el pelo de la cara y alejo a un rincón oscuro de mi mente la idea de que estoy haciendo el ridículo.

—Pero ¿qué ocurrió con los humanos que no mejoraron genéticamente, la gente normal, como vosotros y como yo? Empezaron a llamarlos los imperfectos, los «impes». Quedaron confinados a las antiguas ciudades (Londres, Manchester, París,

Moscú), infestadas de enfermedades y delincuencia. Los encerraron tras murallas serpenteantes y los obligaron a aceptar la situación a fuerza de bombas. En Los Pastos solo se aceptaba a los impes más fuertes y capaces, para servir como esclavos de los gemas.

»La palabra “humano” dejó de pronunciarse, se prohibió.

»Ya solo había gemas e impes...

—O sea, que yo soy un impe —Ryan Bell me interrumpe desde la última fila—. ¿Estás diciendo eso?

Genial, justo lo que me faltaba: un follonero. Ojalá tuviera ovarios para contestarle que ya sabe la respuesta porque se pasó las dos horas de película con el clínex pegado a las narices.

—Cállate, capullo —le dice Katie.

Se gira para mirarlo y su corta melenita pelirroja azota el aire formando un arco perfecto. Aunque no la vea, sé que le está poniendo esa cara tan suya, apretando los labios y entrecerrando sus ojos color guisante.

—No tengo nada de imperfecto —dice Ryan.

Katie le dedica un ruido extraño, entre tos y carcajada. La señorita Thompson frunce el ceño.

—Creo que lo que Violet está intentando decir es que todos somos impes, Ryan. A menos que seas un superhumano del futuro... cosa que dudo bastante.

Inspiro hondo. Intento que no se note que tengo los labios paralizados.

—Para perpetuar el sometimiento de los impes, todas las semanas los gemas acudían a los grandes coliseos a ver los ahorcamientos, a los que llamaban «El baile del ahorcado». Sin embargo, algunos impes se negaron a aceptar su destino y formaron un grupo rebelde, decidido a reinstaurar sus derechos básicos. El líder del movimiento se llamaba Thorn.

Rebusco entre mis papeles y encuentro su foto, que es una imagen de la película. La señorita Thompson la coge de entre mis dedos agarrotados y la pega en la pared. La imagen de Thorn no transmite en absoluto su fuerza, su empuje. Así de pequeño parece un Action Man pirata con un rollo *bondage*, vestido de cuero negro de los pies a la cabeza y con un parche negro que le atraviesa sus marcadas facciones.

—Thorn concibió un plan elaborado para obtener los secretos del gobierno de los gemas y les pidió a los dos rebeldes en quienes más confiaba que reclutasen a una impe joven. Ellos reclutaron a Rose.

Rose. La heroína de esta historia: apasionada, impulsiva, valiente. Todos los días, sin excepción, deseo ser ella. Así me va hasta ahora...

Apasionada: mi apodo es Violet la Virgen.

Impulsiva: me he pasado dos días preparando esta exposición.

Valiente: toda la cara me gotea de sudor.

En realidad, lo único que tenemos en común es la piel pálida y el mismo gusto en cuanto a hombres.

Le hago un gesto a la señorita Thompson, que entiende mi señal y se acerca a la pizarra interactiva. Pone un vídeo de YouTube: la primera escena de la película. El plano se va cerrando hacia Rose, que escala el muro exterior del Coliseo. Está espectacular, con la melena oscura cayéndole por la espalda. Alcanza la cima del muro con un *crescendo* de violines.

La cámara enfoca a los espectadores del interior del Coliseo. Un público de gemas; sus bellas caras aúllan pidiendo sangre impe. Nueve reos son conducidos a un patíbulo de madera y les colocan la soga alrededor del cuello. Sé que los liberarán dentro de un instante, pero aun así se me revuelve el estómago de la ansiedad. Echo una mirada furtiva a mis compañeros de clase. Parecen preocupados, absortos. La comisura de la boca se me estira con una sonrisa.

En una pantalla gigante situada detrás del patíbulo aparece el presidente gema, que presenta a los condenados imputándoles los crímenes siguientes: robo, violación, asesinato. La cámara vuelve a Rose. El viento le agita el pelo oscuro ante los ojos. Sabe que los impes solo son culpables de ser pobres y tener hambre. Saca una granada del cinturón, la besa y la lanza entre el público que tiene bajo los pies.

El vídeo termina justo antes de que la bomba explote.

Me vuelvo hacia la clase, animada por su súbito interés.

—Mientras los gemas estaban distraídos con la bomba, los rebeldes se lanzaron a una misión de rescate y salvaron del patíbulo a los impes condenados. Rose se escurrió por el muro exterior, sin que nadie la viera, tras demostrar su valía como rebelde.

»Así que Thorn le encomendó a Rose la misión más peligrosa hasta entonces: la misión Harper. Rose se infiltró en la hacienda Harper, situada en plena región de Los Pastos, donde se hizo pasar por esclava para el dueño de la casa: Jeremy Harper, un poderoso funcionario gema. Rose no tardó en hacerse amiga del hijo de Jeremy con la intención de obtener información clasificada.

»El hijo de Jeremy era un gema llamado Willow.

Willow. El motivo principal por el que me gustaría ser Rose. Y, aunque todavía me tiemblan las manos y la adrenalina recorre mis venas, cojo su foto y la levanto para que toda la clase la vea. Es que no puedo soportar la idea de que una chincheta atraviere su rostro perfecto. Me he pasado horas contemplándolo, memorizando cada curva de esos rasgos, de esos pómulos y esa piel de caramelo. Se oyen un par de suspiros de las chicas y un par de silbidos, seguidos de un montón de risitas tontas. Vuelvo a guardar la imagen entre la pila de notas, en un arranque de posesividad.

—Espionaje e intimar con un gema: dos delitos que suponen la pena de muerte para cualquier impe que tuviese la desgracia de que lo pillasen. Pero Willow era bondadoso y guapo y Rose no tardó en darse cuenta de que la principal amenaza para ella eran sus fuertes sentimientos hacia él. Incapaz de traicionarlo, se marchó de la mansión sin revelarles siquiera su verdadera identidad de rebelde. Regresó a la ciudad de los impes e informó a Thorn de que la misión Harper había sido un fracaso...

—Me aburro —dice Ryan.

—Ryan —salta la señorita Thompson—, deja de interrumpir. Estás a punto de terminar el instituto, espero más de ti, te lo digo muy en serio —se vuelve hacia mí y sonrío—. Y creo que hemos llegado al giro argumental, al punto de inflexión, ¿verdad, Violet?

Asiento.

—Rose se marchó de la mansión para proteger a Willow —continúa la señorita Thompson—, puso a Willow por delante de la rebelión. Eligió el amor. Es un ejemplo de que las novelas populares actuales todavía siguen la estructura tradicional de la trama. Sigue.

—Willow se disfrazó de impe y siguió a Rose por toda la ciudad, desesperado por recuperarla, pero los rebeldes lo capturaron y acabó enterándose de que Rose planeaba traicionarlo desde el principio. Le habían roto el corazón, estaba prisionero y parecía haber perdido toda esperanza. Pero Rose le dijo que lo quería de verdad y escaparon de los rebeldes, decididos a empezar una nueva vida juntos.

»Sin embargo, a veces el amor no puede conquistarlo todo. Las autoridades gema los encontraron y se llevaron a Rose al baile del ahorcado, acusada de haber seducido a un inocente chico gema.

Otro vídeo de YouTube. Rose en el baile del ahorcado, pero esta vez es ella la que está sobre la tarima de madera en el centro del Coliseo, con una soga al cuello, rodeada por una multitud de gemas que corean pidiendo su sangre.

«¡ALTO!», Willow salta al patíbulo. «Me llamo Willow Harper y la impe que estáis a punto de colgar también tiene nombre: se llama Rose. Y es la persona más valiente y bondadosa que he conocido. Impe o gema, es un ser humano. No es una seductora ni una delincuente. Es mi mejor amiga. Y la amo con todo mi corazón». Mira a Rose a los ojos, llenos de determinación. «Te quiero, Rose».

«Yo también te quiero», exclama ella.

Sé lo que va a pasar, por supuesto, pero aun así siento el peso de las lágrimas en las pestañas, la necesidad insoportable de meter la mano en esa imagen en 2D y cortar la cuerda.

La trampilla se abre bajo los pies de Rose. Su cuerpo cae y las piernas se retuercen y patean en su baile final.

El vídeo termina y nadie dice nada.

Por fin, la señorita Thompson rompe el silencio.

—La autora ha creado un momento negro fantástico, que sin duda conducirá a alguna clase de resolución...

Asiento y paso las páginas de mis notas arrugadas hasta llegar a la última.

—Willow recogió el cuerpo inerte de Rose, lo acunó en sus brazos y le llenó la cara de lágrimas. Reprochó a los gemas que siguieran permitiendo aquellos asesinatos instrumentalizados por el gobierno y les suplicó su apoyo. La trágica escena conmovió tanto a los gemas que redujeron el patíbulo a escombros. El baile

del ahorcado se prohibió. La muerte de Rose dio vida a una revolución, y los impes y los gemas volvieron a llamarse humanos.

Las paredes parecen absorber mis últimas palabras, y aun así consigo tragar saliva, aunque no tenga una sola gota en la boca. Otro silencio. Ojalá estuviera Alice aquí para aplaudir y vitorear y gritar «¡Bravo!»... y que todo el mundo la siguiera.

Cruzo la mirada con Katie un momento. Parpadea. No es precisamente la muestra de apoyo público que esperaba, pero al menos me hace sentir mejor.

—Gracias, Violet —la señorita Thompson me observa por encima de las gafas—. Ha sido una exposición magnífica.

—Gracias. Quería hacerle justicia al libro.

La señorita Thompson me sonrío.

—Serás una buena escritora. Se nota en los detalles que has puesto al delinear la historia.

Me sonrojo de placer. Escribir siempre se le ha dado bien a Alice, yo nunca me había atrevido a intentarlo hasta ahora.

—Gracias, señorita Thompson.

«Pelota». «Enchufada». Me llegan susurros desde el fondo de la clase.

Regreso a mi silla. Katie me da un codazo cómplice y murmura:

—Te ha salido genial.

Pero sigo oyendo las risitas de Ryan y sus compinches, cuyas palabras se confunden unas con otras, y otra vez empiezo a notar que me arden y me escuecen las mejillas y las puñeteras notas se me quedan pegadas a las manos. Rose no se habría venido abajo de esta forma. Me echo el pelo hacia delante para formar una cortina oscura y ondulada que me tapa la cara.

—Pues aquí lo tenemos —dice la señorita Thompson—. Nos han contado el argumento de tres novelas muy diferentes, pero hemos visto que todas siguen una estructura muy semejante.

Suena el timbre, y con él el revuelo de recoger libros, bolígrafos y mochilas.

Katie me ayuda a despegarme los papeles de las manos sudorosas.

—Mira que te gusta el puñetero libro.

—Pues sí.

—Tendrías que haberte visto la cara cuando hablabas de Willow.

—Es la que tengo.

Katie pestañea, coqueta.

—Pero Willow era bondadoso y guapo y Violet, perdón, quería decir Rose no tardó en darse cuenta de que la principal amenaza para ella eran sus hormonas descontroladas.

Frunce los labios y se le estiran las pecas de la nariz.

—Que te den —me río.

Katie siempre me hace reír. Me libero de la tensión y por fin logro meter en el bolso las notas a medio desintegrar. Katie vino a Londres desde Liverpool el verano

pasado, así que no la conozco demasiado, pero conectamos enseguida. Tiene un sentido del humor afilado y dice unos tacos graciosísimos como «badulaque» y «sodomita» y habla con un poquito de acento de Liverpool que la hace parecer muy sensata. Una vez mi padre dijo que era «la sal de la tierra». Y, sin embargo, es como si acabase de salir de una novela de Jane Austen, con esos rasgos de muñeca y ese pelo pelirrojo claro. Hasta toca el cielo. Yo solo sé tocar los mandos de la Xbox.

—No te preocupes por Ryan Bellaco, es que le gustas —dice.

—Sí, ya... Lo que le pasa es que le da vergüenza que Alice y yo lo pillásemos soltando el moco en el cine el año pasado.

Katie coloca la silla en su sitio.

—Venga ya, si estás buenísima.

—¡Claro! —me río—. Lo que estoy es sudando como una cerda por culpa de ese desastre.

—Eso es porque no eres rubia y no mides uno ochenta como algunas...

Se refiere a Alice. No digo nada. No mola que tu mejor amiga parezca la próxima ganadora del concurso *Supermodelo del año*. Albergo en el pecho una semillita de envidia y no me soporto. Nos unimos a la riada de estudiantes del pasillo que se apresura a volver a casa y cambio de tema.

—No me puedo creer que todavía no te hayas leído *El baile del ahorcado*; es un rito de madurez. —La multitud apaga mi voz y una vez más me siento muy pequeñita.

—No me hace falta. Deberías venir con una alerta de *spoiler*.

—Ni siquiera has visto la película.

—Repito. Alerta de *spoiler*.

Nos abrimos paso a través de un grupo de chicas de décimo curso que, al parecer, desconocen la regla no escrita de que hay que dejar paso a los veteranos. Piso sin querer queriendo a una rubita.

—Sí, pero Russell está supercachas —me refiero a Russell Jones, el actor que interpreta a Willow en la película.

—¿De verdad? Nunca me lo habías comentado. Ahí viene Alice.

La boca de Katie sigue luciendo una sonrisa, pero de sus ojos desaparece por completo. Igual que yo, ha aprendido a detectar cuando se acerca Alice fijándose en las reacciones de otras personas. Todos los chicos miran por encima del hombro, todas las chicas se quedan calladas y fruncen el ceño.

En efecto, el gentío se abre en dos como el mar Rojo, pero Moisés tiene unas piernas largas y morenas que engullen las baldosas del suelo al avanzar a grandes zancadas hacia nosotras. Una sonrisa le ilumina la perfecta cara ovalada. Siempre ha tenido esa sonrisa, desde que la conocí el primer día de primaria; una sonrisa que te obliga a perdonarla por ser tan guapa.

Se para en seco en medio del pasillo, segura de que nadie le va a dar un empujón.

—¿Qué tal ha ido?

—Ha sido una mierda —digo.

Katie me da unas palmaditas en la espalda.

—¡Qué va! Le ha salido perfecto.

—Me he salido como la mierda —replico.

Alice se retira la pálida melena del hombro.

—No te preocupes, Violet, está claro que no entienden la belleza de *El baile*. Ignorantes —y le lanza a Katie una mirada muy significativa.

—No es que sea Shakespeare, precisamente —murmura Katie.

Alice suspira.

—Ojalá estuviese yo también en clase de la Thompson, nosotros no hacemos nunca nada tan interesante. Yo podría haber aportado cantidad de cosas a lo de la estructura de la trama —le encanta recordarnos que es una prometedora estrella del *fanfic*.

Alice escribe muchas historias originales basadas en el mundo de *El baile del ahorcado* en las que cambia la trama y manipula a los personajes a su voluntad. Es curioso que sienta la necesidad de hacerlo cuando se le da tan bien conseguir que la gente haga lo que quiere en la vida real. A lo mejor escribe para pulir ese arte... Me vuelvo a tragar la semillita de la envidia.

—La señorita Thompson ha dicho que Violet podría ser escritora, ¿verdad, Violet? —apostilla Katie.

Alice me mira y me guiña un ojo profundamente azul.

—Y una mierda. No tienes imaginación; te dedicarías a escribir *El baile del ahorcado* una y otra vez. —Me rodea el hombro con un brazo y me da un achuchón—. Lo cual es bueno, evidentemente.

El aroma de su pelo, a flor de cerezo y hierba limón, me impregna las fosas nasales y de pronto me siento muy especial porque Alice me está abrazando en público.

Katie mira el reloj.

—Chicas, tengo que irme; tengo clase de chelo dentro de cinco minutos, pero nos vemos mañana, ¿vale?

—En la Comic-Con —decimos Alice y yo al unísono.

Nos miramos y sonreímos. Llevamos meses esperándolo: vamos a conocer a Russell. A Willow. Se me vuelve a secar la boca y el corazón me da un vuelco de la emoción. Tengo la sensación de que me han frotado muy fuerte toda la piel con una toalla.

—Iremos disfrazadas de personajes de *El baile*, ¿vale? —dice Alice.

—Sí. Nate lleva días preparando el disfraz —respondo.

Nate es mi hermano pequeño. Le gusta *El baile del ahorcado* incluso más que a mí, si es que eso es posible, y mi madre se ha empeñado en que venga con nosotras. Gracias, mamá.

Katie se marcha.

—Hasta mañana, superfans —nos grita por encima del hombro.

CAPÍTULO 2

Esta mañana, cuando me he puesto el disfraz, he comprendido de pronto por qué Clark Kent puede volar y cómo Peter Parker logra trepar muros con las palmas pegajosas de las manos. Es la sensación de que puedes ser quien quieras, hacer lo que quieras. De alguna forma me he imaginado que absorbía la fuerza y la belleza de Rose solo por llevar su ropa; esa tela de arpillera se fundía con mi piel y sentía que ya formaba parte de mí.

Este año me he tomado lo del *cosplay* muy en serio. Túnica marrón, *leggings* verdes, botas militares, y he dejado que mi pelo se rice y se encrespe. Hasta me he maquillado las mejillas con sombra de ojos verde oliva para darme un aire guerrillero. La única concesión que he hecho a la vanidad ha sido la faja roja que me he atado a la cintura, para resaltar que soy de talle estrecho. Me he sentido guerrillera, lista para la Comic-Con, lista para vérmelas con los gemas.

Pero ahora, meciéndome al ritmo del metro, solo me siento ridícula.

Los túneles van cambiando de hierro fundido a ladrillos a medida que el metro avanza a toda velocidad hacia la estación de Kensington Olympia. Siento en la espalda la presión de sesenta y tantos ojos y mis dedos se agarran un poco más en la fría barra. Pero cuando por fin dejo de escrutar el suelo mugriento del vagón me doy cuenta de que casi todos los pasajeros se han quedado pasmados mirando a Katie (que tiene peor pinta que yo) o a Alice.

Bueno, a Alice la miran siempre, claro, pero hoy, con su minivestido azul eléctrico y apoyada en la barra vertical amarilla como si fuese a ponerse a bailar, atrae incluso más atención de la habitual. El pelo suelto le cae por la espalda y veo, con una explosión de orgullo, que lleva el colgante del corazón partido. Jugueteo con la otra mitad y el borde irregular se me clava en las yemas de los dedos. Alice estudia su reflejo en la ventana y se muerde los labios pintados como si algo no acabase de cuadrarle. Eso es lo que pasa cuando eres guapa, que tienes algo que perder. Le acaricio la mano, un gesto que conservo desde que éramos pequeñas.

—Estás increíble.

—Tú también —me dedica una sonrisa perfecta.

—Parezco una raterilla.

—¿No es esa la idea? Rose es una raterilla, como todos los impes —Katie refunfuña mientras contempla su figura algo masculina. Lleva un mono negro ajustado y el torso cruzado en diagonal por un montón de medias multicolores, como extrañas enredaderas abrazadas a un árbol—. Al menos a ti no se te caen las medias

todo el rato —protesta, mientras se recoloca una media amarillo fosforescente bajo el brazo e intenta sujetarla con un imperdible.

Nate la mira de reojo.

—Tú sabes cómo es una espiral de ADN, ¿verdad, Katie? Pareces más bien una especie de piruleta humana.

Tiene catorce años pero aparenta doce y a veces habla como Sheldon Cooper, de *La teoría del Big Bang*. Está ridículo disfrazado de su héroe, Thorn. El parche le tapa la mitad de esa cara tan angulosa que tiene y su cuerpo menudo apenas llena el chaquetón de cuero. No parece tener edad ni para repartir pizzas, ya no hablemos de liderar la emancipación de los impes.

Katie mira fijamente la chaqueta de Nate, y aprieta los labios para no burlarse de él, y se limita a murmurar:

—Ya lo sé, ya. —El tren da un bandazo y se le escapa el imperdible. Se debe de haber pinchado porque gruñe—: ¡Joder! —Se chupa la sangre de la herida y se vuelve hacia Nate—. Es que no quería disfrazarme de impe, como todo el mundo. — Me mira con sus delicados rasgos empañados de culpa—. Perdona, Violet. Y tampoco podía ir de gema, como aquí Alice la amazona... no llego al metro sesenta.

Alice se atusa el pelo, como si quisiera obligar a su cerebro a tener una idea.

—Hay un montón de enanitas atractivas: Campanilla, Pitufina...

—¿A quién le va a gustar una pitufa? —dice Katie.

—A un pitufo —respondo.

El metro deja de dar bandazos un momento y Katie por fin logra cerrar el imperdible.

—Bueno, pero yo no soy una puñetera pitufa, ¿no? Soy una hélice y bien orgullosa que estoy.

—Pues deberías sentirte halagada —dice Nate y añade, señalando a Alice—: ¿Quién va a querer parecerse a la Barbie humana esta?

—¡Oooh! Gracias, Nate. —A Alice se le suben los colores a las mejillas.

Él se levanta el parche del ojo y la fulmina con una larga mirada.

—No era un piropro, repugnante engendro gema.

—¡Cómo mola! «Repugnante engendro gema». ¿Y eso no está en el original? ¿No es canon? —Siempre se refiere a *El baile del ahorcado* como «el canon», para recordarnos su condición de escritora de *fanfic*. Incluso ha empezado a llamar a su trabajo «el ahora», como si la novela original estuviese desfasada. No tiene ni idea de lo arrogante que suena. Saca el iPhone de su bolso de Michael Kors y empieza a escribir el insulto repicando la pantalla con las uñas azul celeste—. Repugnante engendro gema... Pienso usarlo en mi próxima obra.

Nate resopla, molesto.

—Escribe tu propio material.

El metro reduce la marcha y las puertas metálicas se abren. Entra en tropel la pandilla de *Scooby-Doo*, que destaca con su colorido como las fichas del parchís

contra el gris telón de fondo del metro. Ya casi hemos llegado a la ComicCon. Inspiro hondo, temblorosa. Dentro de unas horas conoceré a Russell Jones, a Willow, y voy vestida del objeto de su deseo; Rose. La Julieta de su Romeo, la Escarlata O'Hara de su Rhett Butler. Me dan ganas de marcarme un bailecito feliz con mis botazas de impe.

—Tú te das cuenta de que hoy conocerá a cientos de Roses, ¿verdad, hermanita?

Odio que Nate siempre sepa lo que pienso.

El Olympia, simétrico y ajado, desentona por completo con el cielo luminoso de mayo y la cola de figuras dignas de una serie de dibujos animados que serpentea hacia la entrada. Nos colocamos al final.

—Creo que voy demasiado vestida —digo, incapaz de apartar los ojos de mis hectáreas de carne al descubierto. La princesa Leia, Wonder Woman, Daenerys Targaryen... todas muslos y escote y con moreno de solárium. Estudio mis pálidos antebrazos y ahogo un suspiro—. Y con demasiado vestida me refiero a poco desnuda.

—Y esas son las palabras que ningún hermano pequeño debería tener que oír jamás —dice Nate.

—¡Ay, pobre Violet! —ríe Katie—. ¿Y qué te crees que siento yo?

—Que tendrías que haber venido de Lara Croft —dice Alice—. En serio, chicas (y chico), ¿cómo es que soy la única que lleva un sujetador con relleno? —Hincha su impresionante pecho y guiña un ojo.

—Yo llevo un sujetador. Uno rojo de Sophie Wainright. —Mi hermano debe de haber visto mi cara de horror porque enseguida añade—: No es nada raro, ¿eh? Se lo robé de su lavadora por una apuesta. —Se aparta el pelo color arena de la frente. Parece más un elfo que un chico.

La cola avanza despacio. El tiempo avanza despacio. Examino todas las puntadas de los chalecos de Indiana Jones, todos los brochazos carmesí del peto de Iron Man. Me imagino la cara de Russell Jones: el arco de su labio superior, su mano rozando la mía cuando posemos juntos para la cámara. Cuando llego a la puerta, el tique casi se ha disuelto por el sudor de mis manos.

Estuve en el Olympia con Katie y Alice hace unos meses, en una excursión del colegio. Llevábamos ropa algo más normal y estábamos algo menos emocionadas. Todavía recuerdo los rayos del sol que entraban en diagonal a través de la pared de cristal, las motitas de polvo bailando en el aire hasta el techo abovedado, el entramado blanco de las vigas de metal. Era precioso, como un salón de baile inmenso y olvidado. Hoy, apretujada entre el colorido y algo desconcertante mar de *cosplayers*, me siento como si entrase en un plató o a un mundo diferente.

—¡Qué pasada! —exclama Katie. Es la primera vez que la veo emocionada por algo relacionado con *El baile del ahorcado*.

—Por fin lo pillas —digo, asintiendo con la cabeza.

Tiemblo de la emoción al intentar absorber todo esto. Ríos de fans, vestidos como

sus personajes favoritos o con ropa de calle, bajan desde el anfiteatro y abarrotan la planta baja mientras hablan y se ríen y se sacan fotos. Toda esa cantidad de personas me hace sentir insignificante. Del techo caen estandartes como grandes velas de colores, en los que se ven lemas y caras retocadas con Photoshop. *Juego de tronos*, *Star Wars*, *El baile del ahorcado*. El aire es casi húmedo, cargado de olor a perritos calientes, a perfume y a sudor. Me rodean los flashes de las cámaras y me siento como si estuviera dentro de una inmensa bola de discoteca.

—¡Allí está Willow! —Alice me coge el brazo y sus dedos se me clavan en la carne como espolones.

Durante un segundo pienso que está viendo de verdad a Russell Jones y el corazón me da un vuelco, pero entonces me doy cuenta de que señala uno de los estandartes que cuelgan del techo: su cara nos mira desde lo alto como un ángel gigante de tez bronceada.

—Venga, vamos al stand de *El baile*. —Alice echa a andar delante de nosotros y, como siempre, la multitud se aparta a su paso.

Nate desliza su brazo bajo el mío como si tuviera miedo de perderse y de pronto siento el peso abrumador de la responsabilidad maternal mientras resuenan en mi cabeza las palabras de mi madre: «Cuida de tu hermano, Violet». Lo cojo de ganchete y me abro paso tras Alice, repartiendo codazos en las costillas a varios Spocks y saltando por encima de los pies de un Capitán América. Esquivo a otra Rose, que me pone mala cara, y me choco con Boba Fett. Lleva el casco bajo el brazo y el pelo oscuro pegado a la frente con fijador. Me guiña un ojo, es un guiño de verdad, como si no pareciese un gigantesco crustáceo plateado. Siento un secreto deleite porque me lo haya guiñado a mí y no a Alice. A lo mejor sí que puedo ser quien quiera, hacer lo que sea. Los labios se me ensanchan en una sonrisa.

—¿Quieres parar de pensar en Russell? —dice Katie mientras estudia mi expresión.

—Ya queda menos de una hora —digo, mirando el reloj.

—Habrà cola, claro —continúa—. Willow es el tío más bueno que ha existido jamás en un futuro distópico.

—Es evidente que será utópico, si Willow está ahí —replico.

Alice suelta una risita por la nariz.

—Gale, Cuatro... Para mí todas son utopías.

—Pero los nombres son ridículos —apostilla Nate, esquivando a Spider-Man—. Es una de las reglas no escritas de las novelas distópicas: los intereses románticos deben tener nombres ridículos.

Katie se ríe.

—Y todo tiene que empezar por mayúscula, aunque sea una cosa normal, solo para que dé miedo.

—Gran verdad —dice Nate.

—Y los malos siempre son los del gobierno —añade Katie—. No falla. Es tan

predecible. Por eso no he leído *El baile del ahorcado*; estoy segura de que es igual que las demás.

—¡Cuánta ignorancia! —salta Alice.

—Pues Willow no es un nombre ridículo —digo, un poco dolida por el comentario—; es natural, sencillo. Suena a hojas, a hierbas azotadas por el viento, chocando unas con otras, arrastradas por una corriente.

—¡Así se habla! —me apoya Alice.

Nate me aprieta el brazo contra sus delgadas costillas.

—¡Dios, qué pena dais!

Me burlo de él, pero tiene algo de razón. En lo referente a Willow doy bastante pena, aunque sepa que es un personaje, producto de la imaginación de una autora ya muerta. Y también sé que Russell Jones es un actor engreído y borrachuzo que solo se dedica a tirarse modelos y meterse coca... pero en ausencia de Willow, posaré con su avatar.

Y hablando del rey de Roma, un avatar hace su entrada. Alto, ancho de hombros, con rasgos simétricos. Se diría que debajo de todo ese azul hay un tío muy atractivo.

—¡Madre de mi vida! —gime Katie—. ¡Un pitufo sexy!

CAPÍTULO 3

Esperamos para conocer a Russell en una sala larga y en penumbra. La cola es más corta de lo que me esperaba, solo hay un par de adolescentes que revisan los *selfies* de su móvil.

Una mujer con un portapapeles en la mano nos toma el nombre y coge nuestros billetes de diez libras arrugados.

—Vale. Vamos bien de tiempo. Vuelvo enseguida.

Se va con las chicas de los *selfies* por una puerta que hay al fondo. Estiro el cuello para ver si logro vislumbrar a Russell, pero van demasiado rápido.

—No me puedo creer que esto sea real. —Alice me estruja la mano.

—¡Lo sé! —respondo.

—¿Estoy guapa?

—Claro que sí —respondo, sin mirarla.

—¿Crees que Russell habrá oído hablar de mí?

Nate se echa a reír.

—Ni de broma. Es una superestrella, ¿te crees que anda leyendo cualquier *fanfic* de una aspirante a Sally King?

—Gracias por tu opinión, pero a ti no te he preguntado nada —replica Alice en tono ácido—. Y, para que te enteres, no me interesa ser como Sally King, la pobre desgraciada se suicidó después de solo una novela. Yo escribiré una trilogía.

—¡Guau! Tienes un corazón que no te cabe en el pecho —exclama Nate—. Descanse en paz la dulce Sally King.

—Pero ¿a ti quién te ha invitado a la fiesta, mequetrefe? —Alice le pincha con un dedo en las costillas y Nate chilla como si tuviera cinco años. Cualquiera que los viera creería que son hermanos.

Vuelve Doña Portapapeles.

—Muy bien, chicos, os toca a vosotros.

Alice nos aparta y pasa primero, taconeando. La seguimos y entramos en otra sala mal iluminada. Veo a Russell Jones de pie en el fondo, las chicas de los *selfies* estrujan su tonificado cuerpo, y les rodea la cintura con sus fuertes dedos. Sonríe, y el flash de la cámara ilumina los andamios que hay sobre nuestras cabezas y la lona que tiene a su espalda. La banda sonora de la película, los violines y los tambores me retumban en la cabeza y siento una repentina descarga de adrenalina.

Veo a Julia Starling, la actriz que interpreta a Rose, sentada en un escritorio, charlando con unos guardias de seguridad. Bajo el resplandor esmeralda de las luces

del escenario parece incluso más etérea de lo habitual. Sus manos aletean ante su cara mientras suelta risitas chillonas. El pelo le cae por la espalda como una cascada de ondas oscuras y brillantes sin signos de encrespamiento. Lleva vaqueros y una blusa blanca y de pronto me siento como un fraude, con aquella túnica, tratando de hacerme pasar por Rose. Sé que soy guapa, en mi estilo pálido y peculiar (al menos la gente me dice que soy guapa en un estilo pálido y peculiar), pero nunca podría tener la gracia y la delicadeza de los rasgos de Julia.

Las chicas de los *selfies* se marchan. Russell bebe un trago de agua, lo que me permite intuir la forma de la nuez, que le sube y le baja por la garganta como la punta de una espada.

—Disfrutad —dice Doña Portapapeles, acompañándonos hasta él.

Russell nos saluda con un gesto de la cabeza y de inmediato clava la vista en Alice. La semillita de la envidia se expande hasta ocupar todo mi cuerpo.

Le atraviesa la cara una sonrisa de dientes tan blancos que casi relucen.

—Una hermana gema. No es una elección muy popular, pero si te lo puedes permitir no te cortes, qué coño.

—Sí, ¿verdad? —la risa de Alice es un trino nervioso.

Russell se aparta el cabello color caramelo de los ojos y me dedica su atención.

—Ah... Rose, amor mío, me has encontrado al fin. —Sus ojos son como los de Willow; sus pupilas irradian motitas color ámbar, son como rayos de luz que escapan de una esfera negra, un eclipse solar. Pero no tienen la amabilidad de Willow—. Jules —grita—. ¡Eh, Jules! Esta es la mejor Rose que he visto en todo el día.

Jules nos mira por encima del hombro y sonrío.

—¿Me quieres quitar el trabajo, chica? —Abro la boca para contestar, pero no sale ninguna palabra. Jules se ríe—. Me estoy quedando contigo... Estás genial, de verdad. Me encanta tu faja.

—Gracias. —Mi sonrisa amenaza con partirme la cara en dos.

—Y tú debes de ser Thorn —dice Russell, tendiéndole la mano a Nate, que se la estrecha tal vez con demasiado entusiasmo.

—Soy un gran fan, un gran fan, un gran fan...

Russell señala el broche de la túnica de Nate: una flor de cardo tallada en roble.

—Bonita insignia, el símbolo de la rebelión impe.

—«Córtanos y renaceremos más fuertes». —A Nate se le ilumina la cara—. Ya sabes, como las malas hierbas.

Russell le da una palmada en la espalda, creo que para que se calle, y se vuelve hacia Katie.

—¿Y de qué vas tú?

—De hélice de ADN.

—Muy inteligente, me gusta.

Me doy cuenta de que Alice frunce el ceño y se le agrieta la base de maquillaje.

Se oye un chirrido sobre nuestras cabezas y la luz esmeralda oscila y arroja sobre

nosotros una sombra gigante que cruza, veloz, los rasgos perfectos de Russell.

—¿Cómo preferís que lo hagamos, chicos? ¿En grupo o por separado?

—En grupo —decimos Katie y yo en estéreo.

Alice no debe de habernos oído, porque dice:

—Por separado, por favor.

Oigo el chirrido otra vez y recorro con la vista el andamiaje: parece bastante consistente. Los violines me están dando mucho por saco.

—Muy bien, superhumana, ven aquí. —Russell coge a Alice por la cintura, pero no me pongo celosa; solo estoy un poco mareada, como si me acabara de beber un vodka con Red Bull de un trago.

Hasta ahora no me había fijado en el fotógrafo, que parece salir de la nada, como atravesando la oscuridad. Vuelvo a oír el chirrido, la luz esmeralda vuelve a oscilar.

—¿Cómo te llamas? —pregunta Russell.

—Alice.

—Pues ahora sí que estás en el País de las Maravillas.

Willow nunca habría dicho eso. La decepción me sube por la garganta y los labios se me paralizan. Se dispara el flash y la luz les blanquea las caras y crea una sombra que se proyecta en la ondeante lona. Parpadeo unas cuantas veces.

Alice suelta una risita.

—Mi seudónimo de escritora es Anime Alice. Escribo muchísimos *fanfics* de *El baile del ahorcado*, seguro que has oído hablar de mí.

Russel parece impresionado.

—¿Tú eres Anime Alice? ¿La Anime Alice de verdad? Claro que te conozco, causas furor en internet. ¡Eh, Julia! Sácame una foto con Alice, que me irá genial para Instagram.

Alice no puede resistirse a arquear una ceja en honor a Nate, justo antes de que le estalle una sonrisa en toda la cara.

Julia saca el iPhone del bolsillo.

—Espero que te pague algo por esto. Te llamabas Alice, ¿no? —Saca la foto—. Deberías venir a la próxima ComicCon y participar en la mesa redonda de *fanfic*. Tienes una cara fantástica para la publicidad.

Alice abre la boca para responder, pero los tambores parecen subir de intensidad, ahogando sus palabras, y las fosas nasales se me llenan de un extraño olor a medicamentos y tela quemada. Me llevo las manos a las sienes y siento que el pulso se me desboca.

—¿Violet? —dice Katie.

Otra vez el chirrido, más agudo esta vez. No son los violines, seguro. La luz esmeralda empieza a oscilar de nuevo, como una bombilla a punto de fundirse o como si se hubieran quedado mil polillas atrapadas tras el cristal.

—¡Violet! ¿Estás bien? —repite Katie. Su cara pasa del verde al blanco, del blanco al verde.

Siento que el suelo se balancea medio metro hacia la izquierda, como si me acabase de bajar de una atracción de feria, y el desayuno me sube, denso y caliente, más allá de la garganta. Creo que oigo gritar mi nombre. Miro a Nate y lo veo con los ojos marrones abiertos como platos y la boca también abierta. Miro hacia arriba por instinto y ahí es cuando lo veo: la luz esmeralda gira colgada de un cable y los andamios se precipitan hacia abajo. Apenas tengo tiempo de taparme la cara cuando toda la estructura de metal se nos viene encima.

CAPÍTULO 4

Despertar es como salir a rastras de una ciénaga. Cada vez que veo la superficie, o que siento el aire fresco en la piel, un espectro oscuro me arrastra de nuevo al fondo. Resulta tentador dejarse ir, pero el recuerdo de los andamios inmovilizándome y que aprisionan a Nate, Alice, Katie, incluso a Russell y Julia, me empujan a seguir adelante. No sé cómo consigo salir del fango, me fuerzo a abrir los ojos, obligo al cerebro a funcionar.

La luz que entra por la salida de incendios le da a la sala un resplandor fantasmal. Apenas distingo las barras de metal del andamio, que se entrecruzan en el suelo como una extraña escultura postmoderna. Me lloran los ojos a causa del olor a medicamentos y tela quemada, que cada vez es más intenso.

—¿Nate? —Me apoyo sobre los codos para levantarme y un latigazo de dolor me atraviesa el cráneo.

—¿Violet? —Su voz me llega, titubeante y lejana por encima de la melodía amortiguada de la banda sonora y del tintineo de metal contra metal.

Extiendo los dedos como si pudiera atraer su cuerpo hasta el mío.

—Nate, ¿estás bien?

Veo su cara, invadida por el miedo, que me busca en la penumbra.

—Violet, estás sangrando. —Me sujeta por las axilas y tira de mí para incorporarme. Me va a estallar la cabeza.

—¿Alice? ¿Katie? —Me presiono la piel húmeda de la frente.

—Estoy bien, creo —Alice se acerca tambaleándose, con el vestido y las medias manchados de cenizas—. ¿Qué coño ha pasado?

No respondo, tengo que encontrar a Katie. Me pongo a cuatro patas y empiezo a tantear el suelo. Estaba justo a mi lado, no puede estar muy lejos.

—¿Katie? ¿Katie?

Oigo un gruñido a mi derecha y giro la cabeza como un resorte. Siento otro relámpago de dolor detrás de los ojos. Sus medias fluorescentes destacan sobre el fondo negro. Nate llega antes que yo y juntos logran ponerse de rodillas tambaleándose.

—Estoy bien, estoy bien —musita, casi para sí misma.

El extraño olor se hace más intenso y oímos otro chirrido, más alto esta vez.

—La salida de incendios —dice Alice, con la voz alterada por el pánico.

Nos tambaleamos, todos a una, hacia el cartel de salida, pasando por encima de la chatarra y los restos de los equipos. Salimos en tromba, tosiendo y escupiendo y

apoyándonos los unos en los otros. La luz del sol me ciega y me siento como si fuera un espectro, reculando y protegiéndose la vista. Me doy cuenta de que de pronto hace mucho frío y se me pone la piel de gallina. Resbalamos sobre el pavimento, con la espalda pegada a las frías paredes de piedra.

—¿Dónde coño estamos? —digo.

Al menos logro articular las palabras, pero lo único que oigo es un ruido ensordecedor, como si estuviera en un túnel por donde pasara un tren a toda velocidad, retumbando, rechinando y levantando polvo. Al principio pienso que tengo un caso grave de tinnitus, que mi cerebro me obliga a no moverme, pero poco a poco los ojos van definiendo formas y colores. Gente. Miles de personas. Todos altos y delgados, vestidos con trajes hechos a medida. Puños agitándose en lo alto, gritos, pies que vibran al patear el suelo y que me recorren la parte de atrás de los muslos.

—Necesitamos ayuda —grita Nate, sacando el teléfono del bolsillo. Se le debe de haber caído el parche porque veo el brillo de las lágrimas en sus ojos—. No hay cobertura.

Asiento con la cabeza y lo lamento al instante: el dolor retumba en mi cráneo como un lodo tóxico.

—Russell y Julia siguen ahí dentro.

Intento añadir «Y los guardias de seguridad y la tipa del portapapeles...», pero mi voz queda ahogada por una fanfarria de trompetas.

—¿Esto es un rollo de *cosplay* o qué? —grita Alice.

Me limpio la sangre de la cara con la manga y parpadeo muy rápido. Ahora reconozco la escena. Estamos en el Coliseo de *El baile del ahorcado*, en la planta más baja, justo al fondo. Las gradas, llenas de perfectas caras simétricas, nos rodean por todas partes, y dirigen las miradas hacia arriba, hacia la cima del muro, salpicado de guardias gemas armados. Ante nosotros, una multitud furiosa exaltada, cuerpos perfectos con cabelleras espesas y lustrosas. No los veo, pero sé que delante de nosotros se encuentran el estrado y las horcas, ocultos por el gentío.

—¡Es el mejor juego de rol de la historia! —Alicia se quita los tacones rotos y se pone de pie para ver mejor.

Tiene razón, hasta han cuidado los olores. El Coliseo se encuentra en la frontera entre la ciudad de los impes y Los Pastos y se huele el dulce aroma de Los Pastos en lucha contra la inmundicia de la ciudad. Un choque de polen y hierba recién segada con carne muerta y vinagre.

—¡Que le den al rol! —grita Katie—, tenemos que buscar a alguien de seguridad. —Abandona el amparo de la salida de incendios y echa a correr hacia la multitud.

—¡Que le den a los de seguridad! —dice Alice—, tenemos que asegurarnos de que Russell publique la foto.

Nate me ayuda a ponerme de pie y aunque tengo la cabeza a punto de estallar, pensar en Russell y Julia atrapados y heridos me obliga a moverme. Agarro un hombro ancho y alto, y al extender los dedos ante mis ojos reparo un instante en que

están manchados de sangre. Un hombre se gira para mirarme. La simetría de sus rasgos hace que se me atoren las palabras en la garganta.

—Necesitamos ayuda —la voz me sale distorsionada y áspera como una vieja grabación analógica.

Me mira un momento, confuso.

—Piérdete, impe, o llamo a los guardias.

—Mira, ya sé que estás metido en el papel —le dice Nate—, pero ha habido un accidente. La sangre es de verdad.

—He dicho que te pierdas, impe —arroja a Nate al suelo sin dificultad.

—Dios, Nate, ¿te has hecho daño? —Me lanzo a su lado y le sacudo la tierra de las manos.

—Y yo pensaba que era un fanático de *El baile* —dice—; este *fandom* es muy *heavy*.

Me pongo en pie de un salto y paro a otra persona. Esta vez es una mujer de unos cuarenta años, tal vez algo más, me cuesta calcularle la edad. Es guapa: la piel se extiende sobre su cara como un velo, el pelo color caoba se le curva hacia un lado. Los ojos almendrados se le entrecierran de repulsión al mirarme.

—¡No me toques, impe! ¡Simia asquerosa! ¡Guardias! —se pone a gritar—. ¡Guardias! —Pero la muchedumbre y las fanfarrias y la estampida de pasos ahogan los gritos.

—Déjala —dice Nate, tirándome del brazo.

Escudriñamos la multitud, intentando encontrar a alguien, a cualquiera que tenga la más mínima pinta de autoridad. Parece que Katie tampoco tiene suerte, a juzgar por cómo aprieta la boca de pura confusión cuando una mujer rubia y esbelta se pone a gritarle en la cara. Sin embargo, un grupo de gemas con cara de preocupación se reúne alrededor de Alice, le curan un corte que tiene en el antebrazo y le apartan el cabello dorado de la cara. De hecho, Alice parece una más. Deben de haber contactado con todas las agencias de modelos de Londres... de Inglaterra, para lograr que esto pareciera real.

Con Nate a mi lado, subo unos cuantos escalones que llevan al graderío del fondo del Coliseo. Apenas logramos ver por encima de la multitud. Como es de esperar, en la parte delantera está el estrado. Una precaria construcción de madera coronada con una viga gruesa de la que cuelgan nueve sogas con sus nudos corredizos rodean los cuellos de los impes condenados. A su espalda, en una pantalla gigante, aparecen sus caras unos segundos. Se perciben todas sus imperfecciones: unos rasgos algo torcidos, un extraño bigote cano, unos dientes amarillentos... Pero su imperfección salta a la vista incluso desde lejos. No tienen un buen físico; están demasiado flacos, algo encorvados, anchos donde no deberían. La verdad es que siento cierto alivio al verme reflejada en su humanidad.

—Es la primera escena —dice Nate, emocionado—. Dios, no han escatimado detalles. Hasta los impes condenados son iguales que los actores de la película.

Tiene razón. Conozco cada una de las pecas, cada una de las líneas de esos nueve rostros. La mujer de los ojos enrojecidos que se toca una oreja todo el rato, como si ese gesto le proporcionase algún consuelo. El hombre con cardenales en los antebrazos que cierra los ojos durante casi todo el proceso. Y una chica, que no tiene más de dieciséis años, que aprieta los dientes con tanta fuerza que parece que se le vayan a fusionar las mandíbulas. Puedo describir todos los detalles de cada uno de los impes: he visto la película cuarenta y seis veces.

Trago saliva. Fuerte.

—Nate, céntrate. Tenemos que buscar ayuda.

La cara del presidente Stoneback, el presidente gema, llena la pantalla gigante que está detrás del estrado. Tiene una pinta poco natural, parece un tambor, con esa piel tan tersa sobre los rasgos perfectos, como sujeta con chinchetas invisibles. Y vistos a ese tamaño, sus ojos parecen inmensas esferas de cristal, vacías e incapaces de albergar la menor ternura o bondad. Se dirige al público con su tono atiplado, igual que en la película.

—Hermanos y hermanas gemas, nos hemos reunido aquí hoy para ser testigos de la muerte de estos impes, culpables de robo, violación y asesinato. —La multitud irrumpe en vítores—. Porque para mantener la perfección en el mundo es necesario eliminar a estos seres imperfectos... a estas alimañas.

Los redobles aumentan en intensidad. El verdugo, una figura vestida de negro, avanza hacia la palanca. Sé que solo es un espectáculo, pero me sobrecoge una sensación de incomodidad, de que algo no anda bien. Estoy a punto de apartar a Nate de los escalones cuando llega Katie corriendo hacia nosotros, agitando las manos sobre la cabeza y articulando la palabra «Jules». Levantamos la vista y vemos a Julia Starling, de pie sobre la alta cima del muro exterior, con las manos en las caderas y el pelo oscuro agitándose al viento. Impresiona verla así, recortada contra el cielo gris. Da terror. La sensación de incomodidad empieza a transformarse en pánico y el corazón me palpita en el pecho como si fuese un animal acorralado. Algo va muy mal, seguro. Julia ha salido indemne, y, no sé cómo, se las ha ingeniado para disfrazarse de Rose, lleva su túnica, sus *leggings* y sus botas militares. Veo cómo se besa el puño. Murmura algo y luego lanza el brazo por encima de la cabeza, y después hacia abajo, en un elegante arco.

Sé lo que es antes de verla: una granada. Pero no es de las que siembran muerte y destrucción. No: es una bomba cardo, diseñada para liberar el símbolo de esperanza de los rebeldes y, por supuesto, una distracción muy práctica. Vuela sobre el público, suspendida un instante como un ave de presa negra antes de hacer estallar el Coliseo y sembrar el aire con cientos de semillas de cardo que se elevan flotando en todas direcciones como restos de plumón. Oigo alguna exclamación, la gente señala, siguiendo el recorrido de las semillas por el cielo.

—¡Qué alucine, una bomba cardo! —grita Nate por encima de los tambores—. Es canon total.

—Un poco demasiado alucinante —replico.

El olor, los actores, la grandeza del escenario. Todo es demasiado real. Estoy empezando a marearme y el redoble de los tambores me retumba en la cabeza.

De pronto los tambores dejan de sonar. Hay paz. El público sigue cautivado, como estatuas, con sus perfectas barbillas apuntando al cielo. Este es el momento de la película en que aparecen los rebeldes impes lanzando bombas de humo y asaltando el estrado para liberar a los impes del patíbulo. Y Rose se escabulle sin que la vean, fundiéndose con el gris de la ciudad de los impes tras demostrar su valía como rebelde.

Contengo la respiración, esperando el grito de batalla de los rebeldes, pero lo que oigo es a Katie, chillando a pleno pulmón:

—¡Julia! ¡Julia! ¿Estás bien?

Lo último que nos falta es atraer la atención hacia nosotros.

—¡Katie, no! —grito.

—¡Cuidado, Julia, te puedes caer! —corre hacia las gradas, agitando los brazos por encima de la cabeza.

—¡Katie, para! —vuelvo a gritar.

Pero es demasiado tarde. En sus plataformas, los guardas se dan la vuelta, alertados por la presencia de Julia, con las armas amartilladas y dispuestas. Julia se gira y una extraña expresión, mezcla de aceptación y determinación, se apodera de su rostro. El sonido de los disparos me parte el cráneo en dos mientras varios puntos rojos se le extienden por la túnica, fundiéndose en una gran mancha como un cinturón de sangre que recuerda un poco a la faja roja que llevo. Se mira el abdomen con una sonrisa perpleja en su boca de clavel y se despeña. Las largas manos se agitan ante ella, buscando un hombre invisible, pero cae entre las gradas como una muñeca, con la capa negra de su melena flotando a la espalda. Al golpearse contra el pavimento ya es inhumana, inerte. Como un saco de arena. La vida se le escapa y dos alas de mariposa color rubí se despliegan por el hormigón.

«Esto no puede ser verdad».

Estoy a punto de saltar de las gradas, a punto de echar a correr hacia ella, cuando otro sonido capta mi atención. El sonido de nueve trampillas al abrirse. Nate me aprieta la mano tan fuerte que me hace daño. Y sé lo que estoy a punto de ver, sé que debería apartar la vista. Pero no puedo. No puedo. Nueve cuerpos caen, nueve sogas restallan al tensarse y nueve pares de piernas patean y se sacuden. El hombre del antebrazo magullado, la mujer de los ojos enrojecidos, la chica de las mandíbulas fusionadas... todos bailan su último baile.

Busco a Katie con la mirada por instinto. Está congelada, los nudillos blancos de rabia, apretados contra la cara. Luego veo a Alice, con los labios pintados abiertos de par en par y los ojos llenos de lágrimas. Nate me estruja la mano y tira de la tela de mi túnica como si tuviera cinco años.

Y sé que los cuatro compartimos un único pensamiento común: «Esto no es un

cosplay».

CAPÍTULO 5

Un hombre aparta a empujones a la multitud y corre hacia el cuerpo retorcido de Julia. Lleva el mono gris reglamentario de los esclavos impe, de los impes que trabajan en Los Pastos para los gemas. Veo lo incómodos que se ven en la vida real, con esa tela basta y mal cosida. Cae de rodillas en el charco de sangre y la aprieta contra su ancho pecho casi sin esfuerzo. Una de las manos de Julia cuelga sin vida y se estremece, como si descansara en un sueño. Vuelve a estremecerse y empiezo a preguntarme si seguirá viva, pero entonces me doy cuenta de que su cuerpo menudo se agita con las sacudidas de dolor del impe que la abraza. De pronto siento que debería apartar la vista, que les estoy robando la intimidad.

A su alrededor el suelo estalla con los disparos de los guardias. Quiero gritarle que corra, que huya, pero mis labios no se mueven. Levanta la vista y, no sé por qué, sus ojos se encuentran con los míos. Nos miramos fijamente y estudio su cara. Hasta el último recoveco de su piel caoba está sucio de tierra, y su nariz ha parado demasiados puños. Lo reconozco de la película: es Matthew; uno de los rebeldes leales a Thorn y responsable, al menos en parte, del reclutamiento de Rose. Los tendones del cuello se le tensan como varillas. Él también cree que les estoy robando la intimidad.

Los disparos hacen que algunos de los gemas vuelvan la vista hacia allí. Sus bellos rostros pasan de la alegría al horror y se cubren las mejillas con las manos. Cunde el pánico en la multitud. Unos cuantos gemas se lanzan hacia las puertas metálicas laterales del Coliseo, las que conducen a Los Pastos.

Los guardias dejan de disparar por miedo a atravesar una tripa que no deberían el tiempo justo para que una mujer, también vestida con el mono gris, caiga sobre ese hombre. Le tira del uniforme mientras sus finos labios van articulando órdenes a voz en grito. El pelo, negro como un ala de cuervo pero ya canoso, le revolotea alrededor de la cara. Es Saskia, la otra rebelde responsable del reclutamiento de Rose. Tiene el mismo rostro duro que la actriz de la película, aunque no es exactamente igual.

Matthew se pone de pie y agarra a Julia como si fuera una niña dormida. Se detiene un instante y su mirada se topa con la mía. Luego mira a Nate y no sé qué impulso lo sacude, que le provoca un cambio en sus ojos oscuros. Vuelve a tender a Julia en el suelo, en su propia sangre, le susurra algo y echa a correr hacia nosotros con los brazos extendidos. Ni siquiera me muevo, escudada en la incredulidad, pero cuando me estira de la túnica siento la sangre que le mancha las manos.

—¡Rápido! —ruge—. Venid conmigo.

Miro a Nate, esperando que se encoja de hombros como si no pasara nada, pero me mira con ansiedad. «Estamos en *El baile del ahorcado*», me dicen sus ojos. Casi me echo a reír. «Estamos en *El baile del ahorcado*».

Matthew me sujeta los hombros.

—Por el amor de Dios, no duraréis aquí dos segundos con todos estos gemas. — Me agita hasta que nuestras narices casi se tocan.

Es de mi altura, lo que me sorprende porque en la pantalla parecía muy grande... Entonces caigo en la cuenta de que estoy subida a un escalón. Sigo sin moverme, atrapada entre el shock y la risa. A esta distancia veo que también es un poco distinto que su otro yo cinematográfico: la estructura de la cara es más robusta, los ojos son de un castaño más intenso.

Me echa hacia atrás, frustrado, y me sujeta las mejillas entre los dedos calientes y resbaladizos.

—Mira.

Me obliga a contemplar el estrado, donde nueve cadáveres cuelgan, inertes, de sus respectivas sogas, con los cuellos curvados casi como si fueran cisnes, aunque sus pies ya no bailan; ahora apuntan hacia el suelo.

Saskia llega corriendo detrás de mí.

—Déjalos, Matthew. ¡Que los dejes!

Pero Matthew no se mueve.

—¿Queréis acabar como ellos? —Me aprieta las mejillas hasta que mis labios sobresalen—. Porque eso es lo que os pasará si no movéis el culo ahora mismo.

Es evidente que sus palabras hacen efecto en Nate, porque me tira de la túnica y dice:

—Vamos, Violet.

Es ese gesto lo que por fin me desbloquea las piernas. Si de verdad esto es *El baile del ahorcado*, entonces estamos en el lugar más peligroso imaginable, el lugar donde ahorcan a los seres humanos que no han sido mejorados genéticamente. A mí. A Nate. Me zafo de Matthew y le doy la mano mientras cojo a mi hermano con el brazo libre. Empezamos a correr por detrás de la multitud, agachándonos, esperando más balas.

—¿A dónde vamos? —grita Katie, que acaba de alcanzarnos.

Es al verla cuando recuerdo, con un pinchazo de culpa, que éramos cuatro al entrar en esta pesadilla.

—¡Alice! —grito—. ¡Alice!

Pero no la veo por ninguna parte. El pánico me invade el pecho. Matthew nos arrastra entre los gemas, yo me golpeo con una figura perfecta tras otra, ellos me lanzan miradas llenas de repulsión, pero esa repulsión es lo que nos salva, porque se apartan de nosotros como si tuviéramos una enfermedad contagiosa. Se oyen un par de gritos de «Simios asquerosos». Alice sigue sin aparecer. Reduzco la marcha un momento, intentando encontrar el brillo de su melena rubia, siempre al menos una

cabeza por encima del gentío; pero lo que suele distinguirla ahora hace imposible encontrarla.

—¡Guardias! —grita un gema—. ¡Guardias, hay impes rebeldes en el Coliseo!

—Vamos —dice Matthew, apretándome la mano con más fuerza.

—¡Alice! —mi voz se levanta por encima de la multitud.

Saskia corre detrás de nosotros.

—Cierra el pico, niñaata. Nos van a matar a todos por tu culpa.

Entonces oigo una voz débil. Creo que lo que me atrae hacia ella es que me resulta familiar, que en mi interior algo muy profundo reconoce su timbre, su tono de voz, pero en realidad es que me llama por mi nombre. «¡Violet! ¡Violet!». Llega tambaleándose y lo único que la diferencia de los demás es el hollín y el terror en su rostro. Se me lanza a los brazos.

—¿Dónde coño estamos? ¿Qué coño pasa?

—Tenemos que irnos —respondo.

No creo que me oiga con el ruido del gentío, pero debe de haber entendido mi expresión de urgencia porque nos sigue sin decir palabra, agachada, esquivando la multitud.

Llegamos a una puerta de madera que supongo que conduce a la ciudad de los impes. El olor a carne putrefacta se hace más intenso y se me revuelve el estómago. Estamos justo al lado del Chiquero, una celda de madera donde están los familiares de los impes condenados y desde la que se les permite ser testigos de las muertes de sus seres queridos. Nos miran entre los barrotes con las caras impasibles surcadas de lágrimas.

Matthew nos conduce hacia la puerta de madera mientras se saca una pistola del cinturón, preparándose para la llegada de los guardias.

—¡Rápido!

Mis manos, temblorosas, fantasmales, se extienden ante mí, arañando la madera que rodea el pomo de la puerta. Y justo en el momento en que mis dedos rodean la esfera, oigo las marcadas vocales de un guardia gema. «¡Que no se escapen!». Puedo sentir los puntos rojos de los láseres revoloteando justo por encima de mi cuello como un enjambre de luciérnagas furiosas. Me invade una nueva oleada de pánico.

Pero no me paro a mirar. Me centro en el metal que rechina entre mis manos. Sacudo el picaporte hasta que casi se me dislocan los brazos, pero la puerta sigue bien cerrada. Saskia me aparta de un empujón y manipula el picaporte con dedos diestros y un pulso que me sorprende por su firmeza. Las puertas se abren al fin y entramos en la ciudad a trompicones.

CAPÍTULO 6

Matthew cierra la puerta a nuestras espaldas.

—Estamos en *El baile del ahorcado* —dice Nate con voz temblorosa.

—No, ya no —replica Saskia—. Acabamos de salir de allí.

—No, no. —Niega con la cabeza como si Saskia no lo entendiese—. Estamos en el mundo de *El baile*.

Saskia ni se inmuta, como si no lo hubiera oído.

—Hay que darse prisa, antes de que lleguen los guardias.

Por fin caigo en la cuenta de por qué me parece distinta. Tiene una mancha granate con la forma de África justo encima del ojo izquierdo. Y ahora que lo pienso, Rose tampoco era idéntica a Julia Starling, y no lo digo solo por el charco de sangre y los miembros rotos; tenía el pelo más rizado, la constitución más infantil. Es como si estos personajes hubieran salido directamente de la imaginación de la autora. Pero no tengo tiempo de pensarlo, con los guardias pisándonos los talones. Sigo a Saskia y a Matthew por un callejón, aunque las piernas a duras penas me permiten seguirles el ritmo y oigo a mis amigos jactarse.

Conozco la ciudad de los impes del libro y también de la película: es «evocadora e inquietante», en palabras de un crítico. Londres, dentro de varios siglos, bombardeado hasta los cimientos y despojado de todo color y gracia. La cámara se paseaba por un paisaje de azoteas derruidas, farolas tumbadas y jirones de niebla serpenteando como el humo entre pilas de basura. Nate y yo gritábamos cada vez que veíamos un monumento en ruinas: los restos de Tower Bridge; el London Eye caído, oxidado y agrietado como una rueda gigante para hámsters; la mitad del Big Ben, el reloj desaparecido tiempo atrás. Recuerdo verlo sentada en mi sofá mullido, abrazada a un cojín, pensando: «Dios, el Londres del futuro es un horror, menos mal que no vivo allí». Sin embargo, mientras sigo a los dos impes por un laberinto de callejones, con los pies ardiendo de dolor, lo que más me impresiona es la pestilencia.

Recuerdo cuando Nate y yo encontramos un tordo herido. Tenía los ojos desorbitados, un ala rota y las plumas descompuestas, y había dejado una mancha de sangre en el cristal de la ventana de la cocina contra la que había chocado. Nate solo tenía cuatro años y no paraba de llorar. Así que cogí el tordo con cuidado y lo puse en una caja de zapatos, le coloqué un poco de algodón bajo la cabeza, le cubrí el cuerpo con un pañuelo y a un lado puse unas cuantas bayas por si tenía hambre al recuperarse. Le hicimos unos agujeros a la tapa con un lápiz y la escondimos en el armario para que nuestra madre no lo encontrase. Por supuesto, no volvimos a

acordarnos de él. Y una semana después empecé a notar que de mi armario salía un olor raro, como a escabeche y tostadas quemadas. Cuando levanté la tapa me llegó la fetidez con toda su fuerza.

Un pájaro en descomposición. Igual que la ciudad.

—No os quedéis atrás —grita Saskia por encima del hombro—, a menos que queráis que esos putos soldados os echen el guante.

Doblamos una esquina a toda velocidad para entrar en un nudo de callejones y acabamos desembocando en una callejuela. Sobre nuestras cabezas, ropa tendida que se agita al viento como banderines abandonados. Durante un instante me pregunto quién se preocupa en lavar la ropa para que luego se seque en un aire tan nauseabundo. Saskia se detiene para tomar aliento y todos nos paramos. Apoyo las manos en las rodillas y noto un pinchazo en un lado.

Sin previo aviso, Saskia se da la vuelta y empotra a Katie contra la pared. Se oye el crujido de su columna contra los ladrillos, seguido de una fuerte exhalación.

—¿De qué coño iba ese numerito, zorra? —Saskia le escupe a Katie las palabras a la cara.

Quiero separar a Saskia de Katie, pero Matthew se interpone.

—Rose ha muerto por su culpa —dice, extendiendo los brazos y volviendo las palmas de las manos hacia arriba como si viera por primera vez la sangre de Rose, que ha pasado de ser de un intenso carmesí a una costra de escamas marrones.

Miro a Matthew y luego a Saskia. Los dos están afectados, deshechos, pero de formas distintas: es como si Matthew se fuera a romper de dolor y a Saskia la ira estuviera a punto de salirse por todos los poros. En el canon ambos tienen una larga historia de fondo con Rose, a la que conocen meses antes de la misión de la bomba cardo. Thorn les había pedido que buscasen una impe joven y guapa, capaz de infiltrarse en la hacienda Harper, capaz de seducir a un guapo gema. Cuando Saskia y Matthew rescatan a Rose de una pelea callejera, se dan cuenta al instante de la irresistible mezcla de fragilidad y coraje de la que está hecha y de que es la candidata ideal para la misión Harper. Hacen de ella su protegida y la entrenan noche y día. Rose acaba convirtiéndose en una amiga, una hija, además de una compañera de rebelión. No es de extrañar que su muerte les afecte tanto.

Por la mejilla de Matthew corre una lágrima que se queda colgada en la barbilla. Se lleva las manos al pecho como si estuviera abrazando al fantasma de Rose.

—Por el amor de Dios, Matthew, ¡deja de llorar! —le suelta Saskia sin dejar de sujetar a Katie—. A Rose no le gustaría que nos rindiéramos. Lo que querría es que averiguásemos quién coño son estos impes.

Alice me mira con unos ojos como platos que quieren decir «¿Y ahora qué?».

—Lo siento mucho —dice Katie—. No sé qué ha pasado, de verdad. Pensaba que era Julia.

—No era Julia —digo—; era Rose. La auténtica Rose.

Katie no ha visto nunca la película, es normal que esté tan confusa.

—¿Julia? ¿Quién coño es Julia?

Saskia vuelve a estampar a Katie contra la pared.

—¡Suéltame! —Katie forcejea, pero no puede con Saskia.

—Quiere decir que se parecía mucho a una amiga nuestra —explico—. Katie solo intentaba avisarla.

—¡Avisarla! —grita Saskia—. No necesitaba ningún aviso. No le habría pasado nada de no ser por vosotros y también podríamos haber salvado a esos impes. Teníamos que haberlos salvado —se le quiebra la voz—. Los han ahorcado por culpa vuestra.

—Eso no lo sabéis —dice Alice, luchando por que no se le note la mentira en la cara.

Saskia la mira como si la viera por primera vez. Suelta a Katie y se le acerca, suspicaz, mientras le retuerce un mechón dorado entre los dedos.

—Tú te pareces demasiado a ellos —la palabra «ellos» la pronuncia como si supiera mal.

Alice se endereza, rígida como una estatua. Solo se le mueven las narices, que se dilatan un poco al tomar aire, temblorosa.

—He dicho que te pareces demasiado a ellos. —Saskia tira del mechón y se oye cómo se separa del cuero cabelludo.

Alice grita y su mano salta como un resorte hacia su cabeza.

—¿A quiénes? —replica, indignada, como si no supiera a qué se refiere, pero es ridículo. Allí apoyada contra la pared desconchada con su minivestido, parece una modelo en una sesión de fotos de estilo urbano. Los mechones de pelo dorado caen surcando el aire y se esparcen por el pavimento.

—Dadme un motivo para que no la mate ahora mismo. —Saskia se da unos toquecitos en el cinturón y, por primera vez, veo el mango oxidado de una navaja que sobresale por debajo del cuero—. Te rajo la tripa y a ver qué pinta tiene la sangre gema.

Alice se pone blanca como la leche.

Intento decir algo, interceder, pero tengo la boca como si me la hubieran pegado con cola y las piernas se niegan a moverse.

—Creo que ya hemos tenido suficiente sangre por hoy —dice Matthew, tocándole el brazo a Saskia, que reacciona con un respingo, como si no estuviera acostumbrada al contacto.

—La sangre gema no cuenta.

—Yo no soy gema —replica Alice.

—¿Ah, no? —Saskia coge el bolso plateado de Alice y lo vacía en el suelo. Un brillo de labios, un paquete de chicles, un monedero de Marc Jacobs y un iPhone. Saskia coge el móvil y lo voltea entre sus manos. La pantalla se ilumina al rozarla con el pulgar—. ¿Y esto qué coño es? ¿Crees que los impes tenemos cacharritos como este?

—Solo es un teléfono. —Levanta la mano para cogerlo, pero se arrepiente en el último momento.

Saskia frunce el ceño.

—¿Tenéis más juguetitos como este o me vais a obligar a desnudaros a todos para ver qué encuentro?

A regañadientes, nos vaciamos los bolsillos y entregamos nuestras posesiones. Carteras, teléfonos, bálsamos para los labios. No creía que fuera posible sentirse tan vulnerable, pero sin el teléfono, el dinero para el taxi de las emergencias y la foto de mi familia, me siento desnuda. Creo que nos pasa a todos, a juzgar por la postura de nuestros brazos cruzados, como protegiéndonos los órganos vitales; el corazón.

Pero a Saskia parece que le da lo mismo. Mete todo de cualquier forma en el bolso de Alice, hasta que las costuras parecen a punto de reventar.

—A mí me parecen cosas de gema.

—No soy gema —repite Alice.

—Es verdad —dice Nate, con su voz de «Acabo de tener una idea» más decidida. Descruza los brazos y hasta parece que saque pecho.

Saskia se gira hacia él, sacando la navaja tan rápido que casi ni lo detecto.

—Cállate, pequeñín.

—Es una espía de los impes. —Nate mira la hoja, pero no se le quiebra la voz—. La utilizamos porque parece gema.

No puedo evitar quedarme un poco chafada. Soy la hermana mayor, debería ser yo la de las ideas y la voz decidida. Alice tenía razón: ando justita en cuanto a imaginación.

Saskia se echa a reír.

—¡Y una mierda!

Matthew mira a Nate, con los ojos llenos de compasión.

—Conocemos a todos los espías.

—No es verdad —insiste Nate—. Preguntadle a Thorn.

Saskia frunce el ceño.

—¿De qué conocéis vosotros a Thorn?

—Trabajo para él —Nate ni se para a pensar—, igual que ellas.

—Nate —siseo. Pero Katie me silencia con una mirada que dice «Confía en él».

—¿Por qué nos iba a seguir si no? —dice—. No es idiota, ¿sabes? Sabía que meterse en la ciudad era un suicidio, pero tenía que volver al cuartel general rebelde.

Siento una punzada de orgullo al ver que Nate suaviza las vocales, imitando el acento impe. Y me avergüenza admitir que ni se me había ocurrido utilizar mi conocimiento del canon en nuestro favor. Conocemos muchos secretos de los rebeldes; los hemos visto y leído y analizado hasta el último detalle durante dos años. A veces tengo que recordarme que solo tiene catorce años.

—¿Ah, sí? —Las arrugas en su marca de nacimiento indican que Saskia se está poniendo nerviosa—. Pues ¿dónde está el cuartel general rebelde, listillo?

—¡No se lo digas! —interrumpe Katie, disfrutando del cambio en las tornas—. ¿Y si no son rebeldes? A lo mejor solo quieren sonsacarnos.

Saskia y Matthew estallan en una carcajada, echando la cabeza hacia atrás y mostrando las gargantas mugrientas y sus dientes amarillos. Es la primera vez que los veo reír y da la impresión de que solo sus bocas recuerdan cómo se hace.

—¿Os queréis quedar con nosotros? —La sonrisa de Matthew ha desaparecido tan rápido como apareció.

Miro a Alice. Tiene los puños apretados y tiembla un poco. Inspiro hondo.

—Os lo diré si nos dejáis en paz. ¿De acuerdo?

Saskia se me acerca, lenta, casi seductora.

—Ya lo veremos.

—El cuartel general está en la iglesia bombardeada.

A Saskia le cambia la cara.

—Vale —la voz también le ha cambiado, de pronto parece en guardia, como si tuviera miedo de desvelar algo. Pero sabe que digo la verdad.

—¿Saskia? —dice Matthew.

—Cállate, estoy pensando. —Se friega los ojos con los dedos como si pudiera llegar hasta el cerebro y ordenar las ideas—. Vale, pero eso no significa que aquí vuestra amiga la gema sea una espía. ¿Qué puedes contarnos tú, princesa?

Alice está nerviosa, apenas le sale la voz.

—Está junto al puente cortado. Por el río Támesis abajo. —Alice da un respingo al caer en su error: ellos ya no lo llaman así.

—¿Por el río qué? —dice Saskia.

—Por el río; río abajo —balbucea Alice.

Saskia pone cara de sorpresa.

—Sabéis demasiado. Nos vamos ahora mismo a ver a Thorn; ya se encargará él de rajaros las tripas a todos. —Sus dedos juguetean con la tela que le cubre la clavícula. Recuerdo esa historia de trasfondo (Thorn le hizo un corte hace unos años, por cagarla en una misión) y tengo la sensación de que ella también la está recordando mientras recorre los bordes de su cicatriz por encima del mono. De pronto se echa a reír—. Hoy teníamos que haberle presentado a Rose, la última incorporación a nuestra familia rebelde, y en lugar de eso le toca conoceros a vosotros. Qué suerte tiene, el cabrón.

—¡Pero has dicho que nos dejarías ir! —protesto.

—No se puede confiar en los impes.

Saskia vuelve a sonreír, pero esta vez la sonrisa le cruza la cara. Sus ojos color zafiro relampaguean.

Nate me toquetea con disimulo, para que nadie lo vea.

—No pasa nada, Violet. Teníamos que verlo, de todas formas. Podemos ir todos juntos.

No sé por qué Nate quiere ver a Thorn. Nos ahorcaría al instante si creyese que no

puede confiar en nosotros. Tal vez podamos engañar a Saskia y a Matthew, pero a Thorn no lo engaña nadie.

Matthew inspira fuerte entre dientes, como si estuviera catando el aire.

—¿Qué vamos a hacer con... eso? —Señala a Alice, que está temblando, no sé si de frío o de ansiedad.

—Tiene razón —dice Saskia—. Dos minutos en la calle y a esta imitación de gema la linchan seguro. Y a Thorn no le servís de nada si estáis muertos.

Alice tiembla cada vez más. Me dan ganas de abrazarla, pero no quiero que parezca débil.

Saskia mete los brazos dentro del mono y no sé cómo se baja la cremallera desde dentro. El mono cae al suelo y se queda arrugado a sus pies como la piel vieja de una pitón. Debajo lleva pantalones de arpillera y una camisa color crema manchada. No había reparado en lo delgada que está bajo toda esa tela, en cómo se le marcan los omóplatos y las caderas. No puedo evitar preguntarme cuánto hace que no ha comido.

Le da una patada al mono con la bota para pasárselo a Alice.

—Toma. Póntelo e intenta pasar desapercibida —se da la vuelta murmurando al aire frío—. Parece que se te estén helando las tetas.

Contengo una sonrisa; es el primer atisbo de compasión que se ha permitido desde nuestra llegada. Con Rose era mucho más agradable.

Katie y yo ayudamos a Alice a ponerse el mono y al hacerlo veo que está descalza y le sangran un poco los pies por la alocada carrera por la ciudad.

—Madre mía, Alice, cómo tienes los pies...

—No me había dado ni cuenta —dice con voz ausente mientras se toquetea la planta del pie como si fuera de otra persona; de un maniquí, tal vez. El mono le va pequeño y el tiro le aprieta la entrepierna al intentar meter los hombros—. Creo que soy demasiado alta.

Saskia se arrodilla a sus pies y rasga la costura de la entrepierna. Alice parece horrorizarse por lo incómoda que es la situación, pero no dice nada y por fin consigue colocárselo. La tela se abre un poco entre las piernas, y deja ver un destello de azul eléctrico.

—Pareces un bebé gigante —ríe Nate—, con la abertura para cambiar el pañal.

Alice está a punto de llorar.

—¡Cállate! —lo corta Saskia—. O te pongo de rodillas y te doy unos azotes en el culo, a ver quién parece un bebé.

—¿Y esa de qué va? —pregunta Matthew, golpeando a Saskia con el codo mientras señala a Katie, que sigue con su disfraz de ADN.

Se echan a reír otra vez y Katie frunce el ceño.

—Es una larga historia.

—Y hablas raro. ¿De qué ciudad eres? —pregunta Matthew.

Me mira un segundo con cierto pánico.

—De Liverpool —respondo.

Estoy segura de que Liverpool es una de las ciudades impe que siguen en pie en el canon. Miro a Nate, que asiente para confirmarlo.

—Me cuadra. —Matthew tira de las medias que Katie lleva retorcidas en una especie de hélice.

—¡Eh! —la protesta de Katie es poco menos que anecdótica. Los imperdibles se abren y ceden, y las medias caen al suelo. Llama menos la atención toda de negro.

Matthew gruñe de dolor y se mira el hombro. Por los dedos le gotea sangre que dibuja motas en el suelo. Se lleva una mano al hombro con una mueca. La manga de la camisa está empapada de sangre, y es sangre fresca: una de las balas debe de haberle hecho un rasguño, pero no se ha quejado ni un momento.

—Al menos está claro que es una impe —arrastra las palabras por el dolor.

—Hay que llevarte a que te vean ese hombro —dice Saskia.

—No hace falta —dice—. Vamos al cuartel, ya me lo mirarán allí.

—No. Te vas a desmayar antes de que lleguemos y pesas demasiado para llevarte auestas. Lo arreglaremos por el camino. Vamos, conozco a alguien que te lo puede curar. —Saskia se gira hacia nosotros, con la cara ensombrecida—. Vosotros nos vais a seguir, ¿está claro? Como echéis a correr me pondré a gritar a pleno pulmón que aquí la princesa es una gema y ya veremos cuánto duráis.

Todos asentimos en silencio.

—E intentad pasar desapercibidos. —Matthew niega con la cabeza, con resignación—. Sois los peores espías que he visto.

—Y una mierda espías —masculla Saskia.

Echamos a andar por una antigua carretera principal, ahora peatonalizada por la falta de vehículos. Reconozco de la película la gran extensión de asfalto que se abre ante nosotros.

—Qué sitio más horrible —susurra Katie.

Asiento. Entre las ruinas de los edificios asoman esqueletos de vigas. Los huecos de las puertas están cubiertos con trapos o plásticos y las calles está tiznadas por las manchas oscuras que han dejado las hogueras abandonadas. Los árboles son pálidos y raquíticos, y el césped son matas amarillentas y marchitas. No se ve ni una flor, no hay colores. Es un mundo de grises.

—¿Por qué está todo tan tranquilo? —murmura Nate.

Tiene razón: reina un silencio siniestro. En la película había un cierto ajeteo de impes desnutridos que se saludaban y se insultaban. Miro alrededor y veo que todos se quedan quietos, fulminándonos con la mirada. Fulminan a Alice, para ser más concretos.

—Métete el pelo por dentro del mono.

Obedece enseguida y sin discutir, y sigue caminando con los ojos fijos en los pies descalzos sobre el asfalto, como si no fuese capaz de obligarse a levantar la vista y reconocer la presencia del peligro. Nate, Katie y yo caminamos a su alrededor, rodeándola para que los impes tengan que esquivarnos para verla bien. Poco a poco el

ruido de fondo va aumentando y los impes pierden el interés. Observamos a Saskia y a Matthew, que encabezan la marcha.

—¿Qué es lo que está pasando? —dice Katie—. ¿Dónde coño estamos?

—Estamos en *El baile del ahorcado* —respondo.

—Bueno, hasta ahí ya lo sabía. Quiero decir que si estamos en una película, en un libro o qué coño es esto.

Nate suelta una especie de risa nasal.

—Creo que se ha producido alguna clase de alteración temporal de la realidad al derrumbarse el decorado de la Comic-Con. Hemos entrado en un universo alternativo, el universo de *El baile del ahorcado*.

—¿Y eso qué significa? —replica Katie.

—¡Y yo qué narices sé! —exclama Nate. Se echa a reír como si estuviera loco.

—Creo que tienes razón —digo, poniéndole la mano en el hombro—. Es una especie de universo alternativo, si estuviéramos en la película las cosas no serían tan distintas.

Me doy cuenta de lo ridículo que suena todo al decirlo en voz alta, pero aquí estamos, rodeados de impes y edificios derruidos, respirando *eau* de pájaro pútrido.

—Creo que estoy soñando —cuchichea Alice para sus pies—. Solo es una pesadilla y cuando despierte estaré en cama con mi pijama.

—Solo piensas en ti misma —dice Nate—. Podría ser un sueño mío, no todo gira a tu alrededor.

—No estáis haciendo ningún bien —tercio—. Vamos a callarnos e intentar que no nos maten.

—No me parece un sueño —dice Katie, con la voz vacía.

—A mí tampoco —suspira Alice—. Me duelen demasiado los pies para que sea un sueño.

—¿De qué nos va a servir ver a Thorn? —le pregunto a Nate—. Ya sé que es tu héroe, ¿pero tienes claro que es medio psicópata?

—Thorn no nos va a ayudar —sonríe.

—Mira, déjate de acertijos —dice Alice.

—Sí, tío —asiente Katie—. De verdad que si tienes un plan es mejor que nos lo digas.

—Thorn no, Baba. Ella nos dirá cómo volver a casa.

—¡Nate, qué idea tan genial! —digo.

—Estoo... Casi me da miedo preguntarlo —dice Katie—, pero ¿quién es Baba?

Nate mira a Saskia y Matthew para comprobar que no nos estén escuchando, pero están demasiado absortos en su propia conversación. No tienen ni idea de la existencia de Baba (eso lo sé por el canon) y supongo que Nate prefiere que siga siendo así. Los poderes premonitorios de Baba son el arma principal de Thorn en la lucha contra los gemas, así que cuanta menos gente sepa de ella, mejor. Y la ira de Thorn sería terrible si Nate se fuera de la lengua.

Nate se gira hacia Katie. Su voz es grave, pero su cara muestra emoción.

—Tiene una pinta horrible, como una abuela zombi con una pelambreira gris y los ojos y la nariz cubiertos de piel; tiene una raja en vez de boca, sin dientes, y va así, toda jorobada... —Camina encorvado y contorsiona la cara, intentando parecerse a Baba.

—Vale, pero ¿quién es? —susurra Katie impaciente.

No puedo evitar meter baza. Me encanta Baba, es uno de mis personajes preferidos: su aspecto es aterrador, pero es como un gran enigma.

—Fue una de las primeras gemas y la única que sobrevivió a la oleada inicial de experimentos, cuando los humanos todavía no dominaban el arte de la mejora genética. Se les fue la mano al mejorarla en empatía y longevidad, así que es capaz de leer las mentes y ver el futuro, y ha vivido durante siglos. Recuerda el mundo anterior a los bombardeos de los gemas y a las murallas que enclaustran las ciudades.

—Hace un rollo superguay que se llama fusión de mentes —dice Nate, sonriendo—: Te pone las manos en la cabeza y te absorbe los pensamientos del cerebro, como si fueran un granizado.

—¿Y esta zombi mentalista está en el cuartel general rebelde? —pregunta Katie. Asiento.

—Thorn la tiene en una habitación subterránea.

—Pero ella es gema —replica Katie—. ¿Está prisionera?

—No te enteras de nada —se burla Alice—. Está de parte de los impes. Ellos la crearon, ellos cuidaron de ella... odia a los gemas.

—¿Y la zombi esta nos va a decir cómo volver a casa? —pregunta Katie.

—Ese es el plan —responde Nate.

—¿Es lo mejor que tenemos? —sigue preguntando Katie—. ¿Esa es nuestra mejor baza para volver a casa? ¿Un vejestorio llamado bebé?

Miro a Nate y Alice, que asienten, poco convencidos, y balbuceo:

—Se llama Baba.

Katie deja escapar una risita nerviosa.

—Estamos muy jodidos.

CAPÍTULO 7

Nos detenemos ante un edificio derrumbado que reconozco de la película: es la taberna de Zula. Es a donde Saskia y Matthew llevaron a Rose después de que lanzase la bomba cardo para celebrar el éxito de su primera misión y para animarla antes de conocer a Thorn. Al menos creo que es la misma taberna, aunque está más sucia y tiene mucha más pinta de derrumbarse: la puerta está roída por la carcoma y los ladrillos rezuman una sustancia pegajosa. La verdad es que se parece más a como me la había imaginado al leer el libro, antes de que pasase por el taller de chapa y pintura de Hollywood. Veo el cartel del presidente Stoneback pegado en la pared, desgastado por la lluvia y rasgado por el viento, igual que en la película. Pero a este presidente le han dibujado cuernos en la cabeza y una soga alrededor del cuello, un detalle que no aparecía en el libro, ni en la película, ni en mi imagen mental que yo tenía del lugar. Un detalle que le da un aterrador aire de realidad.

—Zula te va a dejar el brazo como nuevo —le dice Saskia a Matthew.

Esto confirma mis sospechas y me doy cuenta de que estoy en el mismo punto exacto que Rose, justo a la izquierda de la puerta. Me invade la sensación inquietante de que estoy siguiendo los pasos de un fantasma.

Matthew señala a Alice con la cabeza.

—¿No crees que quizá no sea buena idea restregarles a esta gema de imitación por las narices? Algunos días los parroquianos no son de lo más recomendable, y por mucho mono que lleve, tengo la impresión de que aquí en la calle no hemos engañado a nadie.

—¿Tienes alguna idea mejor? —replica Saskia—. Estás sangrando tanto que no vamos a conseguir llegar al otro lado de la ciudad. —Mira a Alice de arriba abajo—. Pero Matthew tiene razón: sigues teniendo pinta de gema.

—Con esto puesto no, desde luego. —Alice se mira de arriba abajo, con cara de asco.

—Podríamos romperte un par de dientes —dice Saskia.

Alice se tapa la boca con un movimiento instantáneo, en parte por la impresión, en parte para protegerse.

—Un poco exagerado, ¿no? —tercio.

—No dirás lo mismo en cuanto los impes crean que es una gema —Saskia sonrío—. Desearás que le hubiera roto los dientes.

—Relájate, Saskia —dice Matthew—. Si se pone a sangrar ahora por la boca

llamará mucho más la atención. —Sujeta a Alice por los hombros—. Puedes caminar encorvada, ¿verdad?

Al cambiar la postura, Alice parece dos o tres centímetros más baja.

Saskia se echa a reír.

—¡Bueno, todo arreglado! Si casi parece enana... —Esquiva a Matthew para poder inspeccionar a Alice de cerca—. Hay que cortarte el pelo; así metido por dentro del mono da la impresión de que ocultas algo.

Creo que se va a echar a llorar.

—¡El pelo no!

—No hay rubios en la ciudad, el tinte no está en la lista de necesidades básicas de nadie; pero podemos cortártelo. —Se saca la navaja del cinturón y empieza a frotársela en la camisa.

Alice palidece de tal forma que las manchas de colorete de las mejillas destacan como pinturas de guerra.

—No va en serio.

—Solo es pelo, Alice —dice Katie—. Es mejor que la alternativa.

—Venga, Barbie, a ver qué tal te queda un corte a la taza —bromea Nate; pero hasta él suena un poco asustado.

Saskia se le acerca con la navaja y esta vez Matthew no interviene. Es evidente que la idea le parece sensata.

Los labios rosados de Alice tiemblan, todo su cuerpo se dobla sobre sí mismo. Y de pronto vuelvo a tener siete años y estoy sentada detrás de ella, haciéndole trenzas, y huele a flor de cerezo y a hierba limón, y los mechones relucen como hebras de oro al reflejar la luz con el movimiento de mis dedos. Quiero coger la navaja y lanzarla al barro, pero algo me lo impide. Supongo que es el miedo. Por cómo la miraban aquellos impes; por el odio que había en sus ojos.

—No te muevas —Saskia sujeta las puntas del cabello de Alice y tira de su cabeza hacia atrás.

—No, no, por favor. —Alice se resiste, manoteando en el aire.

—¡Maldita sea! —exclama Saskia—. Sujétala, Matthew, por favor. Y que cierre el pico.

Pero antes de que a Matthew le dé tiempo a moverse, sujeto a Alice por un brazo y le susurro al oído:

—Siempre has querido cortártelo, ¿te acuerdas? Como Audrey Hepburn en *Una cara con ángel*. Te destacará ese cuello largo y la estructura ósea tan bonita que tienes. Y cuando volvamos a casa te llevaré a Vidal Sassoon para que te lo arreglen. Quedarás guapísima, te lo prometo. —Noto como se le distiende un poco el cuerpo—. Es por tu bien, ahora lo que importa es que te camufles.

El violeta de sus ojos reluce por las lágrimas, pero deja de resistirse y me aprieta la mano.

—Vale, vale, ya lo entiendo. Soy demasiado guapa para este vertedero. —Se

arrodilla, para mostrar su disposición a cooperar.

Saskia estira su melena dorada y empieza a cortar gruesos mechones. Caen flotando como plumas amarillas. Al acabar, Alice se pasa los dedos por el pelo recortado, se cubre la cara tensa con las manos y se echa a llorar.

—¡Por el amor de Dios! —dice Saskia, mientras se vuelve a guardar el cuchillo en el cinturón—. Como sigas llorando así se te va a ir toda la suciedad y tendré que restregarte la cara por el barro.

Katie y yo la ayudamos a levantarse. Da la impresión de que estuviera herida por dentro, como si fuera el Sansón de la Biblia. Hasta Nate entiende lo mal que lo está pasando, porque sonrío y dice:

—Estás genial, Alice, de verdad —aunque no puede resistirse a añadir—: Si no triunfas como escritora siempre puedes salir en la próxima peli de Lego.

—Te queda bien —dice Matthew.

—Muy bien. —Saskia pone mala cara y los brazos en jarras—. Ahora todos calladitos, y ya sabéis lo que pasará si intentáis daros el bote, ¿verdad?

Se ata el pelo, largo y canoso, en un moño suelto, como preparándose para la acción. Lo hacía en la película y me resulta raro que, pese a los cambios que ha producido nuestra llegada (la muerte de Rose y el ahorcamiento de los nueve impes), sigamos sincronizados con el canon. Los pensamientos caen uno detrás del otro como fichas de dominó: en el canon había controladores tras la puerta de la taberna. Me sé al dedillo esa parte de la novela: «Controladores: agentes autodesignados de la ley en la ciudad de los impes. Por supuesto, no hay tal ley, solo siguen su avaricia y sus retorcidos apetitos». Les gustaba Rose, se tomaban demasiadas confianzas y Rose tenía que utilizar su última bomba cardo para despistarlos y poder escapar de allí con Saskia y Matthew. Acababan escondiéndose en un portal en un callejón para evitar que los linchasen. Al menos Rose no está aquí para atraer las miradas de los controladores... pero está Alice. Se me encoge el corazón.

—¡Espera! —le digo a Saskia, justo antes de que empuje la puerta.

Nate abre los ojos y me doy cuenta de que también ha atado cabos.

—¿Qué pasa ahora? —Saskia se queda parada con un pie dentro.

—No sabemos quién hay dentro... podrían ser peligrosos —digo.

Saskia frunce el ceño de tal manera que la mancha se le reduce a la mitad.

—Deja de decir chorradas, no sea que os tenga que cortar algo más que el pelo.

Sin darme oportunidad a replicar, Matthew entra en la taberna.

El hedor me golpea en toda la cara; es la peste a cerveza rancia que suelta mi padre cuando ha bebido la noche antes. Pero está mezclada con otros olores: repollo, cebollas y algo más, que podrían ser orines. Desde luego, la estancia tiene toda la pinta de oler a meado. El serrín en el suelo, el moho en las paredes, los cojines destrozados, todos de un amarillo mostaza descolorido. Parece una versión más vieja y más ajada del decorado de la película.

Varios impes nos miran desde sus taburetes en la barra. La mayoría llevan los

monos grises que marcan su estatus de esclavos, pero otros llevan ropas normales: vaqueros desgastados y camisetas raídas. La conversación muere con nuestra entrada en el bar, a la zaga de Matthew y Saskia. No es la primera vez que entro en un pub, bien aferrada a mi carné falso, pero los nervios de pedir un vodka con Coca-Cola siendo menor no tienen nada que ver con esto: siento que se me va a salir el corazón del pecho.

Busco a los controladores, pero no veo ni rastro de ellos y me empiezo a relajar.

La impe que hay tras la barra retuerce un trapo entre las manos teñidas de nicotina. Zula. Tiene la piel tan arrugada que engulle sus rasgos y no se sabe si sonrío o frunce el ceño. Juro que en la peli no tenía tantísimas arrugas.

—¿Qué os ha pasado? —le pregunta a Matthew.

—Herida de guerra.

Zula asiente y se inclina sobre la barra, dejando que la parte de arriba del pecho le desborde el corsé.

—¿Y quiénes son vuestros amigos?

Abro la boca para contestar, pero Saskia se me adelanta para decir con un falso tono ligero:

—Son impes nocturnos. Trabajan en Los Pastos con Matthew y conmigo.

Zula estudia nuestras caras.

—¿Ah, sí?

—Sí —replico, jugueteando con el pelo.

—No quiero problemas, ¿vale? —dice, mirando a Alice con desconfianza.

—Ha sido un día muy largo —dice Saskia—. Nos iremos en cuanto Matthew esté curado.

Zula sonrío y un entramado de arrugas le inunda los ojos.

—Ve a la trastienda, cielo, que te arreglo enseguida.

—Gracias, eres la mejor. —Matthew le devuelve la sonrisa como si la idea no se le hubiera pasado nunca por la cabeza.

—No lo hago por ti, es que me estás manchando el suelo.

Matthew levanta la mano y la sangre le empapa la camisa mientras sigue a Zula hasta la trastienda.

Saskia nos lleva a una esquina del fondo del bar para separarnos lo máximo posible de los demás impes.

—Nos iremos en cuando Matthew esté listo —dice, inclinándose hacia nosotros —; nos espera un buen trecho hasta el cuartel general.

Recuerdo la iglesia bombardeada de la película. Donde viven Thorn y Baba, donde se reúnen los rebeldes. Se me hace un nudo en el estómago y me debato entre la emoción y el miedo. No me puedo creer que de verdad vayamos de camino al auténtico cuartel general, que de verdad vayamos a conocer a los auténticos Thorn y Baba. Es como descubrir que existen los dragones. Sales corriendo a la calle para verlos surcar el cielo en círculos, majestuosos, inconcebibles. Y entonces te prenden

fuego y te tragan de un bocado.

—Nuestra preciosa amiguita está llamando un poco demasiado la atención —añade, mirando a los demás impes. Incluso con el mono y el corte de pelo, Alice atrae las miradas de varios impes.

—Vete acostumbrando —dice Katie.

Le doy una patada por debajo de la mesa.

—Tenías razón, niña.

Los ojos de Saskia se dirigen hacia una figura furtiva que se acerca. Uno de los controladores del canon, solo que el tipo tiene tantas pecas que casi no le caben en las mejillas y se le desbordan hacia la frente, los párpados y los labios. Sus rasgos también parecen más afilados, como si se hubieran ido reduciendo hasta quedar solo las partes más salientes, y su cara podría ajustarse a la de una comadreja. Se me hace un nudo en el estómago.

—Mira lo que tenemos aquí —dice, colocándose al lado de Alice—. Una monada que se ha equivocado de lado de la muralla. Siempre es un placer.

—Déjala en paz —dice Saskia—. Acaba de terminar un turno muy largo, como todos.

Se da unos toquitos en su placa en forma de estrella, igual que en la película.

—Esto exige un poquito más de respeto, mujer —dice, y vuelve a dedicarle a Alice toda su atención—. ¿Y cómo es que no te he visto antes por aquí?

Alice mira a Saskia. El controlador sonríe.

—Creo que puedes hablar por ti misma, con esa boquita linda.

—Mira, ya nos íbamos, ¿vale? —dice Saskia.

—Pero si acabáis de llegar...

—Y ya nos vamos. Voy a buscar a mi amigo, que está en la trastienda con Zula. Le ha pegado un tiro un soldado gema. —Saskia intenta ganar algún minipunto, pero se le nota la desesperación.

El controlador se ríe y yo me fijo en que tiene la lengua muy rosa, como si se hubiera comido un caramelo de fresa.

—Hay que ver, estáis hechos unos héroes.

Saskia se dirige hacia la barra a toda prisa, pero el controlador no se marcha. Acerca una silla, aparta a Nate y se sienta al lado de Alice.

—¿Es vuestra madre o qué?

A Alice se le escapa una risita nerviosa.

—Es nuestra tía —digo, suavizando las vocales, imitando su acento, pero me tiembla un poco la voz.

—Sí, es una plasta total —dice Katie, incapaz de disimular el acento de Liverpool.

El controlador acomoda un brazo sobre los hombros de Alice.

—¿Y si mandáis a vuestra tía al cuerno y venís a sentaros con nosotros?

Alice está tiesa como un palo.

—No creo que le parezca muy bien —dice, pero esta vez cambia un poco la voz para sonar más impe y consigue sostenerle la mirada como si no se estuviera cagando encima. Por un momento creo que va a funcionar.

—Estás temblando —dice el pecas. Se inclina hacia ella y me imagino lo mal que le debe de oler el aliento—, pero aquí no hace frío, ¿verdad? ¿Por qué tiemblos? —Hace un puchero, sacando el labio inferior, como si se preocupase por ella—. ¿Te pongo nervioso, bonita?

Alice abre la boca, para responder, supongo, pero el controlador no le da oportunidad.

—¡Eh, Terry!

Se nos acerca otro impe con una placa en forma de estrella en la solapa. Tiene el pelo gris, con entradas, y por su complexión robusta es evidente que no tiene problemas para encontrar comida en una ciudad famélica.

—Tengo aquí una monada de chica temblorosa —continúa el pecas, sonriente—, y aunque me gustaría pensar que tiembla por lo guapo que soy, más bien me parece que es una gema apestosa.

El tiempo parece detenerse. Nate me coge la mano por debajo de la mesa y tiene la palma empapada en sudor. Ojalá tuviera una de las bombas cardo de Rose ahora mismo, no nos vendría nada mal una distracción.

Terry estudia un momento la cara de Alice y se queda como pasmado.

—Ni siquiera se ha molestado en intentar parecer una impe. Ni peluca, ni cicatrices falsas... solo se ha untado un poco de roña en la cara y se ha hecho un mal corte de pelo. Un intento penoso, la verdad, hasta una pizca insultante. Vale que los impes somos cortitos, pero...

El controlador pecoso niega con la cabeza y chasquea la lengua para mostrar su decepción.

—Los espías gema se están descuidando mucho, la verdad.

—No es una gema —digo, pero mi voz suena falsa y pequeña.

—Sí, dejadla en paz —tercia Katie.

El de las pecas me mira a mí, luego a Nate y a Katie.

—Moverse con impes sí ha sido buena idea, la ayuda a pasar desapercibida.

—No es una gema —repite Nate, despojado de toda su fuerza.

—¡A callar, chavalín! Me da igual que seas impe, si ayudas a una gema no eres mejor que ella.

—¿Y esta qué? —Terry me clava un dedo en el esternón—. Tiene pinta de gema, es bastante guapa.

El otro me da un buen repaso.

—Los pómulos no están mejorados y tiene los labios demasiado finos, se los habrían engrosado. Y tiene un lunar en la mejilla, se lo habrían quitado.

No sé si sentirme ofendida o aliviada.

—No pongas esa cara de pena —dice mientras se me acerca—, ¿quién va a querer

ser una gema asquerosa?

Le apesta el aliento a madera mohosa y a ginebra. De pronto me agarra por el pelo y me echa la cabeza hacia atrás, como si me fuera a arrancar la cabellera. Abro la boca sin poder evitarlo y me pasa un dedo por los dientes. Su tacto es como de babosa y el sabor no puede ser mucho más agradable. Oigo las protestas de mis amigos, pero el controlador no hace caso.

—Limpios pero torcidos —dice, negando con la cabeza—. Es impe, seguro.

Terry repite la operación con Alice. Lo único que puede mover son los ojos, que bailan en las cuencas, grandes, dilatados por el miedo.

Se acercan más impes. Un par de ellos se colocan detrás de Katie y Nate y los sujetan por los hombros.

Terry le sujeta la barbilla, casi con ternura.

—Dientes perfectos.

Asienten y nos levantan de las sillas. Al controlador de las pecas solo le llego hasta el pecho.

—Creo que no hay dudas de que esta es una impe —se ríe—. Me encantan las canijas.

Me tira al suelo. Aterrizo en una postura rara y choco contra la silla, que cae al suelo. Me sube el dolor desde el coxis. Nate intenta ayudarme, pero lo sigue sujetando por los hombros un impe corpulento.

Me giro hacia Alice; es más alta que Terry incluso sin tacones.

Terry sonrío, es una sonrisa larga, perversa, del que sabe que ha ganado.

—Vaya, vaya... casi metro ochenta, diría yo. ¿Sabes lo raro que es eso sin un poco de trasteo genético?

Se hace un silencio horrible. Creo que Alice ha abierto la boca para decir algo, pero las palabras no llegan a salir porque, con un movimiento inesperado, los dos controladores le arrancan el mono del cuerpo, dejando al descubierto sus brazos esbeltos y su disfraz de la Comic-Con. Le rasgan un trozo del vestido, que le queda colgando del hombro como una lengua larga y azul.

—¡Dejadla en paz, cabrones! —grita Katie.

Alice, con una mirada de horror que le distorsiona los rasgos, intenta volver a colocar la tela en su sitio.

—La prueba definitiva —dice Terry, agarrándola de los brazos—. Llevas un mono, dices ser esclava, entonces deberías estar numerada.

Todos los impes que trabajan en Los Pastos tienen su tatuaje de esclavo; un número grabado en la espalda que indica su lugar de trabajo. Esto es así porque solo los impes de probada fuerza y salud pueden acceder a Los Pastos. Y, de este modo, los gemas no necesitan llamarlos por su nombre. ¿Qué mejor forma de negarles su humanidad? Busco la mirada de Alice un segundo. Las dos sabemos lo que le espera. El controlador se lanza sobre ella y le arranca el vestido por la espalda, dejando al desnudo la piel virgen en la que debería haber un tatuaje.

Intento ponerme de pie, llegar hasta ella, pero mis brazos chocan torpemente contra la silla caída. De pronto se oye el golpe de una puerta que bate contra la pared al abrirse. Matthew entra como una furia desde detrás de la barra, con el hombro envuelto en un vendaje que ya empieza a estar manchado de sangre.

—¡Suéltala, cacho mierda! —grita, mientras se abre camino hasta nosotros a codazos y patadas.

Los impes le bloquean el paso y no veo más que un remolino de puños y zapatos. Al parecer se ha involucrado todo el pub, en una explosión de sonido y movimiento. Manos que forcejean, voces que gritan, rodillas que golpean. Me dan un manotazo en la espalda y el dolor es como un abrazo de fuego. Me pongo de cuclillas como puedo y gateo hacia Alice. Algo duro, una bota, creo, me golpea en la oreja. Todo se vuelve borroso y siento como si gatease bajo el agua, pero no me paro. Llego hasta los tobillos de Alice y le tiro de las pantorrillas con todas mis fuerzas. Se acuclilla a mi lado y enseguida, casi con desesperación, apoya la mejilla contra la mía.

—Hay que largarse de aquí —las palabras pasan directas de mi boca a su oído.

No responde, pero empezamos a avanzar hacia la puerta. Un impe cae justo delante de mí, con la nariz hundida. Intenta gritar, pero le tapo la cara con la mano, le clavo la rodilla en las costillas y le paso por encima. Y no sé cómo, en medio de la confusión, logro ponerme en pie y echar a correr hacia la puerta con Alice a mi lado.

—¡Que no escapen! —grita alguien.

—¡Nate! —chillo—. ¡Katie!

—Estoy aquí. —Katie aparece entremedio de una confusión de brazos y piernas y se revuelve hasta llegar hasta nosotros con la melenita pelirroja convertida en una maraña de mechones pegados a la cabeza.

—¿Y Nate? —digo, cogiéndola de la mano para atraerla hacia mí.

Niega con la cabeza, con los ojos muy abiertos y sobresaltados.

—¡Nate! —vuelvo a gritar, tratando de verlo entre el tumulto—. ¡Nate!

Pero no veo más que caras furiosas que se nos echan encima. Alice me agarra por el hombro.

—¡Tenemos que escapar!

Estoy dividida: Nate o mis amigas. Pero en la mirada de Katie y en los desgarrones del vestido de Alice hay algo que me obliga a decidirme por ellas. Salimos a la luz del día y echamos a correr. Me arde la oreja y la espalda me mata, pero las piernas saben lo que tienen que hacer. Un pie delante del otro. Y lo único que pienso mientras braceo con los puños apretados y me arden los pulmones es que he abandonado a Nate.

CAPÍTULO 8

Paramos un momento en la parte de atrás de unas casas adosadas, jadeando, y nos secamos el sudor de los ojos.
—Se han ido por ahí.

La patada debe de haberme afectado al oído porque es como si las palabras se fundiesen, pero aun así reconozco la voz nasal del controlador. Echamos a correr, escondiéndonos entre la ropa tendida, y saltamos pilas de basura. Alice va delante gracias a sus piernas largas y llega un punto en que pienso que nos va a dejar atrás.

—Alice —consigo decir. Frena el paso y la alcanzamos—. No podemos alejarnos demasiado de Nate.

—No te preocupes, que no nos alejaremos, Violet —dice Katie—. Volveremos a por él enseguida.

Vuelvo a oír la voz del controlador.

—Venga, tíos, hay que hacerlas salir —se lo oye más cerca, más fuerte.

Recorro el callejón con la mirada buscando, frenética, un escondite y entonces lo veo: el portal tapiado del canon, donde se escondieron Rose, Saskia y Matthew; un revoltijo de ladrillos derruidos y argamasa desmenuzada. Busco la mirada de Alice y nos entendemos sin hablar. Empezamos a quitar ladrillos y alborotamos un nido de cochinitas. Katie se pone de rodillas y nos echa una mano.

—Se han metido por allí —grita alguien.

Alice suelta un grito ahogado, pero seguimos, empujadas por el pánico.

La voz de Terry se escucha por encima de las crecientes pisadas de las botas.

—¡Venga, panda de inútiles!

Nos colamos por el hueco y colocamos de nuevo los ladrillos en su sitio frenéticamente.

Contengo la respiración y encojo las piernas, pegándolas al cuerpo, y las sujeto con manos trémulas y sudorosas. El suelo vibra cuando los impes pasan. Noto la agitación del aire en las mejillas y mis manos cambian del rosa al negro y vuelta al rosa cuando sus sombras pasan. Solo cuando mis manos siguen rosas durante un buen rato, empiezo a respirar.

—Se han ido —susurra Alice—. Igual que en el canon.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Katie.

—Rose, Saskia y Matthew se escondían en este mismo portal para que esta misma tropa no los linchasen.

—Qué raro —dice Katie.

—Es verdad —asiento—; es como si el argumento original... —busco la palabra — nos persiguiera.

Alice apoya la cabeza en la pared que tiene detrás.

—¿Cómo coño hemos acabado aquí? —En la penumbra del portal tapiado apenas consigo distinguir las lágrimas centelleando en sus mejillas.

—Es de locos. —Cambio de postura y nuestras rodillas se tocan.

—Quiero volver a casa —dice Alice.

—Y yo —tercia Katie.

Me gustaría que nos pudiéramos quedar para siempre en el portal, acurrucadas y seguras.

Alice se limpia la nariz con el dorso de la mano, cosa que no le había visto hacer jamás.

—Qué gracia, ¿verdad? —dice—. Siempre pensaba que ojalá pudiese entrar en *El baile...* pero ahora que estamos dentro —se le rompe la voz por la emoción— es una mierda total.

Lo dice en un tono suave y rítmico, a medio camino entre la risa y el sollozo.

—Al menos vosotras habéis leído el libro y visto la película —dice Katie—. ¿Por qué no estaremos en Narnia o en Nunca Jamás... o... en *El sueño de una noche de verano*? Al menos sabría lo que está pasando.

No contesto, estoy concentrada en el dolor: la cabeza, la oreja, la espalda. Me sirve para abstraerme. Se oye un goteo cerca, una charla distante, el maullido de un gato.

—Tenemos que encontrar a Nate —digo, al fin.

Lo más probable es que todos los impes cabreados hayan salido del pub a por nosotras, pero, aun así, no me quedaré tranquila hasta que lo haya visto sano y salvo.

Alice asiente.

—Pero danos un segundito más, ¿vale? Esperemos a que esos cabrones estén bien lejos. Creo que Rose esperó como una hora.

—Solo tiene catorce años —digo, negando con la cabeza.

—Pero es listísimo. —Katie me da un apretón en la pierna—. Se le ocurren ideas para salir de cualquier situación.

Compartimos una sonrisa triste y empezamos a quitar los ladrillos. Salimos del portal y tropezamos con los escombros, levantando polvo de ladrillo que se me mete por la garganta e intento contener la tos.

Tal vez no hemos esperado lo suficiente, tal vez ha sido la tos, pero el caso es que nos ven.

—¡Están ahí! —grita un impe—. ¡Te dije que se habían ido por ahí!

El estómago me da un vuelco, pero echamos a correr sin pararnos siquiera a mirar atrás.

Al doblar la esquina encontramos más impes, que forman un muro feo y cabreado. Se cierran en torno a nosotras, nos cercan, nos rodean, y yo giro sobre mí

misma cada vez más rápido al darme cuenta de que estamos rodeadas por muros, de carne y de ladrillo. Cojo a Alice y a Katie de la mano y apoyo el peso en la punta de los pies, preparada para huir a la menor oportunidad.

El controlador pecoso sonrío, larga y lentamente, como el que sabe lo asustadas que debemos estar.

—Bueno, bueno, mirad quién está aquí. —No respondo, tengo demasiado miedo para hablar. Bajo la túnica la piel se me ha puesto de gallina—. Una gema y sus amigas, dos impes traidoras.

Quiero decir algo, pero no sale más que un gemido.

—¡Qué putos pesados! —grita Katie—. ¡Que no es una gema!

El controlador no le hace ni caso.

—¿Y sabéis lo que hacemos con los gemas y los traidores?

Otro impe grita desde el final del grupo.

—¡Ahorcarlos!

En la película y en el libro, los impes son los buenos, estás con ellos, así que resulta extraño ser el blanco de su odio. Ojalá pudiese explicárselo, sentarme con ellos y que vieran la película, su película, para que se dieran cuenta de que esto no es real, que todo es falso.

Y de pronto ya no me abrasa la oreja ni me duele la espalda; ya no pienso en las manos de mis amigas, frías y resbaladizas por el sudor. Lo único que siento es que se me derrite el cuerpo allí mismo: se me hunden las piernas, los pulmones dejan de resollar y el corazón deja de bombear. Caigo al suelo como un peso muerto.

—Se nos ha adelantado.

—¿Se puede colgar a una traidora si ya está muerta?

—Con los traidores mejor pasarse que quedarse corto.

La voz de Alice me llega como si hablase a través de una tela.

—¡Violet, despierta, Violet!

Los colores se difuminan, las formas se fragmentan, los sonidos se atenúan hasta desaparecer.

Me elevo hacia las nubes, con los pies en punta y las piernas estiradas. Alcanzo el zenit de un arco invisible y miro hacia abajo: una cama elástica se balancea como una sábana magenta extendida entre los árboles. Mi madre se ríe y Nate aplaude: «Salta, Violet, salta, que no te vamos a dejar caer». Y entonces oigo una voz, atenuada como si me llegase a través de agua. Es la de mi padre. «¡Muy bien, Violet! Venga, mi niña». Parpadeo, pero abrir los ojos es como levantar un peso inmenso. Percibo el aroma de algo limpio, ya no huele a pájaro putrefacto, es algo fresco y medicinal. Pero entonces los árboles se desvanecen, regresa el pájaro pútrido y la voz de mi padre se transforma en gritos; en los gritos de Alice.

El aturdimiento desaparece y me doy cuenta de que no me elevo hacia las nubes gracias a una cama elástica, sino sostenida por unas manos que me han agarrado por los brazos y me han enderezado. La tierra se desvanece y durante un instante me

quedo colgada en el aire como una muñeca. Luego golpeo el suelo con los talones y reboto contra los adoquines mientras los impes me arrastran por el callejón. Sobre mi cabeza, la estrecha franja de cielo se transforma en una gran extensión de azul pálido. Otra vez estamos en una calle principal.

Giro la cabeza y veo por el rabillo del ojo a Alice, a la que varios impes llevan aupada sobre sus cabezas. Tiene la cara retorcida de terror. Oigo gritos y vítores. A juzgar por como va subiendo el volumen, se está reuniendo toda una multitud. Noto manos que me agarran la piel. «¡Hemos cogido a una gema! ¡Hemos cogido a una traidora! ¡Colgadlas, que paguen!» Me ponen boca abajo y pierdo a Alice de vista.

—¡Alice! —grito hacia los adoquines.

Los impes me ignoran y me arrastran hasta un barril. A Alice ya la han soltado encima de otro tonel. Se ha quedado allí plantada, con la barbilla bien alta, posiblemente porque tiene miedo de caerse... pero no puedo evitar que me recuerde a una de esas hadas diminutas de las cajas de música; casi espero que se ponga a girar. Y entonces me doy cuenta, horrorizada, de que está tan estirada porque tiene una soga alrededor del cuello.

Antes de que me dé tiempo a chillar, a gritar o llorar, siento que me pasan la soga por la cabeza y me la aprietan por debajo de la barbilla. Intento levantar las manos (para tirar de ella, para arrancarla, para liberarme) pero, no sé cuándo, los impes me han atado las muñecas. Esto me produce otra descarga de pánico, como si disponer de las manos hubiera podido salvarme.

Los impes me colocan los pies en un tonel junto al de Alice y me enderezan. El otro extremo de la soga me pasa junto a la oreja silbando como una bala, describe un arco por encima de una farola abollada y cae al suelo con un golpetazo. Luego le toca el turno a Katie. La aúpan a otro barril y lanzan su soga junto a la mía. Miro hacia abajo, a las caras llenas de odio, y bloqueo las rodillas, en un intento desesperado de mantenerme en pie porque sé que un tropiezo significaría la muerte. Pero la soga ya se tensa alrededor de mi garganta, cortándome el aire, y seguirá tensándose más. Cierro los ojos y me pregunto si el nudo evitará que el vómito siga subiendo. Ojalá no tuviera las manos atadas para poder dárselas a mis amigas por última vez.

Un impe de nariz ganchuda da un paso al frente y alza la voz.

—Silencio, hermanos y hermanas gemas, os habla vuestro presidente.

La multitud ríe y aplaude. El presidente levanta las manos y el gentío calla.

—Bienvenidos al baile del ahorcado —se esfuerza en marcar las vocales e hincha el pecho como un pavo—. Nos hemos reunido aquí hoy para presenciar el ahorcamiento de estas... impes.

—¿Cuáles son sus crímenes? —gritan.

Mira al cielo como si se comunicase con un poder más elevado.

—Sus crímenes son tratar de salir adelante, alimentar a sus familias, soportar vuestro desprecio, vuestro acoso, vuestros abusos sexuales.

La multitud emite sonidos lascivos. Un impe se lanza hacia mí y me tira de la

túnica. El barril se tambalea y siento que mi cuerpo tensa la soga.

—Su crimen es la pobreza. —El presidente se ríe.

Intento respirar, pero apenas me llega aire. Las piernas se me debilitan más con cada segundo que pasa.

—Su crimen es la enfermedad.

Es curioso lo que te cruza la mente cuando estás a punto de morir, pero mi último pensamiento es algo parecido a: «¡Qué pena haber llegado hasta aquí y no haber conocido a Willow!».

—Su crimen es el hambre. —El presidente dibuja un círculo gigante con una mano—. Su crimen es... mostrarnos en el espejo nuestra fealdad.

El gentío estalla en una algarabía de risas y carcajadas. El presidente levanta las manos en un gesto de rendición.

—¡Pero un momento! Estas no son impes: son lobos con piel de cordero. —Apunta a Alice con un dedo acusador—. Esta es una gema apestosa. —Vuelve la atención hacia Katie y hacia mí—. Y este par... Dios sabrá lo que son. Impes de nacimiento, pero gemas de corazón. Traidoras de los pies a la cabeza.

—No es gema —la voz de Katie suena áspera—. Sacó un aprobado en la reválida de mates y la semana pasada tuvo la gripe.

—¡Calla, traidora! —dice el presidente.

Lo miro a los ojos en busca de un ápice de compasión; la compasión que brilla en los ojos de los impes de la película, pero no veo más que odio.

—¿Qué hacemos, pues, con nuestra gema apestosa y sus apestosas amiguitas?

Se escucha un cántico, débil al principio, que va ganando fuerza con cada palabra: «A bai-lar, a bai-lar, a bai-lar».

El presidente hace una reverencia y el cántico cesa. Se acabó. Vamos a morir. Los impes me quitan las manos de encima y yo me quedo en equilibrio sobre el borde del tonel. No sé cómo, logro que unas palabras me salgan de la garganta:

—Solo queremos irnos a casa.

—Díselo a quien le importe —ríe el controlador pecoso, mirando al barril y echando hacia atrás su bota.

—¡ALTO! —esta voz no me llega a través del agua. Es fuerte y clara, y se queda colgada en el aire como un vilano de cardo.

Escudriño la multitud y veo que un impe se abre paso hacia el frente con cara de determinación. Un mechón de pelo negro le cae sobre la piel de porcelana e, incluso desde esta distancia y a pesar de que el movimiento los desenfoca, noto que tiene unos ojos del azul más pálido que he visto jamás.

—¡Por el amor de Dios! —Llega hasta nosotras a grandes zancadas, levantando bien alta su imponente nariz—. Pero ¿qué coño hacéis? A estas chicas las conozco yo y son impes. Todas. Estáis a punto de colgar a tres impes.

El controlador pecoso se pasa la mano por la frente, nervioso.

—Las bajitas sí, pero la alta no. Es una gema, seguro.

—Es una impe, lo sé. De pequeños vivíamos frente a frente, siempre ha sido una puta preciosidad. No hago más que decirle que se rompa la nariz o algo, que un día la van a colgar de un barril como a un jamón.

Se produce una pausa incómoda; un silencio tenso entre la multitud. Terry es el primero en romper la tensión.

—Todo en orden —dice, dándole una palmada en la espalda al impe de pelo negro—. A este chaval lo conozco, es buen chaval, os lo digo yo. Es el hijo de Ma; si dice que es una impe, es que es una impe.

—Pues ¿dónde tiene el tatuaje y por qué llevaba un vestido debajo del mono? —pregunta el controlador pecoso, con la voz cargada de decepción.

Alice logra croar unas pocas palabras clave.

—Trabajo para la rebelión.

—¡Pues claro! —dice el chico moreno, pillando el hilo enseguida—. Se hace pasar por gema para conseguirmos algunos secretillos. —Sus ojos destellan un azul pastel increíble—. Lo que merece es una puñetera medalla por arriesgar así su vida para salvaros, imbéciles. ¿Y vosotros qué hacéis? Intentar colgarla como si fuera un monstruo.

La multitud empieza a murmurar, mirándose de reojo con confusión. El presidente vuelve a dibujar un círculo con la mano, deseoso de ver el final de su espectáculo.

—¿Desde cuándo importa la inocencia?

Pero varias manos ya han cortado las sogas y nos han ayudado a bajar de los barriles. El impe de pelo negro se me cuela debajo del brazo para sostenerme, y rodea a Alice por la cintura con el brazo que le queda libre. A Katie le ha ido mejor y se las apaña para caminar por sí misma detrás de nosotros, con la mano apoyada en mi hombro, como si hubiera perdido la vista.

No puedo evitar notar lo fuerte que es el impe de pelo negro, pese a los huesos que se clavan contra mi carne por debajo de su camisa. Yo apenas puedo caminar, pero él nos va sacando de allí sin dificultad, esquivando a los atónitos espectadores.

—No dejéis de andar —dice.

Alice gruñe en respuesta.

—Nate... tengo que volver —junto las palabras, pero parece que me entiende.

Me aúpa un poco y niega con la cabeza.

—¿Tienes ganas de morir o qué? Vámonos de aquí antes de que cambien de parecer.

—Lo encontraremos, Violet —susurra Katie desde atrás.

—¿Quién eres? —le pregunto al chico.

—Al parecer, vuestro héroe —responde.

CAPÍTULO 9

Desaparecemos por una calle lateral y, tras varios desvíos algo desconcertantes, nos mete por un portal.

—Aquí estáis a salvo.

Al oír esas palabras, me dejo caer al suelo en posición fetal. Debe de haberme dado una arcada, porque la boca se me llena de bilis y creo que estoy llorando porque oigo los sollozos de una chica aterrorizada. Dejo de aferrarme el cuello con las manos para apartar demonios imaginarios; una colonia de hormigas corretea por encima de mí, mordiéndome, picándome, escarbando. Katie está sentada a mi lado y me acaricia la mano, y el impe moreno me aparta el pelo de la cara por si vomito. Estos gestos dulces me ayudan a salir del pozo. Consigo sentarme como puedo y me apoyo en la pared, al lado de Alice. Me giro hacia ella y veo su cara: pálida, macilenta y manchada de rímel.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Al intentar mover la cabeza siento otro dolor: el círculo ardiente que me rodea el cuello. Lo recorro con los dedos y noto algo húmedo y caliente que rezuma hacia mi colgante del corazón partido.

—El nudo de Violet estaba apretadísimo —dice Katie—, le cortaba la piel.

Se esfuerza mucho por hablar en tono normal, como si no pasara nada, pero le noto un titubeo al final de la frase.

El impe me pasa una taza de líquido humeante.

—Toma, intenta beber un poco.

La cojo con manos temblorosas y voy dejando que mi pecho suba y baje a su propio ritmo. Tomo sorbos pequeños, cortitos, y el dolor del cuello va remitiendo. Sabe un poco a té negro. Le pasa una taza a Katie y otra a Alice y oigo que murmuran una palabra de agradecimiento. Alice la huele y la deja en el suelo.

Poco a poco me voy fijando en el lugar que me rodea: una habitación pequeña, austera y sin moqueta; hay cajas en lugar de sillas, un lavabo pequeño en una esquina y un hogar en la otra. El impe saca una colcha de una caja y me la echa sobre los hombros. No me había dado cuenta del frío que tengo.

—¿Me contáis vuestra historia, pues? —pregunta el impe.

Una única palabra me saca del aturdimiento: Nate. Recuerdo la última vez que vi su cara, tensa por la ansiedad.

—Tengo que encontrar a mi hermano. —Intento incorporarme, pero los brazos ceden, el mundo empieza a dar vueltas y acabo chocándome de espaldas contra la

pared y tirándome el té por encima.

El impe me roza con los dedos al coger la taza.

—Vais a quedaros aquí un ratito. Estáis en estado de shock y esos cabrones de los controladores podrían seguir por ahí —su voz suena acogedora, como si lo conociera desde hace años, y se me relajan un poco los músculos.

—Tiene razón —dice Alice.

Katie asiente.

—A Nate no le va a pasar nada; está con Saskia, que es un pedazo de arpía.

Me muerdo el labio inferior para intentar que no me tiemble. Se hace el silencio entre las paredes desnudas.

—Me llamo Ash —dice el chico al fin, tocándome un brazo.

Levanto la cabeza como un resorte.

—¿Ash?

—Eso he dicho. —Me mira un poco desconcertado—: Ash.

—¿El Ash del canon?

Me mira moviendo la cabeza como si estuviera loca.

—¿El Ash del qué?

—Así me siento yo todo el rato —rezonga Katie.

—¿Trabajas en la hacienda Harper? —le pregunta Alice.

—Sí, soy un impe nocturno.

Alice y yo nos miramos un momento.

—Es el Ash del canon —dice, y se echa a reír.

El Ash del canon era uno de los impes que se encargaban de cuidar de Rose en la hacienda Harper, aunque no tenía ni idea de que era una rebelde. Le hacía de guía, la ayudaba con sus tareas y la miraba mucho. Me daba pena y me recordaba a Jacob, de *Crepúsculo*, siempre al rabillo de Bella, como un cachorro perdido. El Ash de la peli hasta tenía pinta de cachorrillo, con esos ojazos azules y el pelo negro y lacio. El Ash de ahora se parece más a como me lo había imaginado al leer el libro, más felino que canino, más elegante y orgulloso. Y más atractivo. No puedo evitar preguntarme si es que Russell Jones no quería tener competencia en la pantalla. Estoy segura de que a Robert Pattinson se le cayó el alma al suelo cuando vio a Taylor Lautner por primera vez.

—Pero eres tan... distinto —digo.

—Muérdete la lengua, Violet —susurra Katie.

—¿Nos conocemos? —O Ash no la ha oído o hace como si no.

—No, no... —Muevo la cabeza con demasiado brío y el dolor aumenta—. Me he confundido.

—¿Y te llamas...? —pregunta, sonriendo.

—Violet.

—¿Como la flor o como el color?

—Como los dos.

—¿Me dejas que le eche un vistazo? —dice, mirándome la herida del cuello.

—Adelante.

Al meter la mano por debajo de mi pelo me roza la clavícula con el borde de la uña y noto que me aletea algo cálido en el estómago.

—Eso tiene que doler. —Ladea un poco la cabeza y me dedica una sonrisa torcida. Se nota que le da un poco de corte tocarme; solo tiene dieciocho años, uno más que yo. Se limpia mi sangre en el mono y frunce el ceño—. No soporto a esos asquerosos de los controladores. Se creen que pueden decidir sobre la vida y la muerte.

Cruza la habitación hasta el lavabo y pone un trapo bajo el grifo, que desagua directamente en un sumidero abierto en el suelo, sin tubería ni nada. Incluso desde lejos se ven cosas marrones flotando y me llega la peste a alcantarilla. Alice arruga la nariz y Ash hace ver que no se da cuenta.

—No son más que imbéciles hambrientos de poder. No son mejores que los gemas, qué queréis que os diga. —Se le van los ojos hacia Alice—. Perdona.

—No soy una gema. —El nuevo corte de pelo le deja el cuello al descubierto, que sigue tan suave e inmaculado como siempre.

Katie tenía razón: mi nudo estaba muy apretado. Ese pensamiento hace que me vuelvan a invadir las náuseas.

—¿En serio? —Ash levanta una ceja negra (las cejas del Ash de ahora son mucho más bonitas que las del Ash del canon, este Ash no es cejijunto)—. ¿Eres así de nacimiento?

—Eso parece. —Alice sonrío.

—Venga, hombre —dice Katie—, que ya es bastante creída.

—Un momento —le digo a Ash—, si creías que era una gema, ¿por qué la salvaste?

Escurre el trapo con un gesto de indiferencia.

—No somos más que animales. Todos.

—¿Y no odias a los gemas? —pregunto.

—Claro que sí, pero no a muerte. —Se me acerca y me fijo en la línea bien definida que marca donde la oscuridad del pelo se encuentra con el blanco de la piel—. Creo que es mejor limpiar eso.

Le dejo que me restañe la sangre del cuello y no puedo evitar fijarme en que, en la penumbra del cuarto, su piel casi parece translúcida, lo que le da un aire de vulnerabilidad que no concuerda con la anchura de su cuello.

—¿Y de dónde sois?

Su aliento me roza la oreja.

—Somos de otro universo —titubeo.

Se ríe.

—Déjame adivinar: de un universo dominado por los impes.

—¿Tan raro sería? —ahora me río yo.

—La verdad es que no. Antes era así, ¿no? Antes de que se descubrieran las mejoras genéticas.

Me inclina la barbilla con sumo cuidado. Lo miro a los ojos; ese azul fresco me recuerda al invierno. Me pasa el trapo por la nuca, por detrás del pelo y me llega su olor: jabón y sudor.

—Entonces a lo mejor somos del pasado —digo.

—¡Viajeras del tiempo! La trama se complica. —Se queda callado un momento y nos sonreímos. La sonrisa le ocupa toda la cara, hasta su orgullosa nariz tiene que pelear por hacerse sitio.

Katie mira a Alice:

—De pronto me siento invisible.

—¡Hola! —Alice saluda con la mano—. Seguimos existiendo, ¿eh? ¿Cuándo nos toca a nosotras el baño de esponja?

Ash y yo nos echamos a reír, un poco nerviosos, y nuestros alientos se mezclan en el espacio que nos separa. Vuelve a echarse hacia atrás para sentarse en cuclillas.

—¿No tenéis hambre?

El estómago me ruge por su cuenta. Llevo sin comer desde el desayuno. Ash se acerca a atizar el fuego, donde hay un caldero.

—Ma dejó un guiso al fuego antes de salir.

—¿Quién es Ma? —Recuerdo las palabras del controlador: «Es el hijo de Ma; si dice que es una impe, es que es una impe». Está claro que Ma exige respeto.

Ash revuelve la olla. El calor y el movimiento hacen que se desprenda un aroma de carne guisada que se impone al olor a alcantarilla y me hace la boca agua.

—Es la partera —responde—. Todos los impes la quieren porque la necesitan, claro.

—¿Entonces no hay hospital? —pregunta Katie.

—Sí que sois de otro mundo, ¿eh? —dice Ash, sonriendo.

Ni me imagino lo que habrá pasado esa mujer, asistiendo partos en estas condiciones, con las paredes embadurnadas de porquería y cosas marrones flotando en el agua.

Ash sigue removiendo y yo me dejo arrullar por la melodía de su voz hasta un estado parecido al trance.

—Si os han soltado ha sido por ella. La gente me respeta mucho por ser su hijo, hasta los controladores la valoran porque ha salvado a sus bebés y a sus mujeres. A veces pierde algún bebé o alguna madre, y entonces se pasa una semana llorando en sueños. —Calla un momento, con la mirada fija en el guiso, como si viera algo perdido que no puede recuperar.

—Parece una mujer increíble —digo.

Pero lo que me parece más increíble son todas las historias de trasfondo que no están ni en el libro ni en la película. Es como si este universo se ampliase más allá de las fronteras del canon. Me gustaría comentarlo con Alice y Katie, pero no quiero que

Ash piense que estoy loca.

Se aleja de sus pensamientos, coge un cucharón y empieza a servir el guiso en unos cuencos: bultos marrones flotando en aguachirle.

—Sí, Ma es increíble. —Nos da un cuenco a cada una. De cerca huele aún mejor.

—¡Violet! —sisea Alice, dejando el cuenco junto a la taza—. ¿No sabes lo que es esto?

Mi mente regresa a la película, a las escenas de impes hambrientos cazando y desollando ratas junto con imágenes de gemas llenándose las preciosas bocas de exquisitos manjares.

—¿Es rata? —le pregunto a Ash.

—¡Rata! —exclama Katie—. ¿En serio?

Nos mira extrañado.

—¿Qué va a ser si no?

La idea de comer rata me revuelve el estómago, por supuesto. Me acuerdo de que, hace cosa de un año, hubo un escándalo tremendo porque cerraron un restaurante del barrio de Shepherd's Bush por servir rata en vez de pollo. Me pasé una semana sin comer carne, y cuando por fin volví a comerla, mi padre y Nate me metieron un ratón de plástico en un bocata de pavo. Les pegué cuatro gritos. Gritos de los buenos. Y luego estuve otra semana sin comer carne.

Pero al ver a Ash, con la cabeza ladeada, mirando como lo miro, me obligo a sonreír.

—Claro, qué va a ser. Gracias.

Dejo el plato en el suelo y me ayudo con las manos para tragar el mejunje.

Alice y Katie se quedan mirándome mientras como en silencio, sujetando sus cuencos con manos desconfiadas. Acabo y Alice suelta una risita.

—Acabas de comer rata.

—Rata de verdad —añade Katie.

—Pues estaba buena —y también me echo a reír.

—Es la mejor rata a este lado del puente roto.

Las palabras de Ash me recuerdan algo.

—Tenemos que llegar al puente roto.

—¿Estás segura? —me pregunta—. En la zona del río no hay más que problemas.

—Sí —asiento—, Nate tiene que estar allí.

Ash vuelve a poner cara de no entender nada.

—Puedo acompañaros un trecho, pero tengo que volver a las puertas de la ciudad antes de que salgan los autobuses. Esta noche voy a Los Pastos.

Me doy cuenta por primera vez de que la prenda que tanto se le ajusta al pecho es el mono gris reglamentario. De pronto Alice se sienta muy erguida.

—¿A Los Pastos? —y enfatiza la palabra «Pastos» como enfatizó la palabra «Hawái» al volver, un poco más rubia, un poco más bronceada y un poquito más creída, de las vacaciones el año pasado. Se inclina hacia Ash—: Porque tú trabajas en

Los Pastos, claro.

—Sí, soy un impe nocturno, creo que eso ya lo habíamos dejado claro.

—¿Cómo son?

Casi me parece oír un ukelele y el frufrú de una falda de paja.

—¿Los impes nocturnos? Macilentos y con deficiencia de vitamina D porque no les da nunca el sol.

—No, no —Alice se ríe como si no pillase la tristeza oculta tras el sarcasmo—. Que cómo son Los Pastos.

—Pues... No faltan la comida ni el agua potable... Todos esos lujos. —Ash explora el rostro de Alice un momento, pero la cara del chico no refleja adoración, sino sospecha—. ¿Por qué te interesan tanto?

—Yo qué sé. —Se toquetea la boca, tratando de reprimir una risa nerviosa—. Era por charlar de algo, por ser una buena invitada.

Ash mira el cuenco con el guiso todavía intacto.

—Una buena invitada se habría comido la rata. —Mi ataque de risa hace que se gire hacia mí—. ¿Estás segura de que queréis ir al puente? Es que... no puedo ir con vosotras hasta allí, de verdad. Mi familia necesita mi trabajo para sobrevivir.

Me entra el ataque de empatía y me nace una mentira en los labios:

—No te preocupes, no tenemos que llegar hasta el puente, solo vamos hacia esa zona. Nos las apañaremos. Nos están esperando unos amigos.

—Es que esta vez no podré protegeros. —Entorna esas pestañas oscuras y me fijo en que son tan largas que casi le rozan los pómulos.

—¿Pero no eras nuestro héroe? —dice Alice.

Ash ignora su mirada coqueta y levanta la vista buscando la mía; la calidez de su sonrisa templó el hielo de sus ojos. Luego recoge los cuencos de Alice y Katie y vacía el contenido en el caldero.

—Claro, pero el impebús no espera a nadie, ni siquiera a los héroes —dice y sale de la habitación un momento.

—¿Cómo sabes dónde está Nate? —pregunta Katie, volviéndose hacia mí.

—¿No te acuerdas de que Saskia y Matthew lo iban a llevar al cuartel general rebelde?

—¿Y eso está junto al puente roto?

—Exacto.

—No tenía la impresión de que Ash fuese tan mono —nos interrumpe Alice.

—Es que no lo era —replico.

—¿Quién es Ash? —pregunta Katie, sin esconder su frustración.

—Es parecido a Jacob de *Crepúsculo* —respondo.

—¿Crees que he leído *Crepúsculo*? —Hace un gesto de incredulidad—. ¿Pero tú me conoces?

—¡Ay, por favor! —tercia Alice—. ¡*Crepúsculo* se lo ha leído hasta mi abuela!

—Pues piensa en Laurie, de *Mujercitas* —le digo—. Ash seguía a Rose a todas

partes como un perrito abandonado.

—¡Aaaaah! —A Katie se le ilumina la cara—. Igual que Silvio de *Como gustéis*.
Alice pone cara de exasperación.

—O Friki Fríquez, de *El ataque de los raritos*.

Ash vuelve y trae un par de zapatos andrajosos, uno de ellos con un agujero en la suela, taponado con una especie de paja seca. Se los da a Alice, que los sostiene entre el pulgar y el índice como si no quisiera tocarlos.

—No es que sean Jimmy Choos, ¿eh? —Katie es incapaz de contener la sonrisa.

Otra vez el pobre Ash no entiende nada y está monísimo con esas arrugas que le salen en la frente.

—No son de ningún Jimmy, son míos —dice, señalando los pies de Alice—, pero yo creo que te quedarán bien, tienes unos pies inmensos para ser una chica.

Intento no reírme cuando mi mirada se cruza con la de Katie.

—Mejor que nos pongamos en marcha, entonces, si queremos encontrar a ese hermano tuyo. —Ash me sonrío y la calidez que me aleteaba en el estómago se extiende por todas las extremidades de mi cuerpo.

CAPÍTULO 10

Me parecía imposible, pero la ciudad se desintegra cada vez más a medida que nos adentramos en ella. Edificios sin paredes, calles partidas por la mitad, chozas construidas con restos de chapa metálica y plásticos. Es muchísimo peor que en la película, incluso peor de cómo me lo imaginaba al leer el libro. Y la peste no hace más que aumentar. Me tapo la nariz con la manga, a modo de filtro de aire, y veo que Katie y Alice hacen lo mismo.

Ojeo el interior de las chabolas y de vez en cuando atisbo algún movimiento: madres alimentando a sus bebés, padres cortando trozos de madera que han encontrado por ahí. Me asalta la idea de que todos estos impes, igual que Ash, tienen una historia detrás, una vida sobre la que no escribié Sally King. ¿Cómo es posible esto, entonces? ¿Acaso King escribió todos los detalles de cada impe antes de morir o es que este mundo ha brotado directamente de su imaginación?

—¿Me cuentas tu historia, pues? —me pregunta Ash—. ¿Qué hace tu hermano pequeño en el puente roto?

Las palabras «hermano pequeño» desatan la culpa en mi interior; ya se me había olvidado por qué lo dejé en la taberna, por qué no lo elegí a él.

—¿Violet? —la preocupación en la voz de Ash hace que me brillen los ojos.

—Si te lo dijera tendría que matarte.

—Tu historia se está volviendo cada vez más fascinante, ¿no? —ríe—. Viajera en el tiempo, asesina...

Nuestros brazos se rozan al caminar. Ash parece contentarse con no cotillear, feliz de acompañarme, apoyando su brazo en el mío con complicidad.

Los monos reglamentarios se ven cada vez menos. Los impes de paisano parecen muy delgados y desesperados incluso para ser impes. Ojos hundidos, pómulos angulosos, dedos como ramitas. Lo recuerdo del canon: los impes que trabajan en Los Pastos viven más cerca de las puertas de entrada y son los que gobiernan la ciudad. Son los que reciben una pequeña paga y tienen comida y ropa. Pero los impes de cerca del río parece que coqueteen con la muerte y tienen los labios teñidos de azul.

El sol se va deslizando hacia abajo en el cielo. En casa es primavera, el aire es templado y entra fácil en los pulmones. Aquí es casi otoño y el frío empieza a colármeme por debajo de la túnica y a calarme los huesos. Durante un instante me pregunto qué hora será en casa, si mis padres habrán puesto la mesa para cenar, esperando a que Nate y yo volvamos de la Comic-Con. Me imagino sus caras, nerviosas al ver que va pasando el tiempo, y se me hace un nudo en la garganta, como

si me hubiera tragado una esquirra de metralla.

Noto un cambio en el aire y se levanta un viento que trae un penetrante olor a pescado y albañal.

—Nos estamos acercando al río —dice Ash—, tengo que volver a las puertas de la ciudad. Si corro aún podré coger el último bus. —Me rodea el codo con la mano y es como si me tocase el sol—. No me gusta ni un pelo dejaros aquí: casi os cuelgan en la parte buena de la ciudad.

—¿Esa era la buena? —dice Alice.

Ash sonrío con esa sonrisa suya de medio lado.

—Seguid caminando hacia el sur y llegaréis al río enseguida. Pero no os acerquéis a los rebeldes, ¿vale? Os traerán problemas. Ya sé que luchan por una causa justa, la emancipación de los impes y tal, pero son una panda de cabrones. Son implacables: matarían a su abuela si pensasen que es una gema. —Señala a Alice con un gesto fugaz—. Y os va a costar Dios y ayuda convencerlos de que aquí a Bigfoot no le han manipulado las hélices.

—Por Dios —suspira Alice—, ¿podéis dejar de hablar todo el rato de lo bien que estoy?

Se da la vuelta para marcharse y me planta un beso en la mejilla. Me brota una sensación extraña en el estómago, como un retortijón de deseo.

—Gracias —le digo.

Ladea la cabeza y me sostiene la mirada un momento con esos increíbles ojos azul escarcha. Luego se da la vuelta y se marcha corriendo.

—*I need a hero* —Katie canta lo bastante alto para que la oiga.

—Que te den —replico.

Alice se sube al carro.

—*I'm holding out for a hero till the end of the night.*

—¡Venga ya, tías, parad!

Katie se lleva las manos al corazón y echa la cabeza atrás:

—*And he's gotta be strong, con un buen pirulón...*

Nos echamos a reír, ruidosamente, como si estuviéramos en casa, tiradas en el sofá, viendo telebasura y lanzándole insultos y palomitas a Simon Cowell. Pero nuestras risas suenan tan fuera de lugar en este extraño mundo de hormigón como el canto de un pájaro en una zona de guerra, y se van apagando hasta morir en el silencio.

—Habrás que seguir andando —dice Alice.

Muevo los pies como respuesta, de vuelta a la monotonía del asfalto bajo la suela de mis botas.

—Alice —digo y ella refunfuña—, ¿cuando escribes tus *fanfics* le das a cada impe una historia de trasfondo?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Es que... —Intento ordenar ideas—. Ash tiene una historia muy completa de la

que yo no sabía nada en absoluto, y la mayoría de los impes que he visto no están en la novela ni en la peli... —dejo la frase sin acabar.

—Eso sí que es raro —dice Katie.

—Ya sé lo que quieres decir —asiente Alice—, pero no creo que los *fanfics* sean la respuesta. Me da en la nariz que Nate tiene razón.

—¿Es un universo alternativo?

Alice se ríe en un susurro.

—Esto es una locura.

—¿Y ahora qué es lo que pasa? —pregunta Katie.

Alice se tira del pelo trasquilado, como si intentara hacerlo crecer.

—Seguro que ahora lamentas no haber estado atenta a la exposición de Violet.

—Sí que estuve atenta —dice Katie, mirándome con la preocupación dibujada en sus limpios rasgos—. De verdad que sí, Violet. Pero es que aquí todo es una ida de olla tan grande que no consigo acordarme de nada. Y antes dijiste no sé qué de que nos perseguía el canon, así que no vendrá mal repasarlo.

—Entonces a ver si tratas de leer algo que no sea Dickens —dice Alice.

—Pues Saskia y Matthew llevan a Rose a conocer a Thorn al cuartel general rebelde —la corto—, que es hacia donde vamos, para buscar a Nate. Luego Thorn lleva a Rose a ver a Baba.

—¿La zombi adivina? —pregunta Katie.

Asiento.

—Baba lee la mente de Rose y le dice a Thorn que será la que salve a los impes.

—Con amor y un sacrificio desinteresado —añade Alice. Es incapaz de resistirse a meter baza, pero yo sigo.

—Así que Thorn le confía a Rose la misión rebelde más importante hasta entonces: la misión Harper.

—¿Y así conoce a Willow? —quiere saber Katie.

Alice asiente y suspira.

—¡Ay, Willow! Y pensar que estamos respirando el mismo aire, que nos cubre el mismo cielo...

Me recorre el mismo escalofrío de emoción que cuando estábamos en la Comic-Con pensando en Russell Jones. Con tanta conmoción y preocupación por Nate me había olvidado de Willow por completo.

La calle se va ensanchando. A ambos lados solo quedan las sombras de los cimientos de los edificios bombardeados. Las malas hierbas brotan entre las grietas del asfalto y durante un instante ese poquito de verde me hace sentir cierto alivio. Entonces los veo. Cardos. Cientos y cientos de cardos que se abren paso entre las baldosas del suelo, acomodados entre los huecos de los ladrillos, asomando por detrás de las pilas de escombros.

—El símbolo de los rebeldes —digo.

—«Córtanos y renaceremos más fuertes» —recita Alice con voz algo soñadora,

como si estuviéramos en el cine viendo la película.

—Está claro que hemos llegado —digo, asintiendo.

Rose recorrió este mismo camino con Saskia y Matthew para conocer a Thorn. La emoción que le había producido su primera misión empezaba a desvanecerse y los nervios comenzaban a apoderarse de ella. Recuerdo que, al ver los cardos, dijo: «¿Thorn tiene tantas espinas como su mala hierba preferida?». Saskia la miró sonriendo y respondió: «Tiene más».

Ahora parece ridículo que Rose estuviese nerviosa. No había echado por tierra la misión de la bomba cardo, no había perdido a su hermano pequeño ni había sido transportada a otro universo. La esquirra de metralla reaparece y vuelvo a tener ganas de vomitar.

Alice debe de pensar lo mismo que yo porque me estruja la mano.

—En realidad no tiene tantas espinas; acuérdate de que se enamoró de Ruth.

—¿Quién es Ruth? —pregunta Katie.

Alice me mira:

—Cuéntaselo antes de que la mate.

—Es una parte muy importante de la historia de fondo de Thorn —le digo—. Fue el amor de su vida años atrás, cuando tenía nuestra edad, pero la colgaron en el baile antes de que pudieran escaparse juntos para casarse. Thorn no se recuperó nunca.

—¡Qué trágico! —exclama Katie—. Pobre Thorn.

—Sí. Y ver al amor de su vida ahorcado a manos de los gemas le vino de vicio para lo de sus problemas de control de la ira. Es un psicópata brutal.

Alice suelta una risotada.

—Es «b-RUT-al», ¿lo pillas?

Katie esboza media sonrisa.

—Tendría gracia si solo hablásemos del libro.

Yo no puedo ni forzar media sonrisa al pensar que mi hermano podría estar en el cuartel general con Thorn.

—Es verdad, perdón —masculla Alice.

Seguimos avanzando hacia el sur, con el sol poniente siempre a la derecha. Cada vez se ven más cardos, el hedor de pescado podrido se hace abrumador y, por fin, vemos la iglesia. Se levanta entre la devastación, maltrecha y deslucida, pero casi intacta; una prueba de la intervención divina, según el libro.

—Nate. —Echo a correr hacia la iglesia.

El asfalto se comba y está erosionado en el abrupto final de la calle. Freno en seco. La expresión «puente roto» se queda en nada: el puente no está roto, es que no está. Los bombardeos lo han reducido a nada. Verlo en la realidad y no en la pantalla de la televisión desde la comodidad de mi casa me deja sin aliento. Miro hacia el río y no veo un solo puente; el agua divide la ciudad en dos. El horizonte no está iluminado por edificios de proporciones armónicas, ni hay luces reflejadas en el agua como farolillos en un lago; solo quedan las ruinas abruptas de lo que un día fue. No

puedo evitar sentir la pérdida de la ciudad que conozco y quiero.

Katie y Alice me alcanzan.

—Dios bendito —susurra Katie.

Tengo la necesidad urgente de caer de rodillas y echarme a llorar, pero pienso en Nate, en que es posible que esté con Thorn en este momento, y recobro las fuerzas. Trago una bocanada de aire con olor a pescado y sigo corriendo hacia la iglesia.

—¡Frena, Violet! —me grita Alice.

Pero no me paro. Salto por encima de piedras y grietas y cardos y la cada vez más intensa peste a alcantarilla y pescado me llena los pulmones.

Me adentro en las sombras de la iglesia y la temperatura del aire cae un grado o dos. Aquí estoy: en el cuartel general rebelde. Sin el redoble de los tambores ni el estrépito de los violines en los oídos parece un lugar bastante apacible. Está inspirada en la iglesia de San Magno Mártir, una iglesia real que visité con Alice después de ver la película. Han sustituido las ventanas circulares como ojos de buey por trapos y plásticos y falta parte del tejado, pero sin el fondo de las torres que la rodeaban ni el destello azul de cristal de The Shard, la iglesia parece más grande, más imponente.

Ante mí tengo las puertas de madera, sólidas y cerradas. Empujo el picaporte de metal, pero está cerrado por dentro. La emprendo a puñetazos con la madera al grito de «¡Nate!».

Alice me agarra las manos e intenta hacer que me calle.

—¡Violet! ¿Estás loca? No puedes aporrear la puerta de los rebeldes. ¡Te van a matar!

Aporreo más fuerte.

—¡Nate! ¿Estás ahí?

Katie y Alice intentan llevarse a rastras, pero la adrenalina me llena de fuerza.

—¡Para ya, loca! —dice Alice—. ¿Pero tú te acuerdas de cómo es Thorn? ¿Te acuerdas de que le arrancó el cuero cabelludo a un gema por insultar a su novia muerta?

—Sí, mejor no cabrear al psicópata ese —añade Katie.

Vuelvo a ser presa del pánico, me oprime el pecho como una serpiente, me aplasta el corazón.

—¿Y si el psicópata tiene a mi hermano?

Apoyo las manos en la madera, cierro los ojos e intento sentir a Nate. De pronto es como si mi cuerpo se rindiera: se me cierra la garganta, se me congelan los pulmones, la mente se queda en blanco, y al final los brazos se me desploman y pego la mejilla a la puerta. Está fría y áspera y es real. Deseo poder fundirme con ella pero la puerta tiene otras ideas. Se abre una rendija y me aparto. Por el resquicio veo asomarse la cara de una mujer, una cara con una mancha inconfundible en la frente: es Saskia.

—Nos habéis encontrado —susurra.

Sin que me dé tiempo a meter el pie por el hueco sale como una flecha y cierra

tras de sí. Intento esquivarla, pero me inmoviliza con un extraño abrazo. Me quedo tan sorprendida, tan desesperada, que dejo los brazos muertos.

—Estábamos preocupados por vosotros —dice.

—¿Está bien Nate? —trato de rodearla, pero no se mueve.

—Claro que está bien.

Me siento como si me hubieran lanzado al aire, muy alto, como si flotara en el punto donde ya no se puede subir más, en el cenit de mi arco, con la cama elástica debajo, esperando a que la gravedad haga efecto. Suspendida, ingrávida. Libre.

—¿De verdad? —susurro.

—Sí, está bien. Está conociendo a los rebeldes. Entrad, os enseñaré el cuartel.

—Esto no me gusta ni un pelo —dice Alice—. ¿Cuándo has sido tú tan amable con nosotras?

Saskia la fulmina con la mirada.

—Cállate, princesa.

—Alice tiene razón —dice Katie—. Aquí pasa algo raro.

Me enjugo las lágrimas con la manga y me echo a reír. Es una especie de gorjeo extraño y tembloroso impropio de mí.

Saskia se aparta y hace un gesto hacia la puerta.

—No tenéis más que entrar —dice, sonriendo.

Me siento extraña, como si ya no tocara el suelo con los pies, pero le ordeno al cuerpo que se mueva. Katie se coloca a mi lado, estrechándome la mano, y no me doy cuenta de que Alice se queda atrás, suplicándonos con voz temblorosa que no entremos.

La iglesia es un espacio amplio y abierto. Unas elegantes columnas se alzan hacia el techo pálido y festoneado y el sol del atardecer se derrama a través de los ojos de buey y se cuela por los agujeros de los trapos, tamizado y suavizado por los plásticos. No se ven bancos, solo filas y filas de escritorios. Se parece mucho a la versión cinematográfica, pero algunos detalles lo hacen extraño y nuevo: el olor de la piedra embebida de incienso; el polvo en suspensión, como motitas de oro; las losas de piedra que piso. La piel se me perla de sudor.

—¡Violet! —es la voz de Nate, que llega corriendo con los brazos estirados y casi me tira al suelo con la fuerza de su abrazo.

No deja de repetir mi nombre, pero no parece contento, sino aterrorizado.

Es entonces cuando veo a los demás impes. Ocultos en las sombras, sonriendo y con las armas en ristre, como si llevaran regalos. Pero no llevan regalos, llevan armas de fuego y todos los destellos de metal que veo me apuntan a la cabeza.

De entre los rebeldes surge una torre humana: Thorn. Lleva su parche característico y, tal vez por lo intenso, por lo inquisitivo, el otro ojo parece hacer el trabajo de los dos. Nos muestra una sonrisa perfecta, como una cuadrícula, cuya belleza me coge con la guardia baja. Impresiona incluso más que el actor de la película, es aún más formidable. Tiene la piel del color del azúcar moreno y el pelo

tan negro que casi parece azul. Viste distinto: en vez de los pantalones de cuero y el guardapolvos lleva un blazer gris raído y unos vaqueros negros. Así parece mucho menos estereotípico.

Katie me aprieta la mano.

—Ese tiene que ser Thorn.

Asiento. Se acerca a nosotras con un paso tan perezoso como su sonrisa.

—Bueno, bueno, ¿qué tenemos aquí? Dos supuestas espías más. Tenéis que explicarnos muchas cosas.

Me observa, y cuando mira a Katie algo le cruza la mirada, algo tierno y vulnerable y que lo asusta al mismo tiempo. Levanta la mano y durante un instante tengo la sensación de que le va a pegar, pero en vez de eso le acaricia la mejilla con el dorso. Katie se aparta de él, sobresaltada, como si la piel de Thorn la hubiera marcado al rojo.

Nate me tira de la faja como si quisiera decir algo, pero lo silencian los gritos de Alice. Un impe la obliga a cruzar el umbral de la puerta.

Thorn recupera su sonrisa perezosa.

—Y aquí la tenemos: la gema que dice ser una espía impe.

Alice intenta decir algo, mi nombre, creo, pero los impes apagan sus palabras al rodearla, le inmovilizan los largos brazos detrás de la espalda y la obligan a arrodillarse.

—¡Alice! —Intento con todas mis fuerzas llegar hasta ella, pero los impes me arrojan al suelo.

—¡Basta, basta! —grita Katie, tirándoles de las camisas, intentando quitármelos de encima.

Pero Thorn la rodea con sus brazos de gigante y allí me quedo, aplastada contra la piedra, con los ojos clavados en Alice. Me retuerzo y forcejeo y grito como si estuviera poseída, pero no sirve de nada. Y justo antes de que un impe me golpee en la cabeza y todo se vuelva negro, oigo la voz de Saskia:

—Te dije que valía la pena esperarlas.

CAPÍTULO 11

Me despierto en una habitación pequeña y ocre. Bajo mi cuerpo los listones del suelo son duros e inflexibles, tengo las muñecas y los tobillos atados con cables y un trapo que sabe a alcohol metido en la boca. Consigo sentarme mirando a la puerta, con la espalda apoyada en la pared desconchada y me siento un poco menos indefensa. A mi derecha hay una ventana grande, tan pringada de roña que parece que la hayan tapiado, aunque por ella se cuelga un ápice de luz crepuscular, lo que indica que nuestra prisión no es subterránea y eso me hace sentir un poco menos mal.

Alice está sentada a mi lado, noto su calor corporal contra el mío. Nate está frente a mí; la mordaza que le han puesto le contorsiona la boca en una sonrisa fija y extraña y su postura parece indicar que le duele el costado izquierdo. Lo miro a los ojos, hinchados e irritados, y parpadeamos despacio, llorosos. Al menos estamos vivos. A continuación, mi mirada encuentra la de Katie: la misma mordaza, la misma sonrisa inquietante. Me guiña un ojo, pero por la mejilla le corre una lágrima que le intensifica las pecas y muere en la mordaza. Seguro que está pensando que ojalá no se hubiera ido a vivir a Londres, que nunca se hubiera fijado en mí, que nunca hubiera oído hablar de *El baile del ahorcado*. Siento un pinchazo de culpa y, dando un golpe sordo que me resulta tranquilizador, dejo caer la cabeza hacia atrás hasta que descansa contra la pared. Oigo un zumbido constante, como de un enjambre de abejas, y noto en el ojo izquierdo un pegote de una sustancia parecida al alquitrán; es mi propia sangre, supongo.

No sé cuánto tiempo pasamos metidos en aquel cuarto. Miramos a las paredes, nos miramos los pies, de vez en cuando intercambiamos una mirada de conmisericordia y, por supuesto, empiezo a darle vueltas a cómo me he metido en este lío. Empezó con el accidente de la Comic-Con. ¿Fue un terremoto, una bomba, un experimento que salió mal? Cierro los párpados con fuerza y los pensamientos se me enredan unos con otros. Me muero por poder hablarlo con los demás, pero no soy capaz de escupir los trapos.

Decido centrar mis pensamientos en el canon. Aunque podemos cambiarlo parece que siempre acabamos cruzándonos con él. Somos como hilos de una trama que discurren paralelos y que luego se entrelazan para volver a separarse. Así que, en este punto del canon, Rose ha entrado en la iglesia y ha hablado con Thorn del lanzamiento de la bomba cardo en el baile del ahorcado. He visto la escena un montón de veces: la nave central de la iglesia está llena de lamparillas, el cielo se va

oscureciendo y los demás rebeldes se van marchando. Thorn intenta averiguar si Rose es la impe adecuada para la misión Harper y es mucho más agradable con ella que conmigo: para empezar, no le pega un porrazo en la cabeza ni la encierra. Desde luego que tiene más espinas que un cardo.

Al final me quedo dormida. Lo sé porque tengo un sueño extraño y confuso que transcurre en la ciudad, pero no en mi Londres, sino en el Londres futuro de los impes. Las paredes derrumbadas, los edificios derruidos, un cielo deprimente delineado por los tejados maltrechos. Grito, a punto de caer del borde de un tonel. El controlador pecoso está a mis pies, me señala, se ríe, echa la bota hacia atrás. Ash grita y me abraza las piernas. Me tumba en el suelo como si me fuese a romper y se inclina sobre mí, creo que para besarme la frente. Sus ojos y el cielo que tiene de fondo son de idéntico color y me da la impresión de que tiene dos agujeros en la cara. Pero de pronto ya no es Ash, sino Nate y se le abre en el pecho un negro abismo.

«Esto me lo has hecho tú, Violet», me dice.

Cubro el agujero negro con las manos, pero no puedo contener el flujo: la sangre me corre por los brazos y me salpica la cara. «Lo siento».

Nate posa los labios en mi piel y susurra, y noto su aliento frío como la nieve. «Si me hubieras cuidado mejor no habría pasado nada de todo eso». Se sienta y parpadea.

«No me dejes, Nate», le digo.

Su cuerpo se transforma en una neblina roja, flota un instante como un retal de gasa con forma de niño, y se dispersa en el ambiente como cenizas. Como vilanos de cardo. Intento cogerlo, dando manotazos impotentes al aire, pero no noto más que unas tenues gotitas y el cada vez mayor espacio que las separa.

Entonces es cuando oigo una voz familiar que se abre paso empujando capas de tiempo y amor y cariño. Mi madre. «No me dejes, Violet». Vuelvo a oler ese aroma limpio y medicinal y un leve rastro de su perfume favorito, de anís estrellado y jazmín. «No me dejes, Violet».

Me despierta el crujido de la puerta. Entran a hurtadillas dos siluetas oscuras que no se definen hasta que encienden la luz del techo. La vista se me adapta enseguida: es Thorn y otro impe, que se me acercan a grandes zancadas.

Thorn se para un momento junto a Katie para observar cómo le tiemblan las pestañas al soñar. Se arrodilla a mi lado y me quita los cables de los tobillos y las muñecas.

—Me han dicho que eres igual que ella.

Espero notar el flujo de sangre en los pies y las manos, pero están muertos por completo, y cuando intento sacarme los trapos de la boca, los dedos chocan torpemente contra mi cara.

—A ver... —dice, Thorn, mientras se inclina hacia mí y me libera de la mordaza. Me sorprende la delicadeza de sus dedos enguantados.

—¿Igual que quién? —logro decir—. ¿A quién me parezco?

—A Rose —responde—. No llegué a conocerla, pero Saskia y Matthew juran que

eres como su doble.

Alice farfulla algo bajo la mordaza. Thorn la mira.

—No te preocupes, princesa, que te toca enseguida.

Alice guarda silencio y yo le acaricio un instante la rodilla.

Thorn me tiende una mano. No sé bien qué hacer, así que la cojo. Durante un momento doy gracias de que lleve guantes porque estoy segura de que su carne me abrasaría, como me dio la impresión de que le ocurrió a Katie. Tira de mí para levantarme y me obliga a mirarlo a su único ojo. Me atrapa como un foco reflector.

—Disculpa el trato algo brusco que os hemos dado a tus amigos y a ti. —Vuelve a posar la vista en Katie, que sigue dormida—. Me temo que los años de opresión han logrado embotarnos un poco la humanidad, cosa que esperamos enmendar. Y la muerte de Rose, el fracaso de la misión de la bomba cardo, han afectado a la rebelión: estamos abatidos y confusos. Espero que puedas contestar a nuestras preguntas.

Me mira otra vez. Es aterrador; tan grande, tan poderoso. Pero me niego a dar impresión de debilidad, así que clavo la vista, altiva, en ese penetrante reflector.

—Ven —sonríe—, te enseñaré nuestra humilde morada.

No puedo evitar preguntarme por qué me ha elegido a mí. Supongo que porque me parezco a Rose, o tal vez sea porque el canon me está arrastrando otra vez. Salgo del cuarto detrás de él, echando un vistazo rápido por encima del hombro a Nate, que no mueve la boca, pero parpadea con firmeza, para tranquilizarme, para darme fuerzas.

Bajamos por unas escaleras oscuras. El otro impe va armado con un fusil y me sigue tan de cerca que oigo el estertor de flemas en su pecho. Entramos en la nave principal de la iglesia. Tal como recordaba, la piedra está bañada por el resplandor cálido de cientos de lamparillas; un resplandor que, al no llegar al techo, crea la apariencia de que no hay tejado y solo nos cubre un cielo oscuro y vacío. Casi todos los rebeldes se han retirado a descansar a sus refugios. De pronto siento que soy muy pequeña, salvo por mi corazón, que está tan henchido que parece que me va a partir el pecho en dos.

Thorn se queda mirando una ventana condenada con tablones, e imagino cómo debió de ser en otros tiempos, cuando tenía una vidriera emplomada, cuando era un caleidoscopio de colores. Pero las bombas de los gemas la destruyeron. Bajo la ventana hay una placa con unas palabras grabadas toscamente: «Los simios se convirtieron en impes y los impes en rebeldes: la cumbre de la revolución humana». Lo recuerdo del libro; es un juego de palabras con un antiguo lema de los gemas: «Los simios se convirtieron en impes, los impes en gemas: la cumbre de la evolución humana».

—¿Te gusta nuestro lema? —me pregunta Thorn.

A Rose le hizo la misma pregunta. Las tramas vuelven a entrelazarse.

—Está muy bien pensado —respondo, igual que Rose. Saberme los diálogos me llena de seguridad.

—¿Y nuestra causa? ¿La emancipación de los impes, la igualdad de derechos? — dice, otra vez usando las palabras del canon.

—Vuestra causa es la mía. —Sé que pecho de optimista, pero no puedo evitar esperar que si sigo usando las palabras de Rose todo irá bien, que me llevará a conocer a Baba y yo diré que sí, igual que hizo Rose, y luego podré pedirle a Baba que nos explique cómo volver a casa.

Thorn sigue con la vista fija en la ventana condenada. Poco a poco, saca mi móvil del bolsillo de su blazer.

—¿Qué es esto?

Mierda. Las tramas acaban de separarse a lo grande.

—Mi teléfono —respondo, aturdida.

—Saskia cree que es tecnología gema pero no lo es, ¿verdad que no?

—No.

—Es tecnología antigua. Muy antigua. Diría que es impe.

Asiento en silencio.

—¿Podrías aclararme cómo es que tus amiguitos y tú estáis en posesión de tecnología impe antigua?

Trago saliva.

—No me creerías si te lo dijera.

—Eso está por ver.

—Somos impes de la antigüedad. —Suenan de lo más ridículo, pero no se me ocurre qué más decir.

Thorn frunce el ceño y se da unos golpecitos en la barbilla con el móvil.

—Tenemos una bromista, ¿eh? —Se mete el teléfono en el bolsillo del blazer—. ¿Y por qué matar a Rose?

El súbito cambio en la conversación me descoloca y tengo que repetirme las palabras en la cabeza para lograr extraerles el significado. Me empiezan a temblar las manos y me clavo las uñas en las palmas.

—No hemos matado a Rose —replico.

—No directamente, es cierto, pero murió porque vosotros estabais allí. Saskia me ha contado que tu preciosa amiga pelirroja alertó a los guardias.

—Lo sé y lo lamento... No pretendíamos que pasase eso.

—¿Y qué hacíais en el Coliseo?

Me quedo mirándolo, paralizada por aquel ojo. En el canon era gris, como una esquirla de pizarra, como la propia ciudad que lo reconcome por dentro. Pero el ojo del Thorn de ahora es azul lavanda... y está lleno de odio.

—¿Y bien? —insiste.

Intento pensar una respuesta ingeniosa, algo que lo ponga de nuestro lado o al menos no haga que nos mate, pero es como si los trapos que me pusieron en la boca se hubieran llevado con ellos todas las palabras.

—No lo sé.

Se me acerca. Un candelabro proyecta una sombra angulosa que le cruza la cara y lo hace incluso más aterrador. Me sujeta la cara entre las manos enguantadas. Siento en la piel el frío del cuero.

—Saskia jura que podrías ser hermana de Rose. ¿Lo eres?

—No —susurro.

—¿Te han enviado los gemas para ocupar su lugar e infiltrarte en la rebelión? — se le endurece la voz.

—¡No, por Dios! Si yo estaba en la Comic-Con...

Deja caer las manos y es como si me hubiera sacado los trapos de la boca otra vez porque las palabras empiezan a salir descontroladas.

—Soy del pasado. Bueno, del pasado no; de una realidad diferente que es vuestro pasado. Por eso tenemos los teléfonos, la tecnología impe. En mi mundo Rose es un personaje de un libro del que hicieron una película. Es una heroína increíble: es valiente, fuerte y hermosa y todo lo que yo no soy. Por eso me puse sus ropas, para fingir que soy como ella, aunque fuese un día nada más.

Se echa a reír.

—¿Crees que no eres guapa?

Digo que no con la cabeza y bajo la vista a sus botas.

Mi vulnerabilidad debe de haberlo irritado porque me agarra por los hombros y me atrae hacia él con un movimiento brusco que apaga varias lamparillas. Unas delgadas líneas de humo se escurren hacia el techo y quisiera ser una de ellas.

—¡Basta de jugar al despiste! —grita—. ¡Dime la verdad o traeré a tus amiguitos y les rajaré la garganta uno por uno y te obligaré a verlo!

—¡No! —Una punzada de dolor me atraviesa la cabeza, una película de sudor me recubre la piel y la carne de rata se me revuelve en el estómago como si todavía tuviera garras y dientes y mala uva. Debo de tener cara de enferma, porque Thorn me sostiene, sujetándome por debajo de los codos.

—Darren —grita por encima del hombro—, trae al crío.

Lo oigo como si estuviera a una distancia inmensa y de pronto siento una extraña desconexión, como si fuese a ver la escena de una película.

—No, Nate no —consigo decir. Pero Thorn ni siquiera me mira.

—Ya me has oído, Darren, trae al chaval.

Darren desaparece escaleras abajo a toda velocidad. Al verlo marchar me sube por la garganta una emoción horrible, informe.

—¡No! ¡No, por favor, haré lo que sea!

Thorn me coge las manos y las aprieta contra mi pecho, como si me obligase a rezar.

—Dime la verdad.

La emoción informe se materializa: es miedo.

—Te digo la verdad, lo juro. No sé qué más decirte. En mi mundo eres un personaje de un libro ambientado en el futuro, una figura distópica... un antihéroe.

Echa la cabeza hacia atrás y se ríe tanto que le veo los surcos del paladar.

—¿Un antihéroe?

Soy consciente de que farfullo, pero creo que la adrenalina me ha reblandecido el cerebro y me ha sobreestimulado las cuerdas vocales.

—Sí, un antihéroe: eres valiente y fuerte, pero también cruel y te ciega la venganza.

Oigo a mi hermano antes de poder verlo: un grito apagado seguido de una serie de golpes sordos cuando Darren lo sube por las escaleras. Nate parece tan joven, tan indefenso, con los ojos desorbitados como un animal atrapado por un cazador. Darren lo empuja, Nate tropieza con sus propios pies y cae hacia delante, incapaz de frenar la caída con las manos atadas a la espalda. Me lanzo hacia él para cogerlo, pero me detiene en seco la boca del fusil que Darren me entierra entre los omóplatos.

—No pasa nada, Nate, te prometo que lo voy a arreglar. —Noto que me caen lágrimas, frías contra la piel.

Thorn se coloca detrás de Nate y le aplasta el torso con un antebrazo musculoso. Con la mano libre se saca una navaja automática del cinturón y la pone en la garganta de Nate.

—¡No, por favor! —apenas reconozco como propio ese lamento agudo de mi voz.

—¡La verdad! —dice Thorn.

Miro el punto donde la navaja se apoya en el cuello de Nate. Veo que su piel, la única barrera que la separa de los blandos tejidos que hay debajo, cede a la presión como un melocotón justo antes de que lo pelen. Estoy a punto de vomitar.

—No le hagas daño, por favor, te contaré lo que sea.

Nate no aparta los ojos de mí y me invade una extraña corriente de tristeza. «Thorn era tu héroe y ahora vas a morir por su mano». Pero Nate en realidad no parece triste, parece decidido, con la mente despejada, como si sus ojos color almendra quisieran decirme algo. «Tengo que pensar como Nate. Tengo que usar la inteligencia».

—¿Qué quieres decir? —grita Thorn—. Dímelo o lo rajaré como a un cerdo.

De pronto algo encaja en su sitio y ya no tengo miedo, porque soy una fanática de *El baile* y no es que sepa cosas sobre Thorn, es que sé todo lo que le afecta, lo que lo hace reaccionar. Si alguien puede decir algo que nos saque de esta, esa soy yo.

—Ruth... quieres venganza por lo que le hicieron a Ruth, la impe de la que te enamoraste de joven. Los gemas la ahorcaron en el baile por tener una relación con un gema... contigo. —Thorn sujeta a Nate algo menos fuerte y afloja un poco la presión de la navaja, pero yo sigo hablando—. Ya ves que sé cosas que no debería, ¿verdad? Porque las he leído y las he visto. Eres un gema. Y también sé que debajo del parche tienes un ojo sano, que solo lo llevas para disimular la simetría de tus rasgos porque te avergüenzas de ser uno de ellos. Y que cada vez que le das un puñetazo a un gema, o le arrancas el cuero cabelludo o lo matas, en realidad estás intentando acabar con esa parte de ti mismo que odias: la parte gema. Porque en tu

interior te culpas por su muerte, porque si no la hubieras amado, seguiría viva.

Mis palabras resuenan en la enorme cámara de piedra, negándose a desvanecerse.

—La hostia —dice Darren, y la presión del fusil en mi espalda cede un poco.

Thorn emite un sonido gutural, como si le hubiera dado un puñetazo en el estómago. Se me queda mirando, con la expresión congelada entre la incredulidad y el dolor. De su ojo descubierto brotan lágrimas, que también le calan el parche. Levanta la mano en la que centellea la hoja de la navaja a la luz de las velas y, durante un instante en el que se me para el corazón, pienso que va a apuñalar a Nate en la cabeza, pero solo le quita la mordaza.

—¡Baba! —grita Nate. La palabra sale de su interior como el corcho de una botella—. Tenemos que ver a Baba.

Thorn asiente.

—Me parece que sí.

CAPÍTULO 12

Reconozco el pasillo por la película: es estrecho, de piedra y nos lleva a las profundidades del vientre de la iglesia. Thorn encabeza la marcha, un poco encogido para no golpearse la cabeza en el techo abovedado. Rose recorrió este mismo pasillo pero, a diferencia de mí, no tenía ni idea de lo que le esperaba tras la puerta de madera. Una adivina sin rostro. A veces es verdad que ojos que no ven corazón que no siente.

—Esto mola mucho. —Nate me aprieta y me suelta la mano rítmicamente. Todavía tiene las muñecas rojas y doloridas a causa de las ataduras que le acaban de quitar—. Vamos a ver a Baba.

Lo silencio con una mirada de reproche; lo ha dicho de una manera, tan emocionado, que cualquiera pensaría que vamos a conocer a una famosa. Seguimos a Thorn hasta la cámara. Es igual que el decorado de la película, pero el aire está tan cargado de algo dulce y fresco, tal vez polen de lirio, que el ambiente es opresivo, casi pegajoso. Me resulta peculiar que huelga a flores un lugar donde escasea tanto la vegetación. Me imagino que veo el fantasma de Rose caminando a mi lado, a punto de conocer a Baba. Y de pronto me invade la sensación de pérdida. Rose está muerta.

«¿Rose está muerta?», dice una voz, como un eco de mis pensamientos.

Sé exactamente dónde encontrar a Baba, encorvada en una esquina como si fuera una montaña de harapos. Levanta la cabeza y la veo. El libro describe que un retal de piel estirado sobre la cara parece que le cubra los ojos y las fosas nasales, y que la boca no es más que una estrecha abertura, como si mucho tiempo atrás el bisturí de un cirujano hubiera querido oírla hablar. En la película era incluso peor, una especie de monstruo horripilante sin facciones. Pero la mujer que tengo ante mí parece que duerme, con los pesados párpados bien cerrados. Ni siquiera aparenta ser demasiado vieja, tal vez es de la edad de mi abuela, aunque la piel se ve blanda y pastosa, como si al tocarla con un dedo le fueras a dejar marca. La única verdadera rareza es que no tiene fosas nasales, pero no lo veo hasta que echa la cabeza hacia atrás.

Nate suelta el aire despacio. Es evidente que esta apariencia más soportable de ver ha sido una decepción para él.

—Qué lástima, Rose me caía bien —se lamenta Baba.

—Pero si no la conoces —replica Thorn.

—Bueno —el tono de Baba es de cierta indiferencia—, me iba a caer bien.

Thorn ahueca un cojín y se lo coloca en la espalda.

—¿Quieres que mire cómo va el fuego?

Resulta extraño ver a Thorn tan atento cuando hace solo unos minutos sujetaba a Nate a punta de navaja, y eso es lo que da tanto miedo: que es totalmente imprevisible. Puede ser todo sonrisas y cojines ahuecados y al momento pasar al modo psicópata. En el canon es igual, solo que ahora la navaja es de verdad.

Tengo la sensación de que a Baba le ocurre lo mismo, de que no es capaz de confiar en su amabilidad. Hace un gesto con la mano para indicar que no es necesario.

—No, gracias. Me apaño sola.

Baba se vuelve hacia mí, como si pudiera entrever mi figura a través de los párpados. Son tan finos que tal vez sí que puede.

—¿A quién me has traído en lugar de Rose, Thorn?

—Sabe Dios —responde él.

Baba se echa a reír y mueve los ojos bajo los párpados como si fueran polluelos dentro de un huevo. Me tiende una mano temblorosa que estrecho sin pensarlo un segundo. Me preparo para una descarga de dolor, para el disparo de fuego que pasará de su palma a la mía... pero no ocurre nada.

Al sonreírme me muestra un par de encías desdentadas.

—Esta flor es pequeña, pero tiene otras cualidades. Se llama Violet. Siempre menguando, ¿verdad?

—Verdad. —Eso era justo lo que pensaba cuando me planté delante de la clase.

Thorn da un paso al frente y, aunque durante un instante me da la impresión de que nos va a separar las manos, se limita a apretar los puños.

—Sabe cosas que es imposible que sepa, como si pudiera leerme la mente o algo parecido. ¿Es como tú, Baba?

—¿Tienes capacidades premonitorias? ¿Puedes fusionar mentes? —me pregunta.

Niego con la cabeza, pero me doy cuenta de que está ciega, así que digo que no, pero enseguida me doy cuenta de que es posible que sepa leer la mente, así que me pongo colorada y me siento algo idiota.

—¿Y tú qué, Nate, tienes talento para la premonición?

Nate entrelaza las manos y responde con voz aguda y emocionada, como si Baba acabase de darle permiso para hablar.

—¡Ay, Dios, sabes mi nombre! Cómo mola. Y no das ni la mitad de miedo que en la película; te han sacado fatal.

Thorn le da una colleja.

—Eso mismo es lo que repite la chica todo el rato: que viene de un universo alternativo y que vivimos en un libro o en una película o no sé qué mierda.

Baba no se inmuta.

—Eso es del todo ridículo, ¿no crees?

Nate ríe por la nariz.

—Dijo la anciana sin cara de quinientos años de edad.

Thorn levanta la mano para soltarle otra colleja, pero Baba intercede.

—Ya vale, Thorn. Muéstrales a nuestros huéspedes un poco de respeto; me caen bien.

—Han sido los causantes de la muerte de Rose —dice, con la mirada fija en una diana invisible en la cabeza de Nate.

—Sí —replica Baba—, y cuando muere una flor florece otra en su lugar.

Thorn deja caer la mano, abatido.

—No sé qué quieres decir.

—Así son las violas, las violetas; unas flores pequeñas, pero bastante especiales. Segregan un aroma que inhibe los receptores de la nariz, de forma que resulta indetectable durante un tiempo.

—No me hables con acertijos, anciana —dice Thorn.

Baba se ríe y le hace un gesto para que se vaya.

—Déjame con ellos y vete a descifrar el acertijo de esta anciana.

—¿Y por qué iba a hacer eso? —replica, jugueteando con el parche. No está acostumbrado a que le den órdenes.

—No me pongas problemas. ¿No te das cuenta de que ya sé que te vas a marchar? Ventajas del don de la premonición.

Thorn da media vuelta y sale de la estancia, luchando por ocultar su fastidio. Da un portazo al salir, y la corriente de aire agita las llamas y crea un baile de sombras sobre el granito. Baba bosteza y su boca desdentada recuerda la de un bebé que llora.

—Ladra mucho más de lo que muerde.

—¿Seguro? —pregunta Nate—. Casi me raja la garganta.

—Vale, también muerde mucho. Lo ha pasado muy mal, pero seguro que ya lo sabéis. —Hace un gesto que abarca toda la sala—. Siéntate, Nate, ponte cómodo. Tu hermana y yo vamos a pasar un largo rato juntas.

Nate se deja caer al suelo y no acierta en el cojín, pero parece que le da igual.

—Vais a fusionaros las mentes, ¿verdad? Cómo mola. Luego me toca a mí.

—Ven, Violet —dice Baba, sin hacerle caso—, déjame que te ponga las manos en la frente.

Me arrodillo ante ella, igual que habría hecho Rose. Vuelve a invadirme la pérdida, pero bajo la pérdida hay algo más tóxico: la culpa. Debería ser ella, y no yo, quien se arrodillase sobre estas losas, con la oscura melena cayéndole sobre la cara al ofrecer la frente. Cierro los ojos para evitar que me caiga al suelo una lágrima gigante.

Baba me pone las palmas de las manos en la cabeza, como si estuviera tomándole la fiebre a un niño. La descarga de dolor que ya esperaba me atraviesa, me inflama los tejidos, me astilla los huesos. Es muchísimo peor de cómo se describía en el libro. Quiero gritar, pero es como si no me quedara aire en los pulmones. Veo un cuchillo que corta un melocotón en rodajas, los ojos azules más pálidos que haya visto jamás, un minivestido rasgado por unas manos pegajosas, el pelo de Saskia flotando al viento mientras Matthew llora, un decorado que se me cae encima, una chica en un

espejo vestida con una túnica.

El dolor pasa a los lóbulos frontales y se intensifica en un punto concreto situado entre los ojos.

Veo a mi madre, a mi padre.

Mi casa.

El dolor aumenta hasta llevarme al borde de la inconsciencia. Y justo cuando estoy segura de que voy a morir, cuando empiezo a desear la paz de la muerte, comienza a desaparecer. Los colores, las sensaciones, el dolor... todo ello se filtra por mis sienes, me atraviesa la piel y pasa a sus cálidas palmas.

Abro los ojos y solo veo blanco. Parpadeo varias veces y me doy cuenta de que estoy en una tormenta de nieve. Estoy a punto de gritar ayuda, de buscar a ciegas a Baba, a la que de pronto me une la ceguera, cuando la nevada amaina. Pero no es nieve; son vilanos de cardo. Giran, bailan, dibujan espirales en el aire como una bandada de minúsculos pajarillos blancos. El aire se aclara más y veo a Baba de pie a mi lado. Tiene la misma piel blanducha y la misma sonrisa desdentada, pero ahora no está encorvada, las piernas son fuertes y por fin abre los ojos para revelar dos iris de color verde manzana. Respira hondo por unas flamantes fosas nasales.

—Mucho mejor así —le susurra al aire.

Giro despacio para contemplar lo que me rodea. Estamos en el Coliseo. Altos muros de piedra salpicados de torres con vigilantes armados. En el centro, sobre un entarimado, se ven nueve horcas ansiosas. Sé que de un lado del edificio está Londres, gris y derruido, y del otro se extienden Los Pastos, verdes y frescos. Igual que en el canon. Igual que esta mañana. Y sin embargo parece muy diferente; vacío y tranquilo como un estadio por la noche. Y yo siento un sosiego inesperado. El cielo está claro y el aire me sabe a gloria; es fresco, cítrico incluso.

Me doy cuenta de que yo también estoy respirando hondo.

—¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

—Estamos en tu mente, cariño. Me pareció adecuado visitar el Coliseo, donde empezó todo —se echa a reír y atrapa un vilano—. Seguro que ahora mismo te sientes como Dorothy, ¿verdad?

Asiento.

Baba suelta el vilano al viento, como si liberase una libélula.

—No hay lugar como el hogar.

Al instante, la palabra «hogar» me llena los ojos de lágrimas cálidas. Baba me coge la cara entre las manos y me seca las mejillas con los pulgares.

—Lo que pasa es que vuestra llegada ha hecho descarrilar nuestra historia. Rose no tenía que morir, tenía que infiltrarse en la mansión y enamorarse de Willow con un amor tan fuerte y puro que trascendiese la división entre impes y gemas y acabase por reunificar a la humanidad. Pero todo esto ya lo sabes, ¿verdad? —Intento volver a asentir, pero no me deja mover la cara—. Y hay historias que tienen que suceder. Deben alcanzar su hermoso clímax porque existen casi como si fueran un ciclo vital,

una entidad por derecho propio.

—No lo entiendo.

—¿No lo sientes, Violet? Nuestra historia, el canon, como tú la llamas, te atrae, te arrastra con ella. Es casi imposible resistirse, ¿no es cierto?

Pienso en los dos hilos que corren paralelos para luego entrelazarse y asiento una vez más.

Baba deja caer las manos a mis hombros y me da la vuelta, para que vea el patíbulo. Observo cada una de las horcas, que aguarda otro cuello que ahogar.

La voz de Baba me llena los oídos.

—Tienes que salvar a los impes, Violet. Con amor y un sacrificio desinteresado. Eres tú quien debe completar la historia. Solo entonces nuestro mundo te liberará.

Río con una risa nerviosa y mi aliento altera el recorrido de una semilla perezosa.

—¿Y cómo voy a hacer eso?

—Ocupando el lugar de Rose. Sé un injerto. Arregla lo que estropeaste y podrás irte a casa.

Las náuseas me revuelven el estómago.

Me vuelvo para mirarla y sus ojos verdes me noquean.

—¡Esto no es *A través del tiempo*! —mi voz suena un poco petulante, totalmente fuera de lugar en la grandeza del Coliseo.

Cierro los ojos un momento.

—*A través del tiempo*... ese hombre de ficción que salta entre realidades... la serie preferida de tu padre.

—Arreglar lo que se ha estropeado... ¿cómo lo hago? Y ahora que lo pienso, ¿cómo es que conoces *El mago de Oz*?

—Porque está en tu mente. Si está en tu mente también está en la mía —sonríe—. Además, ¿Sam Beckett no aplastó a uno de los personajes principales cuando entró en esa realidad?

Ve algo en mi visión periférica, un brochazo negro que cae desde lo alto del muro y choca con un golpe sordo contra el suelo. Me cubro la boca con la mano y susurro «No». Consigo centrarme y veo unas alas de mariposa color rubí desplegándose entre las losas. Rose. Me da vueltas la cabeza y trastabillo.

Baba me sujeta.

—Pues me parece que has aplastado un poco a nuestra protagonista —dice, mirando a la chica destrozada que tiene a su espalda—. Ni siquiera has aplastado a la Malvada Bruja del Oeste, has aplastado a la valerosa heroína, la única persona de la que nuestra realidad no puede prescindir.

Niego con la cabeza, abrumada por la incredulidad y la culpa.

—No soy valerosa, no soy una heroína —la voz se me quiebra, como para demostrar lo que digo.

Baba se encoge de hombros.

—Entonces tus amigos y tú podéis quedaros en nuestra realidad para siempre.

Me viene a la mente la cara de mis padres con el dolor grabado en la piel, todavía esperando a que Nate y yo volvamos de la Comic-Con. Me fallan las piernas y me dejo caer al suelo despacio, a solo unos metros del cuerpo de Rose. La sensación de pérdida no hace más que crecer, se expande en todas las direcciones hasta que sobrepasa todos los límites y las fronteras y me invade el cerebro entero: las duchas calientes y las series de televisión, e Instagram y los helados de Ben & Jerry, y el maquillaje y las camas cómodas y Google y las acampadas y los Kindles y el Foster's Hollywood y las fiestas y los exámenes y la universidad y buscar trabajo... y criar a mis futuros hijos en un mundo que los valore y los trate con justicia.

Me llevo las manos a la cabeza y noto que me va creciendo un grito en las entrañas.

Baba se arrodilla ante mí y desenreda cuidadosamente mis dedos de entre el cabello.

—Es posible que esto no sea más que una historia, que nos haya generado tu mundo a través de un libro o de una película.

Baba señala el borde del muro y al mirar veo la figura de otra mujer: Sally King, la difunta autora de *El baile del ahorcado*. La reconozco de la portada del libro: lleva el pelo largo y fino en un recogido tirante y unas gafas de pasta le invaden la cara aniñada. También recuerdo las noticias de su muerte: «La prometedora autora de distopías juveniles se suicida lanzándose desde un edificio tras una larga lucha contra una enfermedad mental». Me mira a los ojos, me sonrío y luego da un paso al frente, como quien toma una escalera mecánica. Su cuerpo se retuerce en el aire y aterriza junto al de Rose.

Baba me acaricia el pelo.

—Es posible que nuestra realidad haya sido generada por la visión de una única autora o por la conciencia colectiva del público, ¿quién sabe? Pero es nuestra realidad y para nosotros es tan importante como para ti la tuya, tu casa. —Me levanta la barbilla con un dedo para que nuestras miradas se encuentren, pero el verde de sus ojos no hace más que acentuar mi pérdida: me recuerdan a los bosques y las praderas y las coronas de Navidad; todas las cosas que no volveré a ver si me quedo en esta ciudad dejada de la mano de Dios. Baba parpadea como si supiera que necesito hacer una pausa, pero sus palabras no me la dan—. Una historia es un círculo vital, Violet. Sabes que solo quedarás libre cuando concluya la historia. Del nacimiento a la muerte.

Del nacimiento a la muerte. Me atraviesa una descarga de adrenalina. Del nacimiento a la muerte.

Baba me clava en la túnica unos dedos como garras y me orienta hacia el patíbulo.

—Ahí empezó todo y ahí debe terminar.

Miro las nueve sogas y lo entiendo todo de golpe. Me lleno los pulmones de aire cítrico.

—Me van a ahorcar a mí en vez de a Rose —susurro.

—Sí.

—¿La semana que viene, en el baile del ahorcado?

—Sí. Por tus amigos, por tu familia y, por encima de todo, por amor.

Es casi justicia poética; al fin y al cabo nosotros matamos a Rose. Me echo a reír, pero la risa enseguida acaba en un sollozo.

—Dentro de una semana me ahorcarán.

Y al decir estas palabras finalmente me desmayo.

CAPÍTULO 13

Dentro de una semana me ahorcarán.

Me ahorcarán por mis amigos, por mi familia y, por encima de todo, por amor. Un pensamiento que, curiosamente, no me reconforta demasiado cuando pienso en la soga que se cierra alrededor de mi cuello, en los pies que buscan el apoyo del suelo, en las piernas que se agitan, bailando en el aire.

Esta mañana no tenía ni idea. Esta mañana estaba en la Comic-Con, inhalando el aroma a perritos calientes, a perfume y a sudor; empapándome de los colores de los disfraces, de los flashes de las cámaras, de los tambores y los violines. Y ayer estaba en el insti, estresándome por una exposición para la clase de lengua y deseando vivir en otro mundo.

Cuidado con lo que deseas porque a veces la realidad da mucho asco.

—¿Violet? —oigo la voz de Nate—. Violet, ¿estás bien?

Me despierto en un lugar mullido y calentito; el sofá de casa o acurrucada en la cama. El aroma de la leña ardiendo se mezcla con el del polen, y la luz de velas impregna las paredes. Oigo voces bajas y latentes, y me pregunto si mis padres están hablando en la cocina, pero enseguida me doy cuenta de que son Thorn y Baba.

Nate se inclina sobre mí y, durante un breve segundo, regreso a mi sueño pero no se le abre ningún abismo en el pecho.

—¿Qué ha pasado? —susurro. Creo que he estado gritando porque tengo la garganta rasposa.

—Baba te ha hecho ese rollo chungo que hace de absorberte los pensamientos y te has desmayado.

Niego con la cabeza. El inmenso espacio desierto del Coliseo, el cuerpo de Rose chocando contra el suelo, las sogas vacías... Los recuerdos me llenan la mente hasta que el cráneo parece un cedazo, incapaz de contenerlos.

—¿Violet? ¿Qué pasa? —pregunta Nate.

Me dispongo a explicárselo, pero Thorn levanta la voz en ese mismo momento.

—¡Me niego a creerlo! —exclama.

Baba, que vuelve a estar en su silla, con los iris verde manzana bien ocultos tras los párpados sellados, le coge las manos entre las suyas.

—Es ella, Thorn —las mismas palabras que le decía en el canon justo después de fusionar su mente con la de Rose.

Nate se vuelve hacia mí con expresión maravillada.

—¡Están hablando de ti!

—Ella es la que salvará a los impes —continúa Baba—. Con amor y un sacrificio desinteresado.

A la luz del fuego, la cara de Nate no es más que picos y puntos.

—¿Vas a ocupar el puesto de Rose?

Asiento en silencio. Nate se muerde el labio y pone cara de concentración.

—Pero si ocupas su lugar... —Se le retuercen los rasgos, asustado, al seguir la idea hasta su punto final. A veces me asombra su inteligencia.

—No pasa nada. —Trato de sonreír, aunque más bien me sale una mueca—. En cuanto me cuelguen seremos transportados a casa. Todos. Y no sentiré nada.

—Pero...

—Baba me ha prometido que ni siquiera me enteraré de lo que ha ocurrido. —No tengo claro si miento más por él o por mí.

—Pero Violet...

—Mejor no pensar en eso, ¿vale? Es lo que hay, hermanito.

Y entierro en alguna parte lejana del cerebro esas palabras deprimentes, aterradoras: dentro de una semana me ahorcarán.

Thorn cruza la sala en tres zancadas y me pone en pie como si no pesase más que una muñeca.

—Pues entonces ven aquí, florecilla, que te voy a resumir tu misión.

Salgo de la habitación tras él, bien cogida del brazo de Nate para estabilizarme. Estoy tan centrada en lo que me duele la cabeza y lo débiles que tengo las extremidades que se me olvida despedirme de Baba. No vuelvo a acordarme de ella hasta que oigo su voz, que nos sigue por el pasillo.

—No hace falta, Thorn, ya sabe lo que tiene que hacer.

Nate y yo esperamos sentados en un banco al fondo de la iglesia. Tiene cierto aire extraño de banco de parque porque es el único que queda; todos los demás los han retirado para dejar sitio a los escritorios y las sillas. Es el mismo banco en el que se sentaban Rose y Thorn después de su encuentro con Baba, pero el Thorn de ahora se ha quedado de pie como una estatua, echando chispas por los ojos otra vez, mientras mira la placa que hay colocada debajo de la ventana destruida por las bombas. Me quedo mirando los dedos de Nate que, como no se han molestado en volver a maniatarnos, tiene abiertos sobre los muslos. Se ven tan delicados, con esa piel todavía intacta por los años...

Un alarido apagado atrae nuestra atención hacia el fondo de la iglesia. Matthew trae a Alice hasta Thorn, medio a rastras, medio a peso. Alice arquea la espalda y clava los talones en el suelo, pero a Matthew no le cuesta lo más mínimo dominarla. Saskia los sigue con Katie, que también se resiste, pero es tan menuda que no puede contra la fuerza de Saskia.

—Sentadlos juntos —dice Thorn, sin molestarse siquiera a darse la vuelta.

Alice y Katie se deslizan por el banco para sentarse a nuestro lado. Pego mi muslo al de Katie; está temblando.

Trato de calmar su rodilla con la mano.

—No va a pasar nada —susurro, porque creo que tiembla de miedo, pero cuando contesta, pese a que la mordaza absorbe sus palabras, suena más bien cabreada.

«Menos mal que está amordazada», pienso. Katie no tiene ni idea de lo violento que puede llegar a ser Thorn, incluso brutal. Sería muy capaz de llamarlo «saco de lefa» o algo por el estilo.

Saskia y Matthew se quedan de pie a nuestra espalda y sus sombras, proyectadas sobre nuestros regazos, se fragmentan con el titilar de la luz de las velas, agitadas por la corriente.

—Sabe Dios cómo es que seguís vivos —me susurra Saskia al oído.

Thorn rodea el escritorio y se detiene al llegar al púlpito, situado en el presbiterio. Desprende un aire de importancia, como si fuese a subir los escalones de madera y ponerse a predicar, pero se conforma con un carraspeo.

—Parece que al final nuestros visitantes nos van a servir de algo.

—¿De leña para el fuego? —masculla Saskia—. Estoy segura de que chisporrotearían como si fueran chuletas de cerdo.

Thorn quita las mordazas a Alice y a Katie, con la que se entretiene algo más, mientras le roza las pecas con los dedos. Katie aparta la cara y Thorn inspira hondo, como si ese gesto le doliera. Pero el sentimiento que Katie le despierta, sea el que sea, desaparece tan rápido como había llegado; la expresión se le endurece y se limpia la mano en la chaqueta. Luego se dirige a Saskia y a Matthew, hablando por encima de nuestras cabezas.

—Violet ha aceptado hacerse cargo del papel de Rose en la misión Harper. —Saskia y Matthew se echan a reír—. Lo digo en serio.

Las risas se cortan en seco.

—Pero... ¿cómo va a sustituir a Rose? —Saskia golpetea los nudillos en el banco, como para sacarse de encima toda la frustración.

—¿Y qué más opciones tenemos? —pregunta Thorn—. Rose ha muerto, pero a nosotros nos sigue haciendo falta una impe joven y bonita que se infiltre en la mansión y se haga amiga de Willow Harper. Aquí la Florecilla es nuestra mejor baza.

No soporto que me llame Florecilla. A Rose no la llamaba así.

—Pero no sabemos nada de esta chica. —El golpeteo de Saskia suena cada vez más fuerte—. ¿Cómo sabemos que es de fiar? Ella y los imbéciles de sus amigos mataron a Rose, ¡por el amor de Dios!

Thorn parece algo inquieto, pero lo oculta con una expresión severa.

—A Rose la mataron los gemas, no ellos. El día que empecemos a echarnos la culpa por los pecados de los gemas es el día en que nos dividiremos. Sin embargo, entiendo tu inquietud, Saskia, y por eso Matthew y tú no les quitaréis la vista de encima. Os aseguraréis de que sean legales y cumplan con su cometido cada segundo de cada día.

«Maldita sea», pienso. Saskia y Matthew llevaban casi un año trabajando en la

mansión Harper cuando sacaron a Rose de aquella pelea callejera y así era como escogieron a Willow como objetivo de la misión. Ayudaban a Rose a integrarse en la hacienda, le explicaban las rutinas cotidianas y le servían de apoyo en general. A nosotros, sin embargo, se dedicarán a criticarnos y a hacernos papilla si nos equivocamos.

Y tengo la impresión de que Saskia tampoco está encantada con la idea. El tamborileo hace un *crescendo* y cesa de pronto.

—¿Pero quién coño son estos bichos raros? —arroja las palabras como si fueran flechas—. Dinos eso al menos. Aparecen en el Coliseo, dicen ser espías y van vestidos de... ¡yo qué sé qué!

—¿En el libro es así de capulla? —me susurra Katie.

Me arriesgo a hacer una breve negociación con la cabeza. Ojalá pudiera volver a amordazarla.

Thorn cambia la cara, retoma el control.

—No tengo por qué explicarme, Saskia. Los quiero a todos en el impebús mañana por la noche. ¿Estamos? No son de esta ciudad y no han trabajado nunca en Los Pastos, así que ya os podéis asegurar de que pasen por esclavos. Si les pegan un tiro por intentar cruzar la frontera sin autorización os haré directamente responsables.

Silencio.

—¿Todos?

—No, solo Florecilla y el chaval.

—No mandes al crío —dice Matthew—. Las cosas se pueden poner muy peligrosas y es muy joven...

—Tengo catorce años —dice Nate.

Thorn sonríe.

—Y está claro que Violet es muy protectora con él. Su presencia será un recordatorio constante de lo que se juega si no cumple su misión.

Pienso en la navaja apretada contra la garganta de Nate, y las palabras que me dispongo a pronunciar se me convierten en un susurro en la boca.

—¿Y qué pasa con Alice y Katie?

Thorn estudia a Katie.

—Katie es la de negro, ¿verdad?

—Sí —responde Katie.

Se entretiene mirándola tal vez demasiado.

—Muy bien, Katie, tú eres mi seguro, mi as en la manga. Si Violet cumple con su misión, si nos consigue esos secretos, vivirás. Pero si Violet huye o me traiciona o no cumple su cometido, te mataré yo mismo.

Los temblores de Katie se acentúan; me envían ondas rítmicas antebrazo arriba.

—Estás de coña... —Katie le lanza esa mirada suya, con los ojos y los labios apretados, como si estuviera en clase, enfrentándose a Ryan Bell.

—¡Katie, chis! —Le estrujo el muslo.

—¡No! —exclama, con la voz aguda de la indignación—. Si este caraculo se cree que nos puede intimidar... —No le dejan terminar. Saskia le atiza una colleja, y de las buenas, a juzgar por cómo ha sonado. La melena pelirroja se le arremolina hacia delante y casi se cae del banco.

—¡Katie, chis! —repito.

Debe de haber visto el pánico en mis ojos porque guarda silencio.

Thorn se arrodilla frente a ella, muy cerca.

—Admiro tu espíritu, Katie, pero no vuelvas a insultarme así jamás. ¿Entendido?

«Di que sí, di que sí». Me repito la frase una y otra vez, pero la pausa se estira cada vez más hasta que solo falta que se escuchen grillos, y Katie se limita a devolverle la mirada, con los labios apretados y los ojos entornados, como un pistolero preparado para desenfundar.

—¿Entendido? —repite Thorn. Se pone de pie, amenazador, y mira a Katie de arriba abajo con su único ojo. Se acomoda el parche y me recuerda al lobo de *Caperucita Roja* cuando oculta los colmillos tras un mal disfraz.

—Katie, por favor —susurro.

Muy despacio, asiente con la cabeza.

Thorn se pasa la lengua por el labio inferior, un destello de rosa contra su piel oscura.

—Entonces nos llevaremos bien, Katie.

—¿Y esta qué? —pregunta Saskia, clavándole un dedo en la espalda a Alice.

—¡Ah, la gema falsa! —Thorn dirige la mirada hacia Alice—. Gema por fuera, impe por dentro. Al menos su sangre es decente.

—Podríamos rajarla para comprobarlo —dice Saskia.

—Contrólate, Saskia —Thorn se echa a reír—. Necesito conservar su envoltura de gema intacta... al menos por ahora. Tengo un trabajo muy especial para ella.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Alice.

La sombra de algo malicioso cruza la cara de Thorn.

—Si te lo digo ya lo sabrías todo y entonces, ¿qué gracia tendría?

CAPÍTULO 14

Estamos otra vez en la habitación ocre y, aunque nos hemos acurrucado los cuatro, nuestros alientos se convierten en vapor por el frío. Invierto unos minutos en explicar a Katie y Alice mi reciente encuentro con Baba. Me escuchan en silencio. Las marcas rojas que les han dejado las mordazas les llegan hasta las orejas, como una especie de pinturas tribales. Matthew les quitó los cables de las muñecas en un descuido de Saskia y también nos trajo algo de pan a escondidas, y lo devoramos en segundos.

—¿Desde cuándo está hecho Thorn semejante cretino? —Katie se frota los dedos uno a uno para estimular el flujo sanguíneo.

—Es como una especie de versión supermalvada de sí mismo —digo—, igual que Saskia. Pero bueno, es que hemos mandado al garete la misión de la bomba cardo.

—Y, de paso, la misión Harper —añade Nate.

Katie parece un poco incómoda.

—¿Soy la única que ha notado cómo me mira? —Su pálida piel no logra ocultar que se ha ruborizado.

—No. —Alice niega con la cabeza—. Está claro que le molas.

—¡Qué asco! —dice Katie, pero se le forma en la boca una sonrisa tímida: al igual que me pasa a mí, después de vivir a la estilizada sombra de Alice durante cosa de un año, ya no está acostumbrada a recibir atención masculina.

Alicia emite un sonido que se parece un poco a un refunfuño.

—Solo le gustas porque se nota a las claras que eres impe.

Katie entorna los ojos, y sus labios rosados se vuelven blancos de tanto apretarlos. Durante una décima de segundo me temo que van a sacar las garras y pelearse, pero Nate habla antes de que empiecen a volar zarpazos.

—Es porque le recuerdas a Ruth —dice, como si nada.

Nos lo quedamos mirando. Él hace un gesto de indiferencia, como si fuera de lo más normal que un chaval de catorce años tenga más conciencia romántica que tres chicas de diecisiete.

—A ver, no hay que ser muy listo —añade—. ¿No os acordáis de los *flashbacks* de Thorn en la peli? Ruth era pelirroja de ojos verdes.

Me río, alucinada por no haber caído antes en ello.

—Tiene razón.

—Genial —dice Katie, examinando un mechón de su pelo de imitadora—. El tío más bueno al que le he gustado en la vida es un loco psicópata que lo más probable es

que me asesine en la primera cita.

—Bien resumido —dice Nate.

—Podrías sacarle mucho partido, pequeña Ringo nuestra —dice Alice—. No pasa nada por coquetear un poco.

Katie levanta una ceja.

—Eso a ti se te da de miedo.

No soporta que Alice la llame Ringo. Por lo general responde con un grito de «Toco el chelo, no la batería». Nunca tengo claro si se le escapa la relación de los Beatles con Liverpool, o es que se hace la tonta.

—Lo digo en serio —continúa Katie—. Podría salvarte la vida. Ese tío da miedo y nos vendría de perlas que lo tuvieras contento.

Katie se aparta el pelo de la cara, como si así pudiera parecerse un poco menos a Ruth.

—No hay forma humana de obligarme a coquetear con ese comemierda. Es el mal personificado.

—Pues te dio pena cuando te contamos lo de Ruth —protesta Alice.

—Bueno, eso fue antes de que le atizase a Violet en la cabeza, nos tratase como cucarachas, amenazase con matarme y nos encerrase a todos en una celda. —Se queda mirando los listones del suelo y las pestañas se le oscurecen por las lágrimas, como si fuera consciente de pronto de la realidad de la situación.

—¿Estás bien? —Le acaricio la mano.

Levanta la vista y se obliga a sonreír.

—Claro, por supuesto. Entonces, ¿qué pasará cuando llegues a la hacienda Harper? —La voz le cambia a un tono más sensato, como si pretendiese ignorar las lágrimas que le humedecen los ojos.

Alice estira ese cuerpo tan largo que tiene y los pies se le salen de la manta raída, pero conserva el aire de serenidad, como si estuviera tumbada en la playa o algo así.

—Pues Violet llega a la hacienda Harper, conoce a Willow, se hace la misteriosa y la sexy y ¡tachán!... a él se le pone dura como una piedra.

—¡Alice! Que está Nate aquí...

—No debería resultarte difícil, Violet —Nate se limita a sonreír—. Te pareces un poco a Rose y sabes todo lo que tienes que decir.

—Así que sin presiones —farfullo.

—Luego Willow le declara su eterno amor a Violet —continúa Alice—, pero a Violet le da un pedazo de ataque de conciencia y se da cuenta de que no puede traicionar al hombre que ama. Así que echa a perder la misión Harper aposta al decirle a Willow que lo quiere, pero que su sitio está en la ciudad. Lo deja por piedad.

—¿Eso se hace? —pregunta Nate.

—Pues parece que sí —responde Alice.

—Pues hay que ver, la tal Piedad —sonríe Nate—, ya podía meterse en lo suyo.

—No me refería a eso, lo sabes perfectamente —dice Alice.

—¿Podrías contar la historia con Rose y no conmigo? —le pido, sin saber qué hacer con las manos—. Es que no me siento todavía... preparada para verme como ella.

—Pues más vale que te vayas sintiendo preparada pronto —replica.

—No pasa nada, Violet —me sonrío Katie—. ¿Verdad que no, Alice?

Alice asiente, decidida a no permitir que Katie sea la amiga buena.

—Claro, por supuesto. Pero bueno, ¿por dónde iba? Ah, sí, lo de dejarlo por piedad. Es trágico, se te rompe el corazón. Esa noche Rose cruza la frontera y vuelve al cuartel general rebelde para decirle a Thorn que ha fracasado y que no le gusta a Willow. Lo hace para que los rebeldes no vuelvan a ir a por él.

—Ahí es donde la trama llega al punto de inflexión del que hablaba la señorita Thompson.

—Bastante noble de su parte —dice Katie.

—Rose es... perdón, era muy noble —replico, triste.

Alice me ignora.

—Pero Willow no se rindió. Se disfrazó de impe y cruzó la frontera siguiendo a Rose hasta la ciudad y el cuartel general rebelde. ¡Fue tan valiente y heroico! Pero los rebeldes lo pillaron espionando por la cerradura de la iglesia.

Katie suelta una risotada.

—Eso suena más a tonto que a valiente.

—¡No te metas con él! —le riñe Alice.

Nate se queda pensativo un momento.

—Podemos influir directamente en las cosas, eso está claro, pero ¿cómo conseguimos que la gente haga lo que queremos? Por ejemplo, ¿cómo nos aseguramos de que los rebeldes pillen a Willow?

Tras una larga pausa, respondo.

—Baba me dijo que la historia quiere llegar a su final, que el canon nos arrastrará o algo por el estilo.

—Sí —dice Katie, algo desconcertada—, hasta tú misma has comentado que el canon nos persigue. Pero no tiene sentido; nosotros deberíamos ser una especie de mariposa gigantesca que bate las alas y lo desbarata todo.

—¿Pero tú de qué hablas? —le suelta Alice.

—Por Dios, Alice, del efecto mariposa —tercia Nate—. Ya sabes, lo de que una mariposa bate las alas y causa un huracán al otro lado del mundo.

Alice no parece entenderlo del todo.

—Eso es de una peli, ¿verdad? A mi madre le gusta porque sale Ashton Kutcher.

Asiento y sonrío para animarla. Cuesta aceptar que un crío de catorce sepa más que tú.

—Pues nosotros somos la mariposa —dice Nate—: batimos las alas y lo alteramos todo solo con respirar.

—Pero no lo somos —lo corto—, eso es lo que estoy tratando de decir, que el

canon nos arrastra una y otra vez: el canon quiere que la historia llegue al final que le corresponde.

—Sea como sea —añade Nate—, deberíamos ceñirnos al canon todo lo posible para evitar correr riesgos.

Nate y yo asentimos. Asiente incluso Alice.

Pero Katie no está tan convencida.

—No sé, chicos. ¿De verdad pensáis que la cosa será tan fácil? ¿Que si nos atenemos al guion todo encajará por inercia?

—Sí —contestamos los tres al unísono.

—¿Qué otras opciones tenemos? —pregunta Nate.

Atenerme al guion me proporciona un alivio increíble: me gustan los planes, me gustan los cronogramas, me gusta lo previsible. Y en este universo alocado, sucio, demente, tener un guion en la cabeza, una trama perfectamente estructurada, me da seguridad.

—A ver, recordadme el plan al que nos tenemos que ceñir —dice Katie.

Nate se da una palmada en la cabeza.

—Joder, Katie, tienes que ver la película de una vez.

—¿Tú ves por aquí algún cochino DVD? Porque yo no —replica.

Retomo la historia donde la ha dejado Alice. Es lo único que me mantiene cuerda ahora mismo.

—Así que, después de capturar a Willow, los rebeldes asaltan un burdel impe...

—¡Un burdel! —exclama Katie—. Yo pensaba que era un libro para críos.

—Novela juvenil —aclara Alice.

—Los rebeldes asaltan un burdel impe —continúo— y los tortolitos usan esta distracción para escapar.

—¿Entonces Willow perdona así como así a Rose que no le haya contado que era una rebelde? —pregunta Katie.

—Sí, porque sabe que al final había intentado protegerlo.

—¿Y qué pasa después? —pregunta, inclinándose hacia mí, incapaz de ocultar su interés; y durante un instante me parece que estoy otra vez en clase de la señorita Thompson, haciendo aquella exposición. La vida es normal; estoy en casa. Sonrío—. Rose y Willow bajan a las alcantarillas abandonadas, se pierden un poco pero acaban saliendo y encuentran un todoterreno militar antiguo. Conducen hasta el río e intentan cruzar en bote hasta la tierra de nadie.

—¿La tierra de nadie? —me interrumpe Katie.

—Son franjas abandonadas de ciudad y de campiña en la que no hay impes ni gemas. Pero no logran llegar. Las autoridades gema los encuentran en su barquita y se los llevan.

—¿Veis? Os lo dije en la Comic-Con: el gobierno siempre es el malo en las distopías. Es tan predecible...

—Katie, céntrate —la corta Nate.

Voy directa al final, evitando la temida palabra «ahorcamiento».

—Entonces Willow declara su amor por Rose en el baile del ahorcado y se gana a la multitud. Derriban el patíbulo y empieza una revolución.

—¿Cuánto falta para el siguiente baile? —pregunta Katie.

—Una semana justa —responde Nate.

—¿Una semana? —exclama Katie, incrédula—. ¿Todo esto pasa en una sola semana?

Los tres asentimos. Katie tiene razón. Ahora suena tan ridículo que de pronto me siento incapaz. ¿Cómo voy a hacer que ocurra todo eso? Yo no puedo ser como Rose.

Katie menea la cabeza con estupor.

—Hay que ver lo rápido que se enamora la gente en las distopías para chicas...

—Es una historia distópica de amor —protesta Alice.

Nate da su visto bueno asintiendo con entusiasmo.

—¡Es tan romántico! —suspira Alice—. Como cuando Rose le deja una rosa a Willow en el alféizar en lugar de decirle su nombre.

—Y cuando hace de camarera en el baile de presentación en sociedad de Willow —dice Nate—, y esperan hasta que se han marchado todos los invitados y...

—Bailan sin música —terminan la frase juntos.

—¡Por el amor de Dios! Seguíis comportándoos los dos como si esto también fuera un libro o una película. Pues ya no hay libro que valga, ahora esta mierda es la realidad.

Se hace el silencio y mis palabras parecen retumbar por el cuarto ocre.

—¿Y después de eso podremos volver a casa? —pregunta Katie al fin, con la voz tan anhelante que me rompe el corazón.

—Siempre y cuando cierre la historia, tal como la escribió King —asiento—, para que se destruya el patíbulo y nazca la revolución.

—¿Y estás segura de que este universo nos liberará cuando te ahorquen? —dice Nate con expresión constreñida—. Porque de lo contrario, te van a ahorcar y punto; eres consciente, ¿no?

—¿Queréis dejar todos de decir «ahorcar»? —Me doy cuenta de que me estoy agarrando el cuello—. A partir de ahora está prohibido decirlo. ¿Vale?

Uno tras otro asienten con la cabeza.

—Entonces arregla el canon. Siempre has querido ser Rose, ¿no? —dice, mordiéndose el labio inferior que, sin una gota de brillo de labios, parece más fino de lo habitual.

—No puedo ser Rose —murmuro—. Ella es tan... flipante.

Katie me pone una mano en la rodilla.

—¿Qué hay en un nombre? —me susurra.

—¿Eh? —dice Alice.

Katie pestañea, incrédula.

—«Una rosa con cualquier otro nombre...».

—¿De verdad te pones a citar a Shakespeare en un momento como este? — exclama Alice.

—Lo siento mucho, pero One Direction no me pareció lo más adecuado. A lo mejor debería haber citado a Justin Bieber...

—¡Parad las dos! —les grito.

Alice me acaricia el brazo.

—Lo siento, Violet, pero intenta ser positiva. Vas a ser Rose... Vas a... —dice, subiendo y bajando las cejas.

Se me tensan los músculos.

—Creo haber dicho que no mencionaseis la palabra que empieza con A.

Se echa a reír.

—No, tonta del culo, ¡vas a besar a Willow!

Se me escapa el aliento de pronto y me mareo un poco, como la primera vez que monté en tiovivo, con el viento soplándome en la cara, el pelo volando y los nudillos blancos de apretar la barra de metal. Me acuerdo de que le suplicaba a mi madre que lo parara, pero a la misma vez deseaba que el caballito de madera corriese cada vez más. Así me siento ahora: aterrorizada y exultante, incapaz de quitarme de la cara la sonrisa gigantesca que se me ha colgado de oreja a oreja. Me había centrado tanto en la parte de morir que se me habían olvidado por completo los besos.

Alice sonrío:

—Acuérdate de lo cachas que está Ash en este universo. ¡Imagínate lo bueno que estará Willow! Se te van a salir los ojos. Te odio un poquito ahora mismo —se ríe, pero la risa suena vacía, no tengo claro si por las paredes desnudas o porque lo hace sin ganas.

A la mañana siguiente, Matthew nos lleva a Nate y a mí a una pequeña sacristía. Dentro huele a humedad y a cerrado, como si no hubiera entrado nadie en mucho tiempo. Ya sé lo que va a pasar: nos van a hacer tatuajes de esclavos, igual que se lo hacían a Rose. Los hilos de nuestras historias vuelven a entrelazarse y a ser uno, lo cual es algo bueno; cuanto más pase, más posibilidades tendremos de volver a casa.

Saskia se encarama a una *chaise longue* andrajosa con una aguja en la mano y un bote de tinta en la otra.

—Trae aquí ese cuello. —Ni siquiera se digna en levantar la vista, como si no fuéramos dignos de su mirada. Pienso «Capulla», y sonrío.

Me quito la túnica de un tirón, decidida a parecer valiente. Me quedo en *leggings* y camiseta de manga corta y se me hielan los brazos por la humedad mientras espero que la aguja me perfora la piel. En la película daba una impresión muy poco higiénica y bastante dolorosa, pero por increíble que parezca no estoy nerviosa. No es nada en comparación con toda la movida del ahorcamiento.

Saskia se echa a reír a carcajadas:

—¿Qué dibujo desea la señora? ¿El dragón o el águila de fuego? —dice, mojando la aguja en la tinta.

Matthew me retira el pelo del cuello con cuidado.

—Ahora no puedes moverte. Si parece falso los guardias te pegarán un tiro.

Saskia me pincha en la nuca una y otra vez, volviendo a mojar la aguja de vez en cuando. Me lloran los ojos y no puedo evitar algún quejido cuando la aguja pasa por algún nódulo de las cervicales.

—Joder, Violet —escupe Saskia—. Vas a hacer que el cinco me salga torcido.

Termina y pone un trozo de gasa húmeda sobre la herida.

—Esto sirve para evitar las infecciones y acelera la curación. Lo robamos de Los Pastos.

También alivia el dolor, cosa que agradezco enormemente.

Le toca a Nate. No mueve ni un pelo, solo lo traicionan los dedos, cuando se los clava en los muslos.

Saskia admira su trabajo.

—Deberíais de engañar a los guardias.

Miro a Nate y se me hace un nudo en el estómago.

—¿Cómo que «deberíamos»? —Saskia recoge sus cosas despreocupadamente.

Rose cruzaba la frontera sin más problema que un mínimo encontronazo con un guardia. Pero ella tuvo suerte y su cinco no estaba torcido. Intento no pensar en ello y centrarme en Los Pastos... en Willow.

Nos ponemos unos monos reglamentarios. El tejido pica y me roza cuando me muevo, como si protestase por tener que abrigarme a mí, no a Rose. Miro a Nate, que se está rascando los brazos por encima de las mangas, y siento que me oprime la tráquea una responsabilidad enorme, pero también vuelvo al tiovivo, con el viento en la cara y el repiqueteo de la barra de metal entre las manos. Voy a conocer a Willow. No a Russell Jones: a Willow.

Salimos del cuartel general sin ninguna ceremonia. Ni siquiera nos permiten despedirnos de Alice y Katie, cosa que casi es mejor, porque lo más posible es que me echase a llorar. Si esto sale mal, si la cago, Katie morirá. Y luego está Alice, mi mejor amiga. No hago más que dar vueltas en la cabeza a las palabras de Thorn («Tengo un trabajo muy especial para ella»), pero sigo sin sacar nada en claro y no consigo más que frustrarme.

El trayecto a través de la ciudad nos ocupa casi todo el día. Tomamos la ruta más larga y enrevesada para evitar a los controladores que intentaron lincharme ayer. Callejón tras callejón, muro tras muro, hasta que tengo la impresión de que nos hemos perdido en un laberinto gris y apestoso. Me queman los pies, el estómago me aúlla y no para de dolerme la cabeza a causa de todos los golpes que me han dado, y aun así, no puedo evitar la sensación de pérdida por el Londres que conozco y amo. Edificios derrumbados, las placas con los nombres de las calles borrados... Repito mentalmente cada uno una y otra vez, pensando que su sonido ha estado aletargado durante siglos en una ciudad llena de impes analfabetos.

Seguimos caminando hasta que vislumbramos las murallas de la ciudad, como

una serpiente que se pierde en la distancia, y parece interminable al fundirse con el cielo gris. A la derecha de las puertas hay un gran edificio sin ventanas, un cubo con una puerta de metal. Da la impresión de que la muralla lo atravesase como un tren que atraviesa un túnel. Lo recuerdo del canon: es el bloque de descontaminación, donde rocían a los impes con un cóctel de sustancias químicas y comprueban que sus tatuajes sean auténticos antes de entrar en Los Pastos. En la realidad tiene menos alma todavía que en la gran pantalla. Menos, incluso, de cómo me lo había imaginado al leer el libro, que no es decir poco.

Recuerdo que en este punto de la historia Rose estaba nerviosa por colarse en Los Pastos, con el tatuaje recién hecho todavía escociéndole, igual que los nuestros. Pero ni las palabras escritas en la página de un libro ni una escena de una película pueden hacerle justicia a esta sensación horrible. Es como si se me hubiera petrificado el cuerpo, pero los pensamientos saltasen y reventasen como palomitas, rebotando y estallando dentro de mi cráneo. «¿Y si nos pillan? ¿Nos matarán? ¿Se puede morir de verdad en una historia? ¿Esto es solo una historia? Parece tan real...». Como si mi cerebro fuese un caos en ebullición, retorcido y vociferante, pero mi cuerpo fuera pesado e incapaz de actuar.

Observo a Nate y veo que tiene los tendones del cuello tensos.

—¿Te acuerdas de lo que le pasa a Rose en el bloque de descontaminación? —le susurro.

—Claro que sí —asiente—. Lo del guardia con los ojos color aciano.

—El unicornio —respondo, con la esperanza de transmitirle algo de fuerza.

Nate asiente, pero su cuello sigue igual de rígido. Con una mirada asesina, Saskia me ordena que guarde silencio.

Quiero recordarle que no todos los gemas son malos, que dentro del bloque de descontaminación hay al menos un simpa; un gema que simpatiza con la causa impe en secreto. Un guardia con unos ojos azul claro increíbles se encargaba de registrar a Rose y se daba cuenta de que el tatuaje era reciente, pero en lugar de detenerla por intentar cruzar ilegalmente, la avisaba de que evitase al guardia del bigote y los ojos gris acero. Rose le daba las gracias y le decía que siempre había pensado que los simpas eran cosa de magia y leyenda, como los unicornios.

Siempre ha sido una de mis frases preferidas del libro y tengo la secreta esperanza de poder decirla.

Los impes marchan en procesión hacia el edificio como si formaran parte de un cortejo fúnebre. Hay muchísimos. Esto también lo recuerdo del canon: los impes realizan casi todo el trabajo manual bajo el manto de la oscuridad para no ofender a los gemas con sus cuerpos humanos imperfectos y normales, lo que significa que hay muchos más impes nocturnos que diurnos. Y aunque los impes nocturnos no pueden disfrutar de la calidez y los colores del día, gozan de más libertad y pueden moverse en paz por Los Pastos. Y empiezo a entender que para ellos la libertad es como la luz del sol.

Nos colocamos al final de la cola. Me afano en encorvarme y en agachar la cabeza, en un intento desesperado de encajar, pero el escozor del tatuaje es un recordatorio constante de la tinta húmeda y el cinco torcido. Nos acercamos a las puertas de hierro y me centro en el sucio suelo para evitar el brillo de las pistolas de los guardias. Al fin, entramos en el bloque y nos sumergimos en un ambiente tan cargado de olor a lejía que el aire parece coagulado.

Avanzamos en fila por un pasillo sin ventanas. Las bombillas desnudas que oscilan sobre nuestras cabezas hacen destacar el relieve de los ladrillos de hormigón de las paredes. Miro el cogote de Nate, con el tatuaje apenas oculto por el cuello del mono, que va cambiando del blanco al negro. Me crece en el pecho un dolor que me aplasta, una sensación de desamparo.

Se oye un zumbido cada vez más fuerte y no tardo en atisbar una nube de vapor que crece y luego se disipa, más o menos cada medio minuto. A medida que nos vamos acercando comienzo a entrever un artilugio parecido al de un lavado automático de coches, pero más pequeño; tamaño impe. La fila atraviesa la máquina, que va soltando nubes de vapor que envuelven a los impes, esterilizándolos y dejándolos listos para Los Pastos antes de que sigan adelante. Nate me mira por encima del hombro, nervioso, y yo desearía poder ir delante, pero cambiarle el sitio ahora no serviría más que para llamar la atención de los guardias. El vapor se traga a Matthew y luego a Saskia. Nate es el siguiente.

Entra en el artilugio y lo veo desaparecer entre la bruma. De cerca tiene un tono verdoso y huele a lejía y a algo acre que no logro identificar. Oigo una tos ahogada y me da un vuelco el corazón, pero el destello de la pistola de un guardia me recuerda, por el rabillo del ojo, que no ose moverme. Al despejarse la bruma reaparece la silueta de Nate, que me sonrío por encima del hombro como si lo estuviera pasando bien.

Inspiro hondo e imito su ejemplo. Dentro del cilindro de metal hay tubos y boquillas y otras piezas mecánicas extrañas. Un burbujeo constante acompaña la salida a chorro del gas verdoso que me rodea y me invade la imperiosa necesidad de escapar. El gas agrede mis fosas nasales y se me mete por dentro del mono, hace que me pique la piel y que el tatuaje abraza como si me hubieran marcado a fuego. Intento con todas mis fuerzas no boquear, ni tener una arcada, ni las dos cosas a la vez. El burbujeo para, el aire se despeja y salgo, intentando tragarme la acidez.

Recuperamos la marcha y recorremos un pasillo largo. Al final nos espera una gran sala estéril en cuyo interior guardan cola unos treinta impes. Nos colocamos al final de la fila y la puerta se cierra de golpe. Bajo la cabeza y entrelazo las manos por miedo a que me traicione lo mucho que me tiemblan.

Varios guardias empiezan a cachear de arriba abajo a los impes, buscando bultos donde no debería haberlos, armas que pretendan pasar de contrabando a Los Pastos. Avanzan por la cola hacia Nate y hacia mí y cada centímetro de mi cuerpo se queda congelado, como si fuese a atraer su atención con una respiración o un parpadeo.

Clavo la vista en mis pies hasta que me pican los ojos, sin dejar de escuchar cómo se aproximan los golpes sordos de las botas.

Los pasos se detienen.

—Tú —dice un guardia—, ven conmigo.

Levanto la cabeza y veo que me señala con un dedo. Tiene bigote y los ojos gris acero.

CAPÍTULO 15

Me quedo sorda y la lengua se me pega al paladar. Tengo ante mí al guardia del canon, el que el simpa le dijo a Rose que evitara. Me lleva a un cuarto aparte, una cabina de inspección con las paredes sin pintar y un panel de metacrilato, y me empuja hacia delante, obligándome a pegar las manos al enlucido. Luego me agarra los tobillos por detrás y sube las manos, veloces, por las pantorrillas. Lucho contra el impulso de darle una patada y echar a correr. Sus manos pasan a la parte de delante, se me pegan a los muslos, por los lados y la cara interna. Nunca había tenido un contacto tan íntimo con un hombre, pero no es nada dulce ni cariñoso; es brusco y rápido. Estoy a punto de llorar, así que me muerdo el labio tan fuerte que noto el regusto de la sangre bajo el potente sabor cáustico de la bruma química. Se incorpora de pronto y me desliza las manos por torso, por los costados y por encima de los pechos. Ahogo un grito en la garganta.

—Levanta los brazos —dice.

Levanto los brazos y me pongo a temblar. En cualquier momento verá que el tatuaje es reciente, que todavía está inflamado e irritado por el desinfectante. Pero me vuelve hacia él y me pasa las manos, como serpientes, por detrás.

Le veo los ojos por primera vez y el odio que albergan me deja sin respiración.

Me agarra por los hombros y me empotra contra la pared.

—Tenemos diez minutos. —El aliento le apesta a café rancio.

Me siento como una polilla en una vitrina, clavada con un alfiler bajo el cristal, expuesta por completo e incapaz de moverme.

—No... No sé qué quiere decir...

—No te hagas la inocente, impe. —Me aparta el pelo de la cara—. Te ganarás alguna moneda gema. Y un extra si sonríes.

Me empuja con todos y cada uno de sus músculos. Voy a vomitar.

—Venga, a una impe guapa como tú ya le habrá pasado esto antes. Quítate el mono ya.

—Pero... pero ya me ha registrado. —Se me llenan los ojos de lágrimas.

De un golpe súbito, me lanza contra el panel de metacrilato y me deja sin aire en los pulmones. Más allá de mi reflejo fantasmal hay una vasta penumbra sembrada de movimiento, de figuras imprecisas que forman una fila. Entorno los ojos y me doy cuenta de que las formas son personas, una fila de cuerpos desnudos agarrados de la mano, como si fueran una de esas guirnaldas de muñecas de papel que hacíamos de pequeños.

—Haz lo que te digo o te meteré ahí —me susurra al oído—. Con los rebeldes y los aspirantes a esclavos con sus tatuajes falsos.

Oigo el tableteo inconexo de disparos y gemidos ahogados. La cadena se derrumba y los cuerpos caen al suelo. Creo que llego a decir «Dios mío» porque mi aliento empaña el panel.

—De acuerdo —susurro, y las palabras me quemán los labios.

Empiezo a desabrocharme el mono con dedos temblorosos e insensibles. Me siento como si me estuviera quitando la piel.

Se abre la puerta y entra un soldado con los ojos de color aciano. El simpa. Casi lloro de la alegría.

Me echa un vistazo rápido y frunce el ceño.

—Estamos a punto de cargarlos en el bus.

Aliento Apestoso se queda de piedra.

—Pues cargadlos.

—Necesitamos a todos los impes. —Se sostienen las miradas un momento y el simpa añade—: Ya.

Aliento Apestoso responde dando un paso atrás y bajando la cabeza.

Sigo al simpa por el pasillo con las lágrimas corriéndome por las mejillas y los dedos peleándose con la cremallera.

—¿Estás bien? —me pregunta con voz tranquila y suave.

—Sí —consigo responder. Quiero decirle que es mágico y mítico y valiente y maravilloso. Quiero echarle los brazos al cuello y darle las gracias mil veces, pero no me sale más que un débil—, gracias.

Cuando vuelvo a entrar en la sala de espera ya me he secado las lágrimas y he logrado cerrarme la cremallera. Nate se arriesga a mirarme, con el terror pintado en la cara. Hago un movimiento con la cabeza para decirle «No me ha pasado nada».

Los guardias nos conducen afuera, donde nos espera una explanada de cemento dividida con marcas amarillas. La rodean barricadas de piedra, coronadas con alambre de espino. El cielo está gris, pero es inmenso, ilimitado, y el mismo que en casa. El aire fresco de Los Pastos me llena los pulmones, cargado de aroma a rosas y a madera, y me trasporta a las vacaciones en el Distrito de los Lagos. La sensación de alivio es inmensa e instantánea.

Hay una fila de impebuses, con las ventanas desiguales centelleando a la luz del crepúsculo, que se pierde en la distancia. Seguimos a Saskia hasta la dársena marcada con el número 753 y nos acercamos a un autobús oxidado. El olor a lejía me pone el corazón a mil por hora.

—Este bus va directo a la mansión —me susurra Saskia mientras subimos.

No cabe duda de que el conductor es un impe, pero en los asientos delanteros van sentados dos guardias gema con sendas pistolas en sus cartucheras. Vuelve a invadirme el pánico y cada músculo de mi cuerpo se encoge como una serpiente a punto de atacar, pero los guardias no me hacen ni caso. Me dirijo al fondo del bus y

me dejo caer en un asiento vacío, al lado de Nate. Está duro y apesta de tal forma que me lloran los ojos, pero la certeza de que estamos a punto de alejarnos del bloque de descontaminación y del guardia con los ojos gris acero me da ganas de hacer pucheros como una niña pequeña.

Nate me examina la cara.

—Joder, Violet, ¿qué te han hecho?

—Nada —noto el aliento ácido en la boca al contestar—. ¿Sabes el guardia de los ojos azul aciano? Pues digamos que me salvó.

Nate deja escapar una exclamación de asombro.

—¡Es lo que dijo Baba! La historia nos arrastra con ella.

—Ahora esto es mucho más que una historia, ¿no? —susurro—. Los pobres impes... ya sé que hemos leído sobre ellos y los hemos visto en la tele, pero ahora es la realidad —se me forma un nudo en la garganta y me cuesta hablar—. Creo que podría ser aún peor.

Esperamos una media hora hasta que el bus se llena de impes. El motor arranca y atravesamos un enorme portón metálico hacia Los Pastos, el mundo de los gemas.

Se produce la misma inyección de color que cuando entras en Disneylandia. Juraría que el sol brilla más y los pájaros cantan más fuerte del lado gema del muro. A nuestro alrededor se extiende el verde en todas direcciones: césped, árboles y setos salpicados de tréboles y milenrama. Crecí en las afueras; estoy acostumbrada al verde y lo echaba de menos, aunque hayan pasado solo dos días.

El impebús avanza por las carreteras, pesado y más ruidoso que ningún otro vehículo en el que haya viajado jamás. Los impes van dando cabezadas, Nate incluido, con la cabeza apoyada en mi hombro. Estudio su cara. Por lo general se parece a papá, tan vivaracho y lleno de vida, con esa cara afilada y entusiasta y el pelo trigueño siempre de punta como si hubiera metido los dedos en un enchufe. Pero ahora que está completamente relajado se parece más a mamá, tiene sus mismos rasgos delicados alrededor de la boca. Se me encoge el estómago y el nudo de la garganta crece un poco más. Echo muchísimo de menos a mis padres. Sentirme segura, arropada, saber que ellos lo van a solucionar todo.

Con el ritmo del bus y el calor de los cuerpos dormidos acabo por adormecerme. Me doy cuenta porque empiezo a soñar: el asiento se convierte en algo blando, tal vez un colchón, y al parpadear veo las paredes de una habitación en penumbra enfocándose y desenfocándose. Veo la silueta de un hombre, siento el calor de una mano que envuelve la mía. Me llega ese olorillo a hospital que me recuerda al dentista, mezclado con notas de café y tabaco rancio... el olor de mi padre cuando está estresado. Me aprieta la mano. «Despierta, Violet. Por favor, cariño. Abre los ojos y despierta». Pero la silueta pierde su forma, se desdibuja en los bordes y se oscurece por segundos.

Y de pronto veo a Rose, de pie en el cadalso, con la soga alrededor del cuello. Una voz se eleva sobre la multitud. «Te quiero». Se aparta el pelo de la cara y veo

que ya no es Rose. Soy yo. El verdugo acciona la palanca y se oye el crujido de la trampilla al abrirse. Veo el brusco tirón de mi cuerpo al tirar de la cuerda y las piruetas de mis pies en su búsqueda frenética de un apoyo sólido. Oigo la voz de Baba: «Una historia es un círculo vital, Violet. Sabes que solo quedarás libre cuando concluya la historia. Del nacimiento a la muerte».

Pero no me libera. Siento que me falta el aire en los pulmones y que el contorno del Coliseo se disuelve y el sonido de la multitud se apaga. Y aun así no me libera.

—¡Violet, despierta! —Es Nate.

Me despierto tomando bocanadas de aire, como si tuviera a alguien sentado sobre el pecho, comprimiéndome los pulmones hasta reducirlos al tamaño de un bolsillo. Noto la piel como en carne viva; no sé ni describir la sensación. Es como si estuviera en llamas o atrapada bajo la superficie helada de un lago, o cubierta por cientos de minúsculas contusiones. Sé que estoy llorando porque oigo los sollozos y noto la humedad de las lágrimas en las mejillas.

—Ya ha pasado —dice Nate—. Mira, hemos llegado a la hacienda Harper.

—¿Qué pasa ahí atrás? —grita uno de los guardias.

Guardo silencio y me muerdo la lengua en un intento por quedarme callada.

Entramos en la hacienda Harper por la entrada trasera. No vemos ninguna vista de la mansión, orgullosa y vigilante, rodeada de hectáreas de praderas, solo hay un montón de setos de aligustre y la silueta de un huerto de frutales recortada contra el cielo crepuscular. No puedo evitar una pequeña decepción. El bus se detiene y salimos en fila.

Saskia nos guía por un sendero.

—Vamos a la cabaña de los impes.

—No te preocupes, solo estaremos unos días —el susurro de Nate apenas se oye por encima del crujido de la gravilla.

—Eso es lo que me preocupa.

—¿El qué? ¿Volver a la ciudad?

Suspiro. La inseguridad me carcome por dentro.

—No, hacer que Willow se enamore de mí en seis días.

—Rose lo consiguió.

—Pero Katie tiene razón: nadie se enamora así de rápido.

Nate se para en seco. Sigo la dirección de su mirada y ambos nos quedamos contemplando la cabaña de los impes.

—Es tétrica —susurra.

Lo recuerdo con mucho cariño del canon. Un oasis donde Rose, Saskia y Matthew se sentaban en las literas a jugar a las cartas y hacer planes. Parecía una casita de pan de jengibre rodeada de verdor y protegida por unos robles. Pero en la realidad es una choza torcida hecha de chapa ondulada y vigas podridas. Y dentro la cosa es peor. Huele a perro mojado y excrementos humanos, y la fina capa de paja que cubre el suelo apenas llega a ocultar el barro. En lugar de los muebles

estrafalarios y las cortinas bohemias de la película hay unos cuantos cajones colocados del revés y una mesa de pino podrido.

—¿Dónde está el baño? —pregunto con un hilo de voz.

—Ahí fuera hay un par de cobertizos con letrinas y una ducha comunitaria.

—El agua está congelada —dice Matthew—. Es preferible oler mal.

—Elegid litera —dice Saskia.

Las literas son más bien estanterías cubiertas de paja. Están alineadas al fondo de la choza, separadas por sábanas lisas y raídas que no proporcionan apenas intimidad. Cojo a Nate de la mano y nos acercamos a ellas, un poco aturdidos.

Los demás esclavos pululan a nuestro alrededor, se preparan tazas de té, recogen sus herramientas o salen a tomar el fresco. Da la impresión de que han montado turnos para gruñirnos, y me voy haciendo a la idea de que aquí no jugaremos a las cartas. Me doy cuenta de que estoy buscando a Ash, a los ojos del azul más claro que existe. Pero no lo veo por ninguna parte. Debe de llegar en el próximo bus. No puedo evitar cierta decepción.

Saskia se tumba en una de las literas-estantería.

—Dormiremos aquí en vez de volver a la ciudad a pasar el día. Es mejor hacerlo así durante un tiempo y evitar los registros en la frontera.

Nate bosteza.

—Me hace mucha falta dormir.

—Suerte tendrías —dice Saskia—. Ahora eres un impe nocturno, no puedes dormir hasta la mañana. —Se gira hacia mí con una sonrisa maliciosa—. Y tú vas a darte una ducha helada esta noche, niñita. No quiero que apestes al bloque de descontaminación.

—¿Por qué no? —pregunto. Todavía tengo la mente aturdida por todo lo que ha pasado.

Me mira alucinada como si yo fuera idiota.

—Porque cuando se ponga el sol conocerás a Willow Harper.

CAPÍTULO 16

La ducha está más que helada. Se me mete el frío en los huesos, la piel del pecho se me pone azul y se me llena de manchas. Pero al menos me distrae temporalmente de los nervios. Estoy a punto de conocer a Willow. Espero un sentimiento maravilloso de anhelo, pero lo único que pienso es que compito con el fantasma de Rose... y no estoy a la altura.

Rose y Willow. Una historia de amor épica. En su primer encuentro saltaron chispas. Hubo una atracción instantánea, una conexión. Rose lo esperó en el huerto, bajo un melocotonero, sabedora de que él pasaría por allí durante su paseo de media noche, y luego atrajo su atención chillando al hacerse un corte en la mano, pero no con un chillido agudo como el de un mono, sino con un gritito en plan de despampanante damisela en apuros. Willow corrió a ver qué pasaba, y con una sola mirada a aquellos grandes ojos castaños, todo lo que sabía del mundo empezó a desmoronarse. Se había enamorado de una impe.

Cuando me mire a mí va a echar a correr en dirección contraria.

Saskia me atusa los rizos y me pellizca las mejillas, murmurando no sé qué de que Rose tenía un resplandor natural. No podría sentirme menos a la altura aunque lo intentase. Cuando ha terminado de toquetearme la cara y el ego, nos guía a Nate y a mí hacia el huerto, moviéndose por la hacienda en la oscuridad con la facilidad de un murciélago.

La hacienda Harper es grande, incluso para los patrones gema. Son cientos de hectáreas de bosques y praderas y cuidados jardines. Creo que podría perderme con facilidad, así que no me separo de Saskia, aunque su perpetuo ceño fruncido me perturba.

Cruzamos un potrero, saltamos una cerca, bordeamos la orilla de un lago... la ruta, por cierto, me parece familiar, me recuerda al decorado de la película, pero me siento tan lejos de ser una estrella de cine que no resulta real. Parece que los nervios aumentan con cada paso y ahora ocupan todo mi cuerpo y me tiemblan hasta los dedos. Empiezo a echar de menos aquella ducha más que helada.

Siempre se me ha dado fatal el otro sexo. Solo he tenido una cita, que terminó cuando me atraganté con una aceituna, y no me han besado más que dos veces. Una de ellas estaba tan borracha que apenas lo recuerdo, y la otra fue como si me metiesen un pepinillo húmedo en la boca. Cuesta mucho ligar cuando estás siempre a la sombra de Alice, el maniquí humano.

Violet la Virgen. Ryan Bell me llamó así toda la evaluación, hasta que Katie le dio

un rodillazo en las pelotas y lo llamó Pajastein.

Solo de pensar en Katie y Alice creo que me va a estallar el corazón. Tengo que conseguir que Willow se enamore de mí o nos quedaremos todos aquí atrapados. La imagen de mis pies tambaleándose en el aire me invade la conciencia («dentro de una semana me ahorcarán»), pero la empujo a la zona más oscura de mi cerebro, junto con la aceituna, el pepinillo y todas mis demás inseguridades.

Saskia se detiene junto a una pérgola frondosa por la que trepa una glicinia.

—Tu mejor baza es esa, el huerto —dice, señalando más allá de la arcada—. Debería pasar por aquí en su paseo nocturno. Apáñatelas para atraer su atención, haz lo que tengas que hacer. Dios sabrá por qué Thorn confía en ti, pero si nos fallas te mataré.

«Supongo que lo de desearme buena suerte ni se lo plantea, entonces», pienso.

—Ven acá, mozalbeta —dice, agarrando a Nate por el brazo—, que tres son multitud.

—No —la voz me sale un poco desesperada.

Saskia me fulmina con la mirada.

—¿No puede quedarse? Por favor, no sé si puedo hacer esto sola.

Nate me interrumpe:

—Me necesita para prepararse. Somos un equipo, ¿sabes?

A Saskia se le pone cara de asco al oír la palabra «equipo».

—Como quieras —dice y se marcha, dejándome con la horrible sensación de que está deseando que fracasemos para poder cumplir su amenaza.

Nate me da la réplica a mis diálogos, siguiendo la escena de la película. Dice las frases de Willow, e incluso pone una voz grave y masculina que lo hace parecer la chica que hacía el papel de príncipe en la obra del año pasado. Yo digo las frases de Rose y me desespero al ver lo seca que suena mi voz.

WILLOW

¿Estás bien? ¿Te has hecho daño?

ROSE

No. Estoy bien, gracias. Solo es un arañazo.

Usted debe de ser Willow.

Tiene pinta de serlo.

WILLOW

¿Y qué pinta tengo?

ROSE

Es alto y esbelto. Willow significa sauce en inglés, ¿lo sabía?

WILLOW

(ríe).

¿Y tú eres...?

ROSE

WILLOW

¿De verdad? No me había dado cuenta.

Por suerte, el diálogo de la película es bastante fiel al del libro, así que al menos no nos vemos divididos a la hora de escoger las frases. Mi problema es otro: las palabras han perdido todo el significado y me dan vueltas en la cabeza como si fueran una serie de sonidos inconexos. Y no me puedo creer que nunca me haya dado cuenta de lo cursis que suenan. Decirlas en alto me da vergüenza.

Levanto la mano para indicar que ya es suficiente.

—No me sirve para nada, lo siento.

—Tranquila. Total, te lo sabes de pe a pa.

Me quedo plantada junto al melocotonero, con las manos sudorosas y respirando a trompicones. Intento apoyarme en el tronco, como Rose, pero el pelo se me pega a la madera y me preocupa que la corteza me deje marcas en la frente.

—Creo que no voy a poder —mi voz parece perderse hacia arriba, entre las hojas y las ramas.

—Claro que puedes —replica Nate.

—Pero Rose y Willow... son como Edward y Bella, como Lancelot y Ginebra, como Tristán e Isolda...

—Como la rana Gustavo y la cerdita Peggy.

Me echo a reír, pero solo un segundo.

—¿Y si no le gusto? —Ojalá no hubiera hecho esa pregunta, porque, incluso en la oscuridad, la cara de Nate se convierte en un espejo en el que se refleja mi ansiedad.

Pero se recompone y sonrío.

—Claro que le gustarás. Tú cíñete al guion, di tus frases e intenta estar... medio bien. No te tires un cuesco, ni te hurgues la nariz, ni te pongas a babear.

—Pero ¿y la conexión?

Nate recita una frase del libro.

—«Y tras el más breve de los encuentros, Willow supo que podría recorrer la tierra el resto de su vida sin encontrar otra alma que lo hiciera sentir tan completo. Era como si hubieran nacido el uno para el otro».

—Nate, te juro que no estoy ahora para oír esas mierdas.

El reloj de la torre da la medianoche y yo me imagino un telón que se levanta.

—¿Estás lista? —dice mientras me entrega una navaja.

La navaja. Con los nervios se me había olvidado por completo que tenía que hacerme un corte. Menos mal que Nate se ha acordado. Debe de habérsela cogido a Saskia de camino hasta aquí.

Me la pongo sobre la palma abierta. «Soy Rose; soy fuerte e indómita». Aprieto los ojos y me obligo a clavármela en la mano, pero mi brazo titubea a medio camino, como una marioneta indecisa.

—Violet —sisea Nate.

El pánico me obliga a abrir los ojos.

—No puedo.

—Pues no te queda otra; es el canon.

—Pero no soporto el dolor.

Las campanadas cesan, se ha levantado el telón y aquí sigo, bamboleándome como una marioneta y sin sangrar ni una pizca.

—¡Venga, tía! —Nate se me agarra al mono y susurra con tono apremiante—. Tienes ovarios de acero. Piensa en Rose, piensa en Tris, piensa en Katniss.

Abro la palma, ahora empapada en sudor.

—Ovarios de acero, ovarios de acero —repito como un mantra, dejando que suba la adrenalina. Y justo cuando estoy a punto de asestarme un navajazo a ciegas, esperando acertar en la mano, no sé cómo, oigo unas ramitas que crujen.

—¡Es él! —Nate se esconde detrás de un tronco cercano y el huerto absorbe sin problema su delgada silueta.

La necesidad empuja la hoja hacia abajo en un elegante arco, pero me echo atrás en el último momento y aparto la mano. La punta de la navaja me alcanza en el pulgar y me sube por la muñeca un dolor agudo, como de un picotazo.

—¡Au! ¡Mierda de navaja!

Se me cae (con la empuñadura por delante) en un pie. A medio saltito me acuerdo de que Rose adoptaba una pose seductora, apoyada en el árbol, y yo casi le doy un cabezazo al tronco con el ímpetu.

Willow aparece en escena. Me agarro el pie con una mano y la cabeza con la otra, el corazón quiere salirseme del pecho y creo que estoy farfullando un montón de palabrotas. Pero cuando le miro, todo se detiene. Se me vacía el corazón y lo olvido todo: la misión, mis inseguridades, mis piruetas sobre un pie... solo lo veo a él.

Se parece un poco a Russell Jones (tiene los mismos pómulos marcados y los mismos labios gruesos) pero sus ojos son más amables, como dos balsas de cobre fundido. Parece de estructura más delicada y se le marca menos la nuez, lo que le da un aire más femenino. La película no le hacía justicia. Ni siquiera mi imaginación le hacía justicia. El hombre que tengo ante mí es un Adonis. De pronto me doy cuenta de lo llena que está la luna y del aroma a manzana y a humo de leña, de que el aire fresco se me atora en la garganta.

—¿Estás bien, te has hecho daño? —Su voz suena como las campanadas del reloj: grave y lírica, pero distante, en cierto sentido. Se acerca con pasos largos, lentos y sinuosos. Se le han desabrochado dos botones de la camisa de lino blanco, que dejan entrever un triángulo de piel color miel. Me quedo helada, incapaz de parpadear, incapaz de respirar. Se para tan cerca que podría tocarlo. Incluso en la oscuridad se distingue la calidez de sus colores: ojos de cobre, piel de miel, cabello de caramelo... como un rayo de luz en la noche. Una rápida inspiración me trae el aroma de su *aftershave*. Cítricos y cilantro.

Me sé mi frase, pero los pensamientos se me enredan. Abro la boca, pero no me sale ni un suspiro.

Willow estudia mi cara un momento. En el libro se supone que piensa en hadas de los bosques o ninfas o algo así, pero yo me siento incomodísima con mi mono, más como un trago que como un hada.

Oigo una tosecilla que sale de un árbol cercano. Me siento tan alejada de la realidad que ni siquiera me extraña que un árbol tosa. Tengo ante mí al auténtico Willow, preocupado, perfecto, cálido... normal que la flora tosa. Pero no es la flora, es Nate. «Me toca dar la réplica».

Por fin mis neuronas empiezan a hacer sinapsis y se me desbloquea la garganta.

—No. Estoy bien, gracias. Solo es un arañazo. —Me miro la mano y me doy cuenta, avergonzada, de que ni siquiera me he hecho sangre, pero sigo con mi diálogo de todas formas—. Usted debe de ser Willow. Tiene pinta de serlo.

Me sonrío con su sonrisa perfecta y la boca se le enmarca con dos hoyuelos.

—¿Y qué pinta tengo?

—Es alto y esbelto. Willow significa sauce en inglés, ¿lo sabía?

Se ríe y el calor de su aliento acerca el espacio que nos separa.

—¿Y tú eres...?

—Una impe nocturna cualquiera.

—¿De verdad? No me había dado cuenta. —Se me acerca tanto que casi me roza la barbilla con el pecho. Ahora mismo las palabras ya no me parecen cursis, sino románticas... perfectas. Ahora que está tan cerca me doy cuenta de lo altísimo que es y se me seca la boca. Me coge la mano y examina el arañazo del pulgar.

Le ordeno a mi voz que no se desvíe, que se ciña al guion.

—Me buscaría un lío muy grande si alguien lo viera tocarme. Ni siquiera debería hablar con usted.

Levanta la mirada para buscar la mía, sin soltarme la mano.

—Estoy seguro de que los árboles no se lo dirán a nadie.

—Tal vez las estrellas sí.

Se ríe como le corresponde.

—Voy a correr el riesgo.

Dejo que los aromas de manzana, humo y *aftershave* me llenen los pulmones. Todo va de maravilla. No hay ni una sola aceituna a la vista.

—¿Por qué es tan amable? Pensaba que todos los gemas eran crueles.

—Y yo pensaba que todos los impes eran necios.

—Parece que nos equivocábamos los dos. —Sonrío. Es decir, sonrío de verdad, no solo porque es lo que hacía Rose, sino porque hacer como que soy sexy y segura de mí misma me hace sentir sexy y segura de mí misma.

Me suelta la mano.

—No me vas a decir tu nombre, ¿verdad?

—No tenemos nombres, solo números. —Me doy la vuelta y me levanto el pelo

para que vea el tatuaje. El frío me roza la nuca y evapora una fina capa de sudor.

Willow inhala entre dientes.

—Eso tiene que haber dolido.

Asiento y me trago una sonrisita. «Willow me está mirando el cuello».

—¿De verdad quieres que te llame impe 753811? —pregunta.

Dejo caer el pelo para que vuelva a cubrirme el tatuaje y me doy la vuelta para mirarlo.

—¿De verdad quiere saber cómo me llamo? ¿Por qué no intenta adivinarlo? —Yo jamás diría nada tan atrevido, sobre todo a un chico; es liberador.

—Rumpelstiltskin.

Me río. Tendría que haber sonado como una campanilla, pero me sale un bufido.

—Casi.

Roza la tela de mi mono, como si quisiera tocarme, pero no tuviera el valor suficiente.

Justo en el momento en que me toca, oímos el portazo de un coche. Willow se alborota el pelo con los dedos, y es todo brillo y color a la luz de la luna.

—Más vale que me vaya. —Me sonrío como diciendo «En otra ocasión» y se vuelve en dirección a la mansión.

En el canon, ese es el momento en el que mira hacia atrás y dice «¿Puedo volver a verte?». Pero no; sigue andando sin detenerse. Lo veo alejarse y las hojas y las ramas se cierran a su alrededor como si se hundiera en un pantano. Engullido para siempre. «Mira hacia atrás», grito en mi cabeza. «Mira hacia atrás y di tu frase... por favor». El miedo me inunda las venas... he fracasado en la misión. Thorn matará a Katie y nos quedaremos atrapados en este mundo para siempre. Pero por debajo del miedo se cocina otra emoción: el desencanto. No le he gustado.

Estoy a punto de admitir la derrota y se me empiezan a acumular las lágrimas calientes en la comisura de los ojos, cuando se detiene. No se limita a mirar hacia atrás, se da la vuelta. Su cara flota en la oscuridad como un corazón de bronce.

—¿Puedo volver a verte?

Me siento como si tuviera la cabeza metida en una bolsa de plástico y alguien me la hubiera arrancado. Siento náuseas y quiero boquear y dar grandes bocanadas de aire, sentir que se me ensancha la caja torácica y la sangre me vuelve al cerebro. Pero en lugar de eso, contesto con un tímido encogimiento de hombros, igual que Rose.

—Tal vez.

Willow ríe. Contemplo como el triángulo que es su espalda se aleja hasta desaparecer y me quedo inmóvil un instante, escuchando la circulación de la sangre en mis oídos.

Nate reaparece de detrás del árbol y me abraza, dando saltitos.

—¡Dios mío, Violet, cómo ha molado eso!

Yo también doy saltitos.

—¡Sí, tío!

—Lo has clavado.

—¿Has visto que me ha tocado la mano? —Siento que mi cuerpo no puede contener tanto gozo, como si se me fuera a agrietar la piel con la presión.

Nate se dispone a responder cuando se oye otra voz, familiar pero con un toque amargo.

—¿Por qué no le has dicho tu nombre directamente? Es precioso —la voz viene del cielo y durante un segundo pienso que me habla Dios mismo—. El color y la flor.

El follaje se agita y cae una lluvia de polvo, hojas y astillas.

Ash se descuelga de una rama cercana. El mono se tensa contra su pecho y sus dedos están blancos de aferrarse como garras. Aterriza a unos metros, absorbiendo la caída con las rodillas como si fuese medio gato de verdad.

—No pensaba que fueras amante de los gemas. —Despliega una sonrisa sardónica, pero su voz suena un poco herida.

Después de ver a Willow de cerca, Ash ya no parece tan mono. La nariz parece un poco grande, la sonrisa un poco torcida... pero tiene algo que lo hace muy real. Y esos ojos... Se me abre la boca de par en par.

—¡Ash! —digo al fin. Sabía que acabaría encontrándomelo, pero Rose no se topaba con él hasta más tarde, en la cabaña de los impes. Desde luego, en el canon no la estaba espiando desde ningún árbol. No sé a qué juegan esos dos hilos, pero después de tanto rato entrelazados han decidido separarse—. No esperaba verte tan pronto.

—¿Ash? —Nate sigue agarrado a mí, aunque al menos ha dejado de dar saltitos—. ¿El Ash del canon? ¿El perrillo de Rose?

Ash no le hace ni caso.

—Ya me he dado cuenta.

—¿De qué te conoce? —me pregunta Nate, pero yo tampoco le hago ni caso.

Se instala entre Ash y yo un silencio incómodo y nos quedamos mirándonos con los labios entreabiertos, como si quisiéramos decir algo pero no supiéramos cómo. Me alarma la palidez de sus ojos y siento la imperiosa necesidad de disculparme. Inicio un gesto como para cogerle la mano, pero acabo haciendo un aleteo extraño delante de mi cara. De pronto recuerdo lo inútil que soy con los chicos y la mucha falta que me hace el guion.

Por el rabillo del ojo veo que Nate está estudiando mi cara y masculla:

—¡Oh no! —Se lleva las manos a la cabeza y hace una mueca—. Esto no es canon para nada.

Yo me limito a mirar a Ash con la boca abierta mientras me sube por la garganta un revoltijo de emociones: puro placer solo por su mera presencia; incomodidad, como si mis extremidades no tuvieran nada que ver con mi cuerpo; y un sentimiento de culpa como si me hubiera pillado poniéndole los cuernos.

Nate me mira, luego a Ash y otra vez a mí.

—¡No, oh no, no, no! —Se apoya contra el tronco, como si aquello fuera

demasiado para él—. ¿Pero cómo no me he dado cuenta antes? Es que no le falta ni el nombre ridículo del otro chico de la distopía: Ash, el fresno. Como Gale o Cuatro o lo que sea. —Se deja caer al suelo, con toda su alegría perdida—. Esto lo va a mandar todo a pique.

CAPÍTULO 17

Más tarde vuelvo a encontrarme a Ash en la cabaña, en el momento en que conocía a Rose en el canon, sin conocer en absoluto su auténtica identidad de rebelde, sin conocer en absoluto su relación con Willow. Se ofrecía a enseñarle la hacienda y la llevaba a recoger manzanas. Parecía tan amable, tan ingenuo... Pero este Ash, mi Ash, sospecha de mí, incluso está cabreado. Parece que no solo los gemas desapruaban las relaciones mixtas.

Hago como que no lo veo y me centro en las instrucciones de Saskia. Se sienta a la mesa de pino, frente a Nate y a mí. Nos calentamos las manos con unas tazas de té y ella, sin darse cuenta, nos lanza nubecillas de vapor de su taza al hablar.

—Si queréis integraros, tenéis que poneros a hacer vuestras tareas el resto de la noche. Algunos de los impes nocturnos, los que tienen familia y responsabilidades, vuelven a la ciudad al amanecer, pero nosotros preferimos dormir aquí y minimizar el contacto con los guardias todo lo posible.

La mención de los guardias me causa escalofríos, que Saskia finge no ver.

—Nate, tú puedes ayudar a segar el césped. Violet...

—No me vendría mal una mano para recoger manzanas —la corta Ash.

Me sorprende. A juzgar por su expresión, soy la última persona con la que quiere pasar el tiempo. A lo mejor me espera una bronca.

—Vale, me da igual —dice Saskia, con un gesto de indiferencia—. Pero no la agotes, Ardilla.

Salgo del ambiente húmedo y oscuro de la cabaña de los impes. La luna le da a la hacienda un resplandor lechoso y las estrellas se estiran hasta el infinito. Sigo a Ash por el potrero y alrededor del lago, que parece un ópalo gigante en medio de la noche. El aire está más frío y por fin se ha disipado el olor a humo, vencido por el de la tierra y las hojas húmedas. Resisto la tentación de frotarme los ojos, pero la falta de sueño y el estrés están empezando a afectarme.

En el canon, llegados a este punto, Ash bombardeaba a Rose con preguntas y no perdía detalle de todas sus respuestas mientras estudiaba su cara con ojos de cachorrillo. «¿Y cómo te llamas?». «¿De qué parte de la ciudad eres?». Pero ahora me enfrento a un silencio incómodo. Empiezo a pensar que ojalá pudiéramos seguir el guion de la película, pero con nuestra historia no tendría sentido.

—¿Por qué Saskia te ha llamado Ardilla? —pregunto al fin. Conozco la respuesta, pero no puedo soportar más la tensión.

Sigue caminando, un paso decidido detrás de otro. Su reflejo en el agua se aleja

de él como una aguja.

—Solo es un apodo.

—Eso ya lo había deducido, pero ¿por qué te llaman así?

Por fin me mira a los ojos, lo que me causa una pequeña oleada de entusiasmo en el estómago. Luego echa a correr hacia un roble cercano, planta un talón en el tronco y salta con el otro pie. Un brazo rodea el tronco, el otro se agarra a una rama baja y Ash se aúpa hasta apoyar la pelvis en la rama. Balancea las piernas hacia arriba hasta quedar sentado, con la espalda erguida y los brazos cruzados como un elfo. Mira hacia abajo y se echa a reír. Ni siquiera ha sudado una gota.

Yo también me río.

—Vale, vale, lo pillo... Es por los dientes, ¿verdad?

—Al menos no has hecho un chiste sobre mi cola...

Enrosca las piernas en la rama y deja caer el cuerpo hacia atrás hasta quedar colgando boca abajo como un murciélago, lo cual le da un aire muy extraño, con todo el pelo hacia abajo y las mejillas colgando hacia sus ojos. No puedo evitar pensar en el beso invertido de la película de Spiderman. A lo mejor lo de seguir el guion no es tan importante, al fin y al cabo...

—Eso ya es presumir.

—Puede ser. —Se agarra a la rama con las manos y deja caer el cuerpo, aterrizando de pie, sin hacer apenas ruido.

Pasamos por debajo de la pérgola de la glicinia y entramos en el huerto. Echo un vistazo nervioso a mi punto de encuentro con Willow y vuelvo a sentir los gusanillos de la culpa revolviéndose en el estómago. Ash se acuclilla y le da un golpe con el canto del puño a un cubo negro. Se enciende una bombilla como si arrancase un proyector de cine antiguo: es un reflector portátil que inunda el huerto de una luz blanca y densa. Ash coge una cesta de mimbre y su brazo proyecta contra los árboles la sombra del aleteo de una gigantesca mariposa.

Empezamos a recoger las manzanas de un árbol cercano. Hacen un ruido sordo al caer al fondo de la cesta, levantan polvo y desprenden un aroma dulce y terroso. El olor se ciñe por completo al canon (Ash y Rose recogen fruta juntos), pero la conversación no se parece en nada.

—Esto es rarísimo, Violet. —Sus palabras se entremezclan con el ritmo de las manzanas al caer—. Te salvo de que te ahorquen y ahora te presentas en mi huerto. ¿Me estás acosando o algo por el estilo?

—Claro que no.

Sonríe con esa sonrisa torcida suya.

—Era broma. Casi estabas babeándole encima al gema ese, al tal Willow —dice, echando hacia delante la cadera y batiendo las pestañas—. «Tiene pinta de Willow... Alto y esbelto» —imposta la voz y le da un buen mordisco a una manzana. Este Ash es mucho más animado que el del canon.

Le tiro una manzana, que se revienta contra un árbol y lanza una fina rociada de

zumo, que atrapa la luz del reflector como cuentas de cristal.

—A mí no me echas la culpa, es él, que parece un ángel... un semidiós.

Mete otra manzana en la cesta.

—Está lo más lejos de Dios que pueda estar criatura alguna. Es falso, lo han alterado.

—No he dicho que sea un semidiós, sino que lo parece.

—Pues no somos superficiales ni nada... —La horquilla que forma el tronco me impide verle la expresión de la cara, pero su voz suena baja y un poco hostil.

Meto las manos entre el follaje para buscar la fruta, pero los dedos no encuentran más que ramitas.

—No puedo evitar que me atraiga quien me atrae. Tú mismo lo dijiste, no somos más que animales.

—Sí, ya, pues te van a estrujar ese cuello animal como se enteren de que has estado pelando la pava con el semidiós.

—Solo hemos hablado.

—Te estaba desnudando con los ojos.

Mi mano por fin localiza una manzana y la arranco casi triunfante.

—¿Qué pasa, tienes celos?

—Pues claro que sí, joder —se echa a reír, pero veo un breve destello del cachorrito vulnerable. Me había equivocado: no es que no le gusten las relaciones entre impes y gemas; es que no le gusta que yo esté con nadie... con nadie que no sea él.

Contengo una sonrisita.

—Mira, Ash... —pero no sé qué decir. Estudio un momento sus rasgos apenas asimétricos.

—¿Qué hacíais el crío y tú? —me pregunta de pronto.

—¿Quién dices, mi hermano Nate?

—El crío, sí. Estabais como recitando unas frases, justo antes de que apareciera el semidiós.

—Solo estábamos haciendo el tonto, cosas de hermanos.

Juguetea con una manzana, se la pasa de una mano a otra como si quemase.

—Parecía que ensayabais algo, y entonces el semidiós dijo algunas de las frases del chaval. —Me mira levantando las cejas, expectante.

No puedo decirle la verdad, así que cambio de tema.

—No te he dado nunca las gracias por salvarnos a mis amigas y a mí, el otro día, en la ciudad.

Recoge la cesta y la lleva a otro árbol.

—No pasa nada. No iba a dejar que os ahorcasen, ¿no?

Lo sigo, en parte porque tiene la cesta y en parte porque me siento sola con las sombras. Me quedo a su lado y me fijo en el vello de su antebrazo, oscuro, destacando contra su piel, y erizado por el frío.

—Bueno, pero nos salvaste la vida. Gracias —digo.

Oculto los ojos con las espesas pestañas, que parecen incluso más largas de lo habitual, proyectadas como telarañas sobre el rosa de sus mejillas. De pronto lo veo muy triste.

—Es que no puedo creerme que desees a un gema, con las cosas que nos hacen, con la forma en que nos tratan.

Recuerdo mi cara aplastada contra el metacrilato, el derribo de la cadeneta de papel, y me dan ganas de llorar. Sacudo la cabeza, en un intento de apartar las imágenes de mi mente.

—Pero Willow no es el que hace esas cosas. No le puedes echar las culpas de los pecados de su gente.

Levanta la vista y a la luz del reflector se le ven los iris tan claros que parecen de cristal. Las pupilas son dos puntos intensos.

—¿Y entonces a quién? ¿De quién es la culpa? Nadie puede levantarse y poner fin a la barbarie contra los impes si no lo hacen los gemas.

Ojalá pudiera contárselo todo, pero es demasiado arriesgado. Además, seguro que pensaría que estoy loca. Así que templo la voz.

—Tal vez él lo haga un día, si se enamora de una impe. Tal vez se lo plantee.

—¿Qué quieres decir?

Me doy cuenta de que ya he hablado de más y vuelvo a recoger manzanas, como si esos ojos azules de escarcha no me estuvieran traspasando la piel mientras contemplan mi perfil. En el canon, ahora Rose habría estado inventando una serie de patrañas sobre que había trabajado en Los Pastos antes. Una conversación banal. Respuestas educadas, asentimientos entusiastas, ojitos de cachorrillos... Ojalá pudiéramos volver al guion, esto me cuesta demasiado.

—Nada —respondo—, solo estoy pensando en voz alta.

—Bueno, pero que no te maten, ¿vale? —Trepa al árbol como una exhalación para llegar a la fruta más alta.

Me descoyunto el cuello para mirarlo y me lanza un par de manzanas a los brazos estirados.

—Haré lo que pueda —miento.

—Porque no te he salvado de una sogá para que acabes colgando de otra. —Lanza una manzana directa a la cesta y grita—. ¡Diana!

Ash vuelve a casa en el impebús todas las mañanas. Lo veo avanzar en fila arrastrando los pies y subir al bus, adoptando la postura servil de los impes que tan poco le cuadra a la Ardilla con la que he estado hace unas horas.

Me dejo caer en la litera que está encima de la de Nate, que asoma la cabeza para ponerla a la altura de la mía.

—¿Qué tal te ha ido con Ash?

—Como el culo. Creo que me odia un poco.

—No importa si le gustas a Ash o no, no es más que un secundario. Lo esencial es que le gustes a Willow.

Sé que Nate tiene razón, pero a mí sí me importa un poco gustarle a Ash.

—Supongo.

Nate me da unas palmaditas en el brazo.

—Duerme un poco, heroína extraordinaria, tienes que estar muy guapa.

Me hace sonreír que Nate se ponga en plan cuidador conmigo, como si él fuera el hermano mayor.

—Gracias —le digo.

Vuelve a desaparecer y no tardo en oír el ritmo acompasado de su respiración cuando se queda dormido.

Empiezan a llegar los impes diurnos y su ajetreo, junto con la luz que se cuela por las sábanas divisorias, no me dejan dormir. Además, tengo la cabeza hecha un remolino de pensamientos y emociones encontradas: pienso en Katie, en el campanario, a merced de un psicópata con parche un poco colgado de ella; pienso en Alice, esté donde esté; pienso en los ojos invernales de Ash; pienso en cómo le toca la mano mi padre a mi madre cuando le echa la leche en los cereales; y, por último, pienso en mis pies, bailando en el aire, buscando desesperadamente un apoyo y sin encontrar jamás las zapatillas rojas para volver a casa.

Dentro de cinco días me ahorcarán.

Me acurruco en posición fetal y me imagino todos esos pensamientos embalsándose en un lado de mi cabeza, filtrándose a la almohada. Acabo cayendo en un sueño inquieto, salpicado de sombras retorcidas y gritos, y con la sensación de querer moverme y no poder, como si todos mis miembros estuvieran atados con cuerdas. El sueño cambia y de pronto puedo volver a moverme. Siento una libertad sorprendente, como si me hubieran quitado del pecho todo el peso que cargaba. Es verano, huele a la flor del altramuz y a hierba recién cortada, y se oyen voces de niños jugando mezcladas con cantos de pájaros.

Tengo siete años y estoy en el jardín de mis padres con Alice y Nate. Alice parece tan pequeña... no lleva los pies embutidos en tacones y todavía le da igual que el pelo se le ensortije alrededor de la cara. Nate, con solo cuatro años, todavía tiene en las piernas rechonchas ese pliegue en el tobillo y las rodillas, y los pantalones cortos que lleva casi engullen su minúscula figura. Estoy haciendo pompas de jabón, contemplando cómo surgen del palito y flotan en el aire las esferas perfectas que brillan al sol. Alice y Nate corretean de un lado a otro, intentando atraparlas, dando grititos cuando les estallan en el hueco de la mano. «Más», chilla Nate, «más pompas, Violet, más pompas, porfa».

Levanto el palito y giro sobre mí misma. Las burbujas se elevan en el cielo fuera de nuestro alcance, transportadas por la brisa, y se enganchan en las copas de las budelias. «No tan alto», grita Alice, «no tan alto, Violet». Pero yo no dejo de dar

vueltas y vueltas, y de hacer pompas, animada por sus risas y la sensación de libertad. De pronto Nate grita: «¡Mira, Violet, mira!». Alice y yo paramos al instante y seguimos la línea invisible que señala su dedo. Una única burbuja ha sobrevivido a las budelias y se eleva cada vez más, flota por encima de la cerca del jardín, por encima de los cables de teléfono, cada vez más arriba, por encima de las copas de los sicomoros.

Nos quedamos mirándola hasta que ya no es más que un puntito diminuto que flota hacia el horizonte. Nate se gira hacia mí, con una sonrisa tan ancha que le veo todos los dientes de leche, como perlas húmedas. «¿Aterrizará en las estrellas?». Alice y yo nos reímos. «Sí, Nate, aterrizará en las estrellas». Y entonces es cuando oigo el pitido rítmico de una máquina de hospital, como las que se oyen en *Anatomía de Grey*. Bip. Bip. Bip. El olor a desinfectante y detergente borra los perfumes del verano.

Alice se gira hacia mí. «¿Qué es ese ruido?». Miramos por todo el jardín, bajo las flores, detrás del banco de madera, pero no encontramos la máquina. Bip. Bip. Bip. Nate restriega la cabeza en mi barriga. «No me gusta, Violet, haz que pare». Me subo a las piedras para asomarme al jardín de los vecinos, miro por las ventanas de nuestra casa, pero la máquina no aparece. La sensación de libertad deja paso al temor. Bip. Bip. Bip.

El pitido empieza a mutar, transformándose en el martilleo sordo de unos nudillos contra la madera. Me despierto para ver la cara severa de Saskia, que golpetea con el puño en el borde de la litera.

—Arriba, Violet. Te toca usar tus encantos con el inútil ese del cachas gema.

Estoy empapada en sudor y el pulso me resuena, machacón, en los oídos.

—Willow —digo, con la voz todavía adormecida.

—Ya sé cómo se llama.

Parpadeo para quitarme las telarañas de los ojos y me digo a mí misma que aquellos pitidos no eran más que el sonido del golpeteo impaciente de Saskia o el propio flujo de la sangre por el cuerpo. No hay más explicaciones posibles.

CAPÍTULO 18

Engullo unas gachas insípidas, me doy otra ducha y disfruto del martilleo del frío en mi cuerpo: congela la ansiedad y la transforma en un bloque reluciente del que puedo apartarme y dejar atrás.

De camino a la mansión con Saskia y Nate siento que se va imponiendo la preocupación: en el siguiente capítulo de la historia no basta con recitar frases aprendidas y evitar tirarse pedos. Aquí es cuando de verdad no estoy a la altura del fantasma de Rose, porque la siguiente parte de la historia requiere actividad física... y por algo siempre me eligen la última en los partidos de vóley.

—¿Y cómo vas a conseguir que el tortolito se fije en ti esta vez? —me pregunta Saskia.

—Anoche me preguntó mi nombre. Hoy se lo voy a enseñar.

Saskia levanta una ceja hasta que esta toca la mancha oscura de la frente.

—¿Cómo que se lo vas a enseñar?

—Le voy a dejar una rosa en el alféizar —respondo.

Nate se saca una rosa del mono y me la pasa. Es la más lozana y más roja que encontré en la rosaleda. La cojo y la hago girar entre los dedos. Los dos miramos a Saskia, esperando una respuesta entusiasta, la que le daba a Rose en el canon: «Gran idea, tiéntalo para que salga de esa mansión de mierda». Pero no, se limita a arrugar el morro como si hubiera olido algo realmente apestoso. A lo mejor sí que me he tirado un pedo...

—¿Qué ridiculez es esa? —exclama—. ¡Dejarle una rosa en el alféizar! ¿Pero de dónde sacáis esas mierdas?

Nate y yo intercambiamos una sonrisita.

—Funcionará —dice Nate—, ya lo verás.

Saskia resopla.

—Bueno, no me parece bien que te hagas llamar Rose. Es una falta de respeto a los muertos.

—Thorn me dijo que conservase el nombre. Para que me recordase su valor y para que me marcase el rumbo.

Thorn no me ha dicho nada de eso, pero tenía la esperanza de que adoptar su nombre me conferiría, no sé cómo, algo de su belleza y su osadía. Además, un revoltijo de violetas esparcidas por el alféizar no sería ni la mitad de romántico, tal como Nate me ha hecho notar hace un rato.

—Thorn no siempre tiene la razón, ¿sabes? —masculla Saskia, frotándose la

cicatriz de la clavícula.

La mansión se hace visible. Es similar al edificio que utilizaron para la película: imponente y grandiosa, con dos torres paralelas infladas como el pecho de un pavo y tan alejada de la ciudad de los impes que lo mismo podría ser un decorado. Siempre me ha parecido extraño que los gemas, con todos sus avances tecnológicos, prefieran vivir en entornos tan clásicos. Ya sé que el exterior de la mansión no es más que fachada y que dentro están todos los aparatejos futuristas imaginables (inteligencia artificial, vainas de simulación, sumideros que transportan la materia... y podría continuar), pero lo que no he entendido nunca es por qué los gemas prefieren modernizar los edificios impenables antiguos, por qué no construyen edificios nuevos desde cero. Ahora que llevo una vida de impe lo comprendo al mirar este precioso caserón georgiano: lo hacen para fastidiarnos. Para recordarnos que ganaron, que son la raza superior. Ellos viven arriba y nosotros abajo. Nos han robado las bonitas mansiones georgianas.

Cabrones.

Intento apartar de mi mente semejantes pensamientos; la ira contra los gemas no me ayudará precisamente a embaucar a Willow. Me intento centrar en la hierba que piso al cruzar los jardines en silencio, con la mano de Nate sujetando la mía y el sabor del humo y el frío en la lengua. Rodeamos el edificio hacia los jardines traseros, cada vez más cerca de la ventana de Willow: la cuarta por la izquierda de la tercera planta.

Nos arrimamos a un gran roble, por el que Rose subió sin problemas con la flor asomándole por el escote. Os juro que este árbol es más grande, más fiero.

—¿Y tú vas a trepar por ese pedazo de árbol? —me pregunta Saskia.

Empiezo a meterme la rosa por el escote del mono, imaginando lo alucinante que me va a quedar, pero mi ausencia de canalillo hace que el tallo se incline hacia un lado y las espinas se me clavan en el pecho como pequeñas cabronas. No estoy hecha para Hollywood. Pero el orgullo me obliga a sonreír un poquito.

—Tan difícil no puede ser —si lo digo igual hasta me lo creo.

Saskia menea la cabeza y entrelaza las manos para ofrecerme un estribo. Pongo el pie en él y me agarro a la rama más baja. La corteza me araña los dedos y la rama se combe por mi peso, pero logro auparme hasta sentarme en ella. Solo estoy a la altura de la cabeza de Saskia, pero no me atrevo a mirar hacia abajo. Me aterra desequilibrarme y caer al suelo.

Sinceramente, no sé qué creía que iba a pasar. Sabía que no me iba a transformar en Rose por arte de magia y trepar por un roble gigante con facilidad; sabía que el espíritu de Katniss no me poseería de pronto para dotarme de la capacidad de escabullirme por los tejados mientras disparo flechas con el arco. Pero tampoco pensaba que iba a carecer de fuerza en el tren superior de semejante manera. Inspiro hondo unas cuantas veces y dejo que la mente se me llene de imágenes de Katie y Alice y Nate. Tengo que hacerlo. Tengo que cerrar la historia para poder volver a

casa.

Me pongo en pie con cuidado, abrazada al tronco como un koala, con los pies abiertos para abarcar la rama. Hay otra a mi alcance al otro lado del tronco. Me abro de piernas y termino a horcajadas entre dos ramas, muy consciente de que solo el aire y la madera separan mi cuerpo del suelo.

—Vamos a estar aquí toda la puta noche —el placer se filtra en las palabras de Saskia.

Los dedos me resbalan, arañan la corteza, y cuando por fin me arriesgo a mirar abajo, la cabeza me da vueltas. Pero al mirar arriba no veo más que ramas y hojas y brotes y la ventana se me hace inalcanzable. Así que al fin pronuncio las palabras que estaba evitando en secreto.

—¿Podéis ir a buscar a Ash?

—¿A Ash? —dice Saskia—. No está metido en esto, ¿sabes? Empezará a hacer preguntas, y si se corre la voz de que somos... ya sabes —baja la voz— rebeldes, ya no estaremos seguros. Lo que quiero decir es que no todos los impes son de fiar.

—Pues es Ash o un brazo roto —replico, con un toque creciente de histeria en la voz.

Oigo que Nate trata de convencerla.

—Venga, Saskia, Ash no se lo va a decir a nadie. Le gusta demasiado Violet.

Saskia suspira con resignación. Yo bajo la vista el tiempo suficiente para ver a Nate salir pitando.

Cuando llega Ash ya he logrado bajar a la primera rama y vuelvo a estar abrazada al tronco. Estoy tan aliviada de que haya vuelto de la ciudad... si hubiera cogido el último bus estaría bien jodida. Miro hacia abajo y veo su enorme sonrisa. Es casi lo único que se ve en la oscuridad.

—¿Lo pasas bien ahí arriba? —ni siquiera puede disimular la risa.

—Sí, se está de maravilla. Las vistas son impresionantes, con toda esta corteza.

Noto que el árbol tiembla cuando Ash se aúpa a la rama opuesta a la mía. A él no lo veo, pero noto el calor de sus manos cubriendo las mías y, de pronto, me siento muy segura. Asoma la cabeza por detrás del tronco y sonrío. La compasión que refleja su cara despeja cualquier duda que pudiera tener por haberle pedido ayuda.

—¿Todo bien? —me pregunta.

Niego con la cabeza. Él sonrío.

—Cuando todavía estás aprendiendo es mejor soltar las extremidades de una en una, ¿comprendido?

Asiento.

—Y siempre hay que comprobar la resistencia de las ramas antes de poner todo el peso en ellas, porque si te confías a una rama débil, solo irás en una dirección.

—Muy buenos consejos, pero la verdad es que tenía la esperanza...

—¿De que trepase yo por ti?

—Sí.

—¿Y cuál es el motivo concreto para que trepe a este árbol?

Me arriesgo a soltar una mano y me saca la rosa del mono, que ahora parece más bien un trozo de alga marchita.

Ash la coge y frunce el ceño.

—¿Y dónde quieres que ponga esta rosa, exactamente? —Mira hacia arriba y creo que cae en la cuenta porque suelta una especie de «Ah».

—Tercera planta, cuarta ventana por la izquierda.

—¿Y por qué iba a ayudarte a llevar a cabo esta... esta idea absurda, sea la que sea?

No sé qué decir. Me limito a mirarlo a los ojos, a los que la noche les roba todo el azul, y articulo las palabras «Por favor».

—Vale, vale, no me lo pidas con esos ojazos castaños —me dice.

Antes de que me dé cuenta, sus pies desaparecen entre las hojas como si lo hubieran aspirado desde el cielo. Me llueven hojas y trozos de corteza y tengo que bajar la cabeza para que no se me llenen la boca y los ojos de porquería.

Varios minutos después, ya no lleva la flor y está dispuesto a ayudarme a bajar al suelo. Nate le da unas palmaditas en la espalda, como si fueran grandes amigos.

—Gracias, colega.

Saskia parece de mal humor.

—Esperemos que tanto follón haya servido para algo. —Se aleja de la mansión zapateando por el césped y llevándose a Nate con ella.

Me doy la vuelta para seguirlos, pero Ash me agarra de los brazos para susurrarme algo al oído; su aliento es como agua caliente.

—¿Sabes que Saskia tiene mala reputación por aquí? Corre el rumor de que Matthew y ella son... rebeldes.

—¿Tan malo sería eso?

—La verdad es que no, solo que si te pillan metida en una trama rebelde lo más probable es que acabes bailando el baile del ahorcado. ¿Qué te pasa con los ahorcamientos? Es como si estuvieras deseando que te colgaran.

No me atrevo a decirle que tiene razón. No me atrevo a decir las palabras, me dan demasiado miedo. En lugar de eso lo cojo de la mano. Me parece como si sujetara una piedra caliente: pesa y está cubierta de trocitos de hojas.

—Gracias por ayudarme, Ash. Eres un amigo de verdad.

—Lo que soy es un tonto de los cojones.

Parece triste, las pestañas ocultan sus ojos empalidecidos por la noche, pero no aparta la mano. Nos quedamos así un momento, bajo la cúpula del roble, y en nuestras lenguas nacen un montón de palabras que no llegan a salir de los labios.

En la habitación de Willow se enciende una luz que, al filtrarse entre las hojas, nos motea la piel de sombras, recordándonos que no estamos seguros en absoluto. Separamos las manos y nos alejamos corriendo de la mansión, hacia los árboles, los aligustres y la oscuridad. Y sé que detrás de mí, Willow ha averiguado mi seudónimo.

CAPÍTULO 19

Espero a Willow en el huerto otra vez, al pie del mismo melocotonero. Cae una llovizna finísima, apenas visible en la oscuridad, pero las hojas no ofrecen mucha protección y me va empapando la nariz y las pestañas. Nate y yo hemos decidido que esta vez es mejor que me encuentre con Willow a solas porque en esta escena hay demasiado movimiento y podría descubrir a Nate, pero me ha acompañado hasta allí, me ha recordado las frases y cuándo tengo que decirlas. No puedo evitar sonreír al recordarlo con el cuerpo menudo vuelto hacia los establos y acariciándose la espalda con las manos como si se estuviera besando con alguien.

—¡Ooooh, Willow! —decía con la tonta vocecilla de chica que pone y rogué que no se pareciera en nada a la mía.

Me apoyo en el melocotonero e intento que mi cuerpo parezca esbelto y sexy, pero tengo un hormiguero de nervios en el estómago y lucho por mantener las manos y las piernas quietas. Esta noche es la escena de nuestro primer beso, de un romanticismo y una belleza absolutos. Debería estar emocionada, pero me muero de terror. ¿Y si no me besa? O, lo que es peor, ¿y si me besa y le dan ganas de vomitar? Y no logro sacarme de la cabeza la maldita lengua pepinillo. Todas mis inseguridades flotan en mi visión periférica como si fueran gordos insectos zumbones. Les doy un rápido repaso mental a mis frases, a las que conducen a ese primer beso perfecto.

WILLOW

Nunca había conocido a nadie como tú.

ROSE

¿Te refieres a una impe?

WILLOW

No, a nadie tan libre.

ROSE

No soy libre, soy una esclava. La esclava de tu padre, para ser exactos.

WILLOW

Ya lo sé. Lo siento, no quería que sonara así... Es que, no sé, te sonará estúpido que diga esto, pero me gustaría ser más como tú.

ROSE

(Le cubre las mejillas con las manos).

Puedes serlo.

Y entonces Willow la besaba.

Un beso apasionado. De los que te dan un vuelco al corazón. Perfecto.

Pero la realidad es que llevo tres días compartiendo un cepillo de dientes mohoso con Nate y me sabe la boca a pies.

Oigo los pasos de Willow antes de verlo, rápidos pero sin prisa. Se me acelera el pulso y la boca me sabe cada vez más a pies. Cruza la pérgola y está más guapo que nunca, con la luna iluminándole los delicados rasgos. Me ve y se ríe entre dientes, acariciándose la barbilla con los pétalos de la rosa. Y entonces, justo en el momento adecuado, dice su frase:

—Rose... Tienes pinta de Rose.

—¿Y qué pinta tiene una Rose?

—Espinosa.

Cruza el resto del huerto y nos sentamos juntos al pie del melocotonero. Me siento sobre las manos para no jugar con ellas y estudio su perfil, tan perfecto que casi parece el príncipe generado por ordenador de una película para niños. Me muerdo el labio inferior y de pronto me percató de que la piel del pecho se me está enrojeciendo bajo el mono.

Pestañea un poco mientras contempla las estrellas.

—Me encanta la hacienda por la noche.

—Yo solo la veo por las noches.

Se vuelve para mirarme, con la piel ya cubierta de rocío.

—Entonces duermes de día, ¿no?

—La mayor parte.

El desconcierto le cruza el rostro simétrico.

—¿Duermes en la hacienda o vuelves a la ciudad en esa antigualla motorizada?

Me río, dándole unos golpecitos en el hombro, igual que en el canon. Suena a coqueteo y un poco rara, pero digo mi frase de todas formas:

—¿Antigualla motorizada? ¿Te refieres al bus?

—¿Así se llama?

—Qué privilegiado eres...

—Creo que lo que quieres decir es «ignorante».

Nos miramos fijamente y la fuerza de su mirada casi me roba mi siguiente frase.

—Suelo dormir aquí, en la mansión. No tengo familia con la que volver y evito cruzar la frontera si puedo. A veces los guardias son un poco bruscos.

Me pone la mano en el brazo.

—¿Te han hecho daño alguna vez?

Recuerdo la pantalla de metacrilato y los ojos gris acero. Sé que debería ceñirme al guion y contestar solo «Todavía no», como hacía Rose, pero la furia crece en mi interior, oscura y maligna, y no puedo evitar que me suba por la garganta y me obligue a pronunciar mis propias palabras.

—Si intentas colarte en Los Pastos los guardias te disparan sin previo aviso, ¿no

lo sabías? Te ponen en fila y te matan a tiros como si no fueras nada. —No me puedo creer que haya dicho lo que acabo de decir, que me haya desviado del canon cuando es tanto lo que hay en juego.

Creo que lo he pillado por sorpresa.

—Pero tienen que impedir que los impes malhechores crucen las fronteras.

¿Willow sabe lo del bloque de descontaminación y no hace nada?

«Cíñete al canon, Violet», pienso. Pero la furia sube de nivel, transformándose en ira, y soy incapaz de impedir que las palabras, acaloradas e implorantes, se me escapen de la boca.

—¿Lo sabías? ¿Lo sabías y no has intentado ponerle fin? —Sé que debería volver al guion, sé que debería centrarme en el objetivo final de volver a casa, pero no puedo sacarme de la cabeza la cadeneta de muñecas de papel cayendo al suelo como hojas de periódico arrugadas. Le aparto la mano de mi brazo.

Ahora es él quien se enfada.

—Mira, Rose, hasta que te conocí... la verdad es que no me había parado a pensarlo... las cosas siempre han sido así.

—Siempre no —lo corto.

De pronto se queda planchado. Sus hermosos rasgos se ensombrecen y deja la rosa en el regazo.

—Lo siento. Tienes razón.

Miro sus ojos suaves, llenos de sinceridad y la ira desaparece. Tengo que retomar las riendas de la escena. Inspiro hondo y, fiel al canon, me pongo en pie.

—Vamos, estoy cansada de este puñetero huerto.

Echo a correr entre los árboles, rozando las ramas con las manos al pasar. En la película Rose parecía todo un espíritu libre, pero me da la impresión de que yo lo que parezco es torpe. Una de las ramas me da en toda la cara. Por suerte, a Willow le parece la monda y su risa me anima a seguir.

El huerto se termina y desembocamos en un prado, plateado a la luz de la luna. Willow acelera en dirección a la puerta del fondo de la hacienda. Me centro en seguirle el paso, con la cabeza gacha, los brazos y las piernas palpitando, el pecho agitado. Me siento revivir. El suelo cede y por un momento creo que voy a resbalar, pero recupero el equilibrio y sigo subiendo. Levanto la vista y veo que he acertado distancias, casi veo el pico de cabello de su nuca. Estiro los brazos y me acerco tanto que juraría que llego a sentir el calor de su cuerpo en la punta de los dedos. Pero Willow debe de haber sentido mi proximidad, porque acelera y mis manos solo agarran aire.

Chocamos, riendo y jadeando, contra la puerta. La madera cruje bajo nuestro peso e intenta lanzarnos hacia atrás como un trampolín. Willow luce una sonrisa maravillosa.

—Eres rápido. —Apoyo las manos en las rodillas para recobrar el aliento.

—Todos los gemas lo somos.

Siento el aire frío de la noche en la nuca cuando el pelo me cae hacia delante y el mono se desliza hacia atrás, dejándome las cervicales al descubierto. Igual que en el libro.

Willow va recuperando el aliento mientras recorre con un dedo cada uno de los dígitos tatuados. Una oleada de temblores, como círculos concéntricos en un lago, me recorre la piel.

—¿Qué significa? —pregunta por fin.

Recito mi frase con facilidad.

—El primer número es la ciudad, así que el siete significa que vivo en Londres. Los dos números siguientes indican en qué hacienda trabajo. Todos los impes que trabajamos aquí empezamos por 753.

—¿Y el 811?

—Soy la octingentésimo décimo primera impe que ha trabajado en la mansión —digo, sonriendo—. Saben hacer que una chica se sienta especial.

Me apoya la palma de la mano en la nuca, ocultando los números. Absorbo el calor húmedo y pegajoso de su piel. «Willow me está acariciando el cuello». Siento una descarga de emoción.

—No es más que tinta —dice—, una serie de formas que no tienen más significado que el que le demos.

Nos sonreímos y entonces, siguiendo el guion, le doy un empujoncito suave.

—Basta de haraganear, gema.

Recuerdo que Rose superaba la puerta con un salto ágil, pero como sospecho que yo me iría de morros, opto por escalarla. Intento parecer brava y valiente, pero mis botas chapotean en el barro y me siento como un fraude. Echo a correr otra vez con la esperanza de sacar suficiente ventaja para asegurarme de que acabemos en los establos.

—¡Eso no vale! —grita Willow a mi espalda—. Yo no conozco la hacienda tan bien como tú.

—El superhumano eres tú —grito, por encima del hombro.

Veo los establos y experimento una inmensa sensación de alivio, seguida por la certeza de que ha llegado el momento: está a punto de besarme. Me obligo a conservar la concentración; estoy tan cerca de conseguirlo... Me cuelo por un lateral de los establos, los tobillos se me enredan en la maleza, me tropiezo y me estampo contra la madera. Willow entra a trompicones detrás de mí y los dos nos echamos a reír y despertamos a los caballos.

Avanzo hasta el fondo de la construcción y me apoyo en los tablones, agradeciendo el descanso. Mi pecho sube y baja rápidamente por el esfuerzo. El olor del pienso y del pelo de los caballos se mezcla con el de nuestro sudor. Willow se me acerca, todavía riéndose, con restos de maleza enganchados en el tobillo. Siento las fibras de los músculos de su antebrazo a través del mono. Solo un instante me separa de nuestro primer beso. De pronto siento la boca como si la tuviera llena de cartón;

cartón de cajas de zapatos, a juzgar por el sabor. Dios, mataría por un caramelo de menta.

Se vuelve hacia mí y me aparta el pelo de la cara, que se me queda medio enganchado en el labio y lo estira hacia un lado.

—¡Au! —mascullo.

Pero Willow se ríe.

—Nunca había conocido a nadie como tú.

Me tomo un instante para observar sus rasgos. Una colección de formas. A esta distancia veo hasta el entramado de los poros y el vello minúsculo que le cubre la piel.

Me desengancho el pelo de la boca.

—¿Te refieres a una impe?

—No, a nadie tan libre.

Juega con el lóbulo de mi oreja y no puedo evitar buscar su mano con la cara; es tan grande y tan firme... «Willow me está acariciando la oreja». Me centro en el arco perfecto de su labio superior.

—No soy libre, soy una esclava. La esclava de tu padre, para ser exactos.

Deja caer la mano a un lado, cargada de culpa.

—Ya lo sé. Lo siento, no quería que sonara así... Es que, no sé, te sonará estúpido que diga esto, pero me gustaría ser más como tú.

Este es el momento. Está a punto de besarme. Cojo su cara perfecta entre mis manos y lo obligo a mirarme a los ojos. Creo que se me ha parado el corazón, convertido en gravilla en el pecho. Pero digo mi frase con seguridad.

—Puedes serlo.

Me mira fijamente un instante. Ya casi siento su próximo movimiento, el sabor de sus labios en los míos. Mi tráquea se estremece inesperadamente; tengo la sensación de que acabo de meterme en una tormenta de nieve y tengo la piel helada y ardiendo al mismo tiempo. Dejo que se me cierren los párpados. Es el momento.

Pero Willow no se mueve y el beso no llega.

En lugar de eso, dice:

—Mañana es mi baile de presentación en sociedad.

Ha continuado con su siguiente frase, se ha saltado la parte del beso. El corazón me da un vuelco y el cerebro vuelve a llenarse de inseguridades: «¿Es porque me huele el aliento? ¿Estoy muy despeinada? ¿Habrá sido por salirme del guion y hablar del proceso de descontaminación? Tal vez es que no estoy a la altura».

Pero me ciño a mis frases.

—¿Sí?

«Tal vez debería besarlo yo. Pero ¿y si no quiere que lo bese? Es tan alto que a lo mejor no llego y acabo besándolo en la barbilla». Una palabra de cinco letras, angulares y alargadas, me llena la cabeza: «Joder».

Pero Willow sonrío, ajeno a mi tormento interno.

—¿Vas a hacer de camarera?

—Sí.

—Seguramente tendré que bailar con todas las chicas de la alta sociedad gema de la región, pero te guardaré el último baile.

—Me encantaría —respondo, con la voz externa en piloto automático y la interna todavía ocupada en gritar blasfemias.

—Será mejor que vuelva —dice.

Me doy cuenta de que sigo sujetándole la cara. Intento soltarlo con desinterés, para que no se dé ni cuenta, pero las palmas de las manos se me quedan medio pegadas a su barbilla.

—De acuerdo, entonces.

—¿Te veré en el baile mañana? ¿Sí? —me dedica una sonrisa preciosa.

—Me pondré los zapatos de baile.

Me da un beso en la mejilla. *En la mejilla.* Y se va.

CAPÍTULO 20

Vuelvo a la cabaña de los impes, completamente alicaída al ver confirmado mi peor miedo: lo mío con los hombres no tiene remedio. Incluso con un guion y sin mi despampanante mejor amiga haciéndome sombra, lo mío con los hombres no tiene remedio.

Nate ve la cara que traigo y dice:

—No te ha besado, ¿verdad? —Niego con la cabeza—. ¿Pero por qué? No has babeado, ni te has tirado un pedo, ni te has hurgado la nariz, ¿verdad? Porque ya te advertí que no lo hicieras.

No me atrevo a decirle que me he salido del guion, arriesgando tantísimo, solo porque perdí el temple. Me da demasiada vergüenza, me siento demasiado humillada. Así que me tiro en la litera y le digo:

—Supongo que no me encuentra tan atractiva como a Rose.

Nate se da una palmada en la frente.

—Violet, es lunes por la noche. Willow tiene que declararte su amor inmortal el jueves por la noche y seguirte hasta la ciudad. Te quedan tres días. Si no consigues que se enamore de ti nos quedaremos aquí atrapados... y seremos impes, en un mundo donde los impes valen menos que las algas del estanque. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé —lo corto.

Si no consigo que Willow se enamore de mí nos quedaremos aquí atrapados y, si lo consigo, acabaré haciendo piruetas colgada de una soga. Creo que me voy a poner a llorar.

—No me presiones más, ¿vale? Ya estoy a punto de reventar.

De pronto echo mucho de menos la presencia estabilizadora de Katie, su dulce acento de Liverpool diciéndome que todo va bien.

Nate se sienta a mi lado.

—Pero ¿Willow te ha dicho lo del último baile?

—Sí. Y yo eso tan cursi de los zapatos de baile.

—Vale, pues ahí es donde volvemos al buen camino —sonríe Nate, otra vez en el papel de hermano mayor—. No te preocupes, hermanita. Como escena del primer beso era una mierda. ¿Detrás de un establo? Venga ya, Sally, arregla eso.

Ash entra en la cabaña. Parece cansado; al azul de sus ojos le falta brillo y la piel está casi gris. Pero al verme le desaparece el cansancio y le explota en la cara su sonrisa inmensa habitual.

—¿Lista para otra noche de trabajo duro?

—Siempre —digo, mientras lanzo una lluvia de paja por el suelo al sacar las piernas de la litera.

—Yo también voy —dice Nate.

A Ash no se le borra la sonrisa de la cara, pero la firmeza de su voz deja claro que no tiene intención de negociar.

—Lo siento, colega, es trabajo para dos.

—Ya, seguro —dice Nate.

Sin querer queriendo atizo a Nate con el tacón de la bota y lo bajo de la litera.

Es agradable sumergirse en la noche con Ash. En el canon, Rose y él pasaban varias noches trabajando juntos en la finca, pero en el libro casi todas esas escenas eran solo menciones y en la película no salían, así que no tengo guion, aunque quisiera seguirlo. Por curioso que parezca, me alivia no tener que decir unas palabras determinadas ni adoptar una pose determinada.

Nos dirigimos a los prados acortando camino por detrás de la choza. Sin el aroma intenso del polen, el aire parece más ligero, más limpio.

—¿Por qué no duermes en la finca, en la cabaña, con los demás? ¿Por qué vuelves a la ciudad todos los días? —Me acuerdo de Willow llamando «antigualla motorizada» al impebús y hago una mueca.

—Porque allí está mi casa. —Aparta de una patada una piña que rebota en un muro de piedra achaparrado.

—Pero está tan sucio y hay tan poca higiene...

—Ya lo sé, pero es lo que conozco; es donde vive mi familia.

«No hay lugar como el hogar». Se me encogen las entrañas.

—¿Alguna vez has tenido problemas al cruzar la frontera?

—Sí —responde, con un gesto de resignación—. Una vez intenté sacar unos suministros para Ma y me los encontró un guardia.

Contemplo su perfil, casi plateado a la luz de la luna.

—¿Y qué pasó?

—Me quitaron los suministros y me dieron tal paliza que me dejaron inconsciente.

Se me aflojan las rodillas. Me vuelvo para mirarlo.

—¿Te ha dejado secuelas? —le pregunto.

Me acaricia el brazo, como si fuera yo la que necesitase consuelo.

—No. Tuve suerte de desmayarme, porque así no se molestaron en pegarme un tiro y cuando me desperté conseguí volver a casa arrastrándome, no sé cómo.

—¡Qué horrible! —Siento que me recorren oleadas de ira.

—Así son los gemas.

Vuelvo a acordarme de Willow, de su boca perfecta pronunciando aquellas palabras odiosas: «Las cosas siempre han sido así». Empiezo a sentirme muy culpable por intentar besarlos detrás del establo.

—¿Y tú?

—Sí. Bueno, casi. Se interpuso un simpa. —Noto que me suben los colores a las mejillas y cruzo los brazos.

—Lo siento.

—Gracias. ¿Para qué eran los suministros?

—Cosas básicas: antiséptico, vendajes... Cosas para Ma.

—¿La ayudas alguna vez?

—¿A traer bebés al mundo, quieres decir?

Asiento. «Traer bebés al mundo». Lo dice como si fuera tan sencillo, tan fácil, como si el cartero se presentase a la puerta y te entregase un bebé con un sello en la cabeza. Pero sin medicación, ni antisépticos, ni equipos. Estoy segura de que es horrible.

—Sí, la ayudo a veces. Pero casi lo único que hago es pasarle trapos húmedos y limpiar. Soy el chico para todo.

—Las cosas que habrás visto...

Sonríe.

—¿No te he contado por qué me llamo Ash, que significa fresno en inglés?

Niego con la cabeza. Más trasfondo que King no escribió, solo que ahora ya no parecen historias de trasfondo, ahora son algo real y humano. Algo que deseo conocer con desesperación.

Ash mira la luna, como para hacer memoria.

—Ma estuvo muchas horas de parto. La partera, una anciana de la calle de al lado, la tranquilizaba cantando canciones infantiles. ¿Sabes la canción de contar cardos?

—No.

—¿De verdad? ¿No la cantabas cuando saltabas a la comba de pequeña?

—Nunca.

Ash se pone a cantar.

Cuento los cardos, uno, dos, tres,
algún día libre seré.
Cuento los cardos, cuatro, cinco, seis,
todos los impes, mejor que os arméis.
La hoja del fresno ya enrojeció.
Adiós primavera, el verano murió.

Parece un poco avergonzado.

—Bueno, el caso es que venía con vuelta de cordón alrededor del cuello, no respiraba. Ma pensó que estaba muerto, pero la partera desenredó el cordón y me dio unos golpes en la espalda, sin dejar de cantar en ningún momento. Ma jura que tomé el primer aliento cuando oyó la palabra «fresno». Por eso decidió hacerse partera, para sustituir a la anciana cuando murió.

La historia me arranca una lagrimita al pensar que Ash estuvo a punto de morir, al pensar en la anciana y en Ma, dedicando sus vidas a ayudar a las impes y a sus bebés

sin más motivación que la bondad.

Ash sonrío y sus dientes destacan en la oscuridad.

—Menos mal que no respiré en otra palabra, ¿eh? Imagínate que hubiera acabado llamándome una estupidez como Cuatro o algo por el estilo.

Ojalá estuviera Nate, se habría partido de la risa.

Rodeamos el muro al llegar al final y nos acercamos a un huerto. Hay varios bancales y una jaula inmensa para fruta, más grande que la sala de estar de mi casa.

—O sea, que de noche eres esclavo y de día partero. ¿Cuándo duermes?

—Soy esclavo de noche y recadero de día. Nunca duermo. Venga, te toca recoger grosellas. —Señala unas cestas de madera apiladas contra la estructura metálica de la jaula—. Yo me encargo de los guisantes.

No puedo evitar cierta decepción porque no vayamos a trabajar juntos.

Al cabo de unas horas de recoger fruta, me duelen los muslos de acucillarme, tengo los dedos agarrotados, empiezan a escocerme los ojos y echo mucho, mucho de menos el sol. Es muy difícil ver las grosellas en la oscuridad, incluso con la linterna que me ha dado Ash. Lo único bueno de este trabajo es la explosión de sabor de las grosellas en mi boca. Estoy harta de manzanas y pan revenido.

Ash me ayuda a trasladar las cestas con una carretilla.

—Venga, canta, ¿cuántas te has comido? —dice, sonriendo.

—Creo que más de las que he recogido. —Me río y le ofrezco un racimo con los dedos teñidos—. Pruébalas, están buenas.

—Nah, son unas cosillas asquerosas. ¿Por qué te crees que me he encargado de los guisantes?

Aparca la carretilla detrás de la jaula y me hace una señal para que lo siga. Salto una cerca y reparo por primera vez en que hay una choza de madera, más o menos del tamaño de una caseta de jardín, pero sin ventanas y con una puertecita cuadrada como una especie de gatera gigante.

—¿Qué hay ahí? —pregunto.

—Vamos a averiguarlo. —Se pone a cuatro patas y se acerca a la gatera.

Lo sigo, entre risitas, al imaginar la pinta que debemos de tener.

—¿Qué hacemos, Ash?

—¿Quieres comida decente?

—Siempre.

—Pues vamos a desayunar temprano.

Gatea por la puertecilla hasta que sus pies desaparecen. Oigo el sonido de una cerilla al encenderse y las rendijas que rodean la puerta se iluminan ligeramente. Ash sujeta la gatera para que entre. A la luz del candil, su cara se ve suave y ambarina. Estrujo mi torso para pasar por el hueco y le doy un cabezazo en la axila a Ash. Me echo a reír.

—¡Chis! —Me señala una fila de gallinas dormidas. Se las ve de lo más tranquilas, encaramadas en su palo, con las plumas abullonadas y resplandecientes.

Metó todo el cuerpo en el gallinero, aplastando estiércol con las manos y las rodillas. No sé por qué, el olor a alquitrán y a cálidos cuerpos emplumados me da seguridad. Intento recoger las piernas bajo el cuerpo, pero me fallan los brazos y me doy de morros contra la paja. Ash me ayuda a levantarme, temblando incontrolablemente de la risa, tiene las mejillas rosadas y preciosas por el esfuerzo de contenerla.

—Que te den —susurro, escupiendo paja.

Me quita una brizna del pelo.

—Su desayuno la espera.

—¿No nos pillarán?

—Lo dudo, los gemas nunca se alejan tanto de la mansión.

Me apresuro a recoger unos cuantos huevos, suaves y calentitos como pisapapeles. Se los paso a Ash, que los saca del gallinero. Cuando tiene suficientes, se gira hacia mí y me hace un gesto. Está a punto de salir cuando me ruge el estómago.

Se lleva un dedo a los labios y me mira.

—Es muy importante que no las despiertes —susurra.

—¿Por qué? —pregunto, moviendo solo los labios.

—Porque si las despiertas pasa esto.

Sin previo aviso, arquea la espalda, transforma los brazos en alas y saca la barbilla. Cacarea tan fuerte que tengo miedo de que despierte a toda la hacienda. Las gallinas chillan, baten las alas y chocan unas contra otras. Grito y río y me protejo la cara con las manos.

Pero Ash me sujeta los brazos a los lados y grita:

—No te lo pierdas, Violet.

Nos quedamos inmóviles, rodeados de alas y plumas. Y en ese momento caótico y anárquico pienso: «Esta sí que sería una buena escena del primer beso».

CAPÍTULO 21

Nos comemos todos los huevos, revueltos sobre una fogata, y nos quedamos dormidos en la hierba bajo un abedul plateado. Sueño con plumas y vilanos de cardo, hojas rotas y pedazos de una manzana que estalla. El aire se llena de motitas relucientes que se me pegan a los labios y me dificultan la respiración. Las motitas se convierten en burbujas, en espuma marina, y de pronto me doy cuenta de que estoy bajo el agua. Miro hacia abajo y veo que del torso me brota una cola de pez, como si fuera lo más normal. Abro la boca para gritar, pero no tengo lengua. No tengo voz. Katie flota frente a mí, con su mono negro ajustado y el cabello pelirrojo rodeándole la cara como una melena de león.

—Tienes que ganarte el corazón del príncipe, Violet —dice, sonriente— o nos convertiremos todos en espuma de mar.

Abro la boca para decirle que no sé qué hacer, pero solo sale un chorro de espuma que me derrama por el pecho como un vómito.

Me despierto sobresaltada. Estoy a punto de gritar, pero el sueño se escabulle y recuerdo muy poca cosa; algo sobre Katie y el agua y una sensación abrumadora de peligro. Miro a Ash. Sus largas pestañas vibran ligeramente. Está tan en calma que me olvido del sueño.

Le acaricio la mejilla con el dorso de los dedos. Es cálido, suave y real. Cuando nos quedamos dormidos apenas nos rozábamos, pero ahora estamos acurrucados, envueltos en nuestro propio calor corporal, respirando en total sincronía. Nuestros cuerpos se ajustan a la perfección y por primera vez en una eternidad me siento completamente en paz.

El sol empieza a ponerse y me doy cuenta de que hemos dormido casi todo el día, lo cual significa que dentro de cuatro días me ahorcarán... lo cual significa que el baile empieza dentro de poco. Este pensamiento hace añicos mi paz. Me incorporo enseguida, golpeando a Ash con el hombro, boquiabierto por el pánico. No sé por qué, me sorprende lo libre que siento la lengua al gritar:

—¡Mierda, el baile!

Volvemos corriendo a la cabaña de los impes, con la vista enturbiada por el sueño.

—Pero ¿dónde habéis estado? —exclama Nate en cuanto entramos por la puerta.

Saskia pasea la vista entre Ash y yo, con cara de sospecha.

—Ven aquí, pelos de loca. Hay que hacer que parezcas una camarera.

Me lava la cara con un trapo áspero y me quita las briznas de paja que todavía

tengo en el pelo. Espero que piense que son de las literas, pero a juzgar por lo mucho que resopla, no engaño a nadie.

Me pone colorete en las mejillas y me hace un moño alto y deshecho. Ash me mira con una sonrisa tímida.

—Estás preciosa, Violet.

Un eco del canon: son las palabras exactas que Ash le dice a Rose justo antes de que ella se marche al baile. Pero el Ash real (mi Ash) suena más seguro de sí mismo, menos necesitado.

Saskia y Nate se lo quedan mirando.

—Todo muy bien, pero no es para ti. ¿Entendido? —dice Saskia.

—Eso no quita que esté preciosa —dice, con un gesto de resignación.

Intento esconder la sonrisita que me tira de las comisuras de la boca.

Llego al salón de baile una hora antes de que empiece la fiesta. Recuerdo que Willow la llamó su «baile de presentación en sociedad», seguramente por consideración a mis sentimientos, pero en realidad se llama el «baile del primer baile», y se celebra en honor de un gema que va a asistir a su primer baile del ahorcado. Otra forma más de humillar a los impes. Me rechinan las mandíbulas.

Expulso ese pensamiento de mi cerebro y me centro en clavar la siguiente parte de la historia, en asegurarme de que esos dos hilos sigan bien entrelazados. Lo único que tengo que hacer es servir en el baile, pasarme toda la noche mirando a Willow con anhelo y luego quedarme por aquí cuando se hayan ido los invitados. Y luego me toca protagonizar una de mis escenas preferidas: en el salón vacío Rose baila sin música con Willow, que lleva prendida en la solapa la flor que ella le regaló. Era tan bonito. Mucho mejor que la escena del establo mugriento. Con suerte, dará paso a la escena de nuestro primer beso.

Me concedo un segundo para empaparme del entorno, de mi decorado favorito. Tras unas puertas dobles arranca una escalinata que conduce a la planta de mármol, pulida como una pista de patinaje gigante. Más bien parece sacada de un cuento de hadas que no de una novela distópica, y resulta tan ajena a la realidad de la ciudad de los impes que la envuelve un halo onírico. Las paredes color lila se elevan hacia un techo blanco abovedado, del que cuelga un racimo de arañas que forman una flor, compuesta de varios pétalos menores que brotan de una pieza central. Pero hay algo que la película no logró recoger, que es el reflejo de la luz en todas partes: los cristales, el suelo de mármol, la cubertería de plata. Creo que me habría quedado allí pasmada una eternidad si la impe al mando, una robusta bigotuda de mediana edad, no me hubiera ladrado desde arriba:

—¡Eh, tú, la nueva! ¡Muévete, que te encargas de las bebidas!

Los impes se afanan en disponer canapés y arreglos florales. Lanzan miradas hambrientas a la comida y mi estómago ruge en solidaridad. Vamos más arreglados de lo habitual, con los trajes grises reglamentarios reservados para ocasiones especiales de los gemas, como esta. Debería sentirme masculina, pero en mi cabeza

se repiten tres palabras sin cesar: «Estás preciosa, Violet». Intento ocultarlas, consciente de que no debería estar pensando en Ash cuando lo que importa es que vuelva a meter el canon en vereda, pero no hacen más que reaparecer en mi cerebro.

Coloco las copas de champán en las bandejas con los guantes blancos reglamentarios, para no contaminarlas con mis sucias manos impe.

—¡Atención! —la bigotuda nos llama.

Formamos una fila perfecta, con la cabeza baja y las enguantadas manos entrelazadas. El cuarteto de cuerda empieza a tocar e intento no quedarme mirando como sus dedos gema se mueven entre las cuerdas con una elegancia insólita. Me recuerdan a Katie, a su pelo cubriéndole la mitad de la cara cuando raspa las cuerdas del chelo con el arco. Hay mucha más vida y mucha más belleza en su cara imperfecta, en su ceño fruncido por la concentración, que estos gemas retocados y uniformes.

Llegan los invitados. Las mujeres parecen estar en un desfile de princesas Disney; los hombres están guapísimos con sus trajes a medida. Intento permanecer invisible y evitar cualquier contacto visual cuando les ofrezco las bebidas; una tarea difícil que requiere toda mi atención.

—¡Caramba, Howard! Mira —exclama una de las gemas. Parece asiática y tiene una larga melena negra asombrosa y unos labios rojos y carnosos. Recuerdo la escena del canon. Dos gemas de una altivez espeluznante se ponían a hablar en voz muy alta sobre Rose como si ella no los estuviera escuchando: Howard Stoneback, sobrino del presidente gema, y su esposa. Al menos esto significa que el canon nos arrastra consigo, aunque me den ganas de abofetearlos—. Esta impe es casi bonita. —Me señala con una uña perfecta delante de mi cara.

Howard se ríe y los rizos rubios le rebotan alrededor de la cara.

—Es verdad. Cosas más raras se han visto, cariño.

—¡Sácale una foto! —Se pone a mi lado, sonriente, y su denso perfume me invade las fosas nasales.

—Cielo, no te acerques tanto a los impes. Esta noche se han fregado a fondo, pero aun así... son sucios —levanta la voz, buscando un oído adulador—. Y como único sobrino del presidente, tengo que estar a la altura.

¡Menuda altura la suya! Sé por el canon que Howard es cliente asiduo de los burdeles. De los burdeles impe, claro está. Me miro las botas para que no se den cuenta de que sonrío burlonamente.

La señora Stoneback se aparta.

—Cuánta razón tienes, cariño. Se me ha subido el champán a la cabeza. — Aunque eso no le impide servirse otro poco, mientras sus uñas escarlata repiquetean en el pie de la copa. Se alejan, riendo, y yo me obligo a permanecer inexpresiva mientras me imagino escupiéndoles en las bebidas. Ese pensamiento me alegra.

La sala no tarda en llenarse de música y risas y el aire se impregna del perfume y el burbujeo del champán. Me muevo entre las masas sedientas guiándome por los

reflejos en el mármol, aferrada a la bandeja llena de copas y ordenándole a los brazos que no tiemblen.

Una voz profunda y sonora se impone al parloteo y a los violines. Debe de ser Jeremy Harper. Me arriesgo a echar un vistazo rápido, consciente de que todos los ojos están puestos en él. Se parece a Willow, pero no tiene su calidez ni su ternura. No parece tener mucho más de treinta años, pero la piel de alrededor de los ojos se ve un poco demasiado tensa, un poco demasiado brillante, y sospecho que un bisturí ha detenido el proceso de envejecimiento. Ni siquiera las mejoras genéticas logran detener el tiempo por completo.

—Gracias por acompañarnos hoy en el baile del primer baile de nuestro hijo. Durante dieciocho años maravillosos, lo hemos visto madurar hasta convertirse en el hombre que es hoy. La semana que viene asistirá a su primer baile del ahorcado y ahora... —hace una pausa dramática, igual que en el canon, y resuena un redoble de tambor, evocando la cuenta atrás para la muerte en el baile del ahorcado. Me recorre un escalofrío, pese a la calefacción—... ha llegado el momento de que baile por su primer baile. ¡Así que a bailar hasta perder el aliento! —dice, mientras tira de una soga imaginaria atada a su cuello, sacando la lengua y bizqueando. Los invitados se ríen. Esta escena me cabreó muchísimo, tanto en el libro como en la película, pero ahora siento una furia ardiente, una sensación de injusticia que me llena el pecho como un gas nocivo. Las copas de champán de mi bandeja empiezan a temblar un poco. Miro a los demás impes, pero todos ocultan las formas oscuras y retorcidas que deben de tener en la mente al oír las burlas descaradas a su desgracia. Años de práctica, imagino.

El volumen de la música sube y Willow aparece en la parte alta de las escaleras. Está impresionante: lleva el pelo hacia un lado y tiene un tono más cálido en la piel bajo la luz brillante de las arañas. Lleva un traje azul marino que resalta muchísimo el color cobrizo de sus ojos. Intento deshacerme de parte de la ira, preparándome para cuando su mirada se encuentre con la mía, esa mirada tímida, añorada. Pero algo va fatal. No solo no lleva mi rosa en la solapa, sino que está acompañado de una gema igual de despampanante. «¡Ay, Dios! En el canon asistía solo al baile». Noto que la bandeja se inclina y se derrama un poco de champán de las copas. Intento mantenerla firme, centrarme a través de la confusión y del pánico.

«¿Quién es la misteriosa chica gema?».

Lleva un vestido vaporoso del color de los árboles empapados de lluvia y una tiara sencilla a juego con el oro de su pelo. Tiene el mismo tono de piel que Willow, me cuesta saber dónde empieza la mano de él y termina la de ella. Durante un breve instante casi me echo a reír ante la idea de que podría gustarle yo. Por supuesto que le gusta esa muñeca preciosa del color de la miel; todo Ken necesita a su Barbie. Bajan las escaleras en perfecta sincronía y ella sonrío como una novia camino del altar.

Sus pies tocan el suelo en el mismo momento exacto y él la lleva hacia el centro de la sala, bajo la gran araña. La concurrencia lanza un suspiro colectivo cuando

arranca el vals. Siento que se me forman gotitas de sudor bajo los pechos y que el aire se hace denso y pegajoso. «¿Cómo voy a competir con ella?».

Las parejas de gemas empiezan a bailar, rodeando a Willow y a su misteriosa acompañante, tapándome la vista. Me quedo paralizada, intentando que no se me caiga la bandeja. La regla de no mirar fijamente se me olvida por completo, pero no parece que nadie se dé cuenta. Entre vistazo y vistazo de tela y piel perfecta veo a Willow reír.

El vals termina y Barbie camina hacia la zona donde me encuentro. Miro fijamente su reflejo en el mármol y deseo ser ella sin duda alguna. Se acerca más y yo sigo apartando la vista, no me atrevo aún a echar un vistazo furtivo. Decido esperar a que pase, así hay menos posibilidades de que se dé cuenta de que una esclava está estudiando su cara... pero parece que viene directa hacia mí. Levanto un poco la bandeja y el corazón se me acelera bajo la camisa. Mientras su mano perfecta, de uñas largas y suaves, coge una copa, lanzo una rápida ojeada a su cara. Para mi sorpresa, me sonrío.

No la reconozco hasta que me habla.

—Tienes que probar esto, Violet. Está mucho más rico que el Lambrini. —Da un sorbo larguísimo y tose un poco.

—¡Alice! —Me invade una inmensa sensación de alivio al saber que se encuentra bien—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Chis... No me pueden ver hablando con la chusma. —Me hace un guiño con sus pestañas largas y trémulas mientras mira hacia la salida. Me percató de que los rizos que se amontonan sobre su cabeza son un poco más pálidos, un poco más cerosos que su pelo natural—. Espérame fuera dentro de media hora y te lo explicaré.

El minuterero del reloj de pie parece arrastrarse, como si el aire fuera cada vez más denso y ofreciera más resistencia, y mi bandeja se vuelve más pesada, aunque se vaya vaciando. En el canon, Willow observaba a Rose toda la noche, con los ojos clavados febrilmente en su boca, recordando la textura de sus labios. Ya ni siquiera mira hacia donde estoy. Está extasiado con Alice. En la boca del estómago noto la misma sensación que cuando estaba en la Comic-Con, observando a Anime Alice con Russell Borrachuzo Jones. «Pues ahora sí que estás en el País de las Maravillas». Sé que debería enfadarme, incluso asustarme, que Alice esté alterando así el canon, pero la verdad es que solo estoy celosa. Y no consigo deshacer la maraña de mis pensamientos. ¿Cómo se ha infiltrado Alice en el baile? ¿Acaso era este el encargo especial que mencionó Thorn cuando estábamos en el cuartel general?

Por fin, Alice lo besa en la mejilla y sale por la puerta. No me habría sorprendido que hubiera perdido un zapatito de cristal. Le digo a la bigotuda que tengo que hacer pis y me escabullo por la puerta trasera de servicio.

El aire fresco de la noche me impregna las fosas nasales, y la franja de césped, la paz del crepúsculo, me calma un momento. Cierro los ojos y escucho la rítmica melodía que flota en el aire. Una belleza que no puedo alcanzar.

Ando por la gravilla con paso ligero hacia el lateral de la mansión donde espero encontrar a Alice.

—¡Violet! —Su dorada cabeza emerge por detrás del edificio.

Me hace un gesto para que me acerque y cuando llego a su lado me arrastra hasta que quedamos escondidas tras un seto de aligustre.

—¡Qué alegría verte! —dice.

Nos abrazamos y los celos se desdibujan a medida que la cabeza se me llena de su olor familiar a flor de cerezo y hierba limón. Las ballenas de su vestido se me clavan en las costillas, pero sigo abrazándola porque reconozco que la he echado mucho de menos.

Se separa de mí a estirando los brazos y me mira de arriba abajo.

—Eres una Rose muy buena.

—Gracias. Tú eres una buena gema.

—¡Ay, gracias!

No le devuelvo la sonrisa.

—¿De qué va todo esto, Alice?

Se alisa el vestido y evita el contacto visual.

—Pues Thorn me pidió que me hiciera pasar por gema.

—Sí, eso ya me lo había imaginado, pero ¿por qué?

—Me quiere de plan B, por si tú fallas. Podemos conseguir esos secretos gema por más de un camino; cada maestrillo tiene su librillo. Thorn no se traga lo del universo alternativo, y no me extraña, la verdad. Cree que a lo mejor a Baba ya se le está yendo la pinza.

Justo en ese momento la orquesta arranca con una jiga muy animada. Alice se gira como si viera la música flotar en la brisa.

El cuerpo se me tensa, me quedo paralizada y la frustración crece profundamente en mi interior, y empuja hacia arriba y hacia fuera y siento que voy a estallar en cualquier momento.

—¡Pero no estamos aquí para eso! Por si se te ha olvidado, estamos aquí para que Willow se enamore de Rose, para que la historia siga su curso y podamos volver a casa. ¿No te acuerdas? Lo que dice la señora sin cara y con poderes premonitorios: «Tú debes salvar a los impes, Violet».

—Ya, pero la prioridad de Thorn sigue siendo que Willow casque las cosas de su papaíto.

—¿Y la tuya...?

—Ayudarte, por supuesto.

—Tirándole la caña al Príncipe Azul. —Doy golpecitos con el pie, cosa que ella odia.

Arruga la nariz y el maquillaje se le agrieta como cerámica craquelada.

—Mira, Violet, las cosas ya se han apartado del canon. Para empezar, tú no eres Rose: aunque te sepas los diálogos, no eres ella y te va a hacer falta toda la ayuda

disponible.

Sus palabras tiran de mis inseguridades más profundas.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Tienes idea del partidazo que es Willow? Todas las gemas solteras quieren cazarlo. Es guapísimo y un encanto y rico...

—Dice la gema soltera...

—Violet, no seas idiota. Me dejo ver con Willow para apartar a la competencia gema y que tú tengas más posibilidades.

—Todo cuadra de maravilla —le espeto.

—Solo intento ayudarte.

La inseguridad crece cada vez más, hasta que lo único que oigo son las palabras «Violet la Virgen».

—¿Qué pasa, te crees que no soy capaz de hacerlo sola? ¿Te crees que no soy capaz de conseguir que un tío se enamore de mí?

—Es que no es un tío cualquiera: es Willow Harper, el hombre más perfecto del universo... de este universo y del nuestro —dice, dibujando un círculo con el dedo.

—¡Ah! Que si fuera un feo y un *pringao* yo tendría una oportunidad...

—Yo no he dicho eso.

—Pues ¿qué has dicho? —levanto la voz y me doy cuenta de que es la primera vez que discutimos desde que me robó un vestido rojo para ponérselo en una fiesta cuando estábamos en décimo. Me enfadé muchísimo, pero no porque no me lo pidiera, ni siquiera porque me lo *pringase* de salsa de ajo, sino porque le quedaba mucho mejor que a mí.

—Lo que digo —resopla— es que necesitamos que Willow se enamore de ti y te siga hasta la ciudad, da igual cómo ocurra.

—Por Dios, Alice, esto no es una historieta de *fanfic* de las tuyas, no puedes reescribir la trama a ver qué pasa. Somos la mariposa, ¿no te acuerdas? Estamos batiendo unas alas gigantes. El menor cambio podría tener consecuencias drásticas.

—Sí, pero también has dicho que la historia quiere llegar a su final. Pero da igual, porque no estoy reescribiendo la trama, estoy asegurándome de que alcance sus puntos de clímax.

Suelto una risa amarga.

—Sí, ya veo que estás muy preocupada con el clímax.

—Eso no son más que celos.

—Pues quizá. Tú paseándote con Willow, el hombre más perfecto de la existencia, y yo metida en la pocilga de la cabaña de los impes, preocupada por Ash y por mí; y tengo a Saskia encima constantemente, y tú, una vida de... de... —Hago un gesto que abarca todo lo que me rodea: la mansión, la finca, las estrellas—... de gema.

—¿Estás preocupada por Ash y por ti? —dice, frunciendo el ceño.

—Bueno, preocupada tampoco... —tartamudeo.

—¿De verdad? ¿El héroe del gran pirulón brutalmente colgado de ti? Si en el canon no es más que ruido de fondo... Eres consciente, ¿no?

Estudio el suelo para evitar su mirada acusadora, intentando bloquear los pensamientos de plumas y potenciales escenas del primer beso. Reparo en lo elaboradas que son sus sandalias de *strass* comparadas con mis botas.

—Claro que soy consciente.

—Eres una hipócrita, Violet.

La orquesta termina la pieza y el mundo se queda extrañamente vacío. Plano. Como un reflejo de sí mismo. Abro la boca para responder, pero solo suelto un extraño siseo.

Nos miramos un momento y entonces Alice hace un gesto típico de ella: frota el medio corazoncito de su colgante entre el pulgar y el índice; señal de que está inquieta. No me había dado cuenta hasta ahora de que lo llevaba.

—¿Dónde te alojas? —me oigo decir.

—Con una familia gema que vive cerca. Thorn tiene un montón de contactos; hay simpas donde menos te lo esperas.

—O sea, que saben que eres...

—¿Impe? —se echa a reír—. Sí que lo saben, pero me parece que no se lo creen.

—Intenta no parecer tan encantada de la vida.

—Escucha —dice, mirándome fijamente—, tengo que volver con Willow.

—Espera. —La agarro del brazo—. ¿Cómo acabaste viniendo al baile con él?

—Tengo que volver con Willow —repite—. Si sale a buscarme y nos ve juntas va a sospechar.

Sé que tiene razón, pero no consigo dársela.

—Sí, y yo tengo que volver a servirte a ti y a tus amiguitos gema. Cosas de ser esclava.

—¡Por el amor de Dios, Violet, yo también soy impe!

Pero me acuerdo de esas manos de miel alrededor de su cintura y los celos se mezclan con la ira; una combinación letal.

—También se supone que eres mi mejor amiga y resulta que no sabes comportarte como tal.

Giro sobre mis talones y me marchó pisando fuerte la gravilla, con la cabeza calentita y a punto de estallar.

CAPÍTULO 22

El resto de la noche es un borrón de dientes perfectos y vestidos multicolores. Realizo mis tareas como un robot, centrándome solo en que no se me caiga la puñetera bandeja. Poco a poco la música va apagándose y los invitados se dispersan. Cuando Alice y Willow suben juntos las escaleras, la mano de él descansa en la parte baja de la espalda de ella, y yo siento la presión de miles de lágrimas que se me acumulan tras los párpados. No me besaré jamás y tal vez no regresaré a casa nunca.

Sé que es lamentable, incluso desesperado, pero hago tiempo barriendo el suelo, igual que en el canon. Es una tarea mecánica que me ayuda a apaciguar la mente; el sonido que hace la escoba ahoga las palabras «Violet la Virgen».

Barro y barro hasta que las primeras señales del amanecer se abren paso por las ventanas. Le he fallado a todo el mundo: a Nate, a Katie... incluso a Alice, aunque creo que ella igual se lo merece. Las lágrimas brotan al fin. Caen desde mi barbilla y estallan contra el suelo, donde se transforman en manchones bajo las cerdas de mi escoba. La traición me abrasa el pecho: ¿cómo ha podido Alice sabotear nuestra única esperanza de volver a casa? Ya sé que siempre ha tenido ese cuelgue de fan maníaca con Willow, y estoy segura de que está encantada de ser una gema, pero esto no es un juego, esto son nuestras vidas. Ahora tengo que volver a la cabaña de los impes, mirar a Nate a los ojos y contarle lo que ha pasado. Y, de pronto, un pensamiento todavía más terrorífico se abre paso hasta el lóbulo frontal de mi cerebro: Thorn va a matar a Katie.

Katie. Ojalá estuviera aquí ella en vez de Alice. Ella nunca se lanzaría así sobre Willow, ni pondría a los gemas en un pedestal. Ella los llamaría «pandilla de pitofloros» y después se pondría a citar a Shakespeare. Cuánto la echo de menos.

Me tapo la cara con una manga y salgo al aire fresco del amanecer. En el cielo todavía titila el débil rastro de las estrellas de anoche; una metáfora de lo que pudo haber sido. Arrastro las botas despacio por el césped, con la esperanza de que si camino muy, muy despacio no llegue nunca a la cabaña.

—Rose —la voz surca el aire como una canción.

Me vuelvo y veo a Willow subiendo la cuesta a grandes zancadas, hacia mí. Ya no lleva la pajarita y le brilla el sudor en ese triángulo de piel color miel. Parece cansado, pero me sonrío y levanta las manos.

—Te prometí el último baile.

Siento como si mis pies fueran garras y no pudiera moverme, salvo por la

inmensa sonrisa que me llena la cara.

—Te has tomado tu tiempo —por debajo de la emoción siento un brote de pánico: estamos totalmente fuera de guion, no tengo frases que recitar y este no es Ash, no es ruido de fondo en la historia; este es Willow, esto es importante.

—Prefiero llegar elegantemente tarde.

Willow me sonrío, me pone una mano en la parte baja de la espalda y con la otra coge mi mano con delicadeza. El calor de su cuerpo traspasa mi ropa y de pronto siento la piel de la garganta muy desnuda. Tararea bajito una melodía suave y empezamos a dar vueltas.

—¿Quién era la chica? —Decido arriesgarme. Él deja de tararear pero seguimos girando.

—¿Quién, Alice?

Asiento y no puedo evitar que me moleste un poco que su boca haya pronunciado su nombre real, pero el mío no.

—La conocí ayer en una fiesta, es amiga de un amigo. Es que parecía que... me conocía muy bien, como si pudiera leerme la mente. Y mi madre había estado muy pesada con que llevase pareja al baile.

Entierro la cara en su pecho para que no me vea fruncir el entrecejo. Alice ha usado lo que sabe de su personalidad en provecho propio. Eso es hacer trampa.

—Hacíais buena pareja —intento hablar en tono ligero.

A esta distancia huelo su *aftershave* y un toque de champán de su aliento. Se echa a reír y su pecho vibra junto a mi oído.

—Qué va, éramos un horror. Como una copia de una copia. Los gemas somos todos iguales, me aburro solo de mirarnos.

—Deberíais mezclaros más con los impes, alternar un pelín con la chusma.

—¿Eso es una invitación?

—¡Claro! Siempre que te apetezca pasar el rato en la cabaña de los impes, no tienes más que decírmelo.

Dejamos de dar vueltas y me separa un poco de su cuerpo. Contemplo la belleza de sus rasgos, tan perfectos que casi resultan sosos.

—Alice estuvo encantadora, pero dijo algunas cosas que me hicieron... —dice, y noto en el estómago una punzada que anticipa otra puñalada traicionera... pero Willow se ríe por lo bajo y termina la frase—: echarte mucho de menos.

Ya me siento menos traicionada.

—¿Como por ejemplo?

—Yo qué sé... Dijo que en la esencia de la atracción está la intriga y, por supuesto, eso me hizo pensar en ti. Ya sé que te he dicho que me encanta que seas tan libre, pero también me encanta que a veces seas tan... rara y tan real. Eres una combinación tan peculiar, me tienes fascinado por completo —hace una pausa—. Me recuerdas lo que es ser humano.

Sus palabras me hacen sonreír de oreja a oreja. No solo porque haya utilizado la

palabra «humano», un término anticuado que no usa nadie en el mundo de *El baile del ahorcado* porque implica que los impes y los gemas pertenecen a la misma especie, sino porque le gusto yo. Violet. Los golpes de las ramas en mi cara, el pelo metido en la boca... todo eso le fascina.

—Entonces Alice dijo algo precioso. —Me coge las manos entre las suyas—. Dijo que podrías pasarte la vida entera recorriendo la tierra sin toparte nunca con una persona que te completase, y que si llegas a encontrar a esa persona deberías aferrarte a ella con las dos manos y no dejarla ir jamás. —Estira mis manos hacia su pecho y me sonrío.

La cita es del libro. Alice sí me estaba ayudando. Y yo me siento como una semilla de arce que da vueltas y vueltas y flota por el cielo. La traición desaparece por completo; su lugar lo ha ocupado el amor más puro hacia mi mejor amiga.

—¿Rose?

Sacudo la cabeza.

—Perdona, sí. No dejarla ir jamás. —Inspiro hondo. Ha llegado el momento de cerrar el trato, de volver a encarrilar al canon y de regresar a casa. Sonrío, mirando su hermosa cara y digo—: Es como si hubiéramos nacido para... —y como para demostrar que es así, termina conmigo la frase, pronunciando las mismas palabras— ... encajar.

Mi mente regresa unas horas atrás, cuando Ash y yo descansábamos bajo el abedul, encajando a la perfección, acurrucados sobre la hierba. Pero le doy orden a mi cerebro de que no se salga del guion, de que se centre en este momento. Miro a Willow a los ojos, que resplandecen bajo el cielo tenue de la mañana. Examina mis rasgos, trazando con el índice una línea desde la comisura de la boca hasta el pómulo.

Y por fin me besa.

Es un beso largo, ninguno de los dos lo rompe. Me encanta el aroma de su piel, la presión de los labios, el roce suave de su lengua con la mía. Es un beso perfecto, no hay ni un solo pepinillo a la vista, pero no me conmueve. Ya no doy vueltas como una semilla de arce. No se parece en nada a lo que había imaginado sentada en mi sofá, soñando que estaba entre sus brazos. Tal vez me había creado unas expectativas demasiado altas... al fin y al cabo, no es más que un ser humano. Le han modificado los genes, pero solo es un ser humano.

El beso llega a su final natural. Willow me sonrío y yo trato de ignorar la molesta sensación de desencanto y me digo que, al fin y al cabo, esto solo lo hago para volver a casa. Me dispongo a darle otro beso de despedida, cuando llama mi atención un leve movimiento.

En los olmos del horizonte, espiándonos entre el follaje, los ojos del azul más claro que he visto jamás.

CAPÍTULO 23

Me paso el resto de la mañana buscando a Ash. Registro toda la hacienda mientras el sol enciende el cielo con tonos rosas y naranjas, y en mi pecho va creciendo una sensación abrasadora. Por fin me rindo y vuelvo a la cabaña de los impes con la sesera reducida a papilla.

Empujo la puerta y me sorprende lo mucho que parece pesar. Nate está sentado a la mesa, tomando té con Matthew y jugando a las cartas. Noto una punzada de envidia.

—¿Y bien? —La cara de Nate es una mezcla perfecta de miedo y emoción, como si estuviera viendo una peli de terror sin permiso de nuestra madre.

—Lo he clavado. —Intento parecer contenta, pero pienso en la cara de Ash entre las hojas y me dan ganas de llorar.

Me tiro sobre la litera, dejo que la cortina de algodón me aisle del mundo y suplico que llegue la inconsciencia del sueño... pero la cabellera trigueña de Nate se cuelga por debajo de la sábana divisoria. Me habla bajito, para que no nos oiga Matthew, pero en su voz hay una nota dura impropia de él.

—Acabas de ligarte a Willow, ¿por qué tienes cara de que se te ha muerto alguien?

—Es que... —Suelto un fuerte resoplido—. No sé... Ash lo ha visto.

—¿Ha visto qué?

—Me ha visto a mí, ligándome a Willow.

—¿Y qué?

Me tapo los ojos con las manos, con el deseo secreto de que Katie estuviera aquí; incluso aunque fuera Alice. No es lo mismo hablar de cosas de chicas con tu hermano pequeño, pero ahora mismo no tengo alternativa.

—Pues que... ha sido raro.

—Violet, Ash no es más que un pringado que te sigue con cara de perdido y enamorado. Recuérдалo.

—Estás pensando en el Ash del canon. Mi Ash no tiene nada que ver con él.

—¿Desde cuándo es TU Ash?

—Bueno, ya sabes lo que quiero decir. ESTE Ash, el Ash de verdad. —Me acuesto de lado para poder ver mejor a mi hermano. La luz que se filtra por la cortina sucia da la sensación de que estuviéramos en una tienda de campaña, recogidos, seguros en nuestro capullo—. Es muy distinto del Ash del canon: es divertido y ocurrente y no está perdido en absoluto... Trae bebés al mundo en su tiempo libre. —

Nate abre la boca para contradecirme, pero no le dejo hablar—. Pero, ¿sabes?, una parte de mí se pregunta si es distinto porque yo soy muy distinta de Rose. A lo mejor conmigo puede ser él mismo, quizás conmigo saca otro lado diferente, un lado mejor. Igual tenemos algo, una conexión.

—¡Ay, Dios! —exclama Nate—. Te has enamorado del tío que no era. SABÍA que iba a pasar esto, con la cara de tonta que se te pone cuando lo ves.

—No, no... es que... —Analizo el final de su frase—. ¿Se me pone cara de tonta cuando lo veo?

—Mira, hermanita, tú eres Cenicienta y Willow es el príncipe encantado. Y Ash es...

—Buttons, el amiguito de Cenicienta, el mayordomo de su padre —termino la frase. La analogía lleva un tiempo rondándome la cabeza, sobre todo después del baile.

—Sí, es el puto Buttons.

—Nate, no digas tacos.

—Cenicienta no acaba con Buttons. Se casa con el príncipe y vive en el castillo y... y... se queda después del «baile del baile» para que podamos irnos todos a casa.

—Vale, vale. —Vuelvo a tumbarme boca arriba para poner fin a la conversación.

—Olvídate de Ash y punto —dice Nate—. Céntrate en lo que importa de verdad y deja de batir las alas, mariposa.

Sé que tiene la razón. Tengo que ceñirme al guion, no puedo arriesgarme. Y además, ¿en qué mierda de cuento de hadas la princesa se enamora del mayordomo? Pero *Cenicienta* siempre ha sido mi cuento preferido y siempre he tenido debilidad por los perdedores.

—Buenas noches, Violet —susurra Nate, a pesar de que ya es de día.

—Sí, buenas noches. Que sueñes con los angelitos.

—Y tú también.

Pero cuando por fin me duermo no sueño precisamente con angelitos. Estoy de rodillas, doblada sobre mí misma, en un suelo de piedra, restregando una chimenea embadurnada de pintura roja. Mojo el cepillo de fregar en un cubo, empapo la pintura y restriego, restriego y restriego, pero el rojo no sale.

Entonces escucho una voz que suena como la de mi padre y narra mi cuento de hadas preferido. «La pobre Cenicienta se moría por ir al baile, pero su malvada madrastra no la dejaba ir». Me limpio una lágrima gigante de la mejilla y al hacerlo dejo un rastro carmesí en la piel. El narrador cambia de tono, como si se dirigiese a alguien que no está en el escenario: «Me siento un poco ridículo. ¿Estás segura de que me oye?». Se oye una voz de mujer: «Sí, estoy segura. Sigue».

Huele a medicamentos y detergente, a *aftershave* y a café. «La pobre Cenicienta se pasaba toda la noche llorando, soñando con valsos y deslumbrantes vestidos de baile». Dejo de restregar y levanto la vista: «¡Papá!», grito. «¿Eres tú, papá?». Al ponerme de pie tiro el cubo y su contenido se derrama por el suelo. Pero no es agua,

es la puñetera pintura roja. Un sonido atrae mi atención: un gruñido ahogado que se mezcla con un chapoteo como de un líquido que rezuma. Miro hacia arriba y los veo por primera vez, desperdigados por las vigas como en una repugnante película de terror: el ruido es sangre que gotea de una cadeneta de papel de impes muertos.

Me miro las manos. Están llenas de sangre y sujetan una soga.

Me despierto gritando. Ahogada.

Dentro de tres días me ahorcarán.

Me bajo de la litera con cuidado de no despertar a Nate y cruzo la habitación hasta el lavabo. Anochece, y me consuelo pensando que al menos he dormido casi todo el día. Con poco convencimiento, me enjuago la cara con esa agua helada con cosas marrones flotando. Estos sueños parecen tan reales... A veces me pregunto si no será esto un sueño y la auténtica Violet está dormida en la cama. Pero el agua que me corta la piel está demasiado helada, me duele demasiado la espalda por dormir en un tablón, y la charla de los impes diurnos que vuelven a casa al final de la tarde y de los impes nocturnos que llegan suena demasiado temerosa y apagada para ser fruto de mi inconsciente. Es todo demasiado vívido, demasiado coherente, demasiado detallado. «Una pena», pienso.

De pronto me atraviesa la voz de Saskia:

—Nos ha llegado recado del cuartel general.

Me giro hacia ella con la cara todavía goteando agua helada. Está mirando un sobre andrajoso que tiene en la mano, como si no lograra decidirse a dármelo o no. Su conciencia acaba por ganar la batalla y me lo estampa en el pecho con un suspiro.

—Es de tu amiguita la pelirroja.

—¿De Katie?

—Como si tuvieras más amigos... Claro que es de Katie.

—¿Se encuentra bien?

—Tú léete la puta carta.

Me voy corriendo a mi litera y cierro la cortina, de nuevo protegida en el capullo de mi pequeño mundo. «Por favor, que esté bien; por favor, que esté bien». Me falta tiempo para abrir el sobre, pero los dedos parecen ir a cámara lenta, tiemblan y se traban. Saco la carta, intentando no rasgarla a causa de mi desesperación.

Una página escrita con la letra de Katie. Me encanta porque es una prolongación de ella misma: pulcra y pequeña, pero con carácter. Estoy acostumbrada a verla garrapateada en una libreta en las clases de lengua inglesa, formando frases como «¿Esta puñetera clase no termina nunca? ¡Me muero de hambre! Lo que yo daría por ir al Foster's ahora...». Se me hace muy raro que esa misma letra me contemple desde un antiguo pergamino arrugado mientras me escondo tras una sábana sucia. Cuando consigo que las manos me dejen de temblar, empiezo a leer:

Violet:

Thorn me ha dicho que te escriba; cree que te ayudará a centrarte en la misión. Como mínimo me servirá para entretenerme. Me aburro tanto, joder. Sigo en el cuartucho horrible este, aunque Thorn me ha

traído un sofá viejo y desvencijado y me ha ayudado a limpiar la ventana para poder ver la puesta de sol, así que ya no es tan horrible.

Ojalá pudiera ayudar de alguna forma. Me siento tan inútil aquí metida día y noche... ¡Ah! He empezado a comer guiso de rata y tenías razón, no está malo. ¿Quién lo iba a decir? Pero a lo que iba, le he dado vueltas a qué podría hacer yo para ayudar, aparte de lo que me ha sugerido Alice, y he decidido que lo único que te puedo ofrecer son unas palabras de sabiduría infinita, aunque, por desgracia, no sean mías.

El mundo todo es un teatro
y los hombres y mujeres, meros actores
con sus entradas y sus mutis,
y, en su tiempo, el mismo hombre representa muchos papeles.

(Como gustéis, de William Shakespeare)

¿Y sabías que fue Shakespeare el primero en usar «capullo» como insulto? (Alice se lo ha tragado durante una semana entera, la muy pedazo de adoquín).

Buena suerte, mi Viola preciosa. Sé que puedes hacerlo. Saca delantera y sonríe como una auténtica guarrilla.

Te quiero un montón,

K.

P. D.: Por si estás leyendo esto, Thorn: ¡ya te dije que no era analfabeta!

Viola. Nunca me había llamado así. Creo que hace referencia a un personaje de *Noche de Reyes*, una de sus obras preferidas. No la conozco bien, solo por lo que me ha contado ella, pero creo que Viola es la que se hace pasar por un chico. Entiendo el paralelismo, con esto de que me estoy haciendo pasar por quien no soy. Lo que no recuerdo es cómo terminaba la obra. Espero que Viola no sufriese una muerte espeluznante.

Doblo la carta y me la guardo en el mono con todo el cuidado, sus palabras me abrigan el pecho como una bolsa de agua caliente. Se encuentra bien, al menos por ahora. Y, si no me equivoco, ha decidido aceptar la sugerencia de Alice de coquetear con Thorn. Espero que sepa lo que está haciendo. El Thorn de ahora es muy inestable, incluso más que el del canon. Si se pasa de coqueta él podría ponerse demasiado íntimo, pero ese pensamiento me pone enferma, así que lo aparto.

De pronto aparecen los ojos de Nate, pegajosos de sueño y coronados por su cabellera trigueña.

—¿Qué escena viene esta noche, hermanita?

—En la que Willow enseña a Rose a leer. —Sonrío por la ironía de haber recibido la carta de Katie la misma noche que tengo que hacerme pasar por analfabeta.

—¡Ah, sí! Esa es de las fáciles.

Asiento.

—A Katie le va bien. —Me planteo enseñarle la carta, pero no me apetece compartirla, me siento extrañamente egoísta—. Nos acaban de llegar noticias del cuartel general: parece que se aburre como una ostra, pero está bien.

Nate sonrío.

—¿Ya se ha puesto manos a la obra con Thorn?

Le doy un capirotazo.

—Por Dios, eres peor que Alice.

Cuando cae la tarde me acomodo en la hierba, al lado del arcén, para esperar a Ash en la parada del autobús y el frío aire vespertino se me cuele por las perneras del mono. Tengo la necesidad urgente de hablar con él sobre el beso, pero no tengo ni idea de qué le voy a decir. Cuando por fin llega, viene tosiendo a causa de los humos del escape del impebús.

Me ve y me sonrío.

—Hola.

—Hola —respondo. Bueno, no ha ido tan mal.

Nos seguimos el paso y caminamos lado a lado hacia la cabaña de los impes. Va rozando los aligustres del seto con la mano al pasar, agitando las hojas. Él parece estar bien y yo empiezo a relajarme.

—¿A qué debo el honor? —pregunta, y yo enarco una ceja, desconcertada. Ash se echa a reír—. Mi comité unipersonal de bienvenida.

—¡Ah, eso! Solo quería, yo qué sé, ver si... —lucho con las palabras—. Que estuvieras... Bueno, que todo va bien.

«Lo has clavado, Violet».

—Claro, ¿por qué no iba a ir bien?

—Por nada.

Negación. Me vale. Vamos a hacer como que lo mío con el gema, con el enemigo, no ha pasado. Como que no tengo sangre en las manos. Además, en el canon Ash no se enteraba de nada, así que ¿para qué lo íbamos a hablar ahora? Solo me estoy encargando de que los dos hilos sigan entrelazados. Sé que esta idea debería hacerme sentir mejor, pero no. Me doy cuenta de que esperaba que estuviera enfadado... celoso. Pero ¿qué me pasa?

—¿Entonces anoche lo pasaste bien en el baile? —pregunta, en un tono demasiado despreocupado, como si se estuviese esforzando muchísimo en que parezca que le da igual.

—No estuvo mal.

—La verdad es que parecía que lo estabas pasando de miedo.

—Supongo.

Se para y me sujeta por los brazos. Noto el calor de su piel fundiéndose con la mía.

—Mira, Violet, Hortensia o Margarita, como sea que te llames hoy... perdona por lo de anoche. No te estaba espiando ni nada, solo estaba preocupado por ti porque todos los demás impes que habían servido en el baile habían vuelto ya y pensé que igual te habías perdido o hecho daño o algo por el estilo.

Creo que voy a implosionar de la culpa. ¡Es él quien se está disculpando!

—No seas tonto, no he pensado que me estuvieses espiando.

—Me pareció que te quedabas flipada al verme.

—Y así fue.

Mira al suelo y juguetea con la tela del mono.

—Entonces... ¿te gusta mucho el gema ese?

Me encojo de hombros.

—Yo qué sé.

—Es que... —Me coge las manos entre las suyas—. Es que, por tu propio bien, creo que deberías saber en lo que te estás metiendo.

—Si me pillan me ahorcarán, ya lo sé. —El verbo «ahorcar» sigue haciendo que se me encoja el estómago.

Me mira a los ojos y se me vuelve a encoger el estómago, pero por un motivo muy distinto.

—No me refiero a eso —dice, negando con la cabeza—. Me refiero al tipo de gente con la que te estás mezclando.

—Willow es legal. Ya sé que es un gema, pero es buena gente.

Escruta mi rostro como si estuviera buscando una respuesta oculta. Incluso a la luz crepuscular soy capaz de distinguir el azul de sus iris, del color de un huevo de mirlo.

—Tengo que enseñarte una cosa —dice—, pero necesitamos el abrigo de la oscuridad total.

Intento no parecer demasiado interesada, pero me pica la curiosidad.

—Pero he quedado...

Se echa a reír.

—Has quedado con Willow.

—Sí.

—Muy bien, pues cuando termines con Willow te espero junto al gallinero. Prométeme que vendrás, pero no se lo cuentes a nadie, ¿vale? Es muy importante que quede entre nosotros.

Pienso en la cabrona de la mariposa, sembrando desastres naturales como quien no quiere la cosa. Pienso en el canon y en casa, y la carta de Katie me abrasa como si me fuera a agujerear la piel. Unas cuantas conversaciones fuera de guion, algún paseíllo inocente... Vale, eso se puede justificar, ¿pero una revelación secreta a medianoche? Para eso ya podría darle un batacazo a la mariposa y que comience el caos.

Pero cuando Ash arrastra los dedos por el dorso de mis brazos, dejando dos rastros paralelos de luz, las palabras salen sin que pueda evitarlo:

—Te lo prometo.

Esa misma noche me encuentro con Willow. Es la escena del canon en la que enseña

a leer a Rose. Una escena dulce y tierna en la que se muestra cómo su relación, recién salida del cascarón, empieza a extender las alas y a volar. Willow cogió a escondidas un libro antiguo de la mansión. Lo robó de un museo cuando no era más que un niño y lo escondió debajo de la cama. Era un poemario impe, uno de los pocos que había sobrevivido a la quema de libros impe que hicieron los gemas mucho tiempo atrás.

Acurrucados en la buhardilla del pajar, los tortolitos recorrían las páginas con los dedos a la luz de una lámpara de parafina. Apretada contra el pecho de Willow, sigo el guion pero me cuesta concentrarme, y no solo porque ya sé leer, sino porque no puedo dejar de pensar en lo que me ha dicho Ash.

—Entonces, la letra que es como una curva es la C. —Willow me susurra al oído y me hace muchas cosquillas.

Asiento, pero no paro de darle vueltas a la cabeza. ¿Qué es eso que Ash considera tan importante? En el canon no hay nada que me pueda dar una pista. Debería dejarlo estar, ceñirme al canon y centrarme en mi objetivo final, que es volver a casa.

—¿Rose?

—Sí, perdona, la C, de casa y de coche.

—Exacto. —Pasa la página con las cejas levantadas, incapaz de ocultar la sorpresa por lo rápido que aprendo.

Vuelvo a perder el hilo. ¿Por qué esa revelación iba a hacerme pensar mal de Willow? Obviamente, solo puede ser algo malo. Vale que no hace falta que me caiga bien para terminar la historia, pero desde luego es de ayuda. No, definitivamente no debería ir al gallinero esta noche.

—Rose, ¿tienes algún interés en esto? —pregunta Willow.

Mierda, nos hemos salido del guion. Le doy un beso en la mejilla para distraerlo.

—Perdona. Continúa: ¿esta letra de aquí que parece un cero cuál es? —Los impes conocen los números a causa de los tatuajes de esclavo.

—Es una O, de oso.

Volvemos a retomar nuestras frases, pero tengo la mente en otra parte y casi ni me doy cuenta cuando Willow empieza a besarme. Se me había olvidado la escena de los morreos. Parecía muy romántica, con Rose y Willow acurrucados en la paja a la débil luz de la lámpara de parafina. Pero en la realidad la paja me pica en la cara, la lámpara supone un riesgo de incendio constante y encima me siento culpable por estar besando a Willow mientras pienso en Ash. De pronto preferiría estar de verdad viendo una peli para poder pasarla rápido o leyendo un libro para saltarme unas páginas a velocidad récord.

—¿Nos vemos mañana, entonces? —pregunta Willow.

—Me encantaría.

Willow me ayuda a bajar por la escalera de madera, con el libro metido bajo el brazo. Siento un inmenso alivio por estar llegando al final de la escena. No me puedo creer lo poco que la he disfrutado. Pero ¿qué me pasa? ¡Es Willow, por el amor de Dios! ¡Es mi ídolo desde los quince años!

Creo que este sitio me está causando un efecto extraño.

Nos damos un último beso, un pelín torpe, y lo observo recorrer el camino serpenteante que lleva a la mansión hasta que su silueta se funde en la oscuridad. Creo que he dicho bien mis frases y él parecía bastante contento. Más que contento, creo que de verdad siente algo por mí. Creo que no está siguiendo un guion, sino que para él esto es real.

Y también me parece que me acabo de dar cuenta de qué me pasa: que el amor no se puede recetar ni te lo pueden imponer. El amor no sigue un guion. Enamorarse es dejarse llevar por lo impredecible, es arriesgarse.

Y con ese pensamiento echo a correr hacia el gallinero.

CAPÍTULO 24

Veo titilar el candil de Ash, como el rayo de luz de un faro moribundo, y avanzo hacia él hasta que escucho su respiración. Está apoyado en el gallinero y me llama la atención que en la oscuridad parece casi monocromo, con la piel tan blanca destacando contra su pelo tan negro. Percibo una nota de su olor en la brisa por debajo del alquitrán, e inspiro un poco más hondo.

—No estaba seguro de si vendrías —susurra, aunque no haya nadie más por aquí.

—Dijiste que era importante.

—Es importante —dice, iluminándome la cara con el candil—, pero tienes que prometerme que no se lo vas a decir a nadie.

—Por supuesto.

Mueve el candil para iluminarme toda la cara, como si intentase ver el contenido de mi cabeza a través de la piel.

—Porque podría costarnos la vida a los dos. Y lo digo en serio.

—Joder, Ash. Enséñamelo de una vez.

Odio los cambios, odio las sorpresas. Debería estar escondida en la cabaña de los impes, ensayando mis frases con Nate, y, sin embargo, aquí con Ash siento que quiero correr riesgos. Tal vez este universo me esté obligando a soltarme un poco, a habituarme a probar cosas nuevas. O a lo mejor es que cuando estoy con él me siento lo bastante segura para cerrar los ojos y saltar. A lo mejor es que saca una parte distinta de mí, una parte mejor.

Me coge la mano, diría que más por ser práctico que por buscar intimidad, pero yo me derrito por dentro de todas formas. Nos alejamos del gallinero, nos adentramos en la hacienda, y caminamos en silencio durante un kilómetro y medio. Ash mira por encima del hombro todo el tiempo, como si temiera que nos estuvieran siguiendo, lo cual me inquieta un poco, pero la curiosidad es más fuerte que el miedo, y la mano firme y segura que sujeta la mía evita que salga huyendo. Cruzamos prados, saltamos un muro de piedra, pasamos un puente destartalado y, por fin, nos adentramos en un bosque.

La temperatura baja y el intenso aroma de los pinos y la hierba húmeda se me sube a la cabeza. Las hojas bloquean la poca luz natural y la del candil solo nos descubre los troncos cuando estamos a punto de toparnos con ellos. Creo que no he estado nunca en un bosque por la noche, solo en mi mundo, durante el día, de pícnic rodeada de campánulas. Mucho más al estilo de Mary Poppins que al de la bruja de Blair. Pero en la oscuridad todo da mucho más miedo. Sobre todo los sonidos.

Graznidos, aullidos, ululares. Me centro en los ruidos que hacemos Ash y yo al caminar encogidos por el sotobosque, aspirando bocanadas del frío aire de la noche. Avanzamos despacio, esquivando troncos, tropezándonos con raíces y matas de malas hierbas.

—Ya casi hemos llegado.

Algo sale de pronto de entre un matorral: un sonido metálico fuerte, y un remolino de plumas, algo suave y cálido me roza la cara. Me tiro al suelo, demasiado aterrorizada para gritar siquiera.

—Solo era un faisán.

Sigue al cuerpo marrón hasta los árboles con la luz. Intento recuperar el aliento, aunque el corazón se me quiere salir del pecho.

—Venga —dice mientras me ayuda a levantarme. Intuyo el reflejo de sus dientes y estoy segura de que está sonriendo con esa inmensa sonrisa suya.

—No te atrevas a reírte, pedazo de cabrón —susurro, antes de echarme a reír yo también.

Se lleva un dedo a los labios para que guarde silencio y me parece que volvemos a estar en el gallinero, que él está a punto de arquear la espalda y empezar a cacarear como una gallina.

—Aquí no hay nadie —le digo.

Se coloca el candil debajo de la barbilla para que le ilumine la cara. Parece un trago.

—Eso ya lo veremos.

Unos cuantos troncos más, unas cuantas raíces más, y de pronto me doy cuenta de que veo sin necesidad del candil. Un claro. La luz de la luna, alta en el cielo, se filtra a través de un borrón de nubes.

—¡Tachán! —dice, todavía en voz baja.

—Aquí no hay nada.

No es más que un claro, una explanada de tierra rodeada de bosque espeso y una celosía de malas hierbas. Un reducto de calma.

Ilumina los troncos más cercanos con el candil y luego mete la mano en el hueco de uno de ellos.

—Por aquí hay una palanquita...

—¿Y para eso tanto misterio? ¿Por una palanquita?

—Esto está tan lejos que nunca viene nadie, pero ya sabes cómo soy yo; me gusta explorar. —Trastea con algo dentro del hueco, supongo que es la palanquita. Me mira con los ojos muy abiertos—: ¿No te parece que este sitio es un poco raro?

Miro al claro, pero no se ve más que un montón de árboles.

—¿En qué sentido?

—Esa parte del claro es idéntica a esta —dice, señalando con la cabeza—. Es un reflejo. Todos los nudos y las ramas y los huecos... todo.

Escudriño el otro lado de la franja de tierra. Vislumbro apenas el hueco del árbol

y, a su lado, dos borrones de color claro. Pero no son borrones, son caras. Está a punto de darme otro ataque de pánico cuando reparo en que me resultan familiares.

—¿Somos nosotros?

Ash se echa a reír.

—He tardado un rato en descubrirlo, pero es un dispositivo de ocultación, un juguetito de imitación muy ingenioso. Durante el día filtra las formas humanas, pero por la noche no sé qué pasa, pero no nos detecta.

Oigo un fuerte clic y Ash saca la mano del tronco.

El aire del claro parece vibrar un instante y, sin darme ni cuenta, cojo a Ash de la mano. Se materializa un gran cubo; un búnker. Supongo que siempre ha estado allí, pero parece que acabe de caer del cielo. Es una estructura sencilla, de hormigón, más baja que los árboles, pero con altura más que suficiente para estar de pie dentro.

—¿Qué es eso?

Ash me aprieta la mano.

—Lo que importa es lo que hay dentro.

Rodeamos juntos el cubo. No es más grande que mi dormitorio en casa de mis padres, sin ventanas ni puerta.

—No hay forma de entrar.

—Para una ardilla sí.

Forma un estribo con las manos y me impulsa para que alcance la parte superior del búnker. Me aferro a la cornisa de la azotea, que está húmeda por el musgo y el verdín. Creo que se supone que debería auparme por mis propios medios, pero me vuelve a pasar lo mismo que con el maldito árbol y me quedo allí colgada. No soporto sentirme tan incapaz a veces. Ash da un salto y se agarra al techo y trepa apoyando los pies en la pared. En cuestión de segundos me mira desde arriba, con el pelo cayéndole sobre la frente.

—Chulito —mascullo.

Cuando me iza, los huesos de las muñecas me estallan a causa de mi peso. Desde aquí arriba el bosque se ve extraño, las hojas son más gruesas y los troncos se van estrechando al subir hacia el cielo. Nos arrastramos hacia el centro del tejado hasta llegar a algo que parece una tapa de alcantarilla.

—Es la única entrada —dice Ash mientras se saca un alfiler del mono y comienza a hurgar en la cerradura. Se oye un clic tranquilizador y Ash me mira sonriente, con esos ojos cristalinos casi incoloros a la luz de las estrellas.

—¿Qué eres, una especie de genio criminal secreto?

Niega con la cabeza.

—Solo una rata callejera con espíritu emprendedor.

Lo ayudo a apartar la tapa. Un débil círculo de luz ilumina el suelo de hormigón del fondo, pero aparte de eso, lo único que se ve es oscuridad.

Ash me apoya una mano en el brazo.

—Ya sé que te he dicho que tenías que verlo —de pronto le ha cambiado la voz,

que suena cargada de preocupación—, pero ahora que estamos aquí...

—No pasa nada, quiero verlo.

—¿Estás segura? Porque cuando lo hayas visto tu opinión sobre los gemas cambiará para siempre.

Se refiere a Willow. Sé que debería bajar de esta azotea y volver corriendo a la cabaña de los impes. Sé que debería ceñirme al canon, a lo seguro, a lo predecible, a mi casa... Pero al ver la cara suave y tenue de Ash rodeada de la oscuridad de la noche me doy cuenta de que esto no va de arriesgarse, sino de saber la verdad. Estoy harta de tanto secreto, de tantas mentiras, de este puñetero disfraz. La carta de Katie vuelve a parecer de fuego, pero me da lo mismo. Quiero decirle a Ash quién soy en realidad. Es como si existiera un muro invisible entre nosotros, construido con mentiras piadosas y omisiones y todos los engaños conocidos por el ser humano. Miro al débil círculo de luz que tengo a mis pies y decido que un secreto menos solo puede ser algo bueno.

—Adelante —digo.

Él asiente y, con todo el cuidado, me baja hasta el búnker.

CAPÍTULO 25

Ash se deja caer a mi lado. Mueve el candil para iluminar toda la sala. Veo alguna silueta, el destello de alguna superficie reflectante, y me hago una idea general de las cosas que me rodean.

—No te preocupes, no hay peligro —dice. Creo que se ha dado cuenta de que he dejado de respirar.

Obligo a mis pulmones a volver a funcionar. Me sorprende lo puro que es el aire, casi medicinal. Conozco ese olor. Luego me viene el aroma terroso del café y el frescor del anís estrellado. Y juro que oigo la voz de mi padre. «Ricitos de oro llegó a la cabaña del bosque, llamó a la puerta y, como no contestaba nadie, entró». Giro sobre mí misma, escrutando la oscuridad.

—¿Has oído eso?

—¿Qué?

Silencio. Solo un extraño sonido de burbujas y un suave zumbido de maquinaria.

—Nada, nada. —Debo de estar volviéndome loca con tanto estrés y el cambio de hábitos de sueño.

—¿Segura?

—Sí, es que estoy cansada.

—¿Lista? —pregunta, mientras me rodea los hombros con un brazo protector.

—Supongo.

—Encender luces —dice, levantando la voz.

Las lámparas del techo se encienden con un zumbido. El resplandor azulado me hiere los ojos, acostumbrados a tantear en la oscuridad, después de tanto tiempo, y me obliga a parpadear varias veces. Una mezcla entre la anticipación y el miedo me carcome las entrañas cuando empiezo a inspeccionar la sala poco a poco.

A lo largo de las paredes se alinea una serie de tubos cilíndricos que van del suelo al techo. Cada uno de ellos está lleno de un líquido transparente que, a juzgar por la lentitud con la que se mueven las burbujas, es más viscoso que el agua. Casi parece una lámpara de lava gigante, con el reflejo de la luz fluorescente en los glóbulos de aire que van cambiando de forma. Mi cerebro no acaba de conseguir encontrarle sentido a las formas que veo suspendidas en el líquido: miembros, pelo, caras.

En cada cilindro hay una persona.

Inerte. Desnuda. Con los ojos clavados al frente.

Se me encoge el estómago, se me arquea el velo del paladar y se me retrae la lengua. Creo que voy a vomitar.

—¿Estás bien, Violet? —Ash me sostiene y me frota la espalda.

—¿Están...?

—¿Muertos? —Logro asentir—. No, no están muertos.

Trago una sustancia amarga y me acerco a uno de los cilindros, temblando de arriba abajo. Miro a la persona que flota en su interior. Es Willow. Su cuerpo bronceado está completamente laxo. Tiene tubos metidos por la boca y por la nariz, y el cabello color caramelo le flota alrededor de la cara, largo y desarreglado, entre las burbujas que ascienden poco a poco.

—¿Ash? —no logro decir nada más.

—No es Willow.

Por algún motivo eso me supone un alivio enorme. Mi pseudonovio no es una especie de *alien* extraño enchufado a unas máquinas. Pero si no es Willow, ¿quién coño es? Como si respondiera a la pregunta, el chico flotante parpadea.

Doy un paso atrás, con un grito atrapado en la garganta.

—No pasa nada, a veces hacen esas cosas.

Me atrae ese rostro, ese rostro impasible, entumecido, y doy un paso al frente para apoyar la punta de la nariz en el cristal. Ash tiene razón; no es Willow; solo se le parece. El chico que flota en el cilindro tiene la nariz un poquito torcida y los labios no son tan gruesos. Recorro su cuerpo con la mirada. Está menos musculado, las piernas son más cortas.

No puedo evitar quedarme mirándole los genitales. No he visto nunca a un hombre desnudo, salvo que cuente los de la revista porno que me dejó Ryan en la taquilla con la palabra «virgen» escrita en la portada; o la vez que Mitchell Smith cruzó el campo de fútbol corriendo en pelotas. Pero de cerca, en la vida real, no había visto nunca un hombre desnudo. Está todo un poco arrugado.

—¿Le estás mirando la polla? —me pregunta Ash.

Miro su reflejo en el cristal. Está sonriendo con los ojos inundados de risa. De pronto me arden las mejillas.

En la base del cilindro hay una placa con la inscripción «Duplicado n.º 1».

—¿Quién es? —pregunto.

—El hermano de Willow.

—Willow no tiene hermanos.

Con suavidad, Ash me coge por los hombros y me da la vuelta para que vea el siguiente cilindro de la hilera.

—No, tiene tres. Son sus duplicados.

Tres chicos flotantes. Todos parecidísimos a Willow, pero no tan perfectos.

El estómago empieza a revolvérseme otra vez y la boca se me llena de esa sustancia amarga. El duplicado n.º 3 no tiene piernas.

—Le... le faltan las piernas.

No puedo apartar los ojos del punto en el que las piernas deberían unirse al tronco. Las han amputado a la altura de la pelvis, dejando los genitales intactos. Un

corte quirúrgico perfecto. No hay sangre, ni restos de tejido suelto; solo dos muñones bien sellados. Oigo una respiración agitada, un jadeo en mi oído, y me doy cuenta de que soy yo. Me empiezo a marear y regresa el olor a medicina. A café y anís estrellado. «Uno estaba muy frío y el otro muy caliente, pero el tercero estaba perfecto».

Vuelvo a girar sobre mí misma.

—¡Ahí está otra vez!

—¿El qué?

—La voz.

—Violet, no se oye ninguna voz. —Dios bendito, me lo estoy imaginando. El shock me hace oír cosas. Justo lo que me faltaba, un problema mental—. No te preocupes, es esta mierda de sitio espeluznante, que te gasta jugarretas.

El suave roce de su piel contra la mía me libera del pánico. Tiene razón, es por culpa de este sitio espeluznante.

Voy mirando los demás cilindros con detenimiento. Dos versiones del padre de Willow, tres versiones de la madre de Willow. Y entre los duplicados n.º 5 y n.º 6, un panel de control que consiste en un monitor polvoriento y una serie de interruptores y botones.

—¿Qué es este sitio? —digo al fin.

—Un almacén —responde Ash—. Los gemas deciden cómo quieren que sean sus bebés: apariencia, capacidades... esas cosas. Los encargan y los crían en úteros artificiales.

Asiento. Eso ya lo sabía del canon. Cruzo la habitación para mirar a una señora Harper casi idéntica a la que conozco. Tiene una fina cicatriz roja que le cruza el pecho y llagas rosadas en la cara interna de los muslos. Al mirar más de cerca me da la impresión de que le hubieran despellejado parte de las piernas.

Ash me sigue. Se mantiene tan cerca que noto su aliento en la nuca.

—Las mejoras genéticas no son tan precisas como se podría pensar —me explica—. Hacen falta varios intentos para conseguir un bebé perfecto, así que crían varios fetos al mismo tiempo. Se deshacen de los que tienen imperfecciones evidentes antes de que nazcan.

—Uno estaba muy frío y el otro muy caliente, pero el tercero estaba perfecto —digo.

—¿Perdona?

—Nada, un cuento que me contaba mi padre de pequeña.

Ash apoya la mano contra el cristal, justo por encima de la cara de la casi señora Harper en un gesto tierno. Suspira.

—Supongo que estos bebés eran demasiado buenos para deshacerse de ellos.

Recorro los rasgos del duplicado con la mirada. No se parece en nada a Willow. Pelo rubio, piel pálida, hombros estrechos... Pero esos ojos inertes y fijos son exactamente del mismo color bronce.

—¿Los conservan para obtener repuestos? —digo por fin.

—Es la única explicación posible.

Me fijo en la cicatriz y me doy cuenta de que la mujer está conectada a una pequeña bomba mediante un tubo espiral color rojo sangre. La señora Harper debe de haber sufrido algún problema de corazón. Parece que los gemas no han erradicado todas las enfermedades, como escribió Sally King; parece que se limitaron a encontrar otras formas de desafiar a la muerte y a la enfermedad. Y a juzgar por la piel que falta, diría que a la cara tersa de la señora Harper también le han echado una manita. Sé por el canon que ronda los sesenta, aunque aparente solo unos treinta.

No puedo evitar pensar en el monstruo de Frankenstein, un engendro montado a partir de diversas partes de diferentes cuerpos sujetas con toscas puntadas. Recuerdo ahora que Nate llamó a Alice «repugnante engendro gema» cuando íbamos de camino a la Comic-Con. Qué coincidencia tan extraña, es como si Nate hubiera predicho esto de alguna forma. A menos que no sea una coincidencia y, de alguna manera, Nate hubiese hecho que esto se convirtiera en una realidad al decirlo. O tal vez aquella frase se alojó en algún lugar de mi conciencia y he sido yo la que lo ha hecho realidad. Lo cual me recuerda a la faja que llevaba en la ComicCon... ¿Tuvo algo que ver en la creación del cinturón de sangre de Rose?

Desecho la idea de inmediato. En parte porque es ridícula y en parte porque no tengo espacio mental para procesarla.

—¿Lo llevas bien? —pregunta Ash.

Niego con la cabeza. El shock y el asco dan paso a una emoción más limpia: la ira. ¿Cómo pueden hacer esto? ¿Cómo pueden mutilar a sus propios hermanos? Miro hacia el hermano mutilado de Willow. Ahora recuerdo la historia de fondo del canon: Willow sufría un accidente terrible montando a caballo cuando tenía doce años y se pasaba meses en el hospital tras una cirugía regenerativa, pero King no mencionaba nada de desmembrar a un hermano inconsciente.

Pienso en Nate, en su sonrisa de elfo y su pelo pincho y en que siempre sabe cosas insospechadas sobre cualquier tema, y la ira aumenta.

—¿Le hacen eso a los de su propia sangre? ¿A sus hermanos, a sus hijos?

Los dedos de Ash se entrelazan con los míos.

—El peligro de jugar a ser Dios, supongo.

Me vuelvo para mirarlo; está pálido incluso para ser él.

—O sea, ¿que los impes no saben nada de esto?

Ash niega con la cabeza.

—Existen rumores de grandes almacenes llenos de duplicados en lugares secretos de Los Pastos, pero nunca he sabido de nadie que los tuviera en su casa. Por lo que yo sé, nadie ha visto ninguno jamás, o al menos no lo ha admitido nadie.

Se me cierra la garganta, pero consigo sacar una palabra.

—¿Willow?

—Puede que lo sepa.

—¿Podría preguntarle?

—¡No! —Se asusta de pronto—. ¿Por qué te crees que he guardado el secreto? Te pondría en grave peligro. Es evidente que el gobierno no quiere que esto salga a la luz. Y, si hacemos caso a los rumores, la mayoría de los gemas ni siquiera lo saben. Es probable que solo los más ricos y poderosos puedan permitirse tener repuestos.

—¡No son repuestos, son personas! —Me frotó la cara, presa otra vez de la ira—. Deberías habérselo contado a alguien, a alguien que pueda hacer algo.

—Violet, a veces parece que de verdad hayas venido de otro mundo. Si hablo sobre esto con alguien te garantizo que acabaré muerto en un callejón o bailando en una horca. ¿Y entonces quién ayudaría a Ma? ¿Quién llevaría a casa monedas gema para comprar comida? Tengo que pensar en mi familia antes que nada.

—¿Y entonces por qué me lo has enseñado a mí?

—Es que... —Durante un instante parece triste, culpable—. Quería que supieras cómo son los gemas de verdad, hasta dónde son capaces de llegar en su búsqueda de la perfección.

Sin previo aviso, me rodea el cuello con los brazos y me acerca muchísimo a su cuerpo, hasta que apoyo la cara en su hombro. Su olor a jabón y sudor me sosiega el pulso y vuelvo a sentirme bien aunque sea un momento complicado. Cuando habla siento su aliento en la oreja, pero no me hace cosquillas, como el de Willow; simplemente es una sensación maravillosa.

—Y tenía que contárselo a alguien, me pesaba el secreto. Eres la primera persona en la que he confiado de verdad en mi vida.

Empiezo a llorar otra vez, y no solo por esos duplicados flotantes de ojos muertos, ni tampoco por el espacio vacío que deberían llenar las piernas del casi Willow, ni por el corazón que falta bajo esa fina cicatriz roja, sino porque a la única Violet que Ash conocerá es a la casi Violet, a la duplicada, a la actriz.

Nunca conocerá mi yo real.

CAPÍTULO 26

Doy vueltas en la litera. Está saliendo el sol y necesito dormir. Solo espero que mis sueños me permitan rehuir los ojos muertos y vidriosos de los duplicados.

La de hoy es una gran noche. El punto de inflexión, el giro argumental. Willow tiene que declararme su amor y yo tengo que decirle que lo quiero pero que me vuelvo a la ciudad; tengo que dejarlo por piedad, como dijo Alice. Estoy a punto de cerrar los ojos cuando Matthew y Saskia asoman la cabeza por debajo de la cortina roñosa y se apoyan en los pies de la cama, destruyendo mis esperanzas de intimidad y descanso.

—Venga, dormilona, tenemos un trabajo para ti —dice Matthew.

Me siento en la cama, parpadeando.

—¿Qué? —Esto no estaba en el canon. Hoy Rose dormía, estoy segura.

Mi incomodidad hace sonreír a Saskia.

—Mientras tú andabas besuqueándote con el chico gema yo he estado con la antena puesta y se dice que tiene otra cita con la chati esa tan mona del baile.

No le cuento que la chati esa tan mona en cuestión es Alice. Está claro que no se han comunicado con Thorn desde que salimos del cuartel general y me da demasiada vergüenza admitir que mi mejor amiga todavía podría sabotear la misión sin querer o queriendo.

—La va a llevar de compras a la ciudad —me informa Matthew.

Esto, desde luego, no estaba en el canon. Otra vez me invade la ira, como cuando discutí con Alice. Lo está arriesgando todo solo para poder vivir las fantasías de sus *fanfics*, alejándonos cada vez más de la historia y de casa. Se me revuelve el estómago porque, en el fondo, sé que tengo parte de culpa; no debí ir con Ash al búnker, no debí dejar que la mariposa batiese las puñeteras alas.

Saskia está un poco subidita.

—Si quieres convencer a ese mocoso gema de que te cuente los secretos de su papi, más te vale ser la única chica a la que se quiera... —dice, haciendo un gesto obsceno con las manos. Matthew suelta una carcajada.

—¿Y qué queréis que haga? —pregunto.

—Hoy puedes trabajar en el mercado —responde Saskia—. Y Nate también.

Matthew asiente.

—A los gemas les encanta visitar el mercado; ver a los impes matarse a trabajar los hace sentirse superiores. Tú asegúrate de que le quede claro a quién quiere de

verdad.

Cogemos el impebús que lleva al mercado de la ciudad. Este escenario no aparecía en el canon, así que veo las elegantes líneas de la ciudad gema, forjadas en cristal y acero, por primera vez. Son tan limpias y tan pulidas que parecen una versión del futuro recreada por un artista. En los restaurantes empiezan a preparar la comida y nos llegan olores a ajo y a caramelo. A través de los sucios cristales del bus veo gemas paseando, charlando de cualquier cosa, o parándose a mirar escaparates, inclinando la cabeza y mostrando sus perfiles perfectos, como si fueran generados por ordenador.

Sin permiso alguno, mis ojos se lanzan bulevar abajo, buscando a Alice de la mano de Willow, pero lo único que veo son los carteles que cuelgan de todos los escaparates, de todas las puertas de los restaurantes: un simio dibujado detrás de una barra diagonal roja. No se admiten impes. Me recorre tal escalofrío de ira que la lengua se me pega a los dientes. Ellos son los animales, no nosotros. Ellos son los que despiezan a sus hermanos, a sus hijos, en el nombre de la perfección.

Seguimos la curva del bulevar, que nos lleva a la plaza del mercado. Este debe de ser el casco antiguo, a donde no ha llegado todavía el acero y el cristal. Nos rodean las fachadas de piedra de los edificios impe modernizados. Junto a una pared cercana veo una señal grande en la que aparece el dibujo de un simio. Imagino que es una advertencia para los gemas de que entran en una zona mixta. Se me tensan los músculos y me siento como un muñeco en una caja sorpresa a punto de saltar.

—No mola ser un simio, ¿eh? —suspira Nate.

Se me pasa por la cabeza la idea de hablarle de los duplicados, pero le prometí a Ash que no se lo contaría a nadie y no quiero cargar a Nate con ese peso, así que me limito a decir:

—No mola nada.

Salimos en fila del bus y me uno al gentío. Los impes se mueven con torpeza entre los pilares de piedra que marcan cada uno de los puestos, comprando y vendiendo cosas para sus amos gemas. Hay un aroma maravilloso a fiambres y especias, y brillantes destellos de color de las bobinas de hilo que giran sin parar. Los gemas destacan al instante: altos, esbeltos y seguros de sí mismos. La mayoría son militares, con los fusiles a la vista, pero de vez en cuando pasa un gema civil, con la barbilla bien alta como si se le llenasen las narices de un olor desagradable, como si no fuésemos más que animales. Me retuerzo los dedos como si a través de ellos pudiera escurrir la ira de mi cuerpo.

—Puedes ayudarme en la panadería —dice Saskia mientras se recoge el pelo canoso en una trenza suelta.

Nos acercamos a un puesto de madera en el que se exhiben panes variados. El aroma cálido a levadura me recuerda unas vacaciones que pasé con mi familia en Bretaña. Mi padre siempre nos arrastraba a las panaderías y Nate se reía de él cada vez que intentaba decir *boulangerie*, porque pronunciaba la G fuerte. El dolor me

atravesada como una lanza al recordar a mi padre con una barba de días llena de migas de *baguette*.

Saskia nos pasa unos guantes de un blanco immaculado. Me los pongo con cuidado y empiezo a colocar bien las hogazas, tan frescas que las cortezas se resquebrajan al tacto. Nate coge una barra francesa y sonrío; sospecho que también se está acordando de la G fuerte.

Estoy envolviendo una hogaza en papel encerado cuando veo a Ash tras un carrito de manzanas. Me ve y enarca una ceja. Se acerca con paso elástico y natural y me ofrece una manzana escarlata, que contrasta con el blanco de sus guantes.

—Pírate, Ardilla —le dice Saskia.

—Solo quería hablar con Violet. Te prometo que seré breve.

Hay un guardia deambulando por ahí y está claro que Saskia no quiere montar una escena, así que sigue contando las monedas y masculla:

—Cinco minutos.

Ash me ayuda a envolver otra hogaza, pero no dice nada.

—Pensaba que estarías con Ma —digo al fin.

—Quería asegurarme de que estuvieras bien después de... bueno, ya sabes —baja la voz para que Nate y Saskia no puedan oírlo—. Creo que hice mal en enseñarte esas cosas.

—Tenía que saber la verdad —respondo, también en un susurro.

Nuestros dedos se tocan un instante al ir a coger la misma hogaza y la tela de nuestros guantes se arruga con el contacto. Ash me mira y sonrío.

Una voz corta el aire:

—¿Dónde están tus guantes, impe?

El guardia nos mira directamente a nosotros y el corazón me da un vuelco. Bajo la vista, hacia nuestras manos vestidas de algodón blanco; por fuerza tiene que estar dirigiéndose a Saskia... o a Nate.

Me giro para ver confirmado mi peor miedo: el color melocotón de las manos desnudas de Nate asoma bajo una fina capa de harina. El terror le invade la cara cuando se da cuenta de que el guardia se dirige a él.

—Es que... es que... —se le enganchan las palabras—. Tenía calor en las manos.

—¿Que tenías calor en las manos? —dice el guardia, entrecerrando sus ojos esmeralda.

Creo que el cuerpo de Nate se ha bloqueado: el pecho no se le mueve, los ojos no parpadean, los dedos se le clavan en el borde del mostrador... Siento la necesidad imperiosa de correr hacia él, de sacarlo de allí y protegerlo, pero Ash me susurra: «No». Y el miedo de empeorar las cosas me detiene.

El guardia aferra el fusil.

—¿Has estado toqueteando nuestra comida gema con esas manos mugrientas de impe?

Nate intenta negar con la cabeza, pero solo consigue mover los ojos de un lado a

otro.

El guardia frunce el ceño y toda la cara, como si acabase de tirar del cordón de un cierre que uniese todos sus rasgos.

—¿Se te ha comido la lengua el gato, además de los guantes?

Saskia da un paso al frente: tiene la mirada baja y las manos levantadas, como si se estuviera rindiendo.

—Lo siento, agente. Me encargaré de que reciba el castigo que le corresponde. Yo misma lo azotaré con una caña cuando regresemos a nuestra hacienda.

Nunca la he visto tan complaciente, supongo que intenta salvarlo de un destino peor que los azotes. Tengo la nuca empapada en sudor y me empiezan a temblar las piernas.

El guardia la acalla con un gesto de la mano.

—¡Calla, esclava! A menos que tú también quieras perder las manos.

—¡NO! —el grito me explota en la boca sin permiso.

El guardia gira en redondo.

—¿Quién ha dicho eso?

Abro la boca para responder, pero durante un segundo el mundo se difumina y me olvido de dónde estoy.

—Yo —responde Ash.

—Menuda voz más femenina que tienes, impe —dice, riéndose—. Me da la impresión de que aquí lo que vendría bien es una buena amputación para meteros a todos en vereda.

Saca a Nate a rastras de detrás del puesto.

La realidad de la situación me golpea de lleno y es como si mi cuerpo se hubiera zambullido en un tanque de lava: estoy ardiendo y desbordante de furia.

—¡NO! —vuelvo a gritar.

Me lanzo hacia delante, pero Ash y Saskia me sujetan. Doy patadas y puñetazos e intento liberarme, pero son demasiado fuertes y reboto del uno a la otra como una bola de *pinball*. Llegan varios guardias que empiezan a señalarme y a reírse de mi arrebató.

—Le van a cortar las manos —grito, intentando captar el sentido de las palabras. En mi conciencia se forma la imagen de aquel duplicado, medio formado, medio muerto. No le pueden hacer eso a Nate. ¡A Nate no!

—Violet —Ash me tapa la boca—, como sigas así lo van a matar.

Pero soy incapaz de dejar de forcejear, con la esperanza de que, si logro llegar hasta Nate, me permitirán recibir a mí su castigo.

Se llevan a Nate, empujándolo por sus cuerpos gigantes, a una esquina de la plaza donde se congrega una nutrida concurrencia. Desde la distancia, observando entre los espectadores, me imagino que veo la piel suave de adolescente de cada uno de sus dedos extendiéndose hasta el blanco de las uñas; el blanco de las palmas; el mapa de venas que se despliega bajo la superficie de las estrechas muñecas. Me sube

el vómito por la garganta y empiezo a toser.

Lo tiran de rodillas y le colocan un torniquete plástico en el antebrazo. «Esto no puede estar pasando», pienso. De pronto siento una extraña desconexión de mi cuerpo; ni siquiera sé si continúo forcejeando o he caído muerta como una muñeca. Veo su cabeza trigueña humillada y las lágrimas que caen a sus pies. Me acuerdo de cuando nos dábamos las manos ya antes de que cumpliese un año; y cuando chocábamos las palmas al grito de «¡Choca esos cinco!» cuando solo tenía dos. Recuerdo su primera clase de piano y que sus dedos apenas lograban abarcar una quinta. Noto algo húmedo y caliente que me resbala por las mejillas hasta la lengua y que sabe a salmuera.

El público guarda silencio y el guardia levanta sobre la cabeza un gran machete curvado que permanece un momento en el aire como una luna creciente centelleante al sol del mediodía.

—¡GUARDIAS!

Una gema se abre paso entre la multitud, hermosa pero claramente colérica, seguida de cerca por otro gema igual de hermoso. Los reconozco incluso a través del velo de lágrimas y horror: son Alice y Willow.

—¡ALTO! —Alice se lanza sobre Nate, de modo que el guardia habría tenido que cortarla a ella primero, y Willow se queda atrás con la incertidumbre pintada en la cara—. Exijo que esto cese de inmediato —grita Alice. La brisa le agita el vestido carmesí.

—¿Esa no es...? —exclama Saskia.

El guardia cambia de postura, pero mantiene el cuchillo en alto.

—¿Qué significa esto?

Alice vuelve la cabeza, pero no se mueve.

—Conozco a este impe, trabaja para mi padre. Si pierde las manos, mi padre se pondrá furioso.

Entra en escena otro guardia.

—Con todos mis respetos, señorita, hay un montón de impes por ahí sueltos, solo tiene que buscar otro.

—¡Ah, no! —sonríe Alice—. Este es irremplazable.

—Esto no es nada ortodoxo, señorita... —El guardia del cuchillo, que claramente sospecha algo, espera un apellido.

—Alice —tercia por fin Willow—, se llama Alice. Y, por si no lo ha notado, está conmigo.

Los guardias reparan de pronto en su presencia y la arrogancia desaparece de sus facciones.

—Disculpe, señor Harper. —Lo saludan tocándose las gorras.

La sangre me vuelve a circular por el cuerpo otra vez y el mundo vuelve a encajar. Siento que Ash afloja las manos.

Willow se aclara la garganta:

—Si la señorita Alice dice que este impe debe ser perdonado —dice, aunque algo azorado— la apoyo sin fisuras.

Los guardias hacen una pequeña reverencia y dicen al unísono:

—Sí, por supuesto, señor Harper.

Alice se pone en pie y los guardias se apresuran a liberar el torniquete. Algo explota en mi cabeza como un pistoletazo de salida y cruzo corriendo la plaza del mercado, seguida del golpeteo de los pies de Ash algo desincronizado con el de los míos. Estrecho a Nate entre mis brazos y entierro la cabeza en la dulce curva que forman su hombro y su cuello. Nate se desploma, como un peso muerto. Reprimo las lágrimas y le aparto el pelo de la cara:

—Jonathan, Jonathan —susurro mientras lo llevo de vuelta al puesto. Uso su nombre de pila, el que usan mamá y papá porque soy lo más parecido a una figura parental que tiene ahora mismo. Le tiembla todo el cuerpo y tiene las manos de un extraño color azul.

—¿Estás bien? —pregunta Ash, rodeándonos con un brazo como para protegernos.

—Iban a hacerlo —solloza Nate—. Me iban a cortar las manos porque me había quitado los guantes.

—Son monstruos. —Ash me lanza una mirada cargada de significado.

El gentío se dispersa y los guardias vuelven a sus puestos. Si no fuera por el martilleo que siento en la cabeza y la palidez de la cara de Nate, hasta se diría que no ha pasado nada, que para los gemas es completamente normal cercenarle las manos a un chaval de catorce años.

Willow me ve por fin, abrazada a Nate y llorando. El estupor y la culpa perturban sus rasgos perfectos. Lo miro fijamente, sin vergüenza, sin apartar la mirada. Ambos sabemos que él no habría dicho nada, que no habría detenido la mutilación si Alice no hubiera estado allí, y recuerdo las palabras que pronunció en el huerto la otra noche: «Las cosas siempre han sido así». Pienso en las nueve sogas, en la cadeneta de papel arrugado, en las señales de «Simios no», en el chico flotante amputado, y siento que la ira inflama todo mi cuerpo, que me hace crecer hasta los cinco, hasta los diez, hasta los quince metros de altura. No quiero decirle que estoy enamorada de él, quiero estrangularlo. Y a juzgar por su cara, es consciente de ello.

Alice le da unos suaves tironcitos del brazo y, justo antes de marcharse, vuelve la vista atrás.

—Gracias —artículo sin pronunciar la palabra.

Alice me devuelve su preciosa sonrisa y un guiño.

CAPÍTULO 27

Una vez, mi padre me contó algo muy guay sobre las ranas: «Si metes una rana en una cazuela de agua hirviendo, sale enseguida de un salto, agarrándose el culito de anfibio con las patas. Pero si metes esa misma rana en una cazuela de agua fría y vas subiendo la temperatura poco a poco, la muy gilipollas se queda ahí parada. Suda hasta que están a punto de reventarle las pelotas, y al final el agua rompe a hervir y la rana estira la pata. Literalmente». (Un tipo divertido, mi padre. Y sabe un montón de tonterías sin sentido. Supongo que de ahí le viene a Nate).

Bueno, pues me siento como esa primera rana. Como si me hubieran soltado en una cazuela de agua caliente y me ardiera el culo. Pero los demás impes son como la segunda rana. Llevan tanto tiempo inmóviles dentro de la cazuela que ya se han acostumbrado al calor. Están a punto de cortarles las manos a un chico y aquí no ha pasado nada. Te llaman simio, y sigues como siempre. Un guardia te agrede sexualmente, puede que incluso te pegue un tiro... un día como otro cualquiera en *El baile del ahorcado*.

Pero, a diferencia de la primera rana, yo no puedo salir de un salto. Estoy atrapada en esa puñetera cazuela contando los días que quedan para que me ahorquen.

En cuanto regresamos a la mansión, Nate se arrastra hasta su litera. Incluso Saskia parece preocupada y se asegura de que coma un mendrugo de pan extra y lo tapa con la manta hasta la barbilla. Anochece y sé que debo dirigirme hacia el huerto para esperar a Willow por última vez, pero antes me acerco a darle un beso a Nate en la cabeza e inhalo su olor. Se revuelve en sueños y vuelvo a besarlo, solo por si acaso.

Cuando me pongo en camino, Saskia me agarra del brazo.

—Recuerda: solo estás fingiendo que te gusta.

—Tranquila, Saskia. Ya viste lo que sucedió en el mercado.

«Y además tiene a su hermano mutilado flotando en un tanque», pienso.

Sonríe como si ella lo supiera todo y yo no tuviera ni idea de nada.

—Impes o gemas, todos los hombres son un puñado de pajilleros.

Suelto una carcajada débil y me encamino hacia el huerto arrastrando los pies, todavía aturdida por el impacto e inmune al frío, intentando practicar mis frases mentalmente. Sé que esta escena es la más importante hasta el momento: el giro argumental de la mitad, la escena que termina con Willow siguiendo a Rose hasta la ciudad. Pero las frases se apelotonan en mi cabeza y no soy capaz de separarlas unas

de otras, porque no quiero decirle a Willow que lo amo, quiero decirle que es un imbécil de cuidado.

Mientras camino junto al lago, me fijo en la luna, una esfera perfecta en el agua. Sonrío a mi pesar: es curioso que el reflejo, el eco, pueda parecer tan real como lo que refleja. Me agacho y jugueteo con una piedra. Después la lanzo para que destroce la esfera en un millar de esquirlas plateadas.

—Violet.

Me doy la vuelta y veo que Ash avanza hacia mí. Ladea la cabeza y algo se remueve en mis entrañas y me empuja hacia él.

—¿Qué te pasa? —pregunta.

—¿A qué te refieres?

—He reconocido a esa gema, a la chica del mercado.

Mi expresión debe de ser de desconcierto, porque suspira, un tanto molesto.

—Deja que te dé una pista: pies inmensos.

No sé cómo explicárselo, y la verdad es que tampoco tengo tiempo de hacerlo. Tengo que verme con Willow dentro de unos minutos.

—Mira, es muy complicado.

—Me dijiste que no es una gema.

Parece sentirse un poco dolido, incluso traicionado.

—No lo es.

—Entonces ¿es cierto que es una espía?

Le cojo la mano.

—Algún día te lo explicaré, te lo prometo.

—Me ocultas secretos después de que te mostrara...

Se interrumpe. Los dos sabemos a qué se refiere, y no me sorprende que esté enfadado.

—Te lo contaré, te lo prometo, pero ahora no. He quedado con alguien.

Me observa con los ojos muy abiertos y mirada inquisitiva.

—No irás a verte con él, ¿verdad?

—Sí.

—Es imposible que te guste, no después de haber visto esos duplicados, no después de que estuviera a punto de permitir que esos guardias le cortaran las manos a Nate.

—Ya lo sé.

—Y sabes que nunca va a estar contigo, no de verdad, la ley lo prohíbe. Terminarás bailando en ese patíbulo.

—Ash, ya lo sé.

—¿Por qué lo haces, entonces?

Quiero contárselo todo, empezando por la Comic-Con y terminando justo aquí, en el lago; quiero derribar este muro de secretos y mentiras y quiero que Ash me vea tal como soy en realidad; pero, sobre todo, quiero rodearlo con los brazos y apoyar la

cabeza en su hombro, consciente de que encajaremos a la perfección. Pero sé que no puedo hacer ninguna de esas cosas. Hay demasiado en juego. Tengo la impresión de que mi cuerpo es una colección de piezas trabadas. He perdido toda sensación de totalidad, de completitud, como si fuera una especie de marioneta extraña, arrugada, sujeta con pinzas.

Suspira. Su aliento se queda suspendido entre ambos como una neblina.

—¿En serio sientes algo por él?

—No... no lo sé.

—Porque no deberías querer a alguien solo porque... —Tuerce un poco la boca—. Porque su proporción entre pecho y cintura sea perfecta, y tenga los pómulos también perfectos, y el pelo brillante. Deberías querer a una persona porque sea... No sé... Auténtica, verdadera.

No puedo evitar desviar la mirada hacia el agua, sobre cuya superficie continúan bailando los minúsculos fragmentos de luna. Vuelvo a concentrarme en Ash, en su nariz un tanto protuberante, en sus ojos de un azul imposiblemente claro y en la boca que sé que tiene la capacidad de eclipsar el resto de sus rasgos cuando sonrío. A continuación pienso en Nate y en Alice, en Katie y en mi casa. Tengo que seguir adelante con el canon. Tengo que conseguir que esas dos hebras vuelvan a entretorse. Antes siempre me ceñía al guion, a lo predecible, pero ahora tengo la sensación de que alguien me está partiendo por la mitad.

—Ya, ya lo sé.

—A ver, es que ni siquiera sabe tu verdadero nombre, y es un nombre precioso, mucho mejor...

Pero no llega a acabar la frase, porque yo ya me he acercado y he empezado a besarlo. Me devuelve el beso, con unos labios cálidos y suaves; su aliento me llena las fosas nasales y comienzo a dar vueltas flotando en el aire como una semilla de arce, rebosante de alegría y proyectándome hacia el cielo. Entrelaza los dedos a mi espalda, en una pauta intrincada, y empiezo a sentir que no soy capaz de inspirar con mayor profundidad, como si fueran a estallarme los pulmones. Lo atraigo más hacia mí, de manera que su cuerpo se aprieta contra el mío... Es cierto que encajamos a la perfección.

Pero se me llena la cabeza de Alice, de Katie, de Nate, y la horrible sensación de desgarramiento regresa.

El maldito canon.

Esa puñetera mariposa.

Me aparto.

—Lo siento.

Me escudriña el rostro.

—Entonces... Entonces ¿lo quieres?

La mentira se me atasca en la garganta como algo punzante y afilado. Y por algún motivo, pienso en la cita de la carta de Katie. «El mundo todo es un teatro». Trago

saliva con dificultad y expulso las palabras una por una.

—Sí. Quiero a Willow.

Y sin decir nada, Ash se da la vuelta y se aleja.

CAPÍTULO 28

Llego al huerto parpadeando con fuerza para tragarme las lágrimas y limpiándome el beso de la boca. Soy un desastre, he besado al personaje equivocado, me he colado por el chico equivocado. Tal vez Sally King tuviera razón, quizá sea posible enamorarse en solo unos días, si la persona es la adecuada y encaja contigo a la perfección. «Por el amor de Dios, Violet —me digo—, Ash pertenece a otra realidad, a otro universo, y tú vas a volver a casa». La imagen de mi cuerpo cayendo con pesadez y atado a una cuerda me invade la mente: dentro de dos días, me ahorcarán. Me obligo a borrarla apretando los ojos.

No paro de darle vueltas a esos pensamientos y recuerdo fugazmente las ocasiones en que mis peores miedos eran suspender un examen o atragantarme con otra aceituna. Apenas me percató de lo fría que me he quedado, de lo de noche que se ha hecho. Por fin, el reloj da las doce.

Se me revuelve el estómago.

Willow no va a venir.

La escena más importante hasta el momento y Willow me ha dejado plantada. Es como si me faltara la piel. He fracasado. Por alguna razón, él no me desea. Nate tenía razón. Debería haberme ceñido al guion. Lo repaso todo mentalmente, el baile del ahorcado, el beso, el mercado.

Caigo en la cuenta. El mercado. Está avergonzado, eso es. No fue capaz de dar la cara por un impe, un impe sin duda muy importante para mí. Me decepcionó, y lo sabe. Noto que se me ralentiza el pulso. Solo tengo que acudir a él, demostrarle que no pasa nada y encauzar de nuevo el canon.

Me obligo a dejar de pensar en Ash, en el nudo que se me está formando en la garganta, en el cuerpo mutilado, flotante, y experimento una renovada sensación de determinación. Tomo una gran bocanada de aire con olor a manzana.

Echo a correr hacia la mansión, la rodeo hasta la parte de atrás y levanto la mirada hacia el roble. Hay luz en la ventana de Willow. Está despierto. Pruebo a lanzar unas cuantas piedras hacia arriba, pero las ramas se interponen y no consigo llamar su atención. Solo me queda una opción: tengo que trepar por esta mierda de árbol.

Recuerdo el consejo de Ash, y sin prisa pero sin pausa, subo por las ramas sin soltar más de una extremidad a la vez, comprobando la firmeza de las ramas antes de depositar mi peso sobre ellas. Un montón de ramitas me golpean en la cara, las hojas se me enredan en el pelo y me arañan la mano un par de veces con astillas de madera escondidas, pero avanzo a buen ritmo.

Me acerco a lo más alto, sin mirar nunca hacia abajo, mirando siempre hacia arriba, anticipando el hueco entre las hojas y la visión de las estrellas, disfrutando de la caricia del viento en la cara cuando las ramas comienzan a ralear. Y cuando me aproximo a la ventana de Willow, preparada para estirar un puño tembloroso y golpear el cristal, tengo una sonrisa enorme dibujada en la cara. Yo, Violet, trepando por un árbol monstruoso, haciendo que un gema se enamore de mí. Me siento invencible. Me deslizo sobre una rama que, por suerte, es lo bastante fuerte para soportar mi peso, y se me escapa una risita. La luz de su ventana me ilumina las manos cuando las tiendo ante mí. Y por fin, alzo el cuerpo de manera que consigo mirar directamente hacia el interior de su habitación.

Está tumbado en la cama. Veo las sábanas de satén arrugadas en torno a su cuerpo perfecto, musculoso. La forma de sus caderas, la línea de su torso, las cicatrices apenas visibles que le rodean la parte superior de los muslos. Está durmiendo, su pecho se eleva y se hunde rítmicamente.

Y no es la única persona que yace desnuda en esa cama: mi propio giro argumental a mitad de camino.

Está tumbada a su lado, con el pelo dorado esparcido sobre la almohada y las piernas largas y bronceadas entrelazadas con las de él.

«Y los hombres y mujeres, meros actores».

Alice.

CAPÍTULO 29

Alice abre los ojos de golpe. Mira directamente hacia mí. Al principio solo debe de ver en el reflejo de los cristales lo mismo que veo yo: un mundo de luz suave y siluetas bronceadas. Pero me doy cuenta de que su mirada cambia, de que su cara pasa de expresar satisfacción a transmitir sorpresa cuando deja de contemplar su propia imagen y me mira a los ojos. Poco a poco, muestra un semblante de aceptación, como si siempre hubiera sabido que la encontraría aquí.

Experimento un único impulso: el de huir. Vuelvo a arrastrarme en dirección contraria por la rama mientras mis lágrimas caen sobre la madera que tengo debajo e inicio el alocado descenso por el árbol. Me olvido por completo de los consejos de Ash: me precipito, me revuelvo, reboto entre las ramas, una maraña de hojas y palos se me clavan en las manos y la cabeza. Se me resbala el pie en la última rama y el suelo parece elevarse desde la nada, me golpea en la espalda y me deja sin aire en los pulmones. Me quedo allí tumbada, lanzándole una mirada asesina al cabrón del árbol, engullendo bocanadas de aire vacías, con la sensación de estar a punto de asfixiarme y tratando de sacarme de la cabeza la odiosa escena que acabo de presenciar.

La oigo antes de verla. El crujido de sus pisadas sobre la grava, su suave voz gritando frenéticamente mi nombre.

—Violet. Violet.

Se arrodilla junto a mí.

—¿Te has hecho daño?

—Sí —consigo articular.

—¿Te has dado en la cabeza?

Me llevo una mano a la frente.

—No.

Me ayuda a incorporarme hasta quedar sentada. La dulzura picante de su perfume me tranquiliza, pero entonces solo consigo enfurecerme conmigo misma. La observo durante un momento. No lleva maquillaje, las extensiones de pelo rizado le caen libremente sobre los hombros y se ha envuelto el cuerpo en una sábana blanca de satén, seguramente más para ocultar su desnudez que para protegerse del frío. Su aspecto es tan natural que, por un instante, vuelve a ser simplemente Alice.

—¿Qué está pasando?

La vulnerabilidad de mi voz me sorprende a mí tanto como a ella.

—Lo... Lo siento. No sé qué más decir.

—¿No quieres irte a casa?

—Creía que sí. Pero entonces ocurrió esto.

—¿El qué? ¿Willow?

—Supongo... Y más cosas. —Traza un gran círculo con la mano—. El País de las Maravillas.

—Mierda, Alice. No lo estás haciendo por amor, ¿verdad? Solo quieres ser uno de ellos.

Me pongo en pie con dificultad. Todavía me duelen los pulmones, mi cuerpo sigue pidiendo oxígeno a gritos, pero la indignación va cobrando fuerza y consigo erguirme.

—¿Por qué no? —Ella también se levanta, y la sábana se ciñe a su alrededor como si fuera una capa de glaseado esculpido con gran esmero—. Los gemas me tratan bien. Los impes me trataron como a una leprosa, me cortaron el pelo, intentaron ahorcarme, me encerraron en una torre.

—Sí, a mí también trataron de ahorcarme, ¿te acuerdas?

—Entonces lo entenderás.

—Pues no, la verdad es que no lo entiendo. Si hubieras visto lo que yo he visto, cómo tratan los gemas a los impes en realidad, no tardarías en cambiar de opinión.

—Y tal vez, si estuvieras en mi lugar, fueras tú quien cambiaría de opinión.

La frustración me hace apretar los puños.

—Por Dios, Alice. Los gemas solo te tratan así porque creen que eres una de ellos.

—¿Y?

—Pues... ¿qué pasará cuando cojas un resfriado, o cuando empieces a envejecer como una persona normal, o cuando... no sé, cuando participes en un concurso de preguntas y no te sepas todas las respuestas porque tu cociente intelectual no es ridículamente alto?

Está claro que he metido el dedo en la llaga. Da un paso atrás.

—¿Estás diciendo que soy una cabeza hueca?

—Debes de serlo, si quieres quedarte aquí.

La esquivo y me dirijo hacia los árboles pisoteando la hierba con las botas, con el cuerpo rígido y hormigueando de rabia.

Pero echa a correr detrás de mí y me agarra del brazo.

—Violet, por favor, intenta comprenderlo, nunca he encajado en ningún sitio. Este es el primer lugar donde no me he sentido diferente.

—Pobre Alice. Debe de ser difícil ser tan guapa.

Sacudo el brazo para librarme de su presa.

—No me refiero a eso. —Me rodea y se planta delante de mí para impedirme el paso—. Aquí soy feliz.

—¡Ah! Y tú eres lo único que importa, ¿verdad? ¿Se te ha ocurrido pensar un poco en Katie? ¿En lo que le hará Thorn cuando se dé cuenta de que solo estás aquí para desnudarte con Willow?

Algo le oscurece el rostro, una expresión que no soy capaz de interpretar. ¿Culpa? ¿Arrepentimiento? Y es entonces cuando me fijo por primera vez en que ya no lleva su colgante del corazón partido.

La sensación de traición se hace aún más profunda.

—No estás sabotando únicamente nuestras posibilidades de volver a casa. También estás poniendo nuestras vidas en peligro.

—Thorn no le hará daño a Katie, le gusta demasiado... Es evidente que no fue más que una amenaza.

—Si eso es lo que necesitas decirte para acallar tu conciencia... Díselo también a Nate; la próxima vez que un guardia intente cortarle las manos, le dices que es evidente que no era más que una amenaza.

Mis palabras la ponen nerviosa, frunce el ceño.

—Mira, Violet, sé que los guardias se pasaron de la raya, pero Willow y su familia son buenas personas. Jamás harían algo así.

La rabia llena hasta el último resquicio de mi cuerpo. Pienso en ese cuerpo que flota en el tanque, partido en dos, y la promesa que le hice a Ash me parece demasiado lejana.

—¿En serio? Entonces ¿por qué no le preguntas a Willow qué guarda en ese búnker que hay en la parte baja de la hacienda?

No parece desconcertada, al contrario de lo que me esperaba. No frunce el cejo, su mirada oscura no titubea; se muestra abochornada, avergonzada.

—Ya lo sabes, ¿verdad?

Mira hacia otro lado, se recoloca la sábana.

—Vi las cicatrices que Willow tiene en las piernas, y cuando le pregunté qué le había pasado, me lo contó.

—¿Lo de sus parientes desmembrados?

He alzado la voz.

—¿Los duplicados? Sí.

La fulmino con la mirada, desafiándola a devolvérmela.

—Llamarlos duplicados no hace que dejen de ser personas. —Me interrumpo, momentáneamente confusa—. Espera. ¿Te lo ha contado Willow? ¿Él también lo sabe?

—Sí, claro que lo sabe. Son sus piernas.

Podría partirla la cara ahora mismo. Junto las manos en un gesto de plegaria desesperada.

—No. Eso es justo a lo que me refiero, Alice. No son sus piernas. —Pronuncio todas y cada una de las siguientes palabras con gran claridad para intentar que lo entienda—: Se. Las. Robó. A. Su. Hermano.

—Lo estás convirtiendo en un melodrama.

—¿De verdad? —He empezado a chillar, pero estoy tan rabiosa, tan enfadada, que he perdido hasta mi último ápice de control sobre el volumen—. Pues puede que

a fin de cuentas no tuvieras que haber impedido que le amputaran las manos a Nate. Tus nuevos amiguitos y tú podríais haberos repartido las partes sobrantes en el desayuno.

Da un paso hacia mí, calmada, como si fuera yo la que no está siendo razonable.

—Mira, Violet, no es tan malo como parece. Todos los duplicados están en coma, no es que estén sufriendo, ni siquiera son conscientes de que existen.

—Ah, bueno, entonces no pasa nada, siempre y cuando no puedan mirarte a los ojos cuando les extirpas los órganos vitales, todo va bien.

Hace caso omiso de mi comentario y continúa con su tono tranquilo:

—Y los Harper han construido un escondite especial para sus duplicados, para mantenerlos a salvo.

—Sí, ya lo sé. Lo encontré. Y créeme, están de todo menos a salvo.

—Cálmate, Violet. —Solo Alice podría aparentar tal serenidad, tal equilibrio, mientras comenta el robo de órganos humanos vestida con una sábana de la cama de mi seudonovio—. Cuando oyeron rumores acerca de que en los almacenes los guardias... ya sabes... jugueteaban con los duplicados, les construyeron un escondite especial para mantenerlos a salvo.

—Con jugarrear... ¿te refieres a...?

Me trabo con mis propias palabras.

—Dios, qué ingenua eres. A rollos sexuales.

Me tapo las orejas con las manos, incapaz de procesar esa información extra, intentando que el cerebro no se me desintegre.

—Joder, Alice. Esto no hace más que empeorar. —El sonido de mi voz es extraño, como si estuviera dentro de mi cabeza—. No quiero seguir escuchándote. Ya no te conozco. —Bajo la voz hasta convertirla en un gruñido—. Me das asco.

Nunca le había hablado así a Alice, ni siquiera cuando tiró mi camiseta favorita por el retrete porque Alfie Peach me pidió que fuera con él a la fiesta de fin de curso de octavo. Ni siquiera cuando me robó los deberes de álgebra, fingió que eran suyos y a mí me castigaron. Espero que se derrumbe, que rompa a llorar.

Pero se limita a reírse. Se ríe con ganas.

—Estás celosa.

—¿De qué, exactamente?

—De mí. De los gemas... Somos perfectos.

—Bueno, si la perfección significa perder tu humanidad, por mí te la puedes meter por donde te quepa.

Tengo el corazón plateado entre los dedos y de pronto me doy cuenta de lo afilado y frío que es. Agarro la cadena con la mano y tiro de ella con todas mis fuerzas. O el cierre se deforma y se rompe o el eslabón más débil cede, pero el caso es que se desprende de mi cuello con una facilidad decepcionante. La sujeto en alto para que la vea.

Se acaricia el cuello desnudo con una mano.

—Violet... —Se queda callada y ambas nos miramos fijamente durante unos instantes—. Lo siento —dice al fin.

—Ni te molestes. —Señalo la mansión con un dedo furioso—. Será mejor que vuelvas a celebrar la fiesta de la toga con tu donjuán.

Hablo con tal resentimiento que me cuesta reconocerme. Alice da un respingo al oírme.

—Lo estoy haciendo por las dos.

—Mentira.

—No quiero verte...

La palabra se le atasca en la garganta.

—Dilo. —Me noto la cabeza hinchada, a punto de estallar—. Dilo.

—Ahorcada —grita—. No quiero verte ahorcada.

—¡Y una mierda! Es solo que no quieres irte a casa.

Echo a correr hacia los árboles, con la cadena colgando de la mano, y esta vez, Alice no me sigue.

CAPÍTULO 30

La carrera de regreso a la cabaña de los impes resulta extraña y deslucida, como una película que se ha estirado en unas zonas y rayado en otras, onírica y fragmentada. El viento me entumece las mejillas y me llena los oídos, pero es incapaz de ahogar una única frase: «Mi mejor amiga me ha traicionado».

Abro la puerta de la cabaña de los impes y la expresión de mi cara actúa como una sirena que atrae las miradas de todos los esclavos que la ocupan.

Saskia se acerca a mí a toda prisa, dejando momentáneamente a un lado su fachada áspera.

—¿Violet? ¿Qué pasa?

—Alice —contesto casi para mí.

Matthew me acompaña hasta una silla.

—Alice —repito como si, por algún motivo, pronunciar su nombre otra vez fuera a doler menos.

Nate atraviesa la habitación a la carrera, abriéndose paso entre la multitud que se arremolina en torno a mí.

—¿Qué pasa con Alice? —pregunta con una mezcla de preocupación y dolor en el rostro.

Saskia les suelta un gruñido a los espectadores:

—El próximo impe que se dedique a meter las narices en lo que no le importa tendrá que vérselas conmigo, ¿entendido?

Vuelven a sus asuntos fingiendo que no existimos.

—¿Y bien? —dice Nate.

Respiro hondo, aún temblorosa, y por una vez apenas noto el tufo a humedad.

—Los he visto, juntos. A Willow y a Alice. En la cama, estaban, ya sabes... O al menos habían estado...

—Zorra —suelta Nate.

—Nate, no digas tacos —mascullo por costumbre.

Saskia se apoya en la mesa y exhala despacio.

—Bueno, bueno, no es tan malo. Alice está de nuestro lado, ¿no? ¿Trabaja para Thorn? Yo diría que es su plan B por si tú no consigues seducir a Willow.

—No se trata solo de seducir a Willow. —Poso una mano sobre la suya, deseando poder hacérselo entender de alguna forma. Ella la aparta, pero yo sigo adelante de todos modos—: Hay cosas más importantes que obtener los secretos de Jeremy Harper.

—¿Como qué? —espeta Saskia.

«Como completar el canon y marcharnos a casa». Las palabras me pesan en la lengua y hacen que me quede boquiabierta.

Saskia se da la vuelta para que no pueda verle la cara, pero se pone rígida y cierra los puños.

—De acuerdo, si Alice está haciendo su trabajo, para nosotros es mucho mejor eliminarte de la ecuación. Volvamos al cuartel general a ver qué quiere hacer Thorn.

No puedo soportar la idea de dejar que gane Alice. No puedo soportar la idea de dejar a Ash. Y soy incapaz de soportar la idea de no irme nunca a casa. Noto que el pánico comienza a invadirme.

—No. Quiero quedarme. —Mi voz transmite más fortaleza de la que siento—. Quiero recuperar a Willow y arreglar todo eso.

—No te lo estoy preguntando, te estoy informando. —Saskia se da la vuelta hacia mí y noto que tiene un tic justo debajo del ojo derecho—. ¿Crees que a mí me ha hecho gracia? Hemos pasado meses trazando este puto plan, y todo ha sido trabajo mío y de Matthew, y entonces esa carita de muñeca y esas malditas piernas largas llegan contoneándose y se llevan todo el mérito. —Se vuelve y dice para sí—: Esto no habría ocurrido si Rose hubiera estado aquí.

Si creía que ya no podía sentirme más inútil, me equivocaba. Sus palabras me destrozan por dentro. Y es todo tan injusto, estaba tan cerca... Ojalá Alice no hubiera interferido. Nate me pone una mano en el hombro, y su gesto me ayuda a contener las lágrimas al menos durante un instante.

Al fin Matthew abre la boca:

—Venga, Saskia, eso no lo sabemos.

Saskia se lleva las manos a las caderas y me mira de arriba abajo. Una carcajada amarga brota de su boca.

El pánico se endurece, se convierte en ira; mi encontronazo con Alice todavía es demasiado reciente.

—¿Crees que yo quería algo de todo esto? Llegar a este lugar horrible y que ese controlador me colgara, que un guardia intentara violarme, ver a Nate a punto de quedarse sin manos, que me llamen simia, que me traten como si apenas fuera humana, no dormir, estar siempre muerta de hambre y aguantar que mi mejor amiga me traicione. —Tiro de mi ropa—. Y este mono horrible, ¿cómo podéis soportarlo? ¡Es como tener liendres o algo así!

Se le tensa la piel del contorno de los ojos.

—Relájate, princesa. Por como estás hablando, cualquiera pensaría que en realidad no eres una impe.

—Pues claro que soy una impe, ¡mido un puto metro sesenta y cinco!

—Nos marchamos en el próximo autobús. Recoged vuestras cosas.

Sale de la cabaña como un huracán, cerrando la puerta con tal violencia que las bisagras crujen y el polvo y la mugre de las vigas se precipitan hacia el suelo.

—¿Qué cosas?

Nate señala nuestras literas vacías. Su voz está teñida de sarcasmo, cargada de bravuconería, pero continúa apoyándose en mi hombro como si yo fuera una especie de muleta.

Matthew desaparece detrás de una sábana divisoria. Lo oigo tumbarse en una litera.

—El siguiente autobús no sale hasta el amanecer, será mejor que durmamos un poco. Vamos a tener que caminar bastante.

A pesar de que casi no he dormido, no estoy cansada. Todavía noto los restos de adrenalina, y mi cuerpo se ha olvidado de si es de noche o de día. Al final me encamino hacia la cocina. Nate me sigue, y los dos empezamos a meternos pan en los bolsillos y a llenar botellas de agua turbia.

—¿Cómo ha podido hacer algo así? —susurro sobre el ruido de los grifos.

—¿Quién? ¿Alice? ¿Que cómo ha podido hacer algo totalmente egoísta? ¿Follarse al hombre de sus sueños? Es un misterio.

—Nate, no digas tacos.

Se ríe.

—Follar no es un taco. —Aprieta el tapón de una botella con tanta fuerza que los nudillos se le ponen blancos, y cuando levanta la mirada, su semblante está serio—. Está claro que quiere quedarse.

—Eso es lo que me ha dicho.

—¿Has hablado con ella?

—Más bien le he chillado.

Nate asiente para mostrar su aprobación.

—¿Le has recordado lo de Katie?

—Sí. Está empeñada en destrozar el canon para poder quedarse. —Pienso en la cadeneta de papel, en el machete reluciente, en los duplicados suspendidos en un fluido—. ¿Cómo es posible que quiera ser una de ellos?

Nate suspira.

—Es como lo de esos experimentos de Zimbardo de los que nos habló papá.

Niego con la cabeza, un tanto molesta de que se vaya por las ramas.

—Ya sabes, cogieron a un montón de alumnos y a la mitad de ellos los convirtieron en prisioneros y a la otra mitad en guardias. Pocos días después, todos actuaban como si fuera real.

Sonrío.

—¿Cómo consigues recordar todas esas gilipolleces? Solo tienes catorce años.

—Porque despejo mi cerebro de todas las demás chorradas, como dónde vivo y cómo me llamo.

Durante un instante, tengo la sensación de que las cosas vuelven a ser normales: solo estamos Nate y yo, charlando. Pero enseguida se desvanece. Suspiro.

—¿Qué vamos a hacer?

—Baba lo sabrá.

—No vio esto.

No me contesta.

Nos marchamos de la hacienda en el primer autobús de la mañana, los cuatro temblando bajo el aire cargado de rocío. Clavo la mirada en el maltrecho reposacabezas que tengo delante, dejo que las fibras se pixelen ante mis ojos cansados y no me arriesgo a mirar por la ventanilla hasta que la hacienda Harper queda muy atrás, un mundo hilado de azúcar: hermoso, dulce y sin embargo dolorosamente frágil.

He intentado encontrar a Ash, pero ha vuelto a realizar su número de la desaparición. No he tenido oportunidad de despedirme de él, ni siquiera de contarle parte de la verdad. Ahora siempre pensará que deseaba a Willow. Me trago las lágrimas.

Al final, el ritmo hipnótico del autobús me mece hasta que me sumerjo en un mundo de sueños. Alice, Katie y yo estamos en el escenario del instituto, el que está en el polideportivo y nunca se usa porque es demasiado pequeño y asqueroso. Alice lleva puesto un magnífico vestido de la época isabelina, de tonos verdes y plateados, como si fuera la reina de Slytherin. Parece un reloj de arena: el vuelo de la falda se estrecha a la altura de su minúscula cintura para volver a ensancharse en un elaborado cuello de encaje blanco. Katie y yo tenemos más pinta de criadas, con vestidos negros y adustos y delantales, con el pelo recogido en unos gorros igual de sucios.

—Adelante, sirvientas —dice Alice dirigiéndose a nosotras en un tono regio—. No hagáis esperar al público.

Me percató entonces de que el polideportivo está lleno de espectadores, y todos ellos nos miran embobados. Es mi turno. Sé que me toca intervenir, pero por más que lo intento no soy capaz de recordar qué se supone que debo decir.

—Violet —sisea Katie—. Venga, Violet, cuento contigo.

La gente comienza a susurrar, pero el latido de mi corazón no tarda en acallarlos. Me obligo a abrir la boca, trago algo de aire, rezo por que las palabras se formen en mi cerebro y migren hasta mi lengua. Pero es como si me hubieran despojado la mente, como si me la hubieran desnudado.

El público comienza a reírse. Es entonces cuando veo a mi madre, de pie en medio de la multitud. Niega con la cabeza como si estuviera decepcionada, el mismo gesto que hizo cuando llegué a casa borracha y vomité en el sofá. Entonces, comienza a mover los labios. Y aunque está a unos diez metros de distancia, es como si me susurrara justo al oído. «Venga, cariño. Di algo. Hazlo por mí. Por favor, di algo y despiértate».

Me despierto sobresaltada. Nate está a mi lado.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Sí.

Descanso la mano sobre mi mono, justo encima de donde debería estar la carta de

Katie. La he dejado en la cabaña de los impes, metida detrás de un aparador desvencijado. Me preocupaba que los guardias pudieran encontrarla cuando cruzáramos las fronteras. Levantaría sospechas y nos pondría en peligro: una impe supuestamente analfabeta que lleva encima una carta. Pero parece que sus palabras me atraviesan la piel y se me hunden en las venas, es como si la sangre fuera a salirme negra como la tinta si alguien me cortara. Me entran ganas de llorar. El mundo todo es un teatro, y yo soy la actriz más mierda de la historia.

Salir de Los Pastos resulta ser mucho más sencillo que entrar en ellos. No hay proceso de descontaminación, porque no puedes contaminar una ciudad que ya está llena de enfermedades y aguas residuales sin tratar. Solo hay un registro rápido por parte de unos cuantos guardias apáticos que tiran mi pan a la basura y se ríen cuando me rugen las tripas.

Franqueamos las puertas de la ciudad junto con el resto de los esclavos y me preparo para la tufarada a pájaro en descomposición. Pero esta vez, en lugar de abrumarme, me resulta extrañamente reconfortante. Al menos sabe que apesta. Y al estar rodeada de los físicos deformes, mal proporcionados de los impes, sin un solo gema a la vista, experimento la peculiar sensación de que acabo de volver del zoo a casa.

En cualquier caso, la caminata por la ciudad es desoladora. Me paso la mitad del trayecto recordando que a estas alturas en el canon Willow iba siguiendo a Rose en secreto por la ciudad —vestido con un mono gris, el pelo alborotado y la cara ensuciada a propósito— y la otra mitad preparándome para mi futura conversación con Thorn. «Sabía que no serías capaz de reemplazar a Rose. Menos mal que también envié a Alice. Ahora todos tendréis que quedaros en este lugar durante el resto de vuestra vida».

Por lo menos volveré a ver a Katie. He echado de menos su suave acento de Liverpool, su visión práctica de la vida, su capacidad de hacerme reír siempre. Quiero contarle lo de Ash, lo de los duplicados, lo cabrona que ha sido Alice. Katie la llamará cubo de lefa y por un momento me olvidaré de lo asqueroso que es todo.

«Katie —pienso de pronto—. Thorn matará a Katie». Comienzo a desmoronarme: empiezan a temblarme las manos, se me agarrotan las articulaciones, se me contrae el estómago. Siempre he sabido que era cierto, pero solo asumo la realidad cuando nos acercamos al cuartel general. Quizá, y solo quizá, Alice tuviera razón y Katie le guste demasiado para hacerle daño.

—Violet, ¿qué te ocurre? —pregunta Matthew.

—Katie —contesto—. He fracasado, no he cumplido la misión.

—Intentaremos hablar con él —interviene Saskia.

Matthew asiente.

—Thorn suele escuchar a Saskia.

—No escucha a nadie ese imbécil arrogante. —Saskia le echa un vistazo a mi rostro tenso e intenta sonreír—. Pero no matará a tu amiga, te lo prometo. Creo que le gusta, todo lo que alguien puede gustarle a Thorn.

Me aferro a esas palabras y espero que Katie se las haya ingeniado para hacerse amiga suya, al menos lo bastante para impedir que la mate, pero no tanto como para que Thorn le haya tirado los tejos. Me estremezco al pensar en la difícil posición en la que se ha encontrado Katie, en el papel que puede que haya tenido que desempeñar. Y no puedo perder a Katie. Estos últimos días, me he dado cuenta de lo mucho que significa para mí. No solo por la traición de Alice, sino también porque ha sido a Katie a quien siempre he querido contárselo cuando algo ha salido mal. Es su voz, salpicada de tacos hilarantes, la que he imaginado diciéndome que todo saldrá bien. Alice ha sido mi mejor amiga desde que tenía cuatro años, una historia que no puedo ignorar, una historia que prácticamente la eleva al estatus de hermana. Pero si entráramos en una habitación sin tener ni la más remota idea de los últimos trece años, con mi lista de amigos sin una sola marca, sería a Katie y no a Alice a quien elegiría para emborracharnos con tequila.

Paseo la mirada por los fantasmales carteles de las calles, olvidados, y la monotonía del gris y el golpeteo de mis pasos terminan por quietarme la mente. El sol avanza lentamente por el cielo, pero sus rayos apenas penetran en mi piel. Es en ese momento cuando lo noto, un destello de tela gris en mi visión periférica. Se me eriza el vello de los brazos y tengo la abrumadora sensación de que alguien me está vigilando, siguiéndome. Noto un leve aleteo de esperanza en el pecho. Tal vez, solo tal vez... Pero ni siquiera soy capaz de llegar a pensarlo, porque si me equivoco, experimentaré una vez más esa decepción demoledora.

Nate se saca del mono un poco del pan que no le han intervenido y lo ofrece. Saskia coge un trozo y le da la mitad a Matthew.

—Podemos comer mientras caminamos —dice.

A Nate se le caen unas cuantas migas de la boca. Me mira y sonríe.

—Hansel y Gretel han conseguido llegar a casa, ¿no?

—Sí, pero los pájaros se han comido las migas —contesto.

Saskia me da un golpe en la espalda.

—¿Quién os ha dicho que podéis hablar?

Su tono resulta agresivo incluso para ella: también está nerviosa por ver a Thorn.

—Entonces, ¿cómo lograron llegar a casa? —susurra Nate tras una pausa simbólica.

—Mataron a la bruja —contesto también en un susurro.

—Chis. —Saskia vuelve a darme un golpe en la espalda.

—Tentador —dice Nate.

Ambos nos reímos con disimulo.

Para cuando la aguja de la iglesia aparece ante nuestra vista, el hambre y el agotamiento me han debilitado las extremidades y tengo que hacer grandes esfuerzos

para no llorar. El destello de gris no ha vuelto a aparecer y yo he dejado el aleteo de esperanza atrás, junto con las migas de pan de Nate.

Nos acercamos a la iglesia y el olor a pescado continúa inundándome las fosas nasales. Con solo ver las troneras, la aguja gótica, comienza a dolerme el estómago, y se me forma un nudo en la garganta. Saskia y Matthew cruzan las puertas de madera y yo los sigo, con la mano de Nate envuelta en la mía. Thorn está apoyado contra el altar, justo igual que en el canon. Había olvidado lo hermoso que es, el destello de su piel oscura a la luz del atardecer.

—Tengo entendido que has vuelto con las manos vacías, Violet —me dice.

Debe de haber tenido noticias de Alice. Todo el miedo y el cansancio parecen esfumarse y la rabia vuelve a coagularse entre mis costillas. La envió él. Si no fuera por él, el canon estaría de nuevo encarrilado y los rebeldes estarían a punto de descubrir a Willow espiando a través del oxidado agujero de la cerradura de la puerta de la iglesia. Fue una escena desgarradora: Willow con los huesos molidos y arrastrado hacia el interior de la iglesia para enfrentarse a Thorn. Qué expresión de dolor la del rostro de Willow cuando vio a Rose con los rebeldes y por fin descubrió su verdadera identidad.

Frunzo el ceño con determinación. Por culpa de Thorn, Willow está toqueteando a mi mejor amiga en estos momentos.

—Supongo que te refieres a esos secretos de los gemas, ¿no? —digo—. Por cierto, Willow eligió a Alice.

Se echa a reír.

—O sea que al final ganó la doble de los gemas. Ya me lo imaginaba.

Serpenteo entre los escritorios y me acerco hasta él dando zancadas, me pongo de puntillas para poder enfrentarme a la mirada de ese único ojo color lavanda.

—¿Recuerdas tu conversación con Baba? —susurro para que los demás no puedan oírlo—. Hay cosas más importantes que conseguir esos secretos. Willow tenía que enamorarse de mí. Me has saboteado.

Thorn me coloca dos manos pesadas sobre los hombros y me obliga a dar un paso atrás.

—Veo que tu estancia en la mansión te ha vuelto atrevida.

Me contengo. A fin de cuentas, es un psicópata despiadado.

—Lo siento. Es solo... que pensé que Baba te lo había explicado todo.

—Me habló en clave. Como siempre.

—Pero sabe cosas...

—El líder de los rebeldes soy yo, no Baba, y cuando una doble de los gemas cayó en mis manos, decidí cubrirme las espaldas. El fracaso de esta misión es tuyo, no mío, y desde luego tampoco es de Alice.

A veces me asombra la velocidad con la que puedo volver a sentirme débil: toda la fortaleza se desvanece de mi cuerpo, los brazos me cuelgan a los costados, las lágrimas hacen que me escuezan los ojos. Bajo la mirada hacia mis botas y me

exprimo el cerebro tratando de pensar qué decir a continuación. Tengo que ver a Baba. Trago saliva con dificultad y abro la boca, pero el ruido de la puerta al abrirse de par en par me enmudece.

Un grupo de rebeldes arrastra a alguien hacia el interior del edificio mientras sofocan sus gritos y esquivan golpes. El leve aleteo de esperanza regresa diez, veinte, treinta veces más fuerte, batiendo las alas como si estuviera a punto de escapárseme del pecho. Miro a Nate y no puedo evitar esbozar una sonrisa. A pesar de Alice, a pesar de todo, lo he conseguido. Willow me ha elegido a mí. El canon vuelve a estar en el buen camino.

Thorn me mira y comienza a reírse.

—Lo retiro, Violet. No has vuelto con las manos vacías.

El forcejeo se detiene y los rebeldes se dispersan. Pero el que está arrodillado en el suelo con un reguero de sangre brotándole de la boca no es Willow. Es Ash.

CAPÍTULO 31

—Ash, ¡Ash!

—Ash Oigo que grito su nombre. Me abalanzo hacia él, pero Thorn me sujeta.

Ash levanta la mirada, sus brillantes ojos azules destacan entre el rosa de su rostro magullado. Contengo un grito al ver su sangre, y me llevo una mano a la mejilla como si así pudiera sentir sus heridas.

—¿Conoces a este impe?

Junto a mi oído, la respiración de Thorn suena entrecortada. Asiento.

—Es un amigo.

—¿Y por qué anda tu amigo husmeando por los alrededores de mi iglesia?

Ash alza la voz.

—Violet, ¿qué es esto?

Me mira primero a mí y después a los rebeldes. Tiene exactamente la misma expresión que Willow mostraba en el canon: se siente dolido, traicionado.

Un rebelde lo golpea en la sien con la culata de una pistola. Ash se desploma sobre el suelo.

—¡Parad! ¡Por favor! —grito.

No puedo creerme que lo haya arrastrado hasta esta situación. Saskia da un paso al frente.

—No es más que un chaval de la hacienda Harper que está colado por Violet, por eso ha venido.

Thorn se dirige hacia Ash con pasos lentos, decididos, marcando el ritmo de su discurso.

—Y ahora no es más que un chaval que sabe dónde está el cuartel general de los rebeldes y qué aspecto tenemos todos.

Ash logra despegarse del suelo y volver a ponerse de rodillas.

—¿A quién voy a decírselo?

—Hay gemas que trabajan para los impes —dice Thorn—, y hay impes que trabajan para los gemas. No todo el mundo es leal a los suyos.

Sigo el razonamiento de Thorn y una náusea me sube desde el estómago.

—Por favor, Thorn. No supone ninguna amenaza para ti.

—Si su mote es Ardilla, por el amor de Dios —interviene Nate.

Thorn se acuclilla delante de Ash y parece estudiarle el rostro durante un instante.

—Primera lección, chico: nunca pienses con la polla.

Ash esboza su típica sonrisa de medio lado.

—Estaba pensando con el corazón.

—Encerradlo en una celda —ordena Thorn.

La misma frase que pronunciaba en el canon. Es como si la historia quisiera suceder, Baba tenía razón.

Observo a los rebeldes mientras ponen a Ash de pie, y los jugos gástricos me abrasan la garganta. Vuelve la cabeza hacia atrás y me mira, pero sus largas pestañas ocultan su expresión y un cóctel de culpabilidad y anhelo comienza a mezclarse en mi estómago.

—Lo siento —artículo sin hablar.

Pero se lo llevan antes de que pueda contestarme.

De pronto la iglesia me parece muy fría. Me rodeo el cuerpo con los brazos, deseando poder desaparecer en mi interior, absorbida por el vacío de mi propia culpa. Si no fuera por mí, Ash estaría removiendo el caldero de Ma, o sentado en un impebús, o tumbado en una litera, o trepando a un árbol. No debería haberme desviado del guion ni haber corrido tantos riesgos. Me tiemblan los labios al recordar el beso de ayer por la noche, y sus palabras me dan vueltas en la cabeza. «Estaba pensando con el corazón».

Matthew rompe el silencio.

—En serio, Thorn. Es un buen chico.

Thorn no le hace caso y me aparta de los demás para llevarme a la parte delantera de la iglesia. Oigo que Nate farfulla algo acerca de que lo están dejando al margen de nuevo y, a continuación, un golpe fuerte; seguro que Saskia le ha dado una bofetada. Pero todo me resulta un tanto irreal. Tengo la sensación de que mis rodillas no volverán a doblarse jamás y mis pasos se vuelven vacilantes y breves. Thorn me guía hasta el púlpito y me indica que me siente a su lado en el borde de piedra. El frío de la superficie me atraviesa la tela del mono.

Se acomoda a mi lado y clava la mirada en el techo.

—Antes de que me preguntes si puedes verlo, la respuesta es no.

—Iba a preguntarte si puedo ver a Baba.

—¿Por qué?

Me inclino hacia delante para que mi pelo forme una cortina y Thorn no pueda ver mis lágrimas.

—Porque no sé qué hacer.

—Nada. Solo esperar que Alice consiga lo que necesitamos. Katherine ya no es la única a la que tengo encerrada en una celda.

—Katie —digo casi para mí.

La culpa se multiplica cuando me doy cuenta de que no he vuelto a pensar en ella desde que he llegado al cuartel general. Pero el hecho de que Thorn haya utilizado su nombre completo, que lo haya saboreado en la boca como si estuviera explorando sus contornos con la lengua, me hace temer menos por su seguridad.

—No puedes verla —dice.

—¿Está bien?

Asiente.

—De momento.

Respiro hondo y me acomodo el pelo detrás de las orejas. Tengo que convencerlo de que me deje ver a Baba. Hablo con voz calmada:

—¿Y si Alice no consigue lo que quieres?

—Hasta ahora le está yendo bien.

La mirada de su único ojo se dirige alternativamente hacia cada uno de los míos.

—La última vez que la vi, estaba disfrutando demasiado de ser una gema. Son muchas cosas a las que renunciar.

—Yo lo hice.

Se levanta el parche para recordarme sus orígenes. A esta distancia, veo que su pupila se encoge hasta convertirse en un punto, desacostumbrada a la luz.

—Sí, pero los gemas no han matado al hombre al que ama.

—Hablando de amor, parece que cierto impe nocturno podría haber dado al traste con tu misión.

Me sonrío.

—Ash es solo un amigo.

Se ríe como si no me creyera y se saca una petaca plateada de la chaqueta.

—Muy bien, ¿y qué es lo que te hace pensar que Alice está enamorada del señoritingo gema?

—En mi mundo, Alice es escritora de *fanfics*, y se le da realmente bien. Recibe miles de visitas cada día.

Me pasa la petaca, la expresión de su rostro permanece controlada y tranquila.

—¿Escritora de *fanfics*?

—Alice no escribió el libro original, pero lo amplió, lo enmarañó, redactó partes nuevas.

Titubeante, bebo un sorbo. Tiene un sabor fuerte, me traza un sendero de fuego desde la lengua hasta la tripa.

—Se inventa gilipolleces.

Río con suavidad.

—Sí.

Me arranca la petaca de la mano.

—Confíe en Baba cuando me dijo que tú eras la elegida. Pero se equivocó. Y no tengo ninguna intención de creerme su extraña idea de que perteneces a otra dimensión y nuestro mundo no es más que...

Se interrumpe y bebe varios tragos ansiosos. Me doy cuenta de que la mano le tiembla ligeramente, de que una pátina de humedad le cubre la frente.

Continúo.

—Lo que más le gustaba a Alice era escribir historias sobre chicas capaces de ganarse el corazón de Willow, chicas inventadas... y todas eran altas y rubias, y

tenían nombres tipo Abby, Ada y Amelia. Lleva desde los quince años imaginándose que está con él.

—¿Qué estás intentando decirme?

—Que todavía me necesitas, porque Alice no está de nuestro lado. Está en el lado de Alice, como siempre.

Thorn se guarda la petaca en la chaqueta y vuelve a colocarse el parche en su sitio.

—Parece que compartes una opinión similar a la de Katherine. Deja que te enseñe algo, Florecilla.

Me lleva hasta la oscura reja del coro que hay en la parte delantera de la iglesia. Un pájaro dorado extiende las alas, atrapado bajo un círculo de ángeles.

—El pájaro es un pelícano —anuncia Thorn—. En la antigua mitología impe, alimentaba a sus crías con su propia sangre arrancándose las plumas del pecho.

No sé qué quiere que diga, así que me limito a mascullar:

—Qué asco.

—El sacrificio no tiene nada de asqueroso, Violet.

Mira más allá de los querubines pintados, hacia el alto techo abovedado, en busca de inspiración.

—Te concedo un minuto con ella.

—¿Con quién?

—Con Baba.

Sonrío.

—No necesito más.

Baba está encorvada en un rincón de su celda, observando el fuego y tarareando una melodía. El olor a lirios y humo de leña me traslada hasta mi primer encuentro con ella. Pienso en el patíbulo y en los cuerpos que caen y se me seca la boca.

Vuelve la cabeza hacia mí, los ojos le tiemblan bajo los párpados cerrados como si estuviera soñando. Su boca sin labios se frunce en las comisuras.

—Violet. Pareces... diferente.

—Tengo más hambre y sueño.

—Eres más fuerte. —Tiende las manos marchitas y cruza la celda para agarrárselas. Están sorprendentemente calientes—. ¿Dónde está Thorn? —pregunta.

—Nos ha concedido un minuto.

Se ríe, y su cuerpo se bambolea ligeramente, de manera que el resplandor del fuego se desliza sobre su piel.

—Qué mezquino es cuando está estresado. —Señala el suelo, delante de ella—. Ven, arrodíllate, hija mía.

Hago lo que me dice, dejo que la piedra me enfríe las espinillas y agacho la cabeza. Esta vez quiero el dolor. Algo que adormezca el agujonazo de la culpa y el

fracaso. Me pone las manos en las sienes y el relámpago de dolor me baja disparado por el cuello, me rebota en el esternón y me reverbera en todo el cuerpo. Me duele absolutamente todo. Inspiro, pero mis pulmones rechazan el aire y se me cierra la garganta. Tengo la sensación de que me estoy ahogando sin agua. Veo una cadeneta de papel de impes cayendo al suelo, un chico flotante, medio muerto, una navaja con forma de guadaña que se alza y destella bajo el sol, un revoltijo de piernas bronceadas envueltas en sábanas de satén.

Entonces, justo igual que en la ocasión anterior, el dolor se concentra en un punto situado entre los ojos. Veo a Ash arrodillado entre los rebeldes, un reguero de sangre le corre por la barbilla. «Estaba pensando con el corazón», dice.

Y con la misma rapidez con la que ha llegado, el dolor se desvanece.

Sé dónde estoy aun antes de abrir los ojos. Aspiro el olor del césped recién cortado, oigo los cantos de los pájaros y los golpes suaves de las manzanas que caen. El huerto. Nunca había estado aquí bajo el sol del mediodía. Está tan vivo, rebosante de colores y aromas. El viento mece las hojas y mi piel se convierte en una colección de sombras de aspecto estroboscópico. Sonrío para mis adentros.

Baba está de pie delante de mí, con la espalda recta y los ojos abiertos. Escudriña el entorno.

—Entonces ¿aquí fue donde sucedió la magia?

—Sí. Pero Willow no se enamoró de mí. La magia no funcionó... Soy Neville Longbottom en los primeros libros, antes de que mejorara.

Baba se ríe y me percató de que ahora sí tiene dientes.

—No me refería a Willow. Hablaba del otro... el de los ojos azules.

La mera mención de Ash hace que se me llenen los ojos de lágrimas.

—Todo ha salido mal, Baba. ¿Qué voy a hacer?

Soy consciente de que parezco una niña pequeña, pero me da igual.

Hace caso omiso de mis palabras y estira un brazo hacia las ramas de un árbol cercano: hasta el último mechón de su cabello gris ha cobrado vida bajo la luz del sol.

—¿Cómo he podido ser tan tonta? —Me sale una voz aguda y quejumbrosa—. Sabía que Alice estaba enamorada de Willow. ¿De verdad pensaba que se iba a mantener al margen?

Arranca una manzana de una rama e inhala su aroma con tanto ímpetu que sus recién descubiertas fosas nasales están a punto de desaparecer de nuevo.

—Alice te dio una manzana envenenada, pero eso no la convierte en una bruja malvada. Y que tú la aceptaras tampoco te convierte en Blancanieves.

—Me traicionó.

Baba se encoge de hombros.

—Tú estabas dispuesta a traicionar a Willow, a seducirlo para tu propio beneficio. El fin justificaba los medios. Es solo que Alice tiene en mente un fin distinto. —Clava los dientes en la piel de la manzana y el jugo le resbala por el mentón—. Ash. Así se llama. —La pulpa de la fruta se mueve de un lado a otro sobre su lengua—.

Me cae bien.

—¿Qué voy a hacer? —repito algo molesta por su falta de concentración.

Traga.

—Todavía tienes esos zapatos de rubí, puede que tengas que recorrer un camino diferente.

—No te entiendo.

—Encontrarás tu camino, Violet. Deja de intentar ser Rose.

—¡Pero si creía que ceñirme al guion era lo correcto! Creía que la historia tenía que completarse para que pudiéramos irnos a casa.

Debo de tener cara de desconcierto absoluto, porque me dedica una mirada compasiva y dice:

—Pero ya has corrido algún riesgo que otro, ¿no es así, Violet? ¿Y qué ha ocurrido?

Contesto sin pensar.

—Que me he enamorado del personaje equivocado.

—¿O es esa la razón por la que corriste esos riesgos? El huevo y la gallina. Al final todo es un bucle.

—Baba, por favor, lo que dices no tiene sentido.

—Míralo de otra forma: si te quedaras atrapada aquí, en nuestro mundo, ¿cómo vivirías tu vida? ¿En qué tipo de impe te transformarías?

Siento que la rabia va creciendo en mi interior.

—No puedo quedarme aquí, Baba. Tengo que irme a casa... Nate, Katie y yo no encajamos aquí.

—Encajar no es más que un estado mental, pregúntaselo a Alice.

Parece una de las pegatinas que mi tía tiene en la pared del salón. «Aprende a bailar bajo la lluvia».

—Por favor, Baba, deja de hablar en clave. Dime qué tengo que hacer.

—¿Y qué tendría eso de divertido?

La manzana reaparece entre sus manos, una esfera brillante, reluciente. La lanza al aire como si estuviera liberando una paloma: atraviesa las ramas y parte hacia el cielo infinito. La risa de Baba se funde con el canto de los pájaros. Los colores del huerto se disuelven como pintura y el olor de las manzanas desaparece poco a poco.

CAPÍTULO 32

Hemos vuelto a la habitación, las manos de Baba todavía descansan sobre mi cabeza. La miro, casi sorprendida de volver a ver unas pestañas cerosas donde antes habían unos ojos verdes.

Sonríe, pero hace tiempo que sus dientes han desaparecido.

—Thorn ya está aquí.

Instantes después, oigo el golpeteo de sus botas al acercarse. Franquea la puerta.

—Tu minuto ha acabado.

Me ha parecido mucho más de un minuto, y sospecho que el tiempo pasa más despacio durante la fusión de mentes.

—Déjala ver al chico —dice Baba.

—Ni de coña.

Baba se cubre la cabeza con la capucha.

—¿Cuándo vas a aprender a confiar en mí?

Salimos al pasillo, pero en lugar de conducirme de nuevo hacia la nave principal de la iglesia, Thorn me interna aún más bajo tierra hasta que llegamos a una puerta azul, oxidada. La reconozco por la película: Thorn acompañó a Rose a esta misma celda para que viera a Willow. Estoy siguiendo los pasos de Rose una vez más, y tengo la impresión de que el canon ha empezado a burlarse de mí recordándome constantemente lo que debería estar haciendo si no la hubiera cagado en la mansión.

Mientras contemplo la puerta azul, se me empieza a erizar la piel del cuero cabelludo. Esa escena del canon me dio un miedo horroroso: Thorn estuvo a punto de matar a Willow empujándolo contra la pared y blandiendo un cuchillo junto a su mejilla, y todo eso con los gritos de Rose de fondo. Alice y yo nos pusimos a chillar a la tele: «¡No, no, no se te ocurra hacerle ni una marca a esa cara tan perfecta!». Creo que Nate tiró hasta Doritos. Pero Willow se salvó proporcionándole a Thorn información de alto secreto acerca de un burdel clandestino y gestionado por los gemas: la Carnicería. Thorn utilizó esa información para asaltar la Carnicería esa misma noche. Alice y yo chocamos los cinco cuando Thorn apartó el cuchillo. Que Willow revelara datos clasificados de los gemas para poder estar con Rose me pareció romántico. Ahora creo que es más bien patético soltar así los secretos de los gemas. Típico de Willow.

Pero ahora no es Willow quien está desplomado tras esa puerta azul, sino Ash... mi adorable, valiente y honrado Ash. Pienso en el cuchillo que probablemente Thorn lleve metido en el cinturón en estos momentos y se me acelera el corazón.

Thorn abre la puerta.

—Un minuto. Eso es todo.

Entro en la celda. La puerta vuelve a cerrarse a mi espalda y la oscuridad me envuelve... la oscuridad y el olor a musgo húmedo. Oigo el ritmo débil de la respiración de alguien, sincopada con el goteo del agua.

—¿Ash?

—Estoy aquí —contesta.

Reconozco el timbre de su voz, pero no el tono... es demasiado apagado. Sigo la dirección de sus palabras mientras los ojos se me acostumbran a la penumbra. Comienzo a distinguir su silueta, encorvado en una esquina, con las rodillas pegadas al pecho. Le cojo las manos entre las mías.

—Madre mía, Ash, ¿estás bien?

Aun en la oscuridad, me percató de lo mucho que se le ha empezado a hinchar la cara.

—¿Estás con los rebeldes? —pregunta—. Mierda, ¿y no se te pasó por la cabeza comentármelo?

—Lo siento, lo siento. Aquella noche, cuando me ayudaste a poner la rosa en el alféizar de Willow... Pensé que lo sabías.

—¿Crees que te habría enseñado a los duplicados si hubiera sabido que eras de los rebeldes?

—Supongo que no. —No podría sentirme más culpable ni aunque quisiera—. Lo siento mucho, de verdad. No quería ponerte en peligro contándote la verdad.

La verdad. Esa cosa inalcanzable que nunca podemos compartir. Le aparto el pelo de la frente y le examino un corte profundo. Sin luz, en contraste con la palidez de su rostro, parece un barranco negro. Da un respingo de dolor cuando trato de unirle la piel.

—Necesitas puntos —digo.

—Ah, pues entonces déjame en el hospital impe más cercano.

Nos miramos a los ojos durante un instante y nos echamos a reír.

—¿Por qué me has seguido?

Continúo presionándole la frente con la mano. Ya no necesito seguir fingiendo que siento algo por Willow. Me mareo un poco al pensarlo, como si estuviera de nuevo en aquel tiovivo. Y de pronto cobro plena conciencia de la piel que llevo descubierta, de que mi cara, mi cuello, mis muñecas, todo parece absorber el calor corporal de Ash.

Deja que se le cierren los párpados y recuesta la cabeza sobre mi mano.

—Pensé que te habías metido en un lío. Verás, no volví a la ciudad después de que me besaras...

—Tú me lo devolviste —lo interrumpo, y a continuación me sonrojo por comportarme de una manera tan ruin cuando está hecho un guiñapo en el suelo de una celda.

—No es que tuviera mucha alternativa. Parecías un pulpo. —Intenta guiñar un ojo, pero lo tiene demasiado hinchado, así que se conforma con esbozar una media sonrisa—. Fui al huerto, y cuando volví para hablar contigo, habías desaparecido. Todos los esclavos estaban hablando del cabreo que había pillado Saskia y de que todos os habíais marchado corriendo. De modo que cogí el siguiente autobús de regreso a la ciudad y te localicé. No me resultó difícil, porque recordaba adónde te dirigías la primera vez que te vi. Y además respiras de una forma muy ruidosa, pareces un cerdo.

Emite una especie de gruñido y suelto una carcajada.

Se hace el silencio entre los dos. Oigo el rasguño de las zarpas de un roedor, el goteo del agua marcando el paso del tiempo. Se me rompe la voz.

—Después de decirte que quería a Willow, pensé que...

—¿Que me rendiría sin más?

—Sí.

—¿Recuerdas lo que te expliqué sobre trepar a los árboles? ¿Que siempre tienes que tener una extremidad apoyada en una rama para no caerte?

Asiento y me doy cuenta de que he empezado a enredarle los dedos en el pelo.

—Bueno, pues he roto mi propia regla. —Entrelaza sus dedos con los míos—. Y ahora he caído a tus pies.

Me invade el calor y soy incapaz de contener una sonrisa a pesar de la situación en que nos encontramos.

—¿Me estás comparando con un árbol?

—Con uno grande, viejo y nudoso. —Una mirada de pánico repentino le borra la sonrisa—. ¿Qué van a hacerme?

—Si no le resultas útil, puede que Thorn te mate. Depende de si Saskia puede convencerlo de lo contrario.

Intento parecer calmada. Él deja caer la cabeza contra la pared.

—Soy hombre muerto.

—Solo tenemos que hacer que les resultes útil... indispensable.

La celda se inunda de luz. Thorn está plantado en el umbral. Desenredo a toda prisa los dedos del pelo de Ash, furiosa por haber bajado la guardia, y trato desesperadamente de encontrar una forma de hacer que parezca inestimable.

—Muy bien, Florecilla, se ha acabado el tiempo.

Thorn se saca un cuchillo del cinturón, el mismo cuchillo que le puso a Willow en la cara en el canon. La respiración de Ash se acelera junto a mi mejilla.

Thorn mira el cuchillo y después a Ash.

—Ahora solo me queda sacar la basura.

—Espera.

Me pongo en pie para formar una barrera entre Ash y la navaja. Las piernas me tiemblan debajo del mono.

—Violet, no... —dice Ash.

Thorn me mira con desdén.

—¿Vas a contarme otra historia sobre Ruth? Esta vez no funcionará.

Me exprimo el cerebro intentando pensar. Ruth no, Ruth no, otra parte del canon. Clavo la mirada en Thorn, muda, incapaz de abrir la boca; el cuchillo oxidado, manchado de sangre, me llama la atención. Me recuerda de nuevo al canon, y de pronto, sé qué decir.

—Resulta que Alice no lo sabe todo. Willow me contó algunos de los secretos sucios de los gemas antes de que ella le echara la zarpa. Pero solo te los contaré si accedes a perdonarles la vida a Ash y Katie.

Thorn me quita de en medio de un empujón y levanta a Ash del suelo para lanzarlo contra la pared y clavar el cuchillo en las piedras justo al lado de su mejilla.

—Cuéntamelos —grita.

Esta repentina explosión de violencia me sorprende. A pesar de que medio la esperaba, sentir la ráfaga de aire y los proyectiles de fragmentos de argamasa en la cara, inhalar el olor acre del sudor y ver sobresalir hasta el último de los tendones de las muñecas de Thorn... da mucho más miedo que cualquier cosa que se pueda ver en la tele.

Hablo rápido, sin apartar ni por un segundo la mirada del cuchillo, que se dobla y araña la piedra.

—Sé dónde estarán esta noche todos los gemas importantes. Embajadores, generales, hasta el sobrino del presidente Stoneback, Howard. —Mi cerebro apenas es capaz de seguirle el ritmo a mi boca, que extrae las frases de Willow directamente del canon—. Hay un burdel conocido como la Carnicería. Lo llevan unos cuantos guardias corruptos que ofrecen a los gemas cualquier tipo de carne impe que desee el cliente: masculina, femenina, de discapacitados, de niños. Mientras el cliente pueda pagar el precio, le proporcionarán al concubino. —Oigo que Ash toma una bocanada de aire, tembloroso. La punta de la navaja rota contra la pared desprendiendo polvo y arena. La desesperación me tiñe la voz—. Y yo sé dónde está. Puedo llevarte hasta allí.

Thorn me mira, con el cuchillo aún a escasos milímetros del rostro de Ash.

—Esos burdeles son inquietantes, pero no nuevos.

—Pero los clientes de la Carnicería no son gemas del montón —replico—. Irrumpes en el burdel, liberas a los concubinos impes... y levantas unas cuantas ampollas importantes.

—De acuerdo, pero lanzar un ataque al otro lado de la frontera sería un suicidio. Estaríamos tras líneas enemigas.

—Ese es el tema. Este burdel tiene un factor de emoción añadida. No está en Los Pastos, está en la ciudad.

Thorn empieza a reírse y el resplandor de su sonrisa prácticamente ilumina la celda.

—Vaya, vaya, ya no menguamos tanto, ¿no, Violet?

—Si te tratan como a un simio, te cabreas.

—¿Con quién te cabreas? —pregunta Thorn.

Recuerdo el bloque de descontaminación, las manos entrometidas sobre mi cuerpo, la cadeneta de papel que se desploma, los ojos muertos de los duplicados, los brazos de Nate estirados ante él en el mercado. La furia me invade las entrañas y comienzo a temblar. Cuando por fin vuelvo a hablar, no lo hago como Violet, fan ávida de *El baile del ahorcado*, sino como Violet la impe.

—Esos cabrones de gemas se merecen todo lo que les pase. Se merecen bailar en el patíbulo y saber lo que se siente.

Veo que el cuchillo de Thorn desciende, tal como lo hizo en el canon. Va a permitir que Ash conserve la vida. Siento una oleada de alivio.

Thorn se da la vuelta, con una expresión oscura ensombreciéndole el rostro.

—Pero me temo que solo Katherine conseguirá el indulto.

Se vuelve a toda prisa hacia Ash, blandiendo de nuevo el cuchillo y listo para atacar. En ese horrible fragmento de segundo, me doy cuenta de que Ash va a morir.

—¡Espera! —grito. El cuchillo se queda suspendido en el aire—. Sé más secretos, sé más secretos... —El canon ya no puede salvar a Ash. Tengo que arriesgarme, tengo que dejar de depender del guion, como me ha dicho Baba. La última vez que decidí saltar al vacío iba agarrada de la mano de Ash. Fue cuando me llevó a ver... —. ¡Los duplicados! —Me trabo con mis propias palabras—. Ash, cuéntale lo de los duplicados.

Ash me mira, su cara es un revoltijo de bultos y abrasiones, rosas y azules sobre un fondo blanco. Pero su mirada es afilada, intensa, está alerta. Le hago un gesto leve con la cabeza y entre nosotros se produce una conexión casi palpable, real.

Empieza a hablar con una voz sorprendentemente clara.

—Encontré un dispositivo de ocultación en la hacienda Harper, en lo más profundo del bosque, donde no va nadie, ni siquiera los demás impes. Lo desconecté y apareció un búnker muy extraño. Dentro había ocho duplicados. Tres Willows, dos señores Harper y tres señoras Harper. Uno de los duplicados no tiene piernas, y creo que a otro le falta el corazón.

Thorn parpadea larga y pausadamente.

—¿Encontraste duplicados?

—Sí. Suspendidos en tanques de fluido.

—¿Los duplicados son de verdad? —pregunta Thorn sin dar crédito a lo que oye.

Ash asiente.

—Los he visto con mis propios ojos.

—Yo también —añado.

Thorn suelta a Ash y su incredulidad se transforma en alegría.

—Esto es... ¡grandioso! Pensaba que los duplicados no eran más que un rumor infecto que se habían inventado los impes para poner a los gemas de a pie en contra del gobierno. —Se pasa la mano por el pelo, con el cuchillo sujeto entre los dedos

pulgar e índice—. Es más que grandioso. —Se vuelve hacia mí—. ¿Cuántos gemas lo saben?

—No lo sé —contesto—. Solo los que son muy ricos, creo. Alice me dijo que la mayor parte de los duplicados están escondidos en almacenes secretos, que los Harper trasladaron a los suyos porque algunos guardias estaban... ya sabes... haciéndoles cosas asquerosas.

—¿A los duplicados? —pregunta Thorn.

Asiento y él resopla.

—O sea que está extendido entre los gemas ricos y de la élite pero es un secreto muy bien guardado... Es evidente que los gemas del montón no tienen ni idea, porque de lo contrario yo ya lo sabría. Si esto sale a la luz, bueno, revolucionaría las cosas. Pondría a los gemas de a pie en contra del gobierno. —Se le dibuja una sonrisa en la cara y se da la vuelta para mirar a Ash—. ¿Y dices que has encontrado un búnker?

—Sí.

—¿Sin ayuda?

Ash niega con la cabeza.

—Sin ningún tipo de ayuda.

—¿Cuándo?

—Hace unos meses, supongo.

Thorn se ríe.

—¿Y descubriste que había un dispositivo de ocultación y no se lo dijiste a nadie hasta que conociste a nuestra joven Violet?

Ash asiente.

—Es que me apetece conservar la vida.

Thorn se guarda el cuchillo en el cinturón.

—Emprendedor y reservado. Puede que a fin de cuentas no seas basura. —Me mira—. La Carnicería, duplicados. Te has superado a ti misma. —Se detiene en el umbral, con la sonrisa aún dibujada en la boca—. Enviaré a Darren a recogerte dentro de cinco minutos. Considéralo parte de tu recompensa, Florecilla.

Ash y yo nos desplomamos contra la pared, con los brazos y las caderas pegados.

—Ese tío da mucho miedo —dice Ash.

Poso mi mano sobre la suya.

—Verlo con ese cuchillo...

Ash me silencia con un beso y siento que la angustia va desapareciendo poco a poco.

Se aparta y me mira con expresión pensativa.

—Florecilla.

—Thorn siempre me llama así. Lo odio.

—Es que me resulta raro, ¿sabes? Ash, que significa fresno, y Florecilla. No me lo había planteado hasta ahora.

Niego con la cabeza, confundida.

—Supongo que nunca te he recitado la última parte de esa canción para saltar a la comba —dice.

—No.

Comienza a hablar desacompañado con el goteo constante del agua.

Cuento los cardos, uno, dos, tres,
algún día libre seré.
Cuento los cardos, cuatro, cinco, seis,
todos los impes, mejor que os arméis.
La hoja del fresno ya enrojeció.
Adiós primavera, el verano murió.
Cuento los minutos, las horas solo humillan,
porque la esperanza brota como una florecilla.

CAPÍTULO 33

La esperanza brota como una florecilla.

Ese verso me llega realmente al corazón. Sigo a Darren por los pasillos de piedra y subimos un tramo de escaleras, pero sigo sin poder sacarme ese verso de la cabeza.

La esperanza brota como una florecilla.

Parece hablar de... mí. ¿Es posible que yo sea la florecilla? La florecilla que abandonó su casa en primavera, se perdió en verano y llegó aquí en otoño. La florecilla que se supone que debe traer la esperanza. Es imposible que se refiera a Rose. Al fin y al cabo, si algo se puede decir de las rosas es que son grandes. Y recuerdo las palabras que pronunció Baba la primera vez que la vi: «Así son las violas, las violetas; unas flores pequeñas, pero bastante especiales».

Esta canción no aparecía en el canon, cosa que tiene sentido si habla de mí... porque yo tampoco aparecía en el canon. Pero recuerda más a una profecía que a una cancioncilla infantil, como si mi destino siempre hubiera sido salvar a los impes, y eso sí que no tiene sentido. Entiendo que mis torpes alas de mariposa puedan afectar al presente, al futuro, pero esa canción existía mucho antes de que Ash naciera. Está claro que yo no puedo cambiar el pasado y crear una profecía, ¿no? Y lo que es aún más importante, si se trata de una profecía, es increíblemente cutre. La he cagado a lo grande: no hay forma de que vaya a provocar una revolución en los próximos tiempos.

«No es más que una cancioncilla infantil —me digo—, una chorrada de niños. Ahora mismo, es más probable que mi profecía personal sea la del puñetero Señor Don Gato».

Estoy tan sumida en mis pensamientos que apenas me doy cuenta de que hemos subido las escaleras y llegado a la puerta de madera que lleva a la habitación ocre donde está Katie. El mero hecho de pensar en su suave acento de Liverpool hace que me invada una enorme sensación de calma.

Darren abre la cerradura de la puerta.

—El jefe ha dicho que esta es tu última recompensa.

Me introduzco en ese olor a moho, frío y humedad. La puerta se cierra de golpe detrás de mí. Katie está apoltronada en un sofá gris andrajoso apoyado contra la pared del fondo. Sus delicados rasgos se iluminan con una sonrisa.

—¡Violet!

Me abraza con fuerza y yo le devuelvo el gesto.

—No me puedo creer que seas tú —dice—. Todo esto es una mierda como un piano.

No debe de estar pasándolo muy bien, todavía encerrada en esta habitación diminuta, pero al menos ahora entra algo de luz solar, puesto que han limpiado la mugre de la ventana, tal como decía en su carta. Visualizo a Katie y a Thorn, trabajando codo con codo, y no puedo evitar sentir cierta curiosidad por sus conversaciones.

Ya no lleva el mono ajustado, sino un vestido de lino azul y una chaqueta marrón de lana. Y a juzgar por su ligero aroma floral, Thorn le ha permitido ducharse a menudo. Ahora mismo se parece más a Jane Austen que a Sally King, con las mejillas sonrosadas como si acabara de regresar de un paseo por las montañas.

La aparto un poco y le digo:

—Estaba preocupadísima por ti.

—¿Que tú estabas preocupada? Yo no he sido la que se ha pasado días yendo de un lado para otro en este lugar horrible. Me alegro mucho de que hayas vuelto.

—No será durante mucho tiempo. —Se le ensombrece el rostro y le dedico una sonrisa comprensiva—. Todavía estoy intentando solucionarlo todo.

Se deja caer sobre el sofá, las nubes de polvo se arremolinan en torno a ella.

—¿Y cómo va todo?

Me siento a su lado, incapaz de mirarla a los ojos.

—La he cagado, Katie, a lo grande. Alice terminó acostándose con Willow, así que no conseguí que me siguiera a la ciudad como se suponía que debía hacer. El canon está más alejado que nunca de su camino y no sé qué hacer.

Se pone tensa.

—¿Que Alice hizo qué?

—No me hagas repetírtelo.

Estampa los puños contra los cojines y levanta aún más torbellinos de polvo en el aire.

—¡Saco de escoria asquerosa! Ya me parecía a mí que se había ido demasiado contenta a Gemolandia teniendo en cuenta que, ya sabes, que iban a ahorcarte... Lo siento, sé que odias esa palabra.

—Ese es el problema. La odio, pero odio aún más la idea de pasar más tiempo aquí.

No soy capaz de identificar del todo la emoción que le atraviesa el rostro. Dolor, rabia, negación.

—Todavía no ha terminado, Violet —dice—. Aún queda un día.

—Un día... y Willow está enamorado de Alice, no de mí. Las cosas no tienen muy buena pinta para el Equipo Violet en estos momentos.

—¿Enamorado? —Entorna los ojos y aprieta la boca—. Yo creo que es más bien lujuria. Ya sabes cómo es Alice, una zorra calientapollas. Seguro que se abalanzó sobre el pobre chaval y se sacó las tetas. Willow no tardará en darse cuenta de que es

una chupapollas superficial y en empezar a quererte a ti.

—¿Antes de mañana?

Suspira.

—Entonces, ¿qué pasa si no te ahorcan? ¿Nos quedamos aquí, sin más?

—Supongo.

Me coge la mano. Guardamos silencio mientras contemplamos el polvo que se mueve hacia delante y hacia atrás, siguiendo la marea de nuestra respiración.

—Gracias por la carta —digo al fin.

Sonríe.

—Sí, tuve que tener cuidado con lo que decía porque sabía que Thorn la leería, pero sabía que lo entenderías.

—¿Cómo han ido las cosas?

Las dos nos estamos refiriendo a todo ese rollo del flirteo con Thorn.

—Bien —responde sonriendo—. No se ha portado mal del todo. Hemos pasado mucho tiempo hablando de Ruth. Todavía está enamorado de ella, a pesar de que hace casi veinte años que la ahorcaron.

—¿Veinte años? No sabía que hubiera ocurrido hace tanto tiempo.

El canon no lo especificaba, pero no me sorprende; este universo tiene la costumbre de embellecer el trasfondo.

—Sí, no está mal para su edad, ¿no crees? Debe de estar rondando los cuarenta. Supongo que es cosa de los gemas.

—No te habrás olvidado de que es un comemierda malvado, ¿verdad, Katie?

Se echa a reír.

—Dios, claro que no. Jamás podría olvidarme de lo cruel que fue cuando llegamos aquí. Pero me aburría, ¿sabes?, y me sentía sola. Ha estado bien tener a alguien con quien hablar. Y la verdad es que me da algo de pena... por cómo me mira algunas veces.

Analizo su expresión.

—Sabes que es asqueroso, ¿no? Tiene casi cuarenta años y babea por una chica de diecisiete.

—Supongo que sí. Pero nunca me he sentido como si fuera un baboso, es más bien... no sé, como si quisiera protegerme. Y nunca ha intentado nada, se ha comportado como un perfecto caballero.

—Tú ten cuidado, por si acaso. —Le paso un brazo por el cuello y atraigo su cabeza de cobre hacia mi hombro—. Estás jugando con fuego.

—¿Nate está bien? —pregunta de pronto para cambiar de tema.

—Sí, ya sabes, es Nate.

Relaja su expresión y me fijo en lo guapa que es en comparación con los gemas. La ligera asimetría de sus cejas, las pecas que le salpican la nariz, la interesante forma de curvarse un poco hacia la izquierda que tienen sus labios cuando sonríe.

—Bueno, ¿y qué pasará ahora?

—No tengo ni idea. Si todo hubiera salido según lo planeado, Willow estaría aquí conmigo en estos momentos. Estaríamos preparándonos para huir de los rebeldes esta noche, ¿te acuerdas? Era cuando tenían que atacar ese burdel.

Asiente.

—Y si estuviera aquí, si os escapáis, las autoridades gema os pillarían, ¿no?

Digo que sí con la cabeza.

—Sí. Willow y Rose consiguieron llegar hasta el río. Estaban intentando llegar a la seguridad de la tierra de nadie, pero ahora no va a suceder nada de eso... Lo más probable es que Willow se esté tirando a Alice mientras charlamos.

Katie parece muy pensativa. Me doy cuenta de que tamborilea con los dedos sobre la tela del sofá como si estuviera practicando una pieza para chelo.

—¿Y si te pillaran a ti? Sin Willow, quiero decir. ¿Y si mañana terminarás ahorcada en el baile del ahorcado de todas formas?

—No funcionaría. No si Willow no declara su amor hacia mí. Eso es lo que despertó la simpatía de los gemas y provocó la revolución. —«Todos los impes, mejor que os arméis», pienso. Pero me obligo a volver a concentrarme en Katie—. Sin Willow, la historia no puede completarse. Y yo...

—... morirás en el patíbulo.

Katie termina la frase para que no tenga que hacerlo yo. Nos miramos a los ojos, y me pregunto si desearía no haberme conocido nunca, no habernos acompañado a la ComicCon. Pero lo que termina diciendo es:

—Pues eso no podemos tolerarlo. Si voy a vivir en este vertedero de mierda durante el resto de mi vida, al menos necesito tener a mi persona favorita al lado.

Sonrío.

—Gracias, Katie.

—Tú solo intenta mantenerte con vida. Nate y tú, los dos.

—Sí. Y tú también.

Thorn entra en la habitación. Mira a Katie y sonrío con una suavidad desconocida en su expresión; pero cuando me mira a mí, la dureza vuelve a tensarle las facciones.

—Hora de marcharse, Florecilla.

Ojalá dejara de llamarme así. No para de recordarme a la canción infantil y a lo lejos que parece estar la esperanza ahora mismo.

—¿Un minuto más?

Mi voz parece frágil. Quiero contarle a Katie lo de Ash, lo de los duplicados, lo de la canción para saltar a la comba, lo de que a Nate estuvieron a punto de cortarle las manos. Quiero aliviar parte de mi carga. Pero Thorn niega con la cabeza.

—¿Puedo ir yo también? —pregunta Katie.

—No. Lo siento, Katherine, pero te necesito aquí. Eres mi póliza de seguro.

Y no puedo evitar preguntarme si Thorn mantiene a Katie encerrada en esta torre a lo Rapunzel no para tener un seguro, sino porque la quiere toda para él.

CAPÍTULO 34

Bajamos la escalera hacia la nave principal de la iglesia. Thorn me dice que va a dar prioridad a la Carnicería sobre los duplicados.

—Hay que aprovechar las oportunidades cuando se presentan. Los duplicados no van a moverse de su sitio.

Los rebeldes actuaron de la misma forma en el canon: asaltaron la Carnicería el viernes por la noche, la noche anterior a que ahorcaran a Rose. Willow y Rose los acompañaron durante el ataque fingiendo que querían ayudar. Se escondieron en el callejón con el resto de los rebeldes a la espera de que Saskia engañara a los guardias gema para que la dejaran entrar. Pero en lugar de colaborar, los tortolitos aprovecharon la distracción para escapar de los rebeldes colándose por una alcantarilla hasta el sistema de cloacas abandonadas. Se escabulleron como ratas para intentar llegar al río y a la seguridad de la tierra de nadie.

Ahora que lo pienso, fue algo realmente cutre por parte de Rose: abandonó a sus compañeros impes para poder montarse un nidito de amor con el hombre de sus sueños. Siempre había pensado que fue un gesto romántico e impulsivo. Ahora, sabiendo lo que sé, solo me parece egoísta.

Le cuento a Thorn todo lo que recuerdo sobre la Carnicería: ubicación, horarios, riesgos. Entramos en la iglesia y Thorn le susurra algo a Saskia. Al cabo de una hora, docenas de rebeldes atestan la iglesia y montan las armas, estudian planes, se susurran palabras, emocionados, igual que en el canon. Y vuelvo a pensar en esos hilos, en como se entretejen una y otra vez a pesar de todo.

Encuentro a Nate dormido en el primer banco. Alguien lo ha tapado con una manta verde y solo se le ve la coronilla de color arena. Me siento a su lado. No puedo soportar la idea de que tenga que crecer en este maldito lugar. Deslomándose durante toda la noche en la mansión y respirando el aire apestoso de la ciudad durante el día. Pero no encuentro forma de arreglarlo. Sopeso las palabras de Baba. «Si te quedaras atrapada aquí, en nuestro mundo, ¿cómo vivirías tu vida? ¿En qué tipo de impe te transformarías?». Puede que eso sea lo único que me quede, serme fiel. Y en estos instantes, eso significa mantener a salvo a Nate, Katie y Ash, y hacérselas pagar a esos cabrones de los gemas.

Cae la noche y despierto a Nate. Abandonamos la protección de las paredes de la iglesia y franqueamos la arcada hacia el frío de la noche. Las nubes ensombrecen el cielo y apenas soy capaz de distinguir los esqueletos de los edificios colindantes. Los rebeldes empiezan a cargar armas en varios vehículos destartalados —todoterrenos

militares, motos voladoras, camiones—, que en su día pertenecieron a los gemas y han sido robados o rescatados del desguace.

Thorn nos lleva hasta una camioneta de un amarillo desvaído. Las formas oscuras e irregulares del armamento llenan la zona de carga. Es la misma camioneta en la que Willow y Rose se trasladaron hasta la Carnicería, y vuelvo a tener la sensación de que el canon se está burlando de mí.

Nate y yo nos encaramamos a la parte trasera de la camioneta, raspándonos las palmas de las manos con el suelo sucio, y nos abrimos camino entre el despliegue de cajas y rifles. Nos sentamos sobre un pequeño plinto de madera con la espalda pegada al metal duro de la cabina, justo igual que Rose y Willow.

—A mamá le daría un ataque —comenta Nate.

Tiene razón. Siempre ha sido muy tiquismiquis con la seguridad en la carretera: cinturones de seguridad abrochados, nada de compras sin sujetar por si acaso una lata de alubias sale volando y nos golpea en la cabeza en caso de accidente. «Muerte por alubias», lo llamaba mi padre, y mi madre le daba una patada juguetona por debajo de la mesa. Aparto la imagen de mi mente; ver sus rostros felices hace que me duela el pecho.

Veo que Matthew conduce a Ash hasta el interior de un todoterreno militar. Los movimientos de Ash parecen fluidos, y me siento muy aliviada de que no tenga lesiones de gravedad. Me devuelve la mirada desde la parte trasera de su vehículo, con la cara distorsionada por el vidrio roñoso: un mosaico de colores difuminados bajo un borrrón negro de pelo. Las motos voladoras cobran vida con un zumbido y Ash desaparece tras una cortina de aire caliente y polvoriento.

Saskia ocupa de un salto el asiento contiguo al de Thorn y la camioneta comienza a vibrar. Puede que parezca un vehículo normal, pero no se alimenta de gasolina, así que no emite ruido alguno.

—Hidrógeno —dice Nate—. Quiero esta camioneta.

—Yo me conformaría con un cinturón de seguridad —replico.

Aceleramos. La fuerza de la gravedad nos lanza hacia delante y estoy a punto de darme un cabezazo contra un cajón de municiones. Pero la velocidad no tarda en nivelarse y nos sujetamos a la cabina, con los brazos entrelazados para ganar estabilidad y comodidad. Los refugios que bordean las calles se convierten en un borrrón, gris entreverado de polietileno, como un arcoíris bajo los faros. A duras penas atisbo los demás vehículos que nos siguen, pues sus luces son tan tenues, de una intensidad tan baja, que parecen una bandada de luciérnagas. La cabina ofrece cierta protección, pero aun así el viento hace que me lloren los ojos y me piten los oídos, y no logro dejar de pensar en el peligro que nos espera. Intento concentrarme en respirar: inspiro, espiro, inspiro, espiro.

Nate se vuelve hacia mí.

—¿Es buena idea? Lo del ataque, quiero decir.

Soy incapaz de mirar su cara de elfo, que sé que será toda inocencia.

—Es nuestra única opción.

—Rose y Willow solo fueron para poder escapar de los rebeldes. Lo utilizaron a modo de distracción, ni siquiera llegaron a entrar en la Carnicería.

Contemplo los edificios que pasan como flechas, las ventanas y los ladrillos que se funden en una sola pincelada larga.

—Tenía que contárselo a Thorn, no quedaba más remedio.

El viento roba la seguridad de mis palabras.

—¿Por qué?

—Mira, es difícil de explicar, así que, por una vez, deja que sea tu hermana mayor.

Exhala con rapidez y aparta su brazo del mío.

—Deja de tratarme como a un crío.

—Eres un crío.

—Tengo casi quince años.

Lo miro. El viento le ha aplanado el pelo que suele llevar de punta y, bajo la luz de las estrellas, su cabeza parece un lingote de oro. Tengo la sensación de que el peso de la responsabilidad va a aplastarme. La camioneta toma una curva con brusquedad y me choco contra el panel lateral metálico.

—Tenía que contarle algo a Thorn para que no matara a Ash.

—Ah, así que esto sigue siendo una historia de amor, por lo que veo.

—Thorn tenía un cuchillo. Tuve que pensar muy deprisa.

—Así que elegiste a un gema con un cuchillo antes que a muchos gemas con muchas pistolas.

—Pues no oigo que los concubinos impes se estén quejando.

Mi tono resulta ligeramente bronco, y me arrepiento de inmediato.

—En cuanto los rebeldes entren en la Carnicería, deberíamos hacer exactamente lo que se supone que debemos hacer: encontrar una alcantarilla y meternos en las cloacas para que no nos peguen un tiro.

—¿Y qué pasa con Katie?

—No lo sé.

Sus palabras están teñidas de culpa.

—Si huimos, la matarán. Y... y...

—¿Y qué?

—¿Y qué hay de los impes? Esos cabrones de los gemas nos tratan fatal.

—¿O sea que ahora estás con los rebeldes?

—No he dicho eso. —Me muerdo el labio—. Pero si no conseguimos completar la historia, si no podemos volver a casa, tenemos que pensar en qué tipo de vida queremos llevar aquí.

Otro de los versos de la canción se repite en mi cabeza: «todos los impes, mejor que os arméis». A lo mejor puedo traerles esperanza a los impes aunque no me cuelguen en el baile del ahorcado. A lo mejor puedo ayudar a incitar a la revolución

de una manera distinta.

El pánico que transmite la voz de Nate me arrastra de nuevo a la realidad.

—No digas eso, Violet. Claro que volveremos a casa.

«¿Cómo? —quiero gritarle—. ¿Cómo quieres que nos vayamos a casa ahora? Willow está enamorado de Alice. No me quiere a mí. ¿Cómo voy a solucionar eso en un día?». Pero creo que está a punto de romper a llorar. Así que decido no abrir la boca. Me limito a contemplar las estrellas, que permanecen extraordinariamente inmóviles pese al viento que nos sacude el pelo y el movimiento incesante de los edificios.

—Echo de menos a papá y a mamá —confiesa al fin.

—Ya. Yo también.

—Y la comida.

—Y dormir.

Me mira durante unos segundos.

—¿Violet?

—¿Sí?

—¿Alguna vez tienes... sueños muy raros?

Cambio de posición junto a la cabina.

—Continuamente.

—No, me refiero a sueños... de loco, en los que oyes... voces. Ya sabes, como si fueran reales.

—¿Las de papá y mamá?

Se entusiasma.

—Sí, diciendo cosas del tipo «Despierta, Jonathan, puedes hacerlo».

Asiento.

—Y a veces noto el olor de un hospital.

Nate se muerde las pieles de alrededor de las uñas y se da un golpecito en el labio cuando la camioneta pilla un bache.

—¿Crees que esto es un sueño?

Ojalá no me lo hubiera preguntado. Es una idea que no ha dejado de atormentarme desde que llegamos a este mundo, pero me abruma, así que la he enterrado en lo más hondo, la he dejado a un lado para intentar conservar la cordura. Me quedo mirando las estrellas durante un rato. ¿De verdad está la tierra, nuestra tierra, ahí arriba? Al final, le digo:

—¿Como si fuera un sueño provocado por un coma inducido, o algo así?

—Tal vez.

Me planteo contarle lo de los pitidos de una máquina de hospital y los cuentos de hadas. Lo de mi faja y el cinturón de sangre de Rose. Lo de su insulto de Frankenstein y la posibilidad de que eso haya creado a los duplicados. Pero me duele la cabeza de tanto pensar, del viento implacable que me atraviesa los poros y se me mete bajo la piel, y noto que esa idea me va desgarrando por dentro poco a poco. No,

esto no puede ser un sueño, da demasiado miedo, joder.

La camioneta reduce la velocidad y eso me arranca de mis pensamientos. Frena y se interna en un callejón; los faros de luciérnaga se amplían hasta convertirse en placas blancas y brillantes. Nos detenemos, cercados por dos paredes de ladrillo medio desmoronadas. Una cuerda llena de ropa tendida tapa las estrellas.

Nate suspira.

—Me encanta esta camioneta.

—Te compraré una por tu cumpleaños.

—No. DeLorean a muerte. —Da unas palmaditas en un lateral de la zona de carga —. Sin ánimo de ofender.

Cuando se acercan las motos voladoras, noto una ráfaga de aire caliente que me golpea las mejillas, arremolina el agua de un desagüe cercano, y vomita partículas de barro y cieno. Los rebeldes desmontan, comprueban sus armas y hablan en susurros. Busco a Ash, pero no veo ni rastro del todoterreno militar.

Thorn cierra de un golpe la puerta de la camioneta y me levanta de mi sitio con tal brusquedad que el lateral afilado de la camioneta me araña la espina.

—Vas a hacer de canario —dice.

—¿Qué?

Intento mantenerme erguida, pero me siento como si acabara de bajarme de una atracción de feria.

—Ya sabes, en los viejos tiempos, antes de los gemas, cuando las personas eran solo personas, lo primero que enviaban al interior de las minas eran canarios, para ver si los gases tóxicos los mataban.

Debo de seguir con cara de no entender nada, porque pone los ojos en blanco y suelta:

—Vas a ser la primera en entrar, Violet. Esto ha sido idea tuya, así que tú pagarás el precio si te equivocas. Finge que eres una de las chicas, y luego, sin que te vean, echa esto en las bebidas de los gemas. —Me pone en la mano un vial con un líquido naranja—. Tienes diez minutos, después irrumpiremos por las puertas y las ventanas. Tú no te metas en líos hasta entonces.

Suelto un taco para mis adentros. En el canon, la primera en entrar era Saskia; engañaba a los guardias para que la dejaran entrar, drogaba a los gemas y llamaba a las tropas, y todo eso en menos de diez minutos. Yo no seré capaz de hacerlo.

Thorn le revuelve el pelo a Nate.

—Si te escapas, Violet, si nos entregas, recuerda que yo tengo aquí mismo mi propio canario chiquitín.

Saskia se acerca a nosotros a toda prisa.

—Deja que entre yo primero, ella no hará más que joderlo todo, como siempre.

Thorn niega con la cabeza y coge una escopeta de la parte trasera de la furgoneta.

—Quiero ver de qué pasta está hecha nuestra Florecilla.

—Solo tiene diecisiete años. —Agarra a Thorn del brazo, con los ojos abiertos

como platos—. Por favor.

La preocupación de Saskia me sorprende. Noto que se me escapan las lágrimas. Es como si volviera a tener ocho años, me cayera de la bici y tuviera que caminar tres kilómetros con una rodilla rota solo para romper a llorar al ver a mi madre.

Pero Thorn no se inmuta.

—A los gemas les parecerá un trozo de carne más sabroso.

Saskia no protesta, pero el descontento le tensa los músculos de la mandíbula. Se pone a revolotear a mi alrededor, a pellizcarme las mejillas y desenredarme el pelo con los dedos.

—¿También vas a mandar a Ash ahí dentro? —pregunta Saskia con voz entrecortada—. Porque solo tiene dieciocho años, ¿sabes? No son más que un par de críos.

—Puede venir con nosotros —responde Thorn—. Pero no le quites los ojos de encima, no voy a consentir que los tortolitos se escapen juntos aprovechando el caos.

Miro a Nate. El Thorn de ahora es más listo que el Thorn del canon. Pero entonces caigo en la principal diferencia: Thorn confiaba en Rose, pero no confía en mí.

Saskia me baja la cremallera del mono y frunce el ceño ante mi falta de escote.

—Finge que es tu sitio, ese es el secreto —me susurra.

Intento no reírme... eso es precisamente lo que llevo intentando hacer desde que llegué a este mundo.

—Y si te metes en líos —continúa—, cárgate la luz principal, ¿de acuerdo? Entraremos a por ti.

Ash se baja del todoterreno militar.

—¿Qué está ocurriendo?

Se acerca corriendo hacia mí.

—Que soy el canario —contesto.

—¿El canario?

—Bueno, que van a enviarme ahí dentro la primera para ver hasta qué punto es seguro.

—Ni de coña. Voy yo —dice Ash.

—Vaya, vaya, estás hecho todo un héroe, ¿no? —Thorn hace un gesto con la mano y varios rebeldes rodean a Ash para impedirle que se me acerque. Thorn se vuelve hacia mí y se encoge de hombros, con una sonrisa tensa deformándole la boca—. Gira a la izquierda al final del callejón. Trece hileras, ¿recuerdas?

Le sostengo la mirada a Ash.

—Estaré bien.

Nate me aprieta la mano, con los ojos llenos de lágrimas.

—Ovarios de acero —susurra.

—Como Katniss, como Tris, como Rose —susurro yo también.

Y antes de que sus lágrimas se desborden, antes de que Ash reciba otra paliza, me

guardo el vial de líquido sedante en la manga y echo a andar por el callejón hacia lo desconocido.

CAPÍTULO 35

S algo del callejón e intento orientarme. A mi derecha hay una vía principal, un tramo recto hacia el Coliseo, y a mi izquierda hileras y más hileras de casas adosadas. Reconozco el resplandor rosado que emana de una ventana lejana, y sé qué es ese golpeteo distante de tambores. Es igual que en la Carnicería del canon: varias casas adosadas, anodinas, conectadas por dentro e inundadas por una luz color cereza y música futurista.

Con cuidado, en silencio, avanzo de puntillas por la acera mientras los tambores van cobrando fuerza. Intento tragar saliva, pero mi cuerpo ha desviado todo el líquido hacia mis glándulas sudoríparas. La puerta aparece ante mí. Poso un dedo en el plástico desgastado del timbre y mi cerebro repasa a un ritmo frenético toda la información de la que dispongo en busca de un plan. No tengo ni la más remota idea de qué les dijo Saskia a los guardias. El canon mostraba esta escena desde el punto de vista de Rose, que la observaba desde la esquina del callejón a la espera de una oportunidad para huir.

Oigo un chirrido de metal deslizándose sobre metal y el crujido de la madera cuando la puerta se separa del marco. Se me forma un nudo en el estómago. Hay un guardia plantado en el umbral, con los hombros anchos recortados contra la luz. Amartilla un rifle.

—¿Qué quieres?

Intento hablar, pero la visión de su arma me ha secado aún más la boca.

—¿Y bien? —grita.

—Me... me han dicho que podía ganarme unas cuantas monedas gema, y un extra si sonrío.

Pongo mi mejor acento impe y me obligo a mirarlo a la cara. Todo ángulos y simetría, es un típico gema.

—¿Y quién te ha dicho eso?

El clic del seguro me golpea los oídos. La adrenalina me agudiza el pensamiento, una idea toma forma.

—Trabajo en la hacienda Harper. Serví en el baile del ahorcado del señor Harper. Hubo un caballero que me pidió que viniera esta noche.

Entorna los ojos.

—Muy bien, esclava. ¿Qué aspecto tenía ese caballero?

—Alto, con mucho pelo rizado y rubio. Me dijo que estaba emparentado con alguien muy importante. —Intento aparentar modestia más que terror—. Howard no

sé qué.

Asiente, con demasiada rapidez para mi gusto.

—Howard Stoneback. Muy bien. Pero crea un solo problema y te meto una bala entre esas tetitas que tienes.

Me clava la punta del cañón en el esternón.

—Ni un solo problema, lo prometo.

Me hace un gesto para que entre. Me escurro a su lado, con el pecho todavía dolorido por la marca del rifle. El olor a incienso y sudor rancio me invade las fosas nasales y me sorprende añorando el tufo a pájaro podrido. El guardia cierra la puerta y me acompaña por un pasillo. El pulso del tambor crece en intensidad y las bombillas vierten un resplandor fucsia sobre las paredes.

Me mira de arriba abajo.

—Así que Howard Stoneback se quedó prendado de ti. Seguro que crees que has tenido mucha suerte... Pues bien, la última esclava con la que lo dejaron a solas no tenía muy buen aspecto cuando terminó con ella.

Debo de poner cara de susto, porque se echa a reír.

—Ya es demasiado tarde.

Empiezo a pensar que ojalá me hubiera limitado a seguir a pies juntillas los pasos de Rose. Ahora mismo estaría corriendo hacia la libertad, no esperando a que un perverso genéticamente mejorado abuse de mí.

El guardia abre una puerta que da a una pequeña sala de espera sin ventanas, de paredes carmesíes, con otra bombilla de color cereza cuya luz titila desacompañada con los tambores. Cuatro impes esperan en fila delante de una puerta lisa y blanca. Me coloco detrás de ellos. Se vuelven y me miran durante un instante. Tres chicas y un chico. Pero en todos ellos hay algo que me resulta poco común. Una cicatriz de un rojo encendido parte de cada una de las comisuras de los labios del chico; una sonrisa de Chelsea, creo que lo llamó papá una vez. La espalda de una de las chicas está cubierta por una quemadura enorme, y lleva el pelo oscuro recogido y el vestido cortado para mostrar la piel brillante, tensa. Otra de las chicas tiene un ojo viscoso, vacío, como una raja en el tronco de un árbol. Me recuerda a Baba, y no puedo evitar mirarla fijamente. Se da cuenta y abre la boca en un bostezo gigante que descubre una maraña de cicatrices allá donde debería estar su lengua. Desvió la mirada.

Es como si los gemas se hubieran cansado de la insipidez de la perfección y este horrible lugar fuera una especie de tónico perverso. O tal vez sea incluso más sencillo que eso, puede que la humanidad necesite la imperfección —la anhele—, porque sin defectos, la humanidad deja de existir. Pero, aun así, estos cabrones enfermos podrían conformarse con los cejijuntos.

Miro a la chica que tengo justo delante. Es la única —junto conmigo— que no tiene ningún tipo de cicatriz. Parece más pequeña, puede que no tenga más de quince años, y lleva un vestido beis, hecho a mano con arpillera, con pinzas para que se le ajuste al cuerpo. El pelo rojo le cae sobre un hombro, una cortina de fuego bajo la luz

frambuesa. Me recuerda a Katie, y se me revuelve el estómago solo de pensar en lo que le harán los gemas.

Me mira a los ojos y sonrío.

—¿Tu primera vez? —susurra.

Asiento.

—¿Qué está pasando?

La puerta se abre. Una explosión de música. El chico con la sonrisa de Chelsea desaparece en el interior de la habitación. La puerta se cierra de golpe y la fila avanza un puesto.

—Estamos esperando para entrar en la sala de presentación. Ahí es donde los gemas pujan por nosotros. El mejor postor te lleva al piso de arriba. —Le echa un vistazo a mi mono—. Intenta parecer, ya sabes, deseable... Necesitas que te deseen. Que no haya apuestas es muy muy malo.

—¿Qué sucede?

Abre como platos los ojos ambarinos.

—Una bala... si tienes suerte.

—¿Nos matan?

—Pueden hacer lo que quieran, siempre y cuando paguen por ello.

Se abre la puerta. La chica con las quemaduras desaparece.

—¿No podéis contárselo a alguien? —pregunto, pero aún no he acabado de decirlo cuando me doy cuenta de lo ingenua que parezco. Casi puedo oír la voz de Ash. «Sí que sois de otro mundo, ¿eh?».

—¿Y arriesgarnos a que nos maten? Además, nadie podría hacer nada. No somos más que impes. —Baja la mirada, la vergüenza le altera las facciones—. Y algunos dan buenas propinas. No es que pueda volver a trabajar en Los Pastos, precisamente. —Levanta las manos, aunque no son manos, solo piel estirada de manera desigual sobre los muñones de sus muñecas—. Y pagan más por los bichos raros.

La imagen de Nate arrodillado en el mercado me viene a la mente, seguida por la del duplicado flotante, sin piernas. Quiero consolarla, decirle que la ayuda está en camino. Pero cuanta menos gente lo sepa, mejor. Noto el vial apretado contra mi muñeca y cojo aire.

—Lo siento.

Me percató de que la chica sin lengua ha desaparecido.

—Soy la siguiente.

—Todo irá bien.

Trato de cogerle una mano, pero solo encuentro la piel arrugada de sus muñones. Se encoge de hombros.

—Sí. Mientras no vuelva a tocarme ese rubio salido otra vez... Howard no sé qué.

Un escalofrío tremendo me recorre el cuerpo. Howard Stoneback. Pues claro que está aquí. Me siento muy estúpida por no haber pensado mejor mi mentira anterior. El

miedo y la angustia debieron de ofuscarme el cerebro. El guardia que me ha dejado entrar esperará que Howard puje por mí, quizá hasta que se dirija a mí directamente. Mi única esperanza es que los rebeldes lleguen antes de que mi mentira quede al descubierto. Y todavía no tengo ni idea de cómo voy a drogar a los gemas.

La puerta se abre de par en par y la chica se aleja de mí; la puerta blanca, lisa, ocupa el lugar de su pelo rojo. Me quedo sola en la habitación carmesí, asombrada de que sea la soledad y no el miedo lo que amenaza con inmovilizarme las piernas temblorosas, arqueadas. Titubeante, pego la oreja a la puerta tratando de captar voces. Gritan números en tonos apagados. «Cinco mil, siete mil, ocho mil». No me doy cuenta de que un joven impe entra en la sala de espera hasta que se aclara la garganta. Me doy la vuelta como si me hubieran pillado con las manos en la masa.

—Lo siento... —empiezo a decir.

Sonríe y avanza hacia la puerta. Y es entonces cuando me doy cuenta de que lleva una botella de champán en las manos. Es un camarero, no un prostituto. Mi primera reacción es de alivio, porque parece muy jovencito. Pero la segunda es trazar un plan al notar la presión del vial contra mi piel, frío e insistente.

Le bloqueo el paso.

—Espera, tienes una mancha... —Le señalo la mejilla—. Justo aquí.

Manipulo el vial para quitarle el tapón. El chico frunce la nariz respingona y masculla algo indescifrable en voz muy baja.

—Trae.

Le quito la botella de entre las manos.

—Gracias.

Se escupe en la chaqueta y se frota la cara con energía. No me ve verter el contenido del vial por el cuello humeante de la botella.

—¿Mejor?

Tiene la mejilla roja e irritada.

—Mucho mejor.

La puerta se abre de nuevo. Me planto una sonrisa tímida en la cara y ordeno a mis piernas que me hagan avanzar. Tengo la piel empapada de sudor. Entro en una sala de estar bastante grande, de hecho son varias salas más pequeñas convertidas en una sola. Las paredes son las típicas de los impes —agrietadas, hundidas y a punto de derrumbarse—, pero el mobiliario parece gema, pues hay varios sillones y elegantes sofás de cuero distribuidos junto a las paredes. Hay varios clientes, que beben champán y fuman puros, y unos cuantos guardias apostados junto a las puertas. Todos tienen una copa en la mano.

Clavo la mirada en Howard Stoneback. Lo recuerdo de cuando lo vi en el baile del ahorcado. Tiene los mismos rizos rubios, flexibles, un traje de raya diplomática y una mirada lasciva en la cara. Intento tragar, pero la mentira anterior me bloquea la garganta como un trozo de cartílago a medio masticar. Al menos el guardia de la puerta no está aquí para desenmascaramme.

Un gema se inclina hacia delante.

—Venga, simia. Veamos si estás cubierta de pelo bajo esa ropa.

Me tambaleo hasta el centro de la sala entre el estruendo de las carcajadas. Sus miradas recorren mi mono de arriba abajo, observan mis rasgos, la forma de mis pechos. Se me revuelve el estómago. Pero, por encima de los tambores, oigo las burbujas del champán fresco repiqueteando en las copas.

Una gema me lanza un puro. Me rebota en la clavícula y una lluvia de chispas aterriza sobre mis pies. Se vuelve hacia un guardia.

—Si quisiera una esclava corriente y moliente me habría quedado en casa.

El chico impe llena la última copa y abandona la sala en silencio. Solo tengo que ganar un poco más de tiempo. Me llevo una mano al pecho y agarro la cremallera del mono con los dedos sudorosos y temblorosos. Aunque estoy totalmente vestida, nunca me había sentido tan desnuda. Tengo la sensación de haber regresado al bloque de descontaminación, de ser una polilla atrapada tras el cristal.

—Venga, enseñanos la mercancía —grita un guardia.

—Pégale un tiro —vocifera otra mujer con la preciosa boca deformada en una mueca horrible.

Un guardia me apunta con el rifle y la sala parece desplazarse un par de palmos hacia la derecha.

—Espera —interviene Howard—. Conozco a esta simia. Viene de la hacienda Harper. Esto es maravilloso... ¡Me encanta jugar con los juguetes de Jeremy!

Bebe champán y me hace un gesto para que continúe.

Despacio, decidida, me bajo la cremallera y poco a poco aparto la tela de mis hombros. Mi piel parece casi azul recortada contra el rosa de las paredes, y cobro dolorosa conciencia de todos y cada uno de los moratones y arañazos que he acumulado desde que llegué a este mundo; mi chaleco está tan salpicado de mugre y manchas de sudor que parezco un poni moteado. Las mejillas me arden en espera de las lágrimas.

—Esto es una vergüenza —protesta Mueca Horrible.

Howard se echa a reír.

—Es la monda, querida. Veamos si no somos capaces de hacerla llorar.

Me vuelvo despacio, enfadada con mis lágrimas por haberme traicionado, enfadada conmigo misma por tardar mucho más que Saskia y, sobre todo, enfadada con los cabrones que me están humillando. Pero el champán casi ha desaparecido, así que me limito a apretar los dientes y a seguir girando.

Un hombre con las manos musculosas se inclina hacia mí.

—¿Tienes una pierna de madera escondida ahí debajo?

Intenta agarrarme el muslo. Ahogo un grito y me lo quito de encima.

Howard suelta una risita.

—Nada de toquetear la carne sin pujar. Ya conoces las reglas.

Hace ademán de dejar su copa vacía sobre la mesa, pero se le resbala de la mano

y se estampa contra la mesa.

Manos Musculosas se recuesta en su asiento.

—No hay ni una puta norma, de eso se trata...

Se le apaga la voz y se le ponen los ojos en blanco.

—¿Albert? ¿Estás bien? —pregunta Howard, pero a él también le tiembla la voz.

Agarra el respaldo de una silla y la arrastra por el suelo.

Uno de los guardias intenta levantar su arma, pero se derrumba contra la pared cuando el rifle apenas ha conseguido alcanzar la altura del muslo. Echo un vistazo a la sala: todos y cada uno de mis torturadores han desfallecido, la lengua les cuelga de la boca.

Me subo la cremallera.

—Pandilla de perversos.

Se abre la puerta. Espero ver la cara de Thorn, pero en realidad me topo con el guardia de la puerta principal. Claro, él no se ha bebido el champán envenenado. Me entran ganas de abofetearme por haber cometido lo que podría ser un error fatal.

—¿Qué coño pasa aquí?

Me apunta con su arma por segunda vez en una noche.

—Por favor, no lo sé...

Pego el cuerpo contra la pared, deseando ser capaz, de algún modo, de fundirme con los ladrillos, de convertirme en el cemento.

Sin bajar el arma, coge una copa que tiene cerca y la olisquea. Me mira, la luz de la lámpara de techo le marca los pómulos prominentes.

—Zorra tramposa.

Quiero pegarle un manotazo al interruptor de la luz para hacerle una señal a Saskia, pero me quedo paralizada. El guardia sonrío a cámara lenta y me apunta directamente al pecho. Oigo el chasquido de un hueso que se rompe y el guardia se desploma contra el suelo y suelta el dedo del gatillo. Esquirlas de yeso me rocían la cara cuando la bala penetra en la pared a unos tres centímetros de mi cabeza.

Thorn franquea la puerta, con el bate a punto para asestar otro golpe.

—¿Estás bien?

Asiento. Él inspecciona la sala y sonrío.

—¡Esta es mi chica!

Experimento una inesperada oleada de orgullo, pero no tarda en desvanecerse bajo el ritmo entrecortado de una ráfaga de disparos y el crujido de la madera al hacerse pedazos. Los rebeldes llegan cargados con armas y cuerda, gritando instrucciones.

Thorn cruza la habitación corriendo hasta llegar a la puerta que lleva al piso de arriba, con los rebeldes pisándole los talones.

—Los del piso de arriba no están drogados —grito a su espalda.

Se ríe.

—Me encantan los objetivos en movimiento.

Desaparecen con la misma rapidez con la que han llegado. Esta es mi oportunidad de darme la vuelta. De salir corriendo sin parar hacia la noche, sin siquiera mirar atrás. La necesidad de sentirme a salvo pugna con la necesidad de ayudar a los impes. Me siento como una muñeca rusa: capas de Violets diferentes que van disminuyendo de tamaño, cada una de ellas construida a partir de un conjunto de recuerdos y emociones distintas. Violet la niña, haciendo pompas de jabón en el jardín de la casa familiar. Violet la adolescente, prendada de Russell Jones. Violet haciendo de Rose, desesperada por marcharse a casa. Violet la impe, oprimida, acosada y llena de ira. Ya no estoy segura de quién soy.

Como para recordármelo, alguien grita mi nombre:

—¡Violet!

Al darme la vuelta, me encuentro con Ash. Sujeta un pequeño revólver con cierta torpeza, pero la sonrisa que le ilumina el rostro es tan enorme como siempre. Se abalanza sobre mí y nos abrazamos. La calidez de su cuello junto a mi mejilla, el olor de su pelo —a humo de leña y heno—, hacen que la humillación anterior se evapore.

—¿Y Nate? —pregunto.

—Está bien, Saskia y Matthew lo están vigilando. Venga, salgamos de aquí.

Pero algo muy arraigado me impulsa a seguir hacia delante. Esa muñeca rusa furiosa que todavía siente la presión de las miradas de los gemas por todo su cuerpo.

—Espera, tengo que ayudar a una chica.

—¿No hablarás en serio? Podemos esperar afuera, allí estaremos a salvo.

La pregunta de Baba vuelve a retumbarme en la cabeza: «Si te quedaras atrapada aquí, en nuestro mundo, ¿cómo vivirías tu vida? ¿En qué tipo de impe te transformarías?».

Cojo a Ash de la mano y lo miro a los preciosos ojos.

—Tengo que hacerlo.

CAPÍTULO 36

Me mira, y el azul de sus ojos me resulta sumamente sereno tras lo que parece toda una vida de parpadeos bajo luces magenta. Después suspira y levanta el revólver.

—Nunca he disparado uno.

—Con suerte no tendrás que hacerlo.

Cruzamos la sala de presentación y subimos la escalera a hurtadillas, con la espalda pegada a la pared. El piso de arriba es un laberinto de pasillos. Dejamos atrás varias entradas, cada una con su propia historia: rebeldes rodeando a gemas, guardias atados y amordazados, jóvenes impes con aspecto desaliñado. Puerta tras puerta, historia tras historia... ni una sola chica pelirroja.

Subimos un segundo tramo de escaleras, más corto. El sudor me resbala por el cuello y se me acumula entre los pechos; el ritmo de los tambores encaja a la perfección con el de mis latidos, y me siento invadida, como si la casa fuera un parásito que se hubiera introducido de algún modo en mis arterias. Un pasillo largo se extiende en dirección opuesta a la nuestra, bañado por la luz de una bombilla agonizante, de color damasco. Debemos de estar en el tejado, pues los techos son bajos y están inclinados. De pronto agradezco el continuo retumbar de los tambores, convencida de que, a medida que aumenta la desesperación, nuestros pasos resuenan cada vez con más fuerza contra el suelo.

Me doy cuenta de que estas puertas permanecen cerradas e intactas.

—Aquí no hay nadie —susurra Ash.

Nos damos la vuelta para marcharnos cuando un chillido atrae mi atención. Desvío la mirada hacia una puerta cercana. Pego la oreja a la madera y oigo los sollozos de una chica joven. Miro a Ash. Amartilla su revólver y, sin pensárnoslo más, irrumpimos en la habitación.

Entramos en una habitación oscura. Una red morada cuelga del techo y rodea una cama con dosel. En las paredes titilan velas, el aire está saturado de aceite y sudor. La chica pelirroja está sentada en la cama. Le han cortado el cuello del vestido de tal manera que el hombro le queda al descubierto, y no puedo evitar fijarme en cómo le tiembla el labio inferior. Tiene el cañón de una escopeta pegado a la sien. Al otro lado de la escopeta se sienta un gema con la camisa desabrochada.

El gema clava la mirada en Ash.

—Está pasando algo, oigo los disparos. Deja que me marche o le pego un tiro a la impe.

Ash levanta su arma.

—¿Y adónde vas a ir? La casa está atestada de rebeldes, y están muy cabreados.

Doy un paso hacia el gema.

—Entrégnos a la chica o mi amigo te meterá una bala entre los ojos.

Mi voz permanece firme. Él no se da cuenta de que, bajo el mono, tengo toda la piel de gallina.

Ash mira a la chica. Su mirada observa momentáneamente el espacio que deberían ocupar sus manos y le tiembla el revólver. El gema aprovecha la oportunidad y gira la escopeta para apuntarme al pecho. Pero esta vez no me quedo paralizada. Esta vez me lleno de rabia. Mi cuerpo reacciona antes que mi cerebro. Arranco la escopeta de las manos del gema. El movimiento repentino debe de sobresaltar a Ash, porque dispara y el ruido del revólver rompe el aire. El gema grita y se sujeta el hombro.

Agarro a la chica por el brazo, que no es más ancho que la pata de un pájaro.

—Sígueme.

Bajamos a toda prisa al piso inferior. Echamos un vistazo a las habitaciones: mobiliario volcado, alfombras llenas de cristales destellantes, sábanas manchadas de sangre. Sin rastro de vida, ni impe ni gema. Llegamos a la sala de presentación. Una vez más, allí solo quedan fantasmas.

—Vete a casa —le digo a la chica.

Asiente, con los ojos llenos de lágrimas.

—Gracias.

Se escabulle de la habitación y Ash y yo nos quedamos solos, escuchando la música y el sonido de nuestra propia respiración. Le tiemblan las manos, así que el revólver le golpea el muslo rítmicamente.

—¿Adónde han ido? —pregunto al fin.

En el canon, los rebeldes liberan a los concubinos y dejan allí a los gemas, maltrechos, humillados y sin ganas de abrir otro burdel impe durante mucho tiempo.

—Al Coliseo —contesta Ash—. Thorn nos dijo que lleváramos a los gemas al Coliseo.

No me molesto en preguntar por qué, ya conozco la respuesta; a fin de cuentas, yo soy la mariposa torpe y gilipollas que le metió la idea en la cabeza a Thorn. Noto una convulsión que me recorre la columna vertebral y amenaza con vaciarme el estómago cuando recuerdo las palabras que he pronunciado hace un rato: «Se merecen bailar en el patíbulo y saber lo que se siente».

CAPÍTULO 37

El Coliseo. Tengo que volver al Coliseo. Es como si el canon me llamara, me obligara a mantener el rumbo. Al parecer no puedo escapar de ese patíbulo.

Las puertas de la ciudad aparecen ante nuestros ojos. Veo a dos guardias colgados en sus plataformas, como si le dedicaran una reverencia al patíbulo, con el pelo ensangrentado. Nos aproximamos con cautela. Cuanto más nos acercamos, más me escuecen los ojos a causa de los focos.

—Deben de haber desconectado las cámaras de seguridad —comenta Ash.

—Deprisa —digo, y lo agarro de la mano—. Tenemos que impedir que Thorn cuelgue a los gemas.

—Perdona, ¿cómo? ¿Y por qué íbamos a hacer algo así?

—¿Te acuerdas de lo que me dijiste en el huerto?

Me mira con expresión de desconcierto.

—¿No te folles al semidiós, folla conmigo?

Sonrío.

—No, me dijiste que solo el pueblo gema puede levantarse y detener la barbarie contra los impes.

—¿Eso dije? Qué listo soy.

—Bueno, el objetivo de esta misión era mostrarles a los gemas que ellos, y no los impes, son los animales despiadados. Si nos los cargamos de buenas a primeras, jamás conseguiremos que piensen en nosotros como seres humanos. Jamás se alzarán.

Me estudia el rostro.

—Nunca llegó a gustarte el semidiós, ¿verdad?

—¡Pues claro que sí! ¿Es que no has visto esos abdominales?

Ash se echa a reír y me besa en los labios.

Nos colamos en el Coliseo a través de la misma puerta de madera por la que salí tambaleándome hace más o menos una semana, todavía vestida con mi traje de *cosplay*, confundida y asustada. Todo parece muy distinto bajo la luz inhóspita de los faros, todo picos y valles, ángulos y sombras, similar a la visión de mi fusión de mentes con Baba. Y me noto muy distinta, llena de determinación. Cuando pienso en el canon, en Rose y Willow huyendo por las cloacas, escabulléndose hacia el río, me siento orgullosa de haber elegido ayudar a los impes. «La esperanza brota como una florecilla», pienso.

A lo lejos, veo a varios rebeldes vigilando las entradas. Con las espaldas inclinadas, las armas apuntando al cielo, alertas y dispuestos a disparar. En el otro

extremo del Coliseo se alza el escenario desvencijado, coronado por una viga ancha y cuerdas colgantes. Se me eriza el vello del cuerpo, una oleada de nerviosismo se expande bajo mi piel. Se ha formado una fila ante el patíbulo. Por la amplitud de los pechos, la longitud de las piernas, deduzco que son todos gemas. Los rebeldes blanden sus armas para obligar a los miembros de la fila a subir al escenario con torpeza. Encima de la viga, hay impes que se mueven como insectos.

Estoy a punto de dirigirme hacia allí cuando una voz familiar me detiene.

—Espera.

Nate está en la puerta, y parece más pequeño que nunca. Corro hacia él.

—Se suponía que debías esperar con Saskia y Matthew.

Esboza una gran sonrisa, todo dientes y hoyuelos.

—Les he dado esquinazo, vaya cabreo que se van a pillar.

—Joder, Nate, esto es demasiado peligroso.

—Esta situación también me afecta.

Hincha el pecho para tratar de parecer mayor. Ash lo agarra por los hombros con delicadeza.

—Eres un crío. Tienes que marcharte.

Nate niega con la cabeza.

—Y tú no tienes ni idea, Ardilla.

Lo esquiva desplazándose hacia un lado y rompe a correr en dirección al patíbulo. Cruzamos el Coliseo siguiéndolo y no nos detenemos hasta llegar al escenario. A esta distancia, distingo a Darren sentado en la viga, comprobando las cuerdas una por una. Thorn está de pie sobre el escenario, con los antebrazos tensos mientras hace unos cuantos nudos corredizos.

Me abro paso entre los gemas aterrorizados y me planto en el escenario de un salto.

—Thorn, espera.

Me ve.

—¿Quieres ayudar?

—No puedes colgarlos —digo.

—¿Y por qué coño no puedo hacerlo? Ellos nos cuelgan todos los sábados.

—Y está mal. Tú sabes que está mal.

Agarra a un gema que tiene cerca y lo sitúa sobre una trampilla. La cabellera rubia del condenado titila bajo las austeras luces. Es Howard Stoneback, con los ojos aún vidriosos por el sedante. Una mordaza amortigua sus palabras, pero por sus gimoteos deduzco que está suplicándome.

Thorn le da un puñetazo en el oído.

—Cierra el pico. —Se vuelve hacia mí—. Los impes condenados son inocentes. Estos gemas son violadores, sádicos, algunos pedófilos. Si no te gusta, mira hacia otro lado.

La violencia todavía me escandaliza. No puedo evitar mirar a Nate, que espera a

los pies del escenario, con el horror pintado en la cara. Debería haberlo obligado a marcharse, haberlo llevado de vuelta con Saskia aunque pataleara y gritara.

—Esto es asesinato —digo.

—Es el precio de la libertad. —Thorn le pasa una cuerda a Howard por encima de la coronilla y le ajusta el nudo a la base del cuello—. La mitad de estos gemas son políticos. ¿Te das cuenta de la publicidad que conseguiremos, del mensaje que enviaremos, cuando encuentren sus cadáveres colgados en el patíbulo? —Le aplasta las mejillas a Howard de tal manera que los labios le sobresalen alrededor de la mordaza—. Este cabrón de aquí es Howard Stoneback. El puto Howard Stoneback.

Los rebeldes comienzan a imitarlo y a empujar a los gemas hacia las trampillas para ponerles la soga al cuello. El único que permanece inmóvil es Ash, cuya mano descansa sobre mi hombro.

Cojo la mano de Thorn que sujeta la cuerda.

—Si nos comportamos como animales, jamás nos creerán humanos.

—Se merecen bailar en el patíbulo y saber lo que se siente —dice Thorn—. Son palabras tuyas, Florecilla. Si fueras una verdadera rebelde, los harías bailar.

Unos cuantos gemas comienzan a sollozar. Un charco de orina se extiende por el suelo y se acumula junto a mis botas.

Ash da un paso al frente.

—¿Y si aun así consiguiéramos la publicidad? ¿Y si no tuviéramos que matarlos para lanzar el mensaje?

—Continúa —dice Thorn.

—Los sentamos en el escenario, con las cuerdas en torno al cuello, y después explicamos sus delitos al mundo escribiéndoselos en el pecho. Luego llamamos a los medios gema. Ni siquiera el gobierno podría darle la vuelta a una historia así.

—Es una idea brillante —intervengo—. Demostramos nuestra superioridad moral.

Thorn me mira a mí y después a las trampillas, se frota los ojos con ambas manos y emite un sonido extraño, como el de un globo al desinflarse.

—Pero se merecen morir. Tienen que recibir un castigo.

—Míralos —digo—. Amordazados, llorando, rodeados de su propio pis. Los humillarán y marginarán. Eso es peor que la muerte.

Thorn acaricia el nudo un instante. Se le llenan los ojos de lágrimas, frunce los hermosos labios. Sé que está pensando en Ruth. La pena me invade el corazón y los sollozos de los gemas se convierten en algo muy lejano. Puede que, si me la hubieran arrebatado a mí, yo también quisiera oír el chasquido de las cuerdas, ver las sacudidas de las botas de los gemas. De repente me doy cuenta de cómo debe de sentirse Katie al compadecerse de Thorn.

Muy despacio, le separo los dedos de la cuerda.

—Tienes que confiar en mí.

Me sujeta la mano durante un instante, me escudriña el rostro en busca de alguna

verdad tácita.

—De acuerdo —susurra al fin.

Una sirena hiende el aire, tan estruendosa que la siento atravesar las suelas de mis botas. Me vuelto hacia Ash justo a tiempo para ver que sus labios forman la palabra «emboscada».

Los focos se apagan y el mundo se sumerge en la oscuridad.

CAPÍTULO 38

Silencio. Nada excepto oscuridad y silencio. Hasta los gemas del patíbulo parecen contener el aliento. A lo lejos, oigo el mar, el rugido distante de las olas, los impactos contra las rocas. El mar se torna más estruendoso, iracundo. Helicópteros.

—¡RETIRADA! —brama Thorn.

Los rebeldes comienzan a gritar, los pies golpean el asfalto, los tambores de las armas ocupan su lugar.

Oigo a Ash:

—Tenemos que largarnos de aquí.

Pero permanezco totalmente quieta, con las piernas clavadas al escenario. En el canon no había ninguna emboscada. Los rebeldes ni siquiera llegaron a entrar en el Coliseo. ¿Cómo saben los gemas que estamos aquí?

Los helicópteros se arremolinan sobre nosotros vertiendo hacia las tinieblas unos rayos de luz blanca que parecen serpentinatas gigantes que exploran el suelo. Veo fragmentos de movimiento como capturados por un estroboscopio. Cables que se arquean sobre las paredes del Coliseo. Rebeldes que se baten en retirada, con las armas alzadas. Figuras que trepan por las paredes como arañas. Un helicóptero pasa justo por encima de mí. El pulso de las aspas me recorre la piel. Todo el vello de la cara, incluidas las pestañas, se me comba hacia abajo, empujado por las ráfagas de aire descendentes. La nariz se me llena de polvo, tengo los oídos a punto de estallar y, bajo la cegadora luz blanca, veo las caras pálidas de los gemas que me rodean y las cuerdas que tienen enrolladas bajo la barbilla.

Sigo aferrada a la mano de Thorn. Me atrae hacia él como si fuera una muñeca. Sus ojos habitualmente lavanda han perdido casi todo el color, sus pupilas son dos pozos negros.

—¿Has sido tú?

Abro la boca para contestar, pero, de un salto, baja del escenario y desenfunda su arma. Luego desaparece. El helicóptero se aleja y el mundo regresa a la oscuridad.

Ash tira de mi mono.

—Violet, vámonos.

Comienzan los disparos y veo una lluvia de ascuas a lo lejos. Bajo los reflectores, distingo más arañas que descienden hacia el Coliseo, con cascos que brillan como el caparazón de un escarabajo. Una luz se mueve sobre nosotros. Ash me tira del brazo y bajamos del escenario. La tierra se precipita hacia mí, y veo que mis botas chocan

contra el charco oscuro de mi sombra. El foco se aleja.

—¡Nate!

Trato de encontrarlo a ciegas.

—Estoy aquí.

Oigo su voz, agudizada por el terror, por encima de los disparos. Otro destello. Su rostro se precipita hacia mí. Lo alejo del foco y lo arrastro hacia el manto de la oscuridad. Ash me cubre la cabeza y me empuja hacia el suelo para evitar las balas que silban sobre nosotros. Agachados, comenzamos a correr.

Llegamos a la pared exterior del Coliseo y la bordeamos hasta la puerta de madera que hay cerca del Chiquero. Un ruido retumba en el aire y acalla los disparos y los gritos. Un ruido que no se parece al de ningún estallido que haya oído hasta ahora, que atraviesa el cielo rugiendo como un cometa. Me vuelvo justo a tiempo de ver un helicóptero que se estampa justo contra el centro del Coliseo. Su foco se derrama sobre el suelo como un charco de sangre fantasmagórico. Las aspas siguen girando, y eso hace que la cabina se sacuda como si aún se aferrara a la vida. Varias nubes de humo se elevan en el aire y unos chasquidos terroríficos resuenan entre las paredes del Coliseo.

Dos figuras envueltas en llamas salen tambaleándose de entre los cascotes. Los guardias corren hacia el lugar del impacto, pero una explosión los hace volar por los aires como si los hubiera golpeado una mano gigante. La onda expansiva me recorre el cuerpo de arriba abajo. Me vuelvo hacia la pared de piedra y me protejo la cara lo mejor que puedo.

Miro hacia atrás para ver los restos del helicóptero que iluminan el Coliseo como si fuera una hoguera. La atmósfera se carga del tufo a gasolina y humo, y de un olor ligeramente grasiento que no soy capaz de identificar. Huele un poco a cerdo. Los cuerpos rodean el almacén de metal formando un círculo perfecto; algunos están aturcidos, pero otros están negros, rojos y en llamas. Carne. Lo que huelo es el olor a carne humana asada. Nate me agarra del mono y un grito ahogado se me escapa de los labios.

—No os paréis —grita Ash.

Nos acercamos a la puerta y los disparos parecen disminuir. Uno por uno, los focos del Coliseo vuelven a cobrar vida. Se me acelera el corazón. Ahora puedo ver los destrozos con claridad. Retales de fuego mezclados con manchas negras que creo que podrían ser cuerpos, volutas de humo que se alzan hacia el cielo, el helicóptero todavía ardiendo como una atracción gigantesca. Hace tiempo que los gemas a los que habíamos capturado se han esfumado, y a la mayor parte de los rebeldes los están conduciendo hacia el exterior del Coliseo. Los gemas podrían haber matado a todos los rebeldes si hubieran querido. Una cortina de explosivos, unas cuantas bombonas de gas. Deben de querer interrogarlos, o utilizarlos como una nueva remesa de carne fresca para el baile del ahorcado. Empiezo a temblar descontroladamente, el estómago me da vuelcos sin parar.

—¡Daos prisa! —exclama Ash.

Ya veo la puerta de madera, estamos muy cerca.

Oigo que los guardias se aproximan. Pero no miro. Casi puedo saborear el aire que hay al otro lado de la puerta, libre del olor a carne quemada. El golpeteo de las botas sobre el hormigón se oye cada vez con mayor claridad.

—¡Tirad las armas! ¡Manos arriba!

Agarro el pomo de la puerta, pero una hilera de dedos como tenazas me rodea el brazo y una pistola se me clava en la espalda. Todas mis esperanzas de escapar se desvanecen. Miro hacia el otro lado del Coliseo y veo a Howard corriendo hacia nosotros.

—Ella... ¡Sí, ella! —grita. Todavía le sale sangre del oído que le golpeó Thorn, y la mordaza, empapada de saliva, le cuelga alrededor del cuello—. Esa es la sucia putilla que está detrás de todo esto. Nos drogó para que los bárbaros de sus amigos pudieran secuestrarnos. —Pega su cara a la mía, huelo la sangre y el champán en su aliento—. Mañana te veré bailar en el patíbulo, simia.

Es el canon que vuelve a arrastrarme, que fuerza a que los hilos se entretejan. Pero mi muerte será inútil si Willow no da un paso al frente y me declara su amor eterno. Y es imposible que eso ocurra ahora que tiene a Alice. Una nueva oleada de pánico me recorre por completo.

Los guardias nos conducen hacia las enormes puertas eléctricas del extremo contrario del Coliseo, a la salida que lleva a Los Pastos. Cuando pasamos junto a los restos del helicóptero, noto la cara ardiente y dolorida. Oigo a Nate gimotear detrás de mí. Quiero darme la vuelta, decirle que todo irá bien —aunque sé que no es así—, pero sé que los guardias me están vigilando, que sus armas me apuntan a la nuca.

Más allá de la salida, veo que nos espera un ejército de gemas. Las siluetas de los rostros de los rebeldes nos contemplan desde helicópteros, aerodeslizadores y camiones por igual. Me resulta increíble que alguna vez pensara en ellos como extras de mi película favorita, como el ruido de fondo de una historia de amor épica. Su lucha por la libertad, su búsqueda de justicia, ahora me parece mucho más importante que las necesidades de dos adolescentes locamente enamorados.

Continuamos alejándonos del Coliseo y el mero hecho de saber que he regresado a Los Pastos me provoca una sensación extraña, inquietante, en el estómago. Vuelta al mundo de algodón de azúcar de los gemas.

Se acerca un sargento. Me agarra del brazo con brusquedad.

—Estos tres se vienen conmigo.

Los guardias lo saludan. Nos guía entre un grupo de vehículos. Veo pelotones de soldados, algunos quitándose las armaduras, otros bebiendo tazas de un líquido caliente que desprende vapor. Nos aproximamos a un aerodeslizador anclado en tierra, ligeramente apartado del resto del escuadrón. Está posado sobre el suelo como un disco de peltre gigante. Se abre una escotilla que descubre varios escalones metálicos.

—Esperad aquí —les gruñe el sargento a Ash y Nate.

Aunque pueda parecer extraño, me siento aliviada. Si se ha corrido la voz de que yo soy la cabecilla, puede que sean más blandos con los demás. El guardia me empuja escalones arriba sin dejar de clavarme la pistola en la parte baja de la espalda. Entro en el vehículo agachándome un poco y veo toda una fila de guardias, con sus perfectas caras de gema mirándome fijamente.

Y ocupando el asiento del piloto, apoyado sobre el panel de control con el mismo aire despreocupado que un gallo en el gallinero, está Willow.

CAPÍTULO 39

—¿Willow? Me siento extraña al pronunciar su nombre. Se dirige a los guardias, sin dejar de mirarme a la cara ni un instante:

—Ya podéis marcharos.

El sargento acompaña a los guardias al exterior del aerodeslizador. Se mueven al unísono, como una fila de muñecos mecánicos. Willow y yo nos quedamos a solas. Todavía me zumban los oídos a causa de las balas, y caigo en la cuenta de que hace días que ni como ni duermo como es debido. Intento concentrarme en su atractivo rostro, pero se vuelve borroso, las líneas afiladas, metálicas, del interior del vehículo se difuminan a su alrededor.

—¿Rose? ¿Estás bien?

Oigo su voz a pesar de que todo está a punto de desvanecerse y, por un instante, me olvido de mi otro nombre, de mi nombre del canon. Abro la boca para contestar, pero lo único que consigo articular es un caos de sonidos vocálicos.

—Ven. —Me conduce hasta un taburete de metal y me ofrece una taza de algo caliente—. Es té, te ayudará con la conmoción.

Miro sus ojos de cobre. No sé si quiero darle un abrazo o pegarle un bofetón. Todos mis sentimientos se confunden entre sí y forman una bola horrenda, amorfa, en el estómago. Me alegro mucho de que no esté con Alice, y hay algo en ese rostro tan perfectamente organizado —la simetría y el orden— que hace que me sienta a salvo. Pero también estoy enfadada. Furiosa. No solo porque se haya acostado con mi supuesta mejor amiga, sino también porque conoce la existencia de los duplicados y, aun así, no hace nada; y habría dejado que aquellos guardias le amputaran las manos a Nate si Alice la Saco de Escoria no hubiera intervenido... ¿Cómo pudo ser tan pusilánime?

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunto.

—Tenía la esperanza de poder ser tu caballero de la brillante armadura. He venido a salvarte.

«A salvarme... ¿Por qué quiere salvarme?». El aleteo de esperanza ha vuelto y comienzo a pensar que a lo mejor siente algo por mí. Pero me obligo a mantener la compostura: no sería la primera vez que me decepciona.

—¿Cómo te has enterado de que estaba aquí? —continúo.

—Rose, sé que estás con los rebeldes, y no pasa nada, no estoy enfadado. Al principio sí, pero cuando mi padre me explicó los planes de los gemas para tenderles

una emboscada a los rebeldes esta noche, lo único que me importó fue que estuvieras a salvo.

No puedo evitar fruncir el ceño.

—¿Cómo sabes que soy una rebelde?

—Alice. La chica del baile, la del mercado.

—Ah... ella.

Hace caso omiso de mi tono, pero no puede disimular la vergüenza que le tiñe la mirada.

—¿Por qué te marchaste así? Nos besamos y ya no pude volver a encontrarte.

«Porque te follaste a mi mejor amiga, puto». Me fuerzo a esbozar una ligera sonrisa.

—¿De verdad no lo sabes?

Agacha la cabeza y le veo la coronilla por primera vez: todos los mechones de color caramelo surgen en espiral a partir de un único punto central. Me recuerda a un molinete. Suspira.

—Cometí un error terrible. Solo fue una vez, pero supongo que bastó.

—Sí, te vi con ella la noche en que me marché. Me partió el corazón.

No estoy mintiendo. Descubrir que mi mejor amiga podía traicionarme de esa forma me afectó, pero dejo que Willow crea que fue cosa suya. Su culpabilidad podría actuar en mi favor.

—Rose, lo siento mucho. —Me coge las manos y me acerca a él de manera que capto el aroma a cítricos de su jabón y la menta de su aliento—. Verás, me dijo que trabajaba para el gobierno, que era una especie de agente que desenmascaraba espías impes. Cuando me dijo que solo te estabas acercando a mí para pasarles información a los rebeldes, me disgusté mucho y... Fui un estúpido. Me arrepentí de inmediato.

¿Alice le dijo a Willow que yo hacía labores de espionaje para los rebeldes? Si Willow se hubiera ido de la lengua ante las autoridades gema, mi supuesta mejor amiga podría haber conseguido que me mataran. Sé que es improbable, teniendo en cuenta que Willow perdonó a Rose por estar con los rebeldes, pero corrió un riesgo enorme. Me recorren oleadas de sorpresa y rabia, me revuelven el estómago y me dejan sin aliento. ¿Tan dispuesta estaba Alice a jugar con mi vida?

Y además no me contó que había engañado a Willow, que lo había confundido, solo se limitó a dejar que me creyera que era mejor que yo. Tal vez Alice no posea ningún tipo de extraño poder vudú sobre los hombres, quizá solo conspire y maquine, y se saque las tetas, como dijo Katie. Bueno, puedo competir con eso... aunque puede que no con sus pechos. Empiezo a sentirme más fuerte, empoderada. Me lleno los pulmones de aire y me llevo la mano al cuello, donde solía estar mi colgante.

—Más o menos decía la verdad. Soy una rebelde impe. Se suponía que debía ganarme tu confianza y descubrir los secretos de los gemas, pero todo eso cambió en cuanto te conocí.

—Lo sé, lo sé.

«Chulo arrogante», pienso, pero sigo sonriendo, desesperada por volver a encarrilar el canon.

—Sabía que jamás podría traicionarte, incluso después de haberte visto con Alice. Es una de las razones por las que me marché de la mansión, para poder decirles a los rebeldes que había fracasado. Así te dejarían en paz para siempre.

Sé que me estoy comportando como una manipuladora, pero hay tantas cosas que dependen de que vuelva a ganármelo, que me da totalmente igual.

Y parece que se lo está tragando. Sonríe y me mira a los ojos.

—¿Incluso después de que me vieras con otra chica? Eres increíble, Rose, y me da igual que estés con los rebeldes, ni siquiera me importa que seas una impe. —Me quita la taza de las manos y me abraza—. Por eso he venido, para llevarte de vuelta a la mansión. El sargento es un amigo de la familia y me ha dicho que me ayudará a sacaros a tu hermano y a ti de aquí sin que nadie se entere.

Durante un momento, sus palabras me tientan. El tufo a humo y carne quemada aún no ha llegado hasta aquí. Solo huelo Los Pastos: frescos, puros y cargados de polen. Pero sé que todo eso es una mentira.

Me aparta el pelo de la cara.

—Muchos gemas tienen amantes impes. Aunque tú serías mucho más que eso, por supuesto. Es decir, en algún momento tendré que casarme con una chica gema, pero solo sería para guardar las apariencias.

Un plan comienza a tomar forma en mi cabeza. Entorno ligeramente los ojos mientras intento pensar. Ojalá tuviera lápiz y papel para anotarlo todo y no quedarme enredada en las diferentes fases. Si los gemas me capturan esta noche, Willow todavía podría declarar su amor por mí en el baile del ahorcado de mañana. Solo tengo que alejarme de él sin despertar sus sospechas. Después tendré que poner a Nate, Ash y Katie a salvo antes de entregarme a los gemas.

Podría funcionar. El entusiasmo se añade a mi pánico anterior, así que tengo la sensación de estar a punto de rebotar adrenalina. Todavía estoy a tiempo de provocar una revolución. De irme a casa. De salvar a los impes. «La esperanza brota como una florecilla».

Rodeo la cintura de Willow con los brazos con la intención de dar más peso a mis palabras.

—No hay nada que desee más que estar contigo. Pero antes necesito poner a mis amigos a salvo. ¿Me ayudarás?

—Claro.

—Sácanos de aquí en el aerodeslizador, sin guardias, y cuando sepa que ellos están a salvo, seguros tras las murallas de la ciudad, volveré a la hacienda.

—Te acompañaré.

Niego con la cabeza tras recordar con un escalofrío a la multitud dispuesta a linchar a cualquiera que parezca gema.

—Los impes te matarán si descubren que eres un gema.

«Y entonces no podrás completar el canon», pienso con un aguijonazo de culpabilidad.

Suspira y cede con lo que tal vez sea demasiada facilidad.

—Por favor, ten mucho cuidado.

Me besa en la boca. Pero ya no me parece un beso... es más bien... como dos personas que chocan los labios.

Me aparto con suavidad.

—Lo tendré, te lo prometo.

—Entonces démonos prisa.

Se acerca a la escotilla.

—¿Willow?

Se detiene y se vuelve, con la mano suspendida sobre un botón verde, brillante.

—¿Cómo se ha enterado tu padre del asalto a la Carnicería?

Se encoge de hombros.

—No me lo ha dicho, ¿por qué?

Es algo que me ha preocupado desde que empecé a oír el rugido de los helicópteros gema. ¿Cómo es posible que los gemas supieran que íbamos a atacar la Carnicería? En el canon, Willow era quien facilitaba el ataque, pero en el ahora lo he facilitado yo. Es imposible que ni un solo gema estuviera al corriente, exceptuando que tengamos un topo entre nuestras filas.

—Por pura curiosidad —digo restándole importancia al asunto con un gesto de la mano.

Willow aprieta el botón y la puerta se abre. Se dirige a la entrada.

—Traedme a los dos chicos, por favor.

Ash y Nate emergen de la oscuridad. Oigo como se desliza la escotilla al cerrarse herméticamente a nuestra espalda. Tras haber contemplado el rostro limpio y perfecto de Willow, Nate y Ash parecen un par de ratas medio muertas, cubiertas de mugre, sangre y moratones. Siento la imperiosa necesidad de abrazarlos.

—¿Qué está haciendo él aquí? —pregunta Ash.

Niego con la cabeza, instándolo a cerrar la boca. Willow me rodea los hombros con un brazo y me planta un beso en la mejilla.

—Entonces, nos alejaremos de los soldados.

Nunca había visto a Ash fruncir el ceño con tanta intensidad. Pero no puedo evitar que se me escape una sonrisa: se me acaba de ocurrir otra idea. Le guiño un ojo a mi hermano.

—Solo tenemos que encontrar una tapa de alcantarilla.

—¿Una tapa de alcantarilla? —repite Willow.

—¡Madre mía! —exclama Nate encantado—. Vamos a entrar en las cloacas.

CAPÍTULO 40

Noto bajo los dedos la aspereza y la humedad de los peldaños de hierro de la escalera, como si estuviera aferrándome a arena mojada. Las paredes cilíndricas se cierran a nuestro alrededor: la peristalsis rítmica de una garganta gigante. Agradezco el círculo de luz que se cierne sobre nuestras cabezas y que permite la entrada de aire fresco y amplía la sensación de huida. Pero Ash comienza a colocar de nuevo la tapa en su sitio y la ansiedad se apodera de mí. El chirrido del metal sobre el hormigón, la luna cada vez más menguante que se convierte en tinieblas con un ruido sordo; es como contemplar un eclipse lunar terrorífico. Y me recuerda brevemente a los duplicados, atrapados en esa sala sin ventanas con un único tragaluz circular.

Oigo varios chapoteos cuando Nate baja de la escalera de un salto. También oigo el clic de la linterna que le ha dado Willow, y su haz resalta la textura de los ladrillos, los peldaños irregulares teñidos de rojo y naranja por el tiempo. Sigo a mi hermano hasta el agua, que me empapa las botas, fría y espesa.

Estudio el entorno. Un túnel, parecido a los del canon, arqueado por arriba y plano bajo mis pies, se estira interminablemente en ambas direcciones. De él salen túneles más pequeños: una hilera de ojos negros, escrutadores. Puedo mantenerme erguida sin dificultad, pero aun así me siento atrapada al pensar en las toneladas de tierra que presionan sobre nosotros, solo contenidas por una red de ladrillos viejos, con manchas de humedad.

Nate se acerca a la pared y pasa el dedo sobre una marca amarilla. Parece un ángulo, dos líneas que se conectan en un punto.

—Los tortolitos no fueron capaces de descifrar estas marcas, ¿te acuerdas? Terminaron perdidísimos.

Asiento. Los rebeldes habían dibujado las señales hacía años para indicar las diversas escaleras de salida. Pero estaban codificadas, una medida preventiva por si alguna vez los gemas conseguían colarse aquí abajo. Y a Rose nunca le habían explicado cómo se interpretaban. Al final, encontró un escondite de los rebeldes —un garaje viejo con un todoterreno militar guardado dentro—, pero tardó varias horas. Terminaron cruzando el resto de la ciudad en el vehículo para poder llegar al río. «Necesitamos ese todoterreno», pienso.

Miro las marcas amarillas y se me escapa una sonrisa. Es como si el canon jamás tirara la toalla con nosotros, como si supiera que al final terminaremos por darle alcance. Tal como dijo Baba: la historia tiene que suceder.

Ash se detiene a examinar las indicaciones mientras Nate chapotea hacia mí con intención de aprovechar la oportunidad de interrogarme.

—¿Y qué estaba haciendo Willow en ese aerodeslizador?

—Todavía le gusto —susurro—. El canon ha vuelto a su camino. Si hago que los gemas me capturen, Howard Stoneback verá que subo al patíbulo. Luego, lo único que tiene que pasar es que Willow pronuncie sus frases y... *voilà!*

—¿Lo dices en serio?

—Nate, podemos irnos a casa mañana.

Una enorme sonrisa le contrae el rostro, la misma sonrisa que solía esbozar cuando lo empujaba con todas mis fuerzas en los columpios.

—Dios mío, Violet, eso es grandioso. Vale, vale, entonces ¿cómo hacemos que te capturen?

—Bueno, por lo que parece el canon consigue que todo lo que hacemos acabe bien.

—Entonces, ¿vamos al río? ¿Al lugar donde por fin atraparon a Rose y a Willow?

—Eso es lo que había pensado. Sacamos el todoterreno del escondite, sacamos a Katie del cuartel general, nos dirigimos al río y, entonces, los demás y tú cruzáis hacia la tierra de nadie. Yo esperaré a los soldados y me entregaré.

—Ostras, hermanita, échale un vistazo a tus ovarios, están relucientes.

Sonrío.

—Katniss y Tris... no son más que un par de Girl Scouts.

Nate está pensativo.

—¿Hay tiempo? A lo mejor Katie y yo tendríamos que buscarnos otro lugar donde escondernos.

—La tierra de nadie es el lugar más seguro. Si nos damos prisa, podréis cruzar el río sin problema antes de que lleguen los soldados... Solo tenemos que orientarnos en las cloacas mejor que Rose, ganar algo de tiempo. ¿Te acuerdas de dónde se equivocó?

—Quizá, todos estos túneles parecen iguales —contesta.

Ash se suma a nosotros. El movimiento de sus piernas hace que una ola suave me acaricie las pantorrillas.

—Bueno, ¿y cuál es el plan?

—Estábamos debatiendo nuestro siguiente movimiento —digo.

Ash levanta la mirada hacia los ladrillos que hay más arriba, evitando a propósito el contacto visual.

—Creía que eso ya lo habías hecho con Willow.

—¡Venga ya, Ardilla, supéralo! —le espeta Nate—. Violet no podía pasar de la única persona capaz de sacarnos de allí.

Ash suelta un bufido. Me doy cuenta de que no está convencido.

—Encontramos un vehículo —digo—, rescatamos a Katie y después todos cruzamos el río para escondernos en la tierra de nadie.

«Excepto yo —pienso—. Yo me entregaré a los soldados gema».

—Solo hay un problema —dice Ash. A pesar de la oscuridad, sé que se está poniendo colorado—. Yo no sé nadar.

Ningún impe sabe nadar. Lo recuerdo del canon. La única agua disponible está llena de residuos y desechos.

—No te preocupes, hay un bote.

Nate hace bailar el haz de luz de la linterna sobre la primera marca.

—Si lográramos descifrar estas indicaciones, la vida sería mucho más sencilla.

Ash vuelve a mirar los trazos amarillos.

—Dos líneas, una un poquito más corta que la otra. ¿Todas las marcas son como esta?

—Sí —responde Nate—, un montón de ángulos distintos.

—Parecen las manecillas de un reloj —aventura Ash.

Tiene razón. La aguja de las horas y un minuterero. No puedo creerme que no me haya fijado nunca... Supongo que son las consecuencias de vivir en una era digital. «Cuento los minutos, las horas solo humillan». ¿Dónde he oído eso últimamente?

—La canción para saltar a la comba —le digo a Ash.

—Cuento los minutos —dice—. ¿Crees que los rebeldes ocultaron la respuesta en una vieja canción infantil que solo los impes conocerían?

Asiento.

—El minuterero debe de señalar el túnel correcto. Muy listos.

Nate sonrío.

—Muy bien, vamos a ganar algo de tiempo. Sigamos al sistema de navegación humano.

Echa a correr por el pasillo levantando las botas de manera que el agua salpica a su alrededor, sale disparada desde la planta de sus pies y se refleja en la luz de la linterna.

—¡Venga, tortugas! —grita volviendo la cabeza hacia atrás.

Ash y yo lo seguimos. La atmósfera se vuelve más húmeda a medida que nos alejamos de la alcantarilla, así que correr requiere cada vez más esfuerzo, como avanzar entre melaza. Nate se detiene ante otro par de manecillas antes de continuar corriendo por otro pasillo.

—Bueno, ¿y qué quería el semidiós? —pregunta Ash.

La humedad y el musgo de las paredes absorben su voz.

—Mira, Ash, lo que has visto en el aerodeslizador...

Me interrumpe.

—Da igual.

—Tenía que seguir actuando para que nos dejara marchar. No era real.

—Pues a mí me ha parecido bastante auténtico.

Pasamos una curva, dejamos otro reloj atrás. El pasillo se estrecha.

—¡Girad a la derecha! —grita Nate.

De pronto, el suelo que pisamos se curva. Este túnel es totalmente tubular, y mis pies tardan un poquito en adaptarse. Ash me agarra cuando estoy a punto de zambullirme en el agua turbia. No he terminado de recuperar la compostura cuando veo una rata que zigzaguea entre mis botas: resbaladiza y negra, medio corre, medio nada. Me aferro a la mano de Ash, cuyo calor me sube por el antebrazo, y sigo avanzando por el laberinto. No dejo de darle vueltas a esa canción de saltar a la comba. ¿De dónde ha salido? Las marcas de las manecillas del reloj aparecían en el canon, así que puede que la cancioncilla codificada también se mencionara. Pero ¿podría existir una canción infantil en el canon si Sally King no escribió sobre ella? Tal vez no. A fin de cuentas, Rose no consiguió descifrar las marcas. Y si la canción hubiera existido, ella se la habría sabido; Ash dio a entender que todos los impes la conocen bien. Quizá sea verdad que se trata de una profecía sobre mí.

«La esperanza brota como una florecilla».

Nate alza la mirada hacia una escalera.

—Han llegado a su destino final. —Señala un único trazo amarillo en la pared—. Es la marca del canon. Quiere decir que el escondite está ahí arriba.

El haz de la linterna explora la tapa de la alcantarilla que tenemos sobre la cabeza.

—¿De qué está hablando? —pregunta Ash—. ¿Y qué es ese canon del que no paráis de hablar?

—No nos creerías si te lo contáramos —contesto.

—¿Más secretos?

Ash libera su mano de la mía y comienza a subir por la escalera. Siento una puñalada de soledad. En estos momentos, esa muralla de secretos se parece más a un bosque impenetrable de espinos y zarzas. Una voz interrumpe mis pensamientos. Profunda y familiar, y totalmente fuera de mi alcance: «Y la princesa durmió durante cien años. Aunque nunca tuvo el semblante de los muertos, sus mejillas continuaron siendo hermosas y rosas como el día en que nació». Vuelve a ser la voz de mi padre.

Miro hacia arriba.

—¿Papá?

Una mezcla de entusiasmo y preocupación cruza la cara de Nate.

—¿Has vuelto a oír a papá?

Me quedo quieta, escuchando con atención el goteo del agua, las escaramuzas de las ratas, el impacto de las botas de Ash sobre los peldaños.

—No, no, es solo que oigo cosas. No me hagas ni caso.

Ahora mismo no me cabe ni una sola cosa más en la cabeza. Apoyo una mano en la escalera, preparada para impulsarme hacia arriba, pero Nate me enfoca la cara con la linterna y susurra:

—Violet, he estado pensando... ¿Cómo sabían los gemas lo del asalto a la Carnicería?

—No lo sé, y Willow no pudo decírmelo en el aerodeslizador.

Frunce la nariz.

—No consigo entenderlo. En el canon, el único gema que sabía lo del ataque era Willow, porque fue él quien lo facilitó. Pero en el ahora, los rebeldes ni siquiera habían capturado a Willow, así que ¿cómo es posible que supiera lo de la Carnicería? —Se entierra las manos en el pelo—. Uf, me está volviendo loco.

Ash nos grita desde más arriba:

—¿Vais a subir o qué?

Levanto la mirada y me doy cuenta de que las suelas de sus botas están tan agrietadas que juro que le veo las ampollas de los pies.

—Sí, un segundo. —Me vuelvo de nuevo hacia Nate—. Willow me dijo que había sido su padre quien le había contado lo del ataque.

Frunce el ceño.

—Lo que de verdad me escama es que los gemas supieran que íbamos a estar en el Coliseo... Eso ni siquiera sucedía en el canon.

—Lo sé. Pero la Carnicería está a tan solo unas calles del Coliseo. Si los gemas sabían lo del asalto, lo más probable es que sobrevolaran el Coliseo y nos vieran. Debe de haber un topo, quizá uno de los rebeldes impes. Alguien que no conocemos, o puede que incluso Saskia o Matthew.

—Tal vez. O alguien que conozca el canon.

Nos miramos fijamente un instante. Cuando caigo en la cuenta, se me desgarran las entrañas. Me llevo la mano al corazón partido y termino pellizcándome la garganta desnuda.

—¿Por qué haría Alice algo así? —pregunto.

Todo parece ir demasiado lento. Las gotas de agua, las ratas escurridizas, incluso mi propio corazón.

Porque ya sé la respuesta.

No puedo completar el canon si estoy muerta.

CAPÍTULO 41

Amor. La gente habla del amor como si fuera una enfermedad mental. Locamente enamorado, adicto, enfermo de amor, obsesionado... Y puede que tengan razón. Alice lleva dos años enamorada de Willow. Y no me refiero únicamente al actor, Russell Jones, sino también al personaje ficticio, Willow. Eso raya en la locura, ¿no? Y si hay alguien que debería saberlo, esa soy yo, porque he sufrido la misma dolencia.

Vale, Alice ha salido con algún jugador de fútbol que otro, con unos cuantos grupos de música pop (sí, con todos los miembros del grupo). Pero siempre regresa a su teclado, a escribir su *fanfic*, el único escenario donde podía representar sus fantasías basadas en Willow... Hasta ahora, claro. Pero ¿de verdad haría que mataran a su mejor amiga por amor? Quizá, si ha perdido la cabeza. A fin de cuentas, yo puse el canon en riesgo por Ash. Pero ¿asesinar a alguien?

—La conozco desde primaria.

—La conozco desde que nací —dice Nate.

—Es... buena. —La imagen de aquellas cuatro piernas bronceadas enredadas en satén me invade la mente—. Bueno, al menos no es un monstruo.

Nate asiente.

—Tienes razón. Este sitio me está volviendo paranoico.

—¡Venga, vosotros dos! —grita Ash.

Ya ha apartado la tapa de la alcantarilla hacia un lado y desciende una brisa que me acaricia la cara. Mi corazón comienza a latir de nuevo. Trepamos hasta el exterior del agujero y dejamos un estampado de huellas pastosas sobre el hormigón que lo rodea: manos, pies, rodillas. Aunque la noche es fría y oscura, solo el movimiento del aire, la sensación de espacio, hace que parezca que hemos irrumpido en un día de verano tras escapar de una tumba. Claro que Alice no les dijo a los gemas lo del asalto. Me siento culpable solo de planteármelo.

Miro a mi alrededor. El escondite del canon, que no es más que otro callejón apestoso con una puerta de garaje naranja. Pegamos el cuerpo a la pared. Ash traza círculos en el aire con su arma como si buscara problemas, pero el callejón permanece en silencio, como cabía esperar. Avanzamos hacia la puerta cubierta de pintura desconchada. Tiro del pestillo y se abre.

—Bingo —dice Nate.

A duras penas veo en la oscuridad, pero el aire estancado me dice que hace tiempo que esta puerta no se abre. Nate pasea el haz de la linterna sobre los

contenidos de la habitación. Las siluetas se alzan desde el suelo, ocultas bajo hules y sábanas. Un museo olvidado. Más parecido a cómo me lo imaginé cuando leí el libro. En la película, la habitación era más grande, menos claustrofóbica y estaba mejor iluminada. Rápidamente, quitamos la tela que cubre el todoterreno y levantamos polvo y telarañas apelmazadas. Contengo la tos. Ash encuentra una botella de agua en un armario y me la pasa.

Hasta que el líquido fresco me toca la lengua no me doy cuenta de lo seca que tengo la boca, de que tengo el interior de la garganta cubierto por una fina capa de mugre. Solo se me ocurre dejar de beber cuando Nate tose.

—Lo siento.

Me seco la boca con la manga y le paso la botella.

Ash se sube al todoterreno y pasa los dedos por el panel de control.

—No tengo ni idea de conducir.

—Tampoco sabías disparar, pero te las has arreglado bastante bien —digo.

Ash sonrío.

—Fallé. Le estaba apuntando a las pelotas.

Acciona un interruptor y los faros iluminan la pared del callejón; me recuerdan a los reflectores del helicóptero.

Hemos conseguido salir de las cloacas en un tiempo récord gracias a la canción de saltar a la comba; deberíamos tener tiempo más que de sobra para recoger a Katie y asegurarnos de que los demás llegan a salvo a la tierra de nadie. Siempre y cuando el canon permanezca fiel a su costumbre, nos persiga y nos fuerce a seguir por el camino correcto.

Nate inspecciona la parte delantera del vehículo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sigue sin ser el DeLorean, pero nos servirá.

Vuelve a introducirse en el callejón para examinar el vehículo en general, y por la forma en que inciden sobre él las luces del todoterreno —iluminándole la piel, dorándole el pelo— adquiere la apariencia de una especie de espíritu celestial. Algo le llama la atención, algo que hay en el callejón y yo no alcanzo a ver. El miedo le oscurece los ojos. La botella de agua se le cae al suelo.

Oigo sus palabras, teñidas de pánico.

—Están aquí.

Lo primero que veo son las sombras, tres bestias que se acercan por la pared del callejón, una colección de pinchos frenéticos bajo el resplandor amarillo de los faros del vehículo. Me precipito hacia Nate y oculto su cuerpo detrás del mío. Solo ahora veo los ojos de los guardias, ensombrecidos bajo los cascos. Y sus armas nos apuntan a la cabeza. En el canon no había soldados en el escondite. ¿Cómo han sabido dónde encontrarnos? No puede ser una coincidencia.

Sacan a Ash a rastras del todoterreno, le retuercen el brazo detrás de la espalda para arrancarle el revólver de la mano. El arma cae al suelo y se desliza hasta aterrizar sobre un desagüe cercano. Oigo el zumbido de un helicóptero que aterriza en

el extremo opuesto del callejón levantando polvo y el vello de mi nuca.

Ash choca contra mí al retorcerse para escapar de las manos de un guardia. Enseguida hago cálculos. Tres guardias blindados, armados hasta los dientes, altos, anchos y entrenados. Tres impes, todos desarmados. El miedo me impide llorar, pero aun así siento que las lágrimas se me acumulan en el párpado inferior.

—Al suelo o disparamos —grita un soldado.

Nos arrodillamos con movimientos torpes, con las luces del todoterreno abrasándonos los ojos.

Un hombre sale corriendo del helicóptero; al principio no es más que una silueta, pero a medida que se acerca gana en color y forma. Tiene un aspecto diferente a los soldados. Se mueve con una postura más erguida, más formal, y debajo de la armadura lleva un traje de raya diplomática. Se aproxima a mí y una mirada maliciosa que me resulta familiar le distorsiona el atractivo rostro. Unos mechones rubios le caen formando tirabuzones por debajo del casco. Howard Stoneback. Definitivamente, esto no es una coincidencia; Howard va a por mí desde el ataque a la Carnicería, y parece que alguien le ha informado de dónde encontrarme.

Se detiene a mi lado.

—Aquí está, la putilla que nos drogó.

—¿Qué hacemos con ellos, señor Stoneback? —pregunta uno de los soldados.

Howard se lo piensa mientras nos mira de arriba abajo, prolongando la tortura. Entonces se agacha y me acaricia la mejilla con un dedo frío, seco. Me siento como si estuviera de nuevo en esa sala de presentación con la cremallera sujeta entre los dedos temblorosos.

Se yergue.

—Quiero ver a esta preciosidad colgando de una cuerda en horario de máxima audiencia. Acabo de hablar con el presidente y le ha reservado un lugar especial en el baile del ahorcado de mañana.

Puede que esto me convenga. Tenía la esperanza de saber que Nate, Ash y Katie estaban a salvo en la tierra de nadie antes de que me capturaran, pero estoy aprendiendo por la vía rápida que las cosas no siempre salen como planeabas.

Desenfunda un revólver. Veo hasta la última arruga de sus manos, hasta el último pelo, bajo el resplandor de los faros, pero sus facciones se convierten en poco más que un revoltijo de sombras. Su arma destella cuando rodea el gatillo con los dedos.

—Pero solo necesito a la puta. —Me mira—. La próxima vez que cabrees a alguien, asegúrate de que no esté emparentado con el presidente.

El agua fría que acabo de beber regresa a la base de mi esófago y amenaza con subir aún más arriba. Me obligo a tragarla y encuentro mi voz.

—Arréstame. Pero, por favor, deja que los otros se vayan.

Se ríe.

—Una impe dando órdenes... qué interesante. —Se agacha de nuevo, siento su aliento contra mi mejilla, caliente y salpicado de saliva—. ¿Te importan estos impes?

Asiento.

—Qué bonito. —Esboza una sonrisa burlona y levanta el cañón del arma—. Una lección de vida trascendental: los impes no importan.

Veo que aprieta el gatillo con el dedo. El ruido me atraviesa la cabeza y rebota contra las paredes del callejón como si fuera un grito del mismísimo Dios. Durante un instante, creo que me ha pegado un tiro. Me preparo para el dolor, bajo la mirada esperando que una mancha escarlata comience a extenderse sobre mi vientre.

Pero no noto dolor, no veo nada escarlata.

Solo veo a Nate gimiendo, farfullando, sujetándose el abdomen con las manos.

Un borrón rojo se expande sobre su mono.

Tiendo las manos hacia él, pero tan solo consigo rozar el aire, porque mi hermano se desmorona. Los soldados me tiran al suelo de un empujón y veo que la sangre de Nate colorea el pavimento, avanzando hacia mí como agua negra y espesa.

Me zumban los oídos. Solo alcanzo a distinguir los alaridos de Ash, que atraviesan la fina capa de mi estado de shock.

—¡Cabrones! ¡Os mataré, cabrones!

Veo su cara, deformada por los gritos, salpicada por la sangre de Nate. Los guardias lo derriban sobre el asfalto sirviéndose de sus porras de acero. Veo las varas de acero que se curvan en el aire, casi doradas bajo las luces amarillas del todoterreno. Desvío la mirada hacia el cuerpo de Nate, desplomado y sangrante. Y algo se solidifica en mi interior. Una única muñeca rusa formada de rabia y superioridad moral, una muñeca que tan solo pertenece a los impes. Su exterior lacado se torna duro y fuerte y me reviste de determinación.

Atisbo mi oportunidad. La furia me hincha los músculos, se tensan, se contraen, a punto de explotar. Salto hacia Howard Stoneback, impacto contra su hombro y lo pillo desprevenido. Cae al suelo mientras dispara varios tiros inútiles hacia el cielo. Le golpeo con los puños en el pecho, en la cara, en cualquier parte de su cuerpo que quede a mi alcance; la rabia me recorre de arriba abajo y me arranca gritos y sollozos. Pero los gemas son fuertes, y Howard no tarda en zafarse de mí. Me deslizo sobre el asfalto, con los puños todavía zumbando delante de mí, como si no supieran parar.

Todavía oigo la voz de Ash, balbuceante y débil.

—Violet, no.

Howard me apunta con su arma, con la incredulidad reflejada en su ceño perfecto. Sé que voy a morir. Cierro los ojos y espero a que las balas me agujereen el vientre, los brazos, el cuello.

Cuatro disparos en rápida sucesión. Cuatro ruidos sordos.

Abro los ojos y veo a Howard y a los guardias ensuciando el suelo como pedazos de papel. Los tirabuzones rubios están teñidos de rojo, y la mirada perversa por fin ha desaparecido. Unas manos fuertes me agarran de los brazos, tiran de mí para levantarme y me abrazan contra un pecho musculoso. Matthew.

—¿Estás herida? —pregunta.

No contesto. Apenas puedo respirar, así que mucho menos hablar.

Matthew se echa a Nate sobre los hombros y lo traslada al todoterreno. Saskia se acerca a mí a toda velocidad.

—Violet, lo siento muchísimo, Nate se nos escapó en la Carnicería.

De nuevo, no contesto.

—Tenemos que largarnos de aquí. —Saskia ayuda a Ash a levantarse—. Hemos venido a por el todoterreno solo porque los gemas han destrozado nuestros vehículos. Habéis tenido mucha suerte.

Matthew deposita a Nate sobre mis brazos. El peso de su cuerpo me saca de mi estupor. Le sujeto la cabeza rubia con la sangradura del codo para protegerlo como si acabara de nacer y me subo a la parte trasera del coche. Me fijo en el ligero movimiento de su pecho, en la sangre que le burbujea en las comisuras de los labios cuando intenta respirar.

Saskia y Matthew se suben a la parte delantera del todoterreno. Ella se vuelve hacia él.

—Está claro que hay un topo entre nuestras filas. Tenemos que prenderle fuego a la iglesia antes de que los gemas la encuentren. —Se asoma por detrás del reposacabezas. Durante un instante, creo que la sangre de Nate le ha salpicado la frente, pero después recuerdo que se trata de su mancha de nacimiento—. Thorn está desaparecido. Muerto o capturado. Así que ahora todo depende de nosotros —dice.

Se me ocurre pensar que esta noticia entristecería a Nate, pero a mí no me afecta mucho pensar que puede que Thorn esté muerto. Al menos ya no podrá hacerle daño a Katie. Noto que el todoterreno comienza a moverse cuando Ash se las ingenia para sentarse a mi lado. Me ayuda a aplicar presión en el costado de Nate. La sangre caliente me rezuma entre los dedos.

—Necesito algo para contener la hemorragia —digo con voz entrecortada.

—Le han dado en el estómago —asegura Saskia.

No me dice que Nate se está muriendo, pero lo oigo con claridad en cada una de sus palabras.

Examino el rostro de mi hermano, tan pálido que casi desaparece bajo la luz de las estrellas. Las pestañas doradas le tiemblan, la respiración se le atasca en la garganta. Y es entonces cuando los noto por primera vez, débiles y distantes, los pitidos rítmicos de mi sueño.

Salimos del garaje a toda velocidad, con un chirrido de neumáticos. Matthew apaga las luces, así que no tengo claro cómo sabe en qué dirección debe conducir, pero de todas formas él continúa avanzando por el callejón. «Bip... bip... bip». Acaricio el semblante de Nate con un dedo. El dolor lo avejenta por los menos veinte años, le cava trincheras profundas en la piel. Me pregunto si su cara me estará ofreciendo una ventana al futuro que nunca tendrá: Nate convertido en un hombre, quizá con hijos propios, mis sobrinas y sobrinos. Las lágrimas me resbalan por las mejillas y se estampan contra su frente.

Todo esto es culpa mía. Alice ha debido de contarles a los gemas lo del escondite. ¿Cómo he podido ser tan idiota? Mi incapacidad para dudar de ella ha conducido a los soldados justo hasta nosotros... justo hasta mi hermano pequeño. La culpa parece un agujero negro que absorbe todo lo que tengo. La esperanza, la alegría, el amor: todo arrastrado hacia un pozo de vacío.

«Bip... bip... bip».

—Violet —susurra Nate. La sangre continúa goteándole por la comisura de la boca, escarlata sobre el fondo blanco de su mejilla—. Diles a papá y a mamá que los quiero.

—Díselo tú mismo.

Se le desenfoca la vista y le tiemblan los párpados. Me doy cuenta de que los pitidos comienzan a ralentizarse, como un reloj que se queda sin cuerda.

—¿Tienes miedo? —me pregunta.

—¿De qué?

—De que te ahorquen.

Se me escapa un sollozo estridente y mis lágrimas le empapan la cara.

—No —miento—. Claro que no. No es más que una historia. No podemos morir de verdad en una historia... me lo dijo Baba. Cuando te despiertes, estarás en casa con papá y mamá.

—Y comida de verdad, y fútbol, y una almohada calentita y blanda.

—Sí.

Se me forma un vacío en el estómago que amenaza con partirme en dos.

«Bip... bip... bip».

Comienzo a sentirme extrañamente distante. Salgo de mi cuerpo y veo que las facciones de Nate van serenándose poco a poco. Tomo cada vez mayor conciencia del espacio que se extiende sobre mí: un cielo infinito, negro, pesado y cargado de estrellas. Y más abajo, me veo a mí. La cara contraída, la espalda encorvada, los dedos entretejidos con mechones de pelo dorado. Casi distingo mi amor, un campo de fuerza titilante que rodea nuestros cuerpos, que nos une en una burbuja gigante. Podría estirar la mano y tocarlo, si quisiera, pero me da miedo que desaparezca.

«Bip... bip...».

Espero el pitido final. Sé lo que son, lo que significan, claro que lo sé. Minúsculos, huecos y aterradores, resonando en una habitación de hospital. Me enjugo los ojos y contemplo nuestros cuerpos, que se mueven como uno, que se balancean cuando el todoterreno gira entre las infinitas calles secundarias. Ahora el rostro de Nate parece completamente relajado... «... bip». Y por fin su pecho deja de moverse.

El pitido monótono de la ausencia de constantes llega a mis oídos.

Y sé que mi hermano ya no está.

CAPÍTULO 42

Desde que llegamos a este mundo, he experimentado más dolor físico del que creía posible. Me han dado patadas, me han empujado, arrastrado, colgado, y eso por no hablar del indescriptible dolor de las manos de Baba sobre mis sienes. Pero todo eso parece insignificante en comparación con el dolor de perder a Nate.

Mientras que el dolor físico me ha hecho mejorar a nivel corporal —me ha llenado, me ha hecho crecer, me ha convertido en alguien más fuerte—, la pérdida logra justo lo contrario. Me reduce a una bola, me dobla por la mitad, me vacía hasta que ya no estoy segura de si sigo existiendo. El mundo que me rodea se convierte en una copia a carboncillo. O puede que la copia sea yo. Ya no lo sé.

No sé cuánto tiempo paso sentada en la parte trasera del todoterreno, dando bandazos de un lado a otro, con los ojos reseco, el cerebro adormecido, aferrada al cuerpo inerte de Nate. El pitido monótono del monitor todavía resuena en mi cabeza, y no paro de rogar que eso sea solo un sueño, una pesadilla horrible y retorcida. Que cuando me despierte, Nate esté sonriendo, soltando carcajadas y contándome alguna estupidez sin sentido con su voz de Sheldon Cooper.

No me doy cuenta de que nos detenemos delante de la iglesia. Matthew me mira a los ojos.

—¿Está muerto?

Qué frase tan corta, y aun así tan dura, tan definitiva.

Digo que sí con un gesto de la cabeza.

—Lo siento. —Guarda silencio—. El cielo está vacío.

Sé que se refiere a los helicópteros gema, pero no puedo evitar pensar en las estrellas.

—No hay tiempo para lamernos las heridas —interviene Saskia—. Tenemos que incendiar la iglesia y después escapar por el río.

La tierra de nadie. Han tenido la misma idea que nosotros... y no es que me sorprenda.

Matthew se baja del todoterreno de un salto.

—Esperad aquí.

—Pero tengo que ir a por Katie —digo.

Mira a Nate y se le llenan los ojos de lágrimas.

—Date prisa. —Alza a mi hermano de mi regazo—. Podemos dejarlo en la iglesia. Tendrá un funeral de verdadero héroe.

Asiento, demasiado aturdida para discutir. Tengo que concentrarme en los vivos, en Katie, en Ash. Ya ni siquiera estoy segura de que me importe completar el canon. Sin Nate, mi hogar ya no es mi hogar. Salgo del todoterreno, empapada de sangre y debilitada por el agotamiento, y noto que mis piernas apenas son capaces de sostenerme.

Sigo a Matthew hasta la iglesia mientras Ash me rodea la cintura con firmeza. Me resulta inevitable observar los pies de Nate, que se bambolean al ritmo de las zancadas de Matthew. Arriba, abajo, arriba, abajo. Lo recuerdo de pequeño, balanceándose hacia delante y hacia atrás en un columpio, chapoteando entre las olas a la orilla del mar, bailando canciones de Abba en mi habitación. El agujero negro vuelve y me vacía por dentro.

Si una plaga de langostas hubiera arrasado la iglesia, su interior tendría exactamente el mismo aspecto que ahora. Todo, salvo unas cuantas cajas, ha desaparecido. A la mayor parte de los rebeldes los arrestaron en el Coliseo, y ya hace mucho que las luces nocturnas se han apagado; solo unas cuantas velas ofrecen parches de luz. Veo a Thorn, apoyado contra el altar, con la cabeza magullada y cubierta de sangre, sujetando una cajita negra entre las manos.

Saskia lo ve y se detiene.

—Thorn, estás vivo.

Él levanta la mirada; no lleva el parche, así que la enorme fuerza de su belleza queda al descubierto. Clava la vista en mí y distingo los vasos capilares enrojecidos que le recorren el blanco de los ojos como una telaraña.

—Esto es culpa tuya, Florecilla.

Sus palabras apenas me afectan.

Matthew deposita a Nate en el primer banco de la iglesia, el mismo sobre el que se había quedado dormido hace solo unas horas. Me inclino sobre su cuerpo sin vida, le aparto el pelo de la cara, lo beso en la mejilla. Todavía está un poco caliente. Le echo la manta verde sobre las piernas mientras me digo que no tardará en despertarse.

—¿Cómo se enteraron los gemas de lo del ataque? —pregunta Thorn.

—Déjalo, Thorn —dice Saskia con suavidad, y a continuación me pasa un trozo de tela mojada.

Comienzo a limpiar la suciedad y la sangre del rostro de mi hermano. Vuelve a parecer muy joven, su rostro ya no es capaz de albergar dolor alguno. Se me forma un sollozo en la garganta. Ash me pone una mano tierna sobre el hombro y, sin pensarlo, le planto un beso en los nudillos.

—El ataque, Florecilla. ¿Cómo lo supieron los gemas? —insiste Thorn.

Pero es como si me hablara desde el otro lado de un cristal. Me da igual que piense que soy una traidora. ¿Qué puede hacer que me duela más que esto? Con cuidado, le cruzo a mi hermano los brazos sobre el pecho. Me acerco aún más a él.

—Lo siento —susurro—. Lo siento muchísimo, Jonathan.

Oigo que comienzo a llorar y entierro mi cabeza en el pecho estrecho de Nate,

deseando que me consuele.

Noto que Thorn se ha colocado a mi espalda.

—Nos has traicionado, y ahora tu hermano está muerto. Yo diría que es un castigo apropiado.

Me vuelvo y lo fulmino con la mirada.

—Nunca te mereciste ser su héroe. Vete al infierno.

—Antes tendrás que matarme.

Toda la rabia, toda la injusticia, estalla en mi interior. Miro su rostro perfecto de gema y de pronto siento un deseo irreprimible de hacerle daño, de matarlo. Me abalanzo sobre él dando patadas y escupiendo.

—Te odio —grito—. Te odio.

Se lo grito a todos los gemas, al universo que nos tiene prisioneros y que me ha arrebatado a mi hermano pequeño.

Thorn me levanta del suelo y me saca de la iglesia. Yo me revuelvo y me retuerzo, pero no sirve de nada. Ash intenta ayudarme, pero Thorn se lo quita de encima como si fuera una mosca. Saskia y Matthew nos siguen con cara de preocupación.

—¡No! —grito—. Deja que me despida. Por favor, solo quiero decirle adiós.

Thorn se echa a reír.

—Bueno, ahora podrás decirle adiós a tu amiguita Katherine.

—No, Katie también no. ¡No serías capaz de matar a Katie!

Me lleva hacia el todoterreno.

—Puedes verla arder. Junto con toda la información secreta de los rebeldes, años de trabajo. Y todo tiene que consumirse entre las llamas.

Y me percato de que el odio de Thorn —hacia mí, hacia los gemas— ahora supera su amor por Ruth. Lo que empezó como algo hermoso ha crecido y se ha transformado en algo horrendo. Un caos negro, informe, de venganza y odio. Fuimos tan ingenuos, tan tontos al pensar que sus sentimientos hacia Ruth proporcionarían algún tipo de protección a Katie... Comienzan a pitarme los oídos cuando me doy cuenta de que también voy a perderla a ella.

Thorn me tira al suelo y me clava un pie en el estómago para mantenerme inmovilizada. Ash se le encarama a la espalda, pero Thorn se zafa de él sin apenas esfuerzo. Me retuerzo y sacudo como un pez fuera del agua, pero la fuerza gema impide que la bota ceda ni lo más mínimo. Aprieta el botón de la cajita negra. Dos pequeñas explosiones me perforan los oídos y una lluvia de esquirlas de cristal inunda el asfalto. Un resplandor naranja comienza a iluminar las ventanas de la iglesia, que parecen los ojos de una calabaza de Halloween.

—¡No! —grito—. ¡Katie no! —Nate está muerto. Alice me ha abandonado. Peor aún, me ha traicionado. La idea de ser la única superviviente de los cuatro me colma de una soledad tan intensa que creo que voy a implosionar—. No puedo perder también a Katie.

El asfalto me rasguña la parte trasera de los muslos y los omóplatos mientras continuo forcejeando con la bota.

—Haz algo —le grita Ash a Matthew.

—Esto no está bien, Thorn —dice Matthew.

Saskia llega corriendo hasta nosotros.

—No irás a permitir que su amiga se fría de verdad, ¿no?

Thorn ejerce tal presión con la bota que oigo que algo cruje en mi pecho.

—Nos han tendido una trampa.

Claro. Cree que Katie también lo ha traicionado. Por eso la quiere muerta.

—Ha sido Alice. —Mi voz comienza a apagarse, privada de aliento y esperanza —. Ha sido Alice quien te ha traicionado... Quien nos ha traicionado. Te juro que no ha sido Katie.

—Buen intento. Pero Alice no sabía lo del asalto a la Carnicería.

—Sí lo sabía. Pregúntale a Baba; por favor, pregúntaselo a Baba —consigo decir.

Thorn se ríe. Vuelve a apretar y oigo otro crujido, siento otra punzada de dolor.

—¿A quién, a la adivina? Predice el futuro, ¿en serio crees que iba a quedarse por aquí para ver nuestro espectáculo de fuegos artificiales?

Noto que el aire me inunda los pulmones, que la presión abandona mis costillas cuando Thorn levanta el pie. Pero el alivio dura poco. Me obliga a ponerme de rodillas, me aprieta los pómulos, me fuerza a mirar hacia la iglesia. Las llamas se abren paso hacia el exterior por las ventanas, como lenguas rojas y doradas que suben al cielo, retorciéndose y desplazándose en patrones siempre cambiantes de sombra y luz.

Me susurra al oído:

—¿Lo hueles, Florecilla? Tíranos una cerilla y todos somos idénticos. Gemas, impes, hermanos, amigos. Todos apestanos a cerdo asado y todos nos convertimos en polvo.

Me entran ganas de vomitar al pensar en Nate y Katie, en su piel ampollándose por el calor. Las llamas trepan cada vez más y envuelven la iglesia en rojos, dorados y humo. «No puedes perder también a Katie. Piensa, Violet, piensa». Recuerdo a aquel pelícano dorado que se sacrificaba arrancándose las plumas del pecho y la tinta de la carta de Katie se revuelve en mi interior, sus palabras me ocupan toda la mente: «El mundo todo es un teatro y los hombres y mujeres, meros actores». Y de pronto, sé qué papel debo desempeñar para salvarla.

—Tienes razón. —De algún lugar profundo saco la fuerza necesaria para hablar —. Te he traicionado. Les conté a los gemas lo del ataque. Yo puse la emboscada en marcha.

—¡No! —brama Ash—. Violet, ¿qué estás haciendo? ¡Te matará!

Sé que Ash está en lo cierto, pero sigo adelante de todos modos.

—Katie no tenía ni idea. No se lo conté porque me preocupaba que hubiera cambiado de bando. Me preocupaba que pudiera informarte de mi traición.

Thorn empieza a reírse y me aprieta la cara con tanta fuerza que apenas puedo respirar. Me obliga a mirar las llamas rojas y doradas.

—Sabía que habías sido tú, Florecilla. —Me tira de las mejillas de tal manera que se me tensan y se rasguñan, y me empuja hacia delante. Caigo de cabeza contra el asfalto. Me mira durante un instante, me mira de verdad—. ¿Creías que Katherine había cambiado de bando?

Consigo esbozar un gesto de asentimiento al mismo tiempo que escupo algo salado y caliente.

—Es rebelde hasta la médula.

Thorn contempla las llamas durante un instante, con el rostro teñido de ámbar, y después susurra algo que no alcanzo a oír. De pronto, comienza a mover las piernas con la urgencia de un hombre que está a punto de perderlo todo, corre a toda velocidad hacia la iglesia. Miro a Ash. «No puedo perder también a Katie». Debe de leerlo en mi rostro, porque, sin decir nada, me agarra de la mano y seguimos a Thorn.

Cruzamos las puertas de madera tan solo unos momentos después de Thorn. El humo es lo primero que me golpea —denso y espeso, me irrita los ojos y consigue que me ardan las fosas nasales—, seguido por un tufo extraño, acre, como el del impebús cuando le falla el motor, o el del whisky de papá, estancado en un vaso de cristal. Thorn ya no es más que una silueta, y la anchura de sus hombros le confiere el aspecto de una lápida que se alza entre la neblina.

Me aferro con más fuerza a la mano de Ash y ambos nos abrimos paso entre el humo hacia la nave principal de la iglesia. Veo que las llamas han destrozado los escritorios y la reja del coro. El pelícano dorado y el círculo de ángeles se han derrumbado. Pero nuestro camino permanece milagrosamente despejado de llamas.

Durante un instante, me quedo petrificada.

Nate.

Pensar en las llamas devorando su cuerpo minúsculo amenaza con paralizarme por completo. Pero me concentro en Katie, en su suave acento de Liverpool, en sus ojos verde guisante; contengo el aliento y fuerzo a mis piernas a moverse en dirección a esa lápida que es Thorn y a tirar de Ash hacia la torre.

Miro escalera arriba hacia la prisión de Katie. Thorn ya ha llegado a la puerta y, desesperado, está intentando abrirla. Me ve y grita una única frase sombría:

—La llave está echada.

Y está claro que él no la tiene. Las lágrimas me resbalan por la cara, empujadas por la desesperación y las partículas de humo. Me estoy planteando dejarme caer al suelo y llorar cuando un estruendo capta mi atención. La puerta reverbera, se comba hacia nosotros, repiquetea contra el marco. Me imagino a Katie, aterrorizada y atrapada, lanzando su peso contra los paneles de madera. Thorn hace lo mismo, y durante un breve espacio de tiempo, se enzarzan en una extraña cantilena de llamada y respuesta. Pero la puerta es robusta y, sin mucho espacio para tomar carrerilla, Thorn es incapaz de aprovecharse de su peso.

Ash tira de mí escaleras arriba, subiéndolas de dos en dos.

—Tu cuchillo —le grita a Thorn—. ¡Dame tu cuchillo!

La expresión de Thorn pasa del pánico a la suspicacia. Pero Katie sigue abalanzándose contra la puerta, y ese sonido le recuerda qué es lo que se está jugando. Se saca el puñal del cinturón y se lo entrega a Ash por la empuñadura.

Rápidamente, Ash se pone a manipular las bisagras de la puerta, utilizando la punta del cuchillo a modo de destornillador.

—Date prisa —grita Thorn.

Ash continúa trabajando con dedos ágiles y precisos, como si estuviera en la hacienda recogiendo manzanas o pelando guisantes. En menos de un minuto, ha quitado los seis tornillos. Entre los tres, movemos la pesada hoja de madera, la sacamos de los goznes y la apartamos del marco. Atravieso la abertura con tal ímpetu que estoy a punto de derribar a Katie al abrazarla. Me tomo un segundo para estrecharla entre mis brazos e inhalar el aire libre de humo de la habitación ocre.

—¡Violet! ¡Thorn! —Sus lágrimas me mojan el cuello—. Habéis venido a por mí.

—Tenemos que marcharnos —digo.

—Y ya —añade Thorn.

Katie mira a Ash.

—¿Quién es este?

—¡No hay tiempo, Katherine! —grita Thorn.

Supongo que Katie ve la urgencia dibujada en su rostro, porque, por una vez, no protesta. Bajamos la escalera a toda prisa y nos sumergimos en la niebla asfixiante. Me parecía imposible, pero las llamas se han intensificado y han convertido el edificio en una campana de cristal llena de humo. Abrasadora, ardiente e implacable. Volamos hacia la puerta protegiéndonos la boca con los brazos, con la piel refulgente y reblandecida por el calor. Siento que el incendio me ha chamuscado la lengua y la garganta. Intento contener la respiración, pero eso me hace toser, y cuanto más toso, más me arden y más aire parecen succionar mis pulmones.

Llegamos a la salida y echo un último vistazo atrás. Mi hermano pequeño yace muerto tras esa muralla de llamas.

—Adiós —le susurro al fuego.

«Adiós», contesta.

CAPÍTULO 43

Un estrépito gigantesco sacude el edificio. Me protejo la cara cuando una onda expansiva de calor y escombros impacta contra mí. Claro. Los rebeldes habían puesto más explosivos. La iglesia es casi toda de piedra, así que las flamas no tendrían mucho con lo que alimentarse una vez que acabaran con los enseres de madera. Nos alejamos de la puerta tambaleándonos, agarrándonos los unos a los otros, tosiendo y escupiendo.

Y de pronto Saskia y Matthew están a nuestro lado, envolviéndonos entre sus brazos y apartándonos del humo. Y cuando estamos lo bastante lejos para que el aire vuelva a refrescarnos la piel, todos nos dejamos caer al suelo, fascinados por las llamas, como si estuviéramos contemplando un desfile de cobras bailando al ritmo de una música oriental. El naranja se refleja en nuestros ojos. El cuartel general de los rebeldes ha desaparecido para siempre. Resulta extraño pensar, tras siglos y siglos de culto y humanidad, de guerra y tecnología, que algo tan primitivo como el fuego lo destruya todo. Y es imposible apartar la mirada, es como ver a un león capturando a una gacela: a pesar del horror y de la tristeza desgarradora, no puedes evitar admirar la imponente fuerza de la bestia.

Al fin, Ash se acerca a mí.

—Tenemos que largarnos.

Pero llega demasiado tarde. Yo llego demasiado tarde. Thorn no se ha olvidado de mi confesión anterior y, para cuando intento levantarme, ya se ha abalanzado sobre mí y me fuerza a arrodillarme de nuevo. Y vuelvo a pensar en el león, pero, ahora que yo soy la gacela, no siento ninguna admiración, solo dolor, humillación y el puto terror más intenso de mi vida.

—¡No! —grita Saskia—. Solo lo ha dicho para salvar a su amiga.

—Thorn, por favor —vocifera Katie.

Ash carga contra él, pero apenas logra causar algún impacto contra la fornida constitución de Thorn. Este se vuelve hacia Matthew:

—Sujeta fuerte a su novio. Quiero que lo vea bien.

Matthew retuerce el brazo de Ash detrás de su espalda y le susurra algo al oído. No sé qué es lo que le dice, pero basta para que Ash deje de forcejear.

—¿Estás lista, Florecilla? —pregunta Thorn.

Noto la frialdad del metal en la sien. No puedo respirar. Mi visión se llena de puntos blancos. Se me entumecen los labios.

Katie se planta delante de nosotros. Su cuerpo se superpone a la iglesia de tal

modo que parece que está envuelto en llamas, como si mi amiga fuera una especie de demonio aterrador. Tiende hacia nosotros las palmas de las manos y le clava a Thorn esa mirada tan suya.

—No tienes por qué hacerlo. Por favor, hazlo por mí, suéltala.

Oigo la voz de Thorn, rebosante de rabia y odio.

—Nos ha traicionado, Katherine. Les contó a los gemas lo del ataque contra la Carnicería, nos tendieron una emboscada en el Coliseo. Los condujo directos a nosotros... Debía de llevar encima algún dispositivo de rastreo. Mataron a docenas de los nuestros y apresaron al resto.

Katie continúa hablando con voz comedida pero firme. Su pelo se confunde con el rojo de las llamas.

—Violet jamás traicionaría a los impes.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque conozco a Violet. —Durante un instante, desvía la mirada hacia algún otro lugar y percibo una muy ligera alteración en su actitud serena—. He tenido mucho tiempo para pensar en las cosas que me contaste cuando estuvimos juntos en la celda —dice para cambiar de tema.

Thorn presiona el arma contra mi piel.

—¿Qué cosas?

—Las cosas que me contaste sobre Ruth.

—No la metas en esto, Katherine.

Pero Katie continúa hablando con suavidad.

—Al principio pensé que te recordaba a ella.

—Y así es.

—Sí, pero hay algo más, ¿no es cierto? La clave está en el tiempo... la ahorcaron hace casi veinte años.

Thorn no contesta, pero el temblor del arma me hace pensar que es posible que esté llorando.

—Aquel día no perdiste solo a Ruth, ¿verdad, Thorn?

Una vez más, Katie desvía la mirada hacia algo que está justo detrás de Thorn, como si estuviera observando... esperando.

—Para —le ordena él—. Para ya, Katherine, te lo estoy advirtiendo.

Ella da un paso al frente.

—Perdiste algo... o alguien... igual de importante.

Katie arrastra las palabras, intenta ganar tiempo. El cañón del arma se balancea contra mi cráneo. Mi respiración es cada vez más superficial, mi visión cada vez más borrosa, y mirar a Katie me resulta demasiado difícil porque las llamas me abrasan los ojos. Desvío la vista hacia Ash, hacia su maravilloso rostro irregular, y espero la paz y la calma de la nada. Pero hay algo detrás de esos ojos invernales que no responde a mis expectativas. No transmiten miedo, tristeza o rabia. Rebotan de esperanza. De entusiasmo.

Katie da un paso hacia nosotros.

—Pero la auténtica pista fue tu forma de mirarme —prosigue.

Me fuerzo a mirarla de nuevo. Parece muy empoderada, en perfecto control de la situación, y me doy cuenta de que durante todo el tiempo que yo he pasado en la mansión tratando desesperadamente de mantenernos a salvo, de devolvernos a casa, ella ha estado metida en esa habitación ocre tratando de hacer justo lo mismo. Dorándole la píldora al enemigo, reuniendo información, buscando grietas en la armadura. Da otro paso al frente, de modo que tapa las llamas por completo y solo alcanzo a ver el humo que mana a borbotones hacia el cielo.

Esboza una sonrisa suave, amable.

—Porque no me miras como un amante. Nunca lo has hecho. Siempre me has mirado como un padre. —Da un último paso, salvando la distancia que nos separa, y tiene una mano firme hacia Thorn—. Ruth estaba embarazada cuando murió, ¿me equivoco?

Pero Thorn no llega a contestar. Oigo un grito ahogado. Algo caliente, húmedo y con sabor a metal me entra en la boca. La pistola se aparta de mi sien. Me vuelvo y la veo rebotando sobre el asfalto. Entonces veo a Thorn. Se ha llevado ambas manos a la garganta, la sangre le mana a borbotones entre los dedos y le chorrea por los antebrazos. Cae de rodillas y me mira con fijeza, parpadeando a cámara lenta. Me imagino que oigo el clic acuoso de sus párpados superiores al conectar, por fin, con los inferiores: un par de lentes fotográficas que se cierran. Finalmente, cae de costado y la sangre comienza a acumularse alrededor de mis rodillas.

No vuelve a parpadear.

Saskia está de pie en el lugar que Thorn ocupaba, con un cuchillo ensangrentado en las manos. Y al fin entiendo que Katie no paraba de hablarle para que Saskia pudiera acercarse con sigilo hasta él. Tomo una enorme bocanada de aire; un ruido extraño y tembloroso escapa hacia la noche.

Saskia enarca una ceja.

—Por Dios, qué alto es el cabrón. Casi he necesitado una escalera para alcanzarle la garganta.

Pero la frenética agitación de su pecho se contradice con el tono despreocupado de sus palabras.

Katie se precipita sobre mí y me estrecha contra su cuerpo.

—¿Estás bien, Violet? Dios, creía que iba a matarte.

—Sí —consigo croar.

Ash y Matthew me ayudan a ponerme en pie. Ash me besa en la frente y me rodea con los brazos; tiene los ojos llenos de lágrimas de alivio.

—Estaba convencido de que estabas acabada.

Me limpio la boca y se me mancha la mano de escarlata.

Saskia enjuga su cuchillo y vuelve a guardárselo en el cinturón.

—Sangre gema, sangre impe... toda sabe igual.

Me doy cuenta de que distingo hasta el último de sus rasgos. El contorno marcado de su nariz, el color zafiro de sus ojos, la textura de su mancha granate, ligeramente ondulada como el papel crepé. Y eso solo puede significar una cosa: los reflectores de los helicópteros gema se acercan. Thorn nos ha costado un tiempo precioso. Tenemos que darnos prisa.

Levantamos la mirada hacia el cielo y vemos que un ejército de helicópteros está a punto de llegar. Unos borrones pequeños y oscuros caen hacia nosotros: una cortina de explosivos que penetran en la iglesia incendiada y lanzan más piedras y escombros en nuestra dirección. La detonación que se produce a mi izquierda levanta varios fragmentos de asfalto que me golpean las costillas. Otra descarga y el todoterreno estalla en llamas. Nos detenemos y observamos cómo nuestra ruta de escape desaparece bajo un manto de fuego.

Solo oigo como crujen y crepitan las llamas, el zumbido de los helicópteros, no oigo explosiones ni el estallido de pedazos de asfalto. Al principio pienso que se me deben de haber reventado los tímpanos, pero cuando alzo la vista veo que las bombas han dejado de caer.

Varios cables descienden hacia el suelo.

—¡Moveos, moveos! —grita Matthew.

No esperamos a ver bajar a las arañas, y tampoco esperamos a que la lluvia de balas nos roce los talones. Nos damos la vuelta y echamos a correr —tan rápidamente como nos lo permiten nuestros cuerpos maltrechos— hacia las serpenteantes calles laterales de la metrópolis.

CAPÍTULO 44

Corremos por la ciudad metiéndonos por callejones, deslizando nuestros cuerpos a través de pasajes estrechos. Las pisadas de los gemas y el traqueteo de las aspas de los helicópteros se tornan lejanos y exhaustos, incapaces de abrirse camino por la ciudad como los impes. Tal vez lleguemos al río a tiempo para que mis amigos —los cuatro— se pongan a salvo.

—Gracias por salvarme —le digo a Katie.

Me cuesta hablar y respirar al mismo tiempo.

—No iba a permitir que te disparara.

—¿Cómo sabías que Saskia iba a rebanarle el cuello? —le pregunto.

—Me enseñó su cuchillo y lo supe sin más. Thorn la apuñaló a ella una vez, me lo había contado él mismo, y supongo que Saskia no es de las que perdonan.

Sonrío, porque no es solo eso... Thorn no es el único con ansias paternas. Y la lealtad de Saskia y Matthew me despierta una cálida sensación en el pecho.

Nos escondemos bajo un tejado improvisado, un trozo de chapa corrugada sujeta a muy poca altura entre dos pilares de piedra. El barro me rezuma entre los dedos y resbala bajo mis rodillas.

—Bueno, ¿qué viene ahora? —pregunta Katie, que sale al descubierto y escudriña el cielo en busca de helicópteros—. ¿Es el trozo del río?

—Sí. —Los demás nos llevan demasiada ventaja para oírnos, así que la pongo al día mientras corremos—. Willow y Rose intentaron escapar cruzando el río en un bote de remos, y eso es lo que vais a hacer, los demás y tú. Podéis esconderos en la tierra de nadie hasta que me ahorquen mañana. Allí deberíais estar a salvo.

—Pero ¿a Willow y a Rose no los capturaron en el río?

Se tropieza con un montículo de hormigón.

—Sí, pero creo que tenéis tiempo para alcanzar la otra orilla antes de que lleguen los soldados.

Recupera el equilibrio y toma una gran bocanada de aire.

—¿Y qué hay de ti?

—Yo esperaré a los soldados sola.

—Parece arriesgado.

Tiene razón, así que no malgasto el aliento discutiendo, porque ahora mismo lo necesito demasiado. Han empezado a dolerme las piernas y noto la garganta irritada y caliente.

—¿Dónde está Alice? ¿Todavía follándose a Willow? —pregunta.

Siento que se me tensan los labios. Es una pregunta que no quiero contestar.

—No. Ya nos ha jodido bien a todos los demás.

—¿Qué quieres decir?

—Les ha revelado nuestros movimientos a los gemas; está intentando que me maten para que no pueda completar el canon y sacarla del País de las Maravillas.

Katie vuelve a tropezar, farfulla «La polla» y me coge la mano para mostrar su solidaridad.

—¿Estás segura? Alice puede ser un poco estúpida, pero yo diría que eso es ir demasiado lejos.

—Es la única explicación.

—¿De verdad? Es que me cuesta un poco creerlo. Debe de estar ocurriendo alguna otra cosa. —Niego con la cabeza, testaruda—. ¿Y dónde está Nate? —continúa.

Esta es la pregunta que más me temía.

—Muerto.

La palabra se expande y me invade el cerebro hasta hacerme perder el equilibrio.

—¡No! —parece más un grito que una palabra, tan agudo que hace que los demás se vuelvan para ver si estamos bien—. ¿Qué... qué ha pasado?

—Los gemas es lo que ha pasado.

Mi voz suena tan rabiosa, tan llena de odio, que me recuerda a Thorn. Corro al compás de los sollozos de Katie, incapaz de ofrecerle ningún consuelo porque mi corazón tan solo alberga amargura y resentimiento. Miro hacia la luna —gorda y redonda hace apenas unos días y ahora poco más que una astilla en el cielo— y juro mantener a mis amigos a salvo, llevarlos hasta la tierra de nadie antes de rendirme.

No permitiré que ellos también mueran.

La oscuridad es casi total, pero Saskia y Matthew recorren las calles con facilidad. Por segunda vez esta noche, me siento inmensamente agradecida por su ayuda: no creo que hubiera sido capaz de encontrar el camino hasta las barcas a pie.

Las bombas gema no han llegado hasta esta zona y los edificios emergen de la nada para bloquearnos el paso y desviarnos de nuestro camino. Los rodeamos, sin alejarnos de la peste a pescado, y mucho menos de la esporádica visión del agua.

—Por aquí —grita Saskia.

No intercambiamos ni una sola palabra, pero todos comenzamos a bajar hacia la orilla de forma simultánea. Es la misma bahía que en el canon: un saliente de piedra que esconde una zona de cieno. Encontramos la minúscula flota de botes de remo acomodada en el barro bajo cubiertas de lona. El olor me recuerda a cuando iba de acampada con mis padres y Nate. La cara de mi hermano, rubicunda y rosada bajo la luz de la hoguera, un reguero de nube de azúcar derretida resbalándole por la barbilla. El agujero negro amenaza con reaparecer, así que me trago las lágrimas y me concentro en la tarea que tengo entre manos: ayudar a Saskia a poner antorchas en los botes vacíos.

—Señuelos —dice Saskia, y empujamos los botes hacia el río.

—Gracias —consigo decir con la respiración entrecortada— por lo que has hecho en la iglesia.

Saskia se frota la clavícula, el lugar donde Thorn le clavó un cuchillo hace muchos años.

—Llevaba un tiempo buscándoselo. No ha tenido nada que ver con ayudaros a ti y a los idiotas de tus amigos, ¿lo sabes, no?

—Lo de la trampa no ha sido cosa mía —digo mientras contemplo el balanceo de las antorchas a lo lejos, como fuegos fatuos o calabazas de Halloween.

—Pues claro que no. Eres una puta inútil. —Solo queda un bote—. ¿Estáis listos, chicos?

—Sí —contesta Ash.

No les digo que voy a quedarme en la orilla, no tengo tiempo de explicárselo ni de discutir. Y además soy incapaz de soportar la idea de despedirme de Ash. Ya he tenido que decirle adiós a Nate, y ya es más que suficiente para mi corazón lacerado. Comenzamos a chapotear con el agua a la altura de las rodillas. Saskia y Katie se encaraman al bote y la madera cruje y resbala bajo sus botas. Katie se sienta en la popa y se las ingenia para dedicarme una sonrisa, a pesar de que el verde de sus ojos parece apagado y desfallecido.

Yo jugueteo con la cuerda mientras Ash y Matthew se apoyan sobre la proa. El lodo desaparece bajo la quilla del bote, que comienza a mecerse libremente. Ash y Matthew suben a la barca salpicándome la cara y las manos con agua fría. Ash se inclina hacia fuera y me tiende la mano. Oigo el rugido monótono, oceánico, de los helicópteros gema. Llegan pronto. No, no es cierto: el tiempo que ganamos recorriendo las cloacas se perdió cuando Thorn intentó matarme y el todoterreno estalló.

Hago caso omiso de la mano de Ash y sigo empujando el bote. El agua me llega hasta la mitad del muslo.

—Venga, Violet —me dice.

El ruido de los helicópteros se intensifica, el agua me llega a la cintura, y yo me limito a seguir empujando.

—Ya cubre bastante —anuncia Saskia.

La corriente me hace perder el equilibrio. Pero no dejo de empujar.

—Buena suerte, Violet —dice Katie con una voz pequeña y temblorosa bajo el cielo nocturno.

—Tú no te mueras, ¿vale? —contesto.

Asiente.

Ash intenta alcanzarme y está a punto de volcar la barca con su peso. Le agarro la mano y lo miro a los ojos para contemplar por última vez el azul más pálido que veré en mi vida.

—¿El secreto que te he estado ocultando?

La confusión le oscurece el rostro.

—¿Sí?

Sonrío.

—Siempre has sido tú.

Y con un último empujón, los veo alejarse con la corriente.

CAPÍTULO 45

—¡Violet, Violet!
Oigo que todos gritan mi nombre. Oigo el roce de la madera contra el metal cuando los remos encajan en los escálamos, el chapoteo frenético del agua cuando intentan darle la vuelta a la embarcación y seguirme.

—¡Violet, espera!

Los ignoro y me vuelvo para regresar a la orilla. Los helicópteros están a punto de llegar y acelero el ritmo braceando como una loca. El río reluce como un charco de asfalto, a duras penas alcanzo a distinguir el reflejo de las estrellas, distorsionado y borroso por mis movimientos.

—Por favor, Violet, te matarán.

Unos enormes aros de luz aparecen a mi alrededor. Levanto la cabeza y veo rayos blancos que horadan la oscuridad. Los helicópteros. Hasta que los he visto, no estaba totalmente segura de si vendrían. Puede que Alice también les haya revelado esta ubicación, o tal vez vuelva a ser cosa del canon, que me persigue, que me arrastra hacia el patíbulo.

Solo tengo que conseguir que me arresten. Así, con un poco de suerte, los soldados no se preocuparán por el pequeño bote de madera que flota en el río. Es a mí a quien quieren, gracias a que Howard Stoneback está muerto. Me consuela que los aerodeslizadores no hayan llegado todavía. Jamás olvidaré el momento en que los vi en la película. Discos negros, brillantes, suspendidos en el cielo como piedras y generando un zumbido grave que atravesó el sofá y me recorrió la parte trasera de las piernas. Arrancaron a Rose y a Willow de su botecito con unos tentáculos largos, metálicos... Me cagué de miedo. Pero los aparto de mi mente y me repito las mismas palabras una y otra vez, estrechándolas contra mi cuerpo como si fueran un chaleco salvavidas: «No permitiré que ellos también mueran. No permitiré que ellos también mueran».

Llego a la orilla. Creo que lo he logrado. Pero la alegría de salvar a mis amigos queda completamente eclipsada por el miedo de enfrentarme a los soldados gema. Comienzo a correr por la ribera, agitando los brazos, tratando de atraer la atención de los gemas.

—No disparéis —grito—. Me rindo.

Me quieren viva, al menos por ahora, pero aun así me entran ganas de vomitar cuando veo las pistolas.

Oigo un disparo. No sé quién ha disparado primero, si los soldados gema o mis

amigos desde el bote. Da igual. Una vez que las balas comienzan a volar, pierdo el control de la situación. Me vuelvo y veo que una bala alcanza a Matthew. Cae por un costado de la embarcación como si fuera un saco de arena y la vuelca. Todos los ocupantes del bote caen al agua y se ven arrastrados hacia el fondo del río. Me olvido de los soldados: solo sé que tengo que llegar hasta Matthew. Está herido y hundiéndose. Pero entonces me asalta otro pensamiento todavía más aterrador, aún más paralizante. Los impes no saben nadar. Y eso quiere decir que lo más probable es que Ash se esté ahogando en este preciso instante.

Echo a correr hacia el bote volcado y me tiro al agua. Tomo una larga bocanada de aire y cierro los ojos con fuerza justo antes de que un millar de clavos me taladren el cráneo. Puede que el río parezca asfalto, pero no cabe duda de que es agua, helada, infinita. Sacudo las piernas y me obligo a girar las caderas para impulsarme hacia arriba. La superficie se rompe sobre mi cabeza y tomo otra enorme bocanada de agua. Por un momento, me siento desorientada. No veo nada, ni las estrellas, ni las antorchas, ni a los soldados. Pero sí oigo. Disparos amortiguados, el eco de mi propia respiración, el chapoteo del agua. Braceo y mis manos chocan contra algo sólido. Me doy cuenta de que he emergido bajo el bote volcado.

—¿Violet?

Oigo a Katie a mi lado, jadeando y flotando en el agua.

Cuando los ojos se me acostumbran a la oscuridad, atisbo a Saskia, aferrada al asiento invertido y sujetando el bote como si fuera un escudo gigante. Tiene la cabeza sumergida bajo el agua, hasta que Katie vuelve a levantársela pasándole un brazo por debajo de la barbilla.

—Los impes no saben nadar. —Escupo agua—. Quédate con Saskia.

Me zambullo de nuevo en el frío y avanzo entre las tinieblas sin tener muy claro qué es hacia arriba y qué es hacia abajo, nadando mecánicamente en círculos y tendiendo las manos hacia formas imaginarias. Pero no hay rastro de Ash. Ni de Matthew. Solo fantasmas grises, acuosos. Tengo la sensación de que están a punto de estallarme los pulmones y sé que necesito más oxígeno con urgencia, pero el pánico me empuja a seguir adelante dando vueltas, buscando, tanteando en la oscuridad.

Una luz intensa se abre camino hasta el último rincón de las tinieblas, como si los ángeles hubieran agujereado las nubes para permitir que los cielos las atravesaran. El mundo sumergido ya no está oculto. Veo todas y cada una de las ramas hundidas, de las piedras limosas, de las algas que ha arrastrado la corriente, me veo las manos, pálidas y desesperadas ante mí.

Al primero que diviso es a Matthew. Está inmóvil. Su piel caoba ya forma parte del lecho del río, sus ojos inertes parecen dos perlas de agua dulce. Una nube oscura brota del agujero que tiene en el pecho. Y a pesar de que esto no es lo que quería, de que es lo último que deseaba, me siento agradecida. Porque solo tengo un par de brazos y ahora ya no tengo que elegir a quién salvar.

A continuación veo a Ash, suspendido en el agua, agitándose, luchando contra un

monstruo marino invisible. Sus manos provocan espirales de burbujas y el pelo negro se le extiende como un halo alrededor de la cara pálida y magullada. Nunca lo había visto tan asustado, y durante una milésima de segundo siento que el amor me inunda por completo. Unos instantes después, llego hasta él, le coloco las manos debajo de las axilas y emprendo el regreso hacia la superficie.

Emergemos bajo la luz celestial, tosiendo y escupiendo. Le doy la vuelta para que mire hacia el cielo, le pongo un brazo debajo de la barbilla y empiezo a nadar en dirección al bote. Percibo un ruido extraño, un siseo grave, insistente, que se combina con los accesos de tos de Ash. La superficie del río comienza a ondularse hasta donde me alcanza la vista, el agua prácticamente vibra, las gotas se despegan de ella y se elevan como si estuviera lloviendo al revés.

—Violet —consigue decir Ash.

Creo que está intentando advertirme porque él ya ha visto lo que yo no alcanzo a distinguir.

La luz no tiene nada que ver con los ángeles.

Tiene que ver con las cuatro piedras relucientes que se ciernen sobre nosotros.

Después llegan los tentáculos, que me asustaron cuando leí el libro, me dieron miedo cuando los vi en la tele y me aterran en la vida real. Un brazo motorizado serpentea por el aire con movimientos firmes, sinuosos. Intentar escapar no tiene el menor sentido, pues se mueve demasiado rápido. Una enorme manilla de metal se ciñe en torno a la cintura de Ash y lo arranca del agua con tal brusquedad y velocidad que ni siquiera puedo mirarlo a la cara por última vez. Ahora flota en las alturas, una versión diminuta de sí mismo, y desaparece en el interior del vientre del aerodeslizador.

Me mezo durante un instante, completamente sola, solo hay agua, pánico y luces cegadoras. El segundo brazo sale de la nada, llega zigzagueando por el río como una víbora de agua mecánica. Un subidón de adrenalina, una oleada de terror. Se cierra a mi alrededor como un cepo y me deja sin aire en los pulmones; me levanta con tal rapidez que me cruje el cuello. El viento se cuele a través de mi ropa mojada, y veo que, más abajo, el bote se encoge hasta alcanzar el tamaño de un juguete. Saskia y Katie continúan escondidas. Al menos de momento están a salvo.

El brazo me introduce en el aerodeslizador y me tira al suelo. Antes de que me dé tiempo a recuperar el aliento, un equipo de guardias se lanza sobre mí, me pone los brazos a la espalda y me esposa tanto las muñecas como los tobillos. No me molesto en forcejear. Me limito a buscar a Ash, desesperada. Lo localizo: es un guiñapo que chorrea río sobre el suelo.

La escena es idéntica a la del canon, solo que los que escupen fango sobre la cubierta de metal no son Rose y Willow, somos Ash y yo. Oigo el zumbido de un walkie-talkie. «La tenemos, señor. A ella y a otro mono de las alcantarillas, por si fuera poco».

Lo he conseguido. El canon vuelve a estar encauzado. Mañana, me ahorcarán.

Pero no experimento alivio, ni sensación de logro. Porque justo antes de notar el pinchazo de una aguja hipodérmica en el cuello, justo antes de perder la conciencia, oigo que el walkie-talkie escupe su respuesta. «Buen trabajo. Un número doble para el baile del ahorcado».

Mañana no seré la única que penda de la cuerda.

«Ash no —intento decir—. Ash no». Pero mi lengua no es más que un pedazo de carne inmóvil que me llena la boca.

CAPÍTULO 46

Me despierto sola, con sabor a tierra en la boca. Los restos de varias pesadillas nadan por mi cabeza: sangre que se dirige hacia mí sobre el suelo de hormigón, dos perlas de agua dulce que me miran con fijeza desde el lecho del río, serpientes metálicas que avanzan por el agua. Abro los párpados y mis ojos tratan de enfocar las paredes de una sala blanca, estéril. Una celda, similar a la que se encontró Rose al despertar. Intento sentarme, pero no tengo fuerza suficiente en los brazos. No son pesadillas, son recuerdos. Las imágenes continúan rondando mi línea de visión, transparentes y etéreas, como si estuvieran impresas en la más fina de las sábanas de seda.

Se abre la puerta y entran un par de guardias. Depositán varias cosas a mi lado: una toalla, una bebida caliente, un vestido de fiesta blanco, una bandeja con comida. Salen de la celda y cierran la puerta. Pronto conoceré al presidente Stoneback, el hombre que consigue que Thorn parezca Papá Noel y a cuyo sobrino vi morir en el escondite. Cierro los ojos y respiro profunda y regularmente.

La comida huele muy bien, como la cena de Navidad y una tarta de cumpleaños al mismo tiempo. Es comida de verdad. Caigo en la cuenta de que no he comido nada desde el trozo de pan de ayer, y aunque no debería ser capaz ni de tocar una miga, los jugos del estómago comienzan a agitarse. Así que me arrodillo delante de la bandeja y me embuto la comida en la boca como si estuviera de nuevo en casa de Ma.

Echo un vistazo en torno a la celda, poco acostumbrada a la sensación de tener el estómago lleno. Hay un aseo pequeño en un rincón. Limpio, reluciente y con aroma floral. Me acerco a él tambaleándome y, durante un rato, me quedo sentada en el suelo, esperando a que la comida reaparezca, encontrando algo de consuelo en la dureza de los azulejos. Pero al cabo de un rato la náusea se desvanece. Me fijo, por primera vez desde que me he despertado, en que tengo la ropa pegada a la piel como una fina capa de hielo, y aunque no puedo parar de temblar, aunque mis pensamientos están confusos y respiro de forma entrecortada —los primeros síntomas de la hipotermia se hacen notar—, retraso el inevitable momento de desvestirme. Porque sé que me estoy precipitando hacia el clímax, el final del canon. Y tal vez regrese a casa, tal vez provoque una revolución y me convierta en esa florecilla que trae la esperanza a los impes. Pero también van a ahorcar a Ash. Él no volverá a casa. Él solo morirá. Las lágrimas se me acumulan en las comisuras de los ojos, pero sé que tengo que pensar con claridad si quiero asegurarme de que Ash sobrevive. Así que me obligo a quitarme la ropa y a ponerla en la cápsula de secado.

Me meto en la ducha. Al principio, el agua me escalda, como un centenar de hierros diminutos marcándome la piel. Pero el dolor disminuye y siento que el calor me atraviesa la carne y que poco a poco me va alcanzando los huesos. Despacio, el cerebro comienza a funcionar de nuevo. Me tomo algo de tiempo para intentar desenmarañar la confusión. La emboscada, el escondite... la traición de Alice.

Mis pensamientos se desvían hacia el nudo corredizo y la trampilla voladora. Me preguntó cuánto dolerá. Si seré consciente de la presencia de Ash, cuyas piernas darán vueltas junto a las mías mientras se les escapa la vida. Y no estoy muy segura de si Baba tenía razón, de si funcionará que me ahorquen: en un momento dado la vida se me escapa entre estertores, y al siguiente estoy tirada sobre un montón de escombros de regreso en la Comic-Con o puede que tumbada en una cama de hospital. Ahora que estoy duchándome en un búnker militar, preparándome para que me ahorquen, todo me parece un poco inverosímil.

Las preguntas se multiplican al mismo ritmo que el pánico y se descontrolan. ¿Se despertarán Katie y Alice a mi lado? ¿Y si Alice trata de poner a Willow en mi contra de nuevo? ¿Y si Willow no confiesa su amor y el canon no se completa? ¿Moriré de verdad y Katie y Alice se quedarán a vivir en este mundo para siempre? ¿Y qué hay de Nate? Mi hermano pequeño, tan divertido, listo y excéntrico... ¿Se despertará él también? Las preguntas se acumulan en mi interior hasta que comienzo a sentir la piel tirante y a punto de resquebrajarse. Salgo de la ducha y me seco con la toalla hasta que me escuecen todas y cada una de las magulladuras: una distracción que agradezco.

Sé que debería ponerme ese vestido blanco y limpio, pero frunzo la nariz y me visto con el mono. Apesta a la ciudad, pica como un demonio y está tieso por culpa de la mugre y la sangre seca —la mía, la de Ash, la de Thorn, la de Nate—. Pero hace que me sienta más segura. No sé cuánto tiempo paso sentada en el borde de la cama, con la mirada clavada en el techo blanco, deseando que sea un cielo lleno de burbujas y que Nate esté a mi lado gritando «Más burbujas, Violet, más burbujas, por favor».

Empiezo a preguntarme qué me dirá el presidente. Recuerdo su conversación con Rose. La trató con tanta condescendencia que me entraron ganas de darle una bofetada. «Vaya, vaya, pero si es Rose, la hermosa e intrépida impe rebelde, la chica que le ha robado el corazón a Willow Harper solo para perder el suyo a cambio. Por favor, ven a sentarte conmigo». Pero ahora ya puedo olvidarme del guion. No tendría sentido, teniendo en cuenta que me han sacado del río en compañía de Ash, no de Willow.

Por fin vuelven los guardias. Me escoltan por un pasillo largo, estéril, que huele a lirios y a productos de limpieza. Veo una puerta de madera, grande, muy vigilada y engalanada con los colores de la bandera gema. Me enjugo los ojos por costumbre, pero no tengo lágrimas. Mi cuerpo ha perdido hasta la última gota de líquido. Doy pasos pequeños, titubeantes, en dirección a la puerta, medio a la espera de que se me partan las articulaciones, de que mi cuerpo se desintegre con el impacto.

Los guardias abren la puerta y lo veo. El hombre del canon. La némesis de Rose. El presidente gema. Está recostado en una silla butaca de cuero bebiendo de una taza de porcelana.

Esboza su sonrisa de plástico y dice:

—Vaya, vaya, pero si es Rose, la hermosa e intrépida impe rebelde, la chica que le ha robado el corazón a Willow Harper solo para perder el suyo a cambio. Por favor, ven a sentarte conmigo.

Separo los labios, pero estoy demasiado aturdida para poder hablar. Esas frases son las del canon. Las mismas que le dijo a Rose cuando la conoció. ¿Cómo es posible que el presidente se haya enterado de lo de Willow? No sé qué hacer ni qué decir, de manera que sigo el canon a pies juntillas y me obligo a pronunciar mis frases:

—Willow. ¿Dónde está?

—De vuelta en la mansión, lamiéndose las heridas. No te preocupes, volverás a verlo. Como no podía ser de otra manera, mañana asistirá a tu ahorcamiento.

Una vez más, el presidente sigue el guion. Debe de haber descubierto de algún modo que Willow me ayudó a escapar de la emboscada. Digo mi siguiente frase, sin saber qué otra cosa puedo hacer.

—No, por favor.

El presidente sonrío.

—Venga, Violet, eres capaz de pronunciar tus frases con más chispa.

Al principio, pienso que debo de haberlo entendido mal. El agotamiento, los nervios y los restos del sedante.

—¿Cómo?

—Vaya, perdona, ¿me he saltado el guion? —Se vuelve hacia un soldado—. Teniente, por favor, sírvale un poco de té a nuestra invitada. A fin de cuentas, ha hecho un viaje muy largo para acompañarnos.

El mundo parece empequeñecerse. Todo lo que me rodea —la mesita de café, los marcos de fotos, los jarrones de lirios— queda reducido a una colección de fruslerías. El teniente me pasa el té y me coloco el platito sobre el regazo. El líquido oscuro comienza a temblar.

—No sé a qué se refiere —digo al fin.

—Conmigo no tienes que hacerte la tonta, Violet. Eres la nueva protagonista, ¿me equivoco? La apuesta heroína de tu cuento favorito. —Me mira de arriba abajo—. Y una heroína bastante convincente, la verdad.

Lo miro fijamente, boquiabierta.

Vuelve a esbozar su extraña sonrisa plástica.

—Y también conozco a la mujer sin rostro.

—Baba.

Pronuncio su nombre y de pronto todo encaja. Asiente.

—Unas habilidades premonitorias espectaculares, sabe dónde vas a estar antes

que tú, Violet. Y qué poderes psíquicos, ¡un topo que puede visitarme en sueños! Puede que parezca un adefesio, pero es gema hasta la médula.

Un revoltijo de emociones negro y feo me sube por la garganta. Baba es quien les ha contado a los gemas lo del ataque a la Carnicería, lo del escondite, lo de la huida por el río. Baba nos ha traicionado. Baba ha matado a Nate. Mi taza de té comienza a tintinear en el plato.

—Pero en el canon...

—¿Ella estaba de parte de los impes?

—Sí.

—¿No te has dado cuenta? El «canon», como tú lo llamas, no es más que un armazón, el esqueleto sobre el que hemos acomodado nuestro rico y detallado universo.

Frunzo el ceño. Ahora mismo, pensar duele mucho, como si me estuviera arrancando los pensamientos del interior del cerebro.

—¿Te ha contado lo de nuestro universo, lo del libro?

—Sí. Hace mucho tiempo que lo sé, muchísimo.

Mis preguntas comienzan a expandirse. Casi puedo ver los desgarrones que me aparecen en los dorsos de las manos, en las muñecas, cómo se me tensa la piel a causa de la presión que ejercen.

—Pero Baba lo descubrió hace más o menos una semana, cuando me vio por primera vez en la iglesia.

Ríe para sí y toma un sorbo de té.

—Se hizo la tonta. Hace años que lo sabe. Desde que *El baile del ahorcado* se publicó por primera vez.

—No... no lo entiendo.

—Ya me lo imagino. A tu pequeño cerebro de simia va a costarle asimilarlo todo. —Se levanta y se encamina hacia una ventana pequeña, cubierta por una cortina esmeralda. Tira de una cuerda y la cortina se abre. No es una ventana, sino un retrato. De Sally King—. La pinté de memoria. Baba nos presentó en un sueño. Sabes quién es, ¿verdad? —Asiento—. Me pareció apropiado que velara por mí. Al fin y al cabo, ella me creó.

Se queda mirando el cuadro y una suavidad desconocida matiza su voz.

—Sé que, de alguna manera, su universo, tu universo, creó el nuestro... Baba lo llamó el poder de la conciencia colectiva.

—¿La conciencia colectiva?

—Sí. Cuando un grupo de personas comparte las mismas creencias, las mismas ideas...

—¿Te refieres al *fandom*?

—Sí, podrías llamarlo así. De hecho, llamémoslo así. El *fandom*... suena mucho mejor. Bueno, el caso es que la energía del *fandom* creó algo... Algo real. —Traza un círculo con la mano, un ademán teatral—. ¡Esto!

Se inclina sobre la mesa y mete un dedo en su taza de té. Todavía humea, pero no se inmuta. Traza un círculo sobre la mesita del café con el dedo húmedo.

—Baba te contó que una historia es un ciclo vital. Del nacimiento a la muerte.

Intento decir que sí. Me mantiene la mirada con los ojos vidriosos.

—Pues esto es lo que tenemos aquí. Un ciclo interminable. Un bucle infinito... Lo sé porque estoy atrapado en él.

Vuelve a sumergir el dedo en el té y dibuja una serie de líneas en torno al círculo, de modo que ahora parece la esfera de un reloj.

Me hace pensar en las marcas de las cloacas y en la cara de Nate, iluminada por el entusiasmo mientras seguía la pintura amarilla. Noto unas palpitaciones en el pecho que me dificultan la respiración. Pero el presidente sigue adelante. Señala la línea superior, la de las doce.

—El comienzo del bucle. Aquí. Estoy sentado en mi despacho. Recibo la noticia de que una bomba cardo ha estallado en el baile del ahorcado. «Varios rebeldes han liberado a los impes condenados, me dicen, nada de lo que preocuparse, señor». —Avanza hasta la línea de las tres—. Aquí me informan de que Willow Harper ha desaparecido. «Los rebeldes están implicados, nada de lo que preocuparse, señor». Lanzamos una partida de búsqueda. —Traslada el dedo hasta la parte inferior del círculo. Las seis en punto—. Aquí arrestan a una rebelde presumida llamada Rose. —Llega a las nueve en punto. La urgencia lo hace elevar la voz—. Me reúno con ella en mi despacho, no muestra arrepentimiento alguno. Pienso en lo adorable que estaría colgando de una cuerda. —Acerca el dedo a la primera línea, la de las doce—. Veo cómo cuelgan a esa zorra, la muchedumbre se inquieta y destroza el patíbulo, y entonces... Pam. —Vuelve a clavar el dedo en la parte superior del círculo—. Estoy de nuevo en mi despacho, enterándome de lo de la bomba cardo como si acabara de ocurrir.

Una vez más, mete el dedo en el té y repasa el círculo, que estaba a punto de desvanecerse.

—Al principio dudo de mi salud mental. Soy el presidente, estoy bajo mucha presión. Me tomo unas cuantas pastillas y sigo delante de nuevo como si no pasara nada. —Continúa trazando círculos sobre la mesa, cada vez más rápido—. Conozco a esa zorra, la veo ahorcada, el patíbulo cae y entonces, pam. —Aprieta tan fuerte que juro que veo un poco de sangre mezclada con el té—. Despacho. Bomba cardo. La zorra colgada. El patíbulo cae. Pam. —Continúa trazando el círculo cada vez más deprisa, hasta que se tiñe de rojo por completo—. Despacho. Bomba cardo. La zorra colgada. El patíbulo cae. Pam.

Grita de frustración y vuelve a la mesa. El estruendo de la madera al rebotar contra el suelo y de la porcelana al hacerse añicos retumba en la habitación. Me quedo paralizada. Solo muevo el pecho en una serie de jadeos superficiales. Se vuelve hacia mí, con los rasgos del rostro dispuestos en una sonrisa tan banal que me cuesta creer que haya sido capaz de tal arrebato.

Entonces vuelve a hablar con voz suave y calmada.

—Atrapado en un bucle, en un ciclo, incapaz de liberarme. Es una pesadilla, Violet.

El teniente recoloca la mesa en silencio mientras el presidente se alisa la chaqueta. Y justo antes de que Stoneback se estire las mangas, le veo una marca minúscula en la muñeca: un lunar negro con un agujero en el centro, como una especie de aro diminuto.

—Entonces, cada vez que la historia termina, ¿comienza de nuevo? —pregunto.

Asiente. Noto que el fantasma de la esperanza me pesa en el pecho. Hace que me envalentone un poco. Me lamo el dedo y emborrono la sangre del presidente en la marca de las doce.

—Y cuando la historia se reinicia, ¿qué les ocurre a las personas muertas?

—Renacen.

Se me escapa una carcajada temblorosa. Ash renacerá. Matthew renacerá. La esperanza crece de repente, estalla en mi interior como algo tangible y cálido.

—¿Mi hermano?

Pone un dedo sobre el mío y lo desliza hacia mí. La mezcla de su sangre y mi saliva forma una línea delgada.

—Tu universo no es cíclico, es lineal. Si tu hermano ha muerto en esta realidad, en *El baile del ahorcado*, no volverá a renacer, ni en este universo ni en el tuyo.

El dolor me atenaza la garganta.

Levanta el dedo y vuelve a sentarse con una postura erguida y formal.

—Supongo que te estarás preguntando por qué yo recuerdo este bucle cuando todos los demás ocupantes de mi mundo permanecen felizmente ignorantes.

En lo único que pensaba era en Nate, en sus ojos brillantes y su sonrisa de elfo, pero digo que sí de todas formas.

—Algunos de los gemas estamos demasiado mejorados. Como esa vieja adivina a la que tanto cariño le tenías. Para ella el resultado fueron sus habilidades psíquicas, pero otros acabamos con memorias optimizadas. Los mejores científicos, los mejores ingenieros, los políticos más importantes. Recordamos los ecos, los reflejos, todo... Hasta el último de los malditos bucles. Y estamos hartos de eso. Se supone que la vida se mueve, avanza. —Contempla con tristeza el círculo de sangre—. Y no podemos cambiar la historia, no podemos hacer nada, maldita sea, porque si el bucle fallara las consecuencias podrían ser funestas. Es un riesgo que todavía no estamos dispuestos a asumir.

Me clavo los dedos en la cabeza como si pretendiera llegar al cerebro y desembrollar toda la información acumulada en él.

—Pero si te creó el *fandom*, ¿cómo es posible que tengas una infancia, un pasado? No tiene sentido. Tu existencia solo podría haber empezado cuando comenzó la historia.

—Hay muchas paradojas implicadas en la resonancia cuántica transdimensional

que no espero que tu cerebro de simia comprenda. Puede que una analogía ayude. Otro bucle infinito: el huevo y la gallina.

—Qué fue primero... —susurro.

Baba empleó esa misma analogía; ya entonces se estaba burlando de mí.

—Sí. Muy bien. Te daré un plátano. ¿El *fandom* nos creó a nosotros o nosotros creamos al *fandom*? ¿El libro nos creó a nosotros o nosotros creamos el libro? No importa. Es una pregunta que no puede resolverse. Ambas respuestas son verdaderas porque nuestros universos son simbióticos. Los gemas tenemos infancias, tenemos historia, incluso compartimos la historia con tu universo. Pero el tiempo fluye de una manera distinta en el nuestro.

—No lo entiendo.

Me siento muy estúpida. Ojalá Nate estuviera aquí: se pondría en plan Sheldon Cooper y lo entendería. Siento su pérdida con una gran intensidad, un vacío donde debería estar mi corazón.

—Ya, supongo que no.

Me trago las lágrimas e intento ralentizar mi respiración.

—Entonces, ¿qué hago aquí? —pregunto al fin.

—Es lo que suele ocurrir con las superrazas genéticas: si nos dan el tiempo suficiente, podemos resolver la mayor parte de los problemas. Hemos concebido una forma de traspasar el estrato que separa nuestros universos. Una forma de llegar hasta ella.

Señala el retrato de Sally King.

—Pero... Sally King está muerta.

—Ahora sí. Pero no lo estaba. ¿Recuerdas cómo murió?

—Se suicidó.

—Porque oía voces en su cabeza. —Se da unos golpecitos con un dedo largo y elegante en la sien—. A veces los locos no están verdaderamente locos.

—¿La voz eras tú?

Asiente.

—Intenté convencer a la señorita King de que escribiera una secuela y rompiera el bucle.

Observo el rostro de Sally, la tristeza tras esas gafas descomunales.

—¿Tú la mataste?

Siento una rabia, un odio incontrolado hacia este hombre. Por Sally, por Nate, por Matthew, por todos los impes que ha asesinado. Me llevo la taza de té a los labios para impedirme hablar, me da miedo ponerme a gritar, chillar o soltar palabrotas.

—No intencionadamente. Era nuestra única esperanza. El problema fue que, cuando empezó la secuela de *El baile del ahorcado*, tuvimos diferencias artísticas. —Sonríe para sus adentros—. Quería que los impes se impusieran. Yo no. Me temo que tal vez la presioné demasiado.

—¿Murió protegiendo el futuro de los impes?

Vuelvo a acordarme del pelícano que da vida con su propia sangre y una sonrisa breve me roza los labios. El presidente hace caso omiso de mis palabras.

—Pero entonces surgió una nueva esperanza. Una prometedora escritora de *fanfic*.

Una imagen nítida se forma en mi mente. Unas piernas bronceadas enredadas alrededor de unas piernas bronceadas, casi como dos tallos entretejidos que se bifurcan en dos flores distintas. Los amantes dormidos —las dos flores— prácticamente forman la silueta de un corazón. Me llevo la mano al colgante y entonces recuerdo que lo rompí. Mi mejor amiga, la escritora de *fanfic*, la hermosa impe enamorada de un gema. Pronunciar su nombre es casi doloroso.

—Alice.

El presidente hace un gesto de asentimiento.

—Anime Alice. Gracias a ella creció un nuevo *fandom* que albergaba la promesa de una historia nueva, de una existencia más allá de este bucle eterno. Sentíamos la presencia de ese nuevo *fandom*. Empezamos a notar cambios minúsculos en el canon, que aparecían personajes nuevos, que había pequeños fallos aquí y allá. Por desgracia, nada lo bastante espectacular como para alterar nuestro futuro, para romper el bucle. Pero imagina que esa Alice escribiera una secuela, una historia publicada que llegara a un público totalmente nuevo. Tendríamos un *fandom* lo bastante fuerte para romper el bucle. Tendríamos un futuro.

—Tendríaís otro libro... otro bucle.

Aplaude, larga y pausadamente.

—Debes de ser una de esas simias inteligentes que pueden comunicarse por signos y hacer gracias para conseguir cacahuetes. No. Lo que tendremos será una oportunidad. ¿Quién sabe qué ocurrirá una vez nos liberemos? Tu lógica de A más B igual a C está bastante anticuada.

Me doy cuenta de que he vuelto a fruncir el ceño, oigo el tintineo de la porcelana contra la porcelana porque continúan temblándome las piernas.

—Entonces ¿por qué estoy aquí?

—Nos dimos cuenta de nuestro error cuando Sally King murió. Sally era proimpe, claro está. Ella era una impe, en vuestro universo todos lo sois. Y pedirle que fuera progema no funcionó, evidentemente. Necesitábamos que Alice viviera como una gema, que se convirtiera en uno de nosotros, que aprendiera lo animales que en realidad son los impes. Así que ahora, cuando regrese a vuestro mundo y nos escriba nuestra secuela, no recordará su pequeña aventura, pero será una gema de los pies a la cabeza. Creará un futuro en el que a los gemas nos guste vivir.

Se me empieza a revolver el estómago.

—¿Fuiste tú? ¿Tú nos has traído hasta aquí desde la Comic-Con?

El temblor de la taza de té aumenta y se detiene de golpe cuando la taza se vuelca. El té caliente me empapa los muslos, pero apenas noto el dolor.

El presidente se limita a reírse.

—Sí. Como ya te he dicho, contamos con científicos brillantes. Si te apetece, puedo llamar a alguno de ellos. Te explicará la física cuántica del efecto túnel transdimensional, pero me da miedo que te explote el cerebro de primate, y llevo puesto mi traje favorito.

Miro mi taza, rota sobre el suelo. Dos mitades perfectas.

—¿Y Alice sabe todo esto?

—No. Ella no sabe nada. En lo que a Alice respecta, se lo está pasando de maravilla viviendo entre los gemas. Todavía cree que, mientras tú no completes el canon, ella podrá seguir viviendo aquí. Si supiera la verdad, se sentiría... manipulada.

—Pero ¿por qué traerme a mí? ¿Y a Katie? —Tengo que tragar saliva antes de pronunciar su nombre—. A Nate.

—Solo queríamos transportar a Alice. Pero las cosas nunca salen del todo como se planean. Y cuando llegasteis todos, ¡caramba!, las cosas se pusieron muy interesantes. Baba me ha estado manteniendo informado.

—¿Rose no tenía que morir?

Recoge mi taza rota y junta las dos mitades de manera que vuelve a parecer entera.

—No, al menos no en ese momento. Se suponía que debía morir en el baile del ahorcado de mañana, provocar una revolución, completar el ciclo y mandar a Alice a casa. —Un destello de orgullo contrarresta su habitual expresión de desdén—. Debo reconocer, Violet, que has superado mis expectativas como sustituta. Baba me dijo que sería así.

—O sea que yo moriré en lugar de Rose.

Sonríe abiertamente y sus dientes me recuerdan a aquellas gominolas que tanto me gustaban de niña.

—Correcto. En menudo aprieto te has metido. Temes la cosa que más necesitas: el lazo del ahorcado. No te preocupes, todas las buenas heroínas terminan encontrándose en una disyuntiva. Añade tensión a la historia.

Me acuerdo de la cadeneta de papel, de las manos agarradas, de los duplicados, la guadaña creciente y los impes de la Carnicería. Del cuerpo de Nate tendido en el hormigón. Siento una furia inmensa. Y entonces pienso en mis padres, en los Maltesers y Netflix, en los exámenes finales y las noches de quedarse a dormir en casa de alguna amiga. El presidente tenía razón: me encuentro en una disyuntiva, pero no en la que él cree.

—No lo haré —siseo.

—Perdona, ¿cómo dices?

—Que no lo haré. No te seguiré el juego. Cuando Willow grite que me ama en el baile del ahorcado, le contestaré que yo lo odio, que lo he utilizado. No completaré el canon y Alice no podrá volver a casa para escribir su secuela progema. Los gemas jamás prevalecerán.

—Qué interesante. De igual manera que Alice se ha identificado con los gemas,

tú te has identificado con los impes.

—Es que soy una impe.

Resopla.

—Como ya he dicho antes, que el bucle no llegue a completarse tiene consecuencias que no podemos determinar. Quizá sean funestas. No solo imposibilitará vuestro regreso a casa, sino que tal vez este universo deje de existir por completo.

—Puede que sea un riesgo que esté dispuesta a correr.

—Estamos hablando del olvido, Violet. Del olvido para ti, para ese mono de las cloacas que tienes por novio y para todos esos impes que tanto quieres. Tal vez desees poner en riesgo tu propia vida, pero dudo muy seriamente que seas capaz de jugar con la de ellos.

Me ha pillado. Yo lo sé y él lo sabe. Desmoralizada, vencida, niego con la cabeza.

—Así que, cuando Willow Harper estalle en el baile del ahorcado y grite... —El presidente se levanta de un salto y se lleva las manos al corazón en una pose melodramática—: «Te quiero, Rose», ¿qué contestarás?

—Yo también te quiero.

—Los gemas arrasarán el patíbulo, comienza la revolución, la historia se completa y tú puedes marcharte a casa. —Clava la mirada en mí, con un gesto burlón dibujado en la cara de plástico—. Buen monito.

CAPÍTULO 47

Estoy tumbada en la cama de mi celda mirando fijamente la puerta, consciente de que la próxima vez que se abra será para que me lleven al baile del ahorcado. Me duele el cerebro de intentar procesar toda la información que he recibido. Creo que quizá Stoneback tenga razón: tengo el cerebro de un simio. Las lágrimas me resbalan por la cara, se desbordan por el puente de la nariz y se derraman sobre la almohada. A pesar de todo lo que he hecho, de todo lo que he perdido, no puedo ganar esta guerra. Los gemas ganan. Baba gana.

Me llevo la mano al bolsillo y encuentro mi colgante del corazón partido. Debí de guardármelo ahí tras nuestra discusión, demasiado sensiblera para tirarlo al suelo. Se me enreda entre los dedos como una delicada hebra de peltre, y cuando abro la mano, el corazón partido se balancea ante mis ojos.

Mi mejor amiga. Cautivada por los gemas. Al menos su traición no ha llegado más allá del revolcón con Willow; al menos no ha sido la responsable de la muerte de Nate. Pero será quien acabe con los impes, a fin de cuentas, y yo la ayudaré de manera involuntaria al completar el canon. Me siento destrozada, como si me hubiera caído de un tejado y ni todo el olor a sardinas del mundo pudiera resucitarme. Vuelvo a embutirme la cadena en el bolsillo.

—Sacrificio y amor.

Susurro esas palabras a las paredes. Pero me parecen estúpidas. Y por alguna razón, en mi cabeza aparece una imagen de la señorita Thompson, apoyada sobre su escritorio de formica, hablándonos del momento negro en la literatura, ese momento en que parece haberse perdido toda la esperanza. Esbozo una sonrisa torcida: ahora mismo, las cosas no podrían tener un aspecto mucho más negro.

La puerta se abre. Espero ver otro uniforme caqui, pero en realidad me encuentro con Baba. Avanza, suspendida en el aire, con los pies totalmente quietos. Al principio pienso que es un fantasma, pero después me fijo en las palancas que sujeta con las manos marchitas y me doy cuenta de que se sirve de algún extraño tipo de silla aerodeslizadora. Escudriño su rostro viejo y sellado, sereno e inmóvil, y la imagen de Nate sangrando sobre mi regazo regresa a mi mente. Ella fue quien les habló a los gemas del escondite. La ira me recorre todo el cuerpo, me hincha las venas, me contrae los músculos hasta que parecen un montón de payasos agazapados en sus cajas y preparados para saltar con sus muelles en cualquier momento. Creo que podría matarla. Lo único que me frena es su fragilidad.

La silla se detiene junto a mi cama. No se me ocurriría mirarla, pero huelo los

lirios, oigo su voz, cálida y mesurada.

—Siento tu rabia —dice.

Me pongo en pie de un salto, con los puños apretados y temblando.

—¿Cómo has podido traicionarnos así?

Los ojos se le mueven a toda velocidad bajo los párpados.

—Te estás olvidando de que soy una gema.

—¡Pero los impes te han mantenido a salvo durante cientos de años!

Presiona una palanca pequeña y la silla levita hasta que su rostro queda a la altura del mío. Distingo el vello suave y plateado de su piel, un atisbo de verde bajo sus párpados, los minúsculos brotes de diente que le presionan las encías al hablar.

—Y por eso nunca los traicionaría. Ni a ti.

—Pero el presidente...

—Es un badulaque. No, espera. Es un Pajastein; sí, ese es mi favorito. —Vuelve a colocar la palanca en su posición inicial y la silla desciende de nuevo hasta el suelo —. Ven, arrodíllate conmigo, niña.

La miro con suspicacia, sin tener muy claro si me está diciendo la verdad, si debería volver a abrirle mi mente. Se echa a reír.

—¿Qué puedes perder?

Poco a poco, voy abriendo los puños. Curiosidad, desesperación, no sé qué es, pero hay algo que me empuja hacia el suelo. Me pone las manos sobre las sienes y siento ese dolor que florece en el estómago, se abre camino por el cuerpo y se concentra entre los ojos. Ahuyenta la imagen de Nate, desata el nudo de aflicción que tengo en la garganta. Casi me da pena que desaparezca, porque es lo único que me queda de él. Y cuando abro los ojos, estoy en mi sala de estar.

—No hay lugar como el hogar —dice Baba.

Tiene un aspecto tan normal, tan beis... Doy una vuelta lenta, absorbiéndolo todo. El sofá de cuero canela con la mancha de café en el brazo derecho; las fotos de Nate y de mí ligeramente torcidas en las paredes beis; la desvencijada mesita de café que papá mangó de nuestra anterior casa de alquiler. Siento la alfombra de pelo largo bajo los pies, huelo el guiso que hay en el horno, oigo el zumbido familiar de la televisión a mi espalda. Mis padres están sentados en el sofá, uno al lado de otro, mamá con el mando a distancia sobre el regazo. Reconozco la música de *El baile del ahorcado*. Sonrío: mi padre siempre se refería a ella como «esa tontería distópica». Estudio sus rostros, todas las líneas y curvas de sus rasgos, y el corazón se me hincha en el pecho.

Baba se coloca a mi lado con sigilo, la silla aerodeslizadora ha desaparecido.

—Parecen felices.

Asiento, pero el corazón se me deshincha enseguida.

—Todavía no deben de haberse enterado de lo de Nate...

—Estas personas no son tus padres de verdad, Violet. Son tus proyecciones. — Me pone una mano pastosa sobre el hombro—. Y son la razón por la que te has esforzado tanto en completar el canon. El Santo Grial, la luz al final del túnel, ¿no

crees?

—Sí.

Les miro los dedos, delicadamente entrelazados; miro sus zapatillas de estar por casa, que chocan entre sí con suavidad.

—Cuando salvaste a la chica sin manos, cuando fuiste al Coliseo para impedir que Thorn ahorcase a esos gemas, cuando empujaste el bote hacia el río y regresaste a la orilla, cuando te zambulliste en la corriente para salvar a tus amigos... ¿lo hiciste para poder volver a casa?

—No... No lo entiendo.

No dejo de mirar a mis padres en ningún momento, me da pánico que puedan desaparecer sin más.

—Después de todo lo que has visto, de todo en lo que te has convertido, ¿de verdad vas a dejar que te cuelguen en el baile del ahorcado solo para poder irte a casa?

Niego con la cabeza.

Me gira para que mire la televisión. Están viendo la escena final de la película: Rose está de pie sobre el escenario, con el nudo en torno al cuello. Automáticamente, me llevo las manos a la garganta.

Baba mueve la mano y me la pone sobre el corazón.

—¿Por qué, Violet? ¿Por qué hiciste esas cosas?

Contesto sin titubear:

—Para ayudar a los impes.

—¡Sí! —grita—. Te has convertido en algo mayor que Rose. Te preocupa una causa, la justicia. Por eso te he traicionado, por eso le he dicho al presidente dónde podría encontrarte. Necesitabas ver las atrocidades, experimentar la barbarie de los gemas de primera mano, para convertirte en una impe auténtica, una impe que se pondría en pie y lucharía por su gente. Porque solo un acto de amor y sacrificio verdadero puede completar el canon. Esta siempre ha sido una historia de amor, Violet. Pero para ti es sobre un amor más grande que el que se da entre dos personas.

Aparto la mirada de la pantalla para clavarla en ella. La manzana de sus iris es aún más verde en contraste con el beis de mi sala de estar.

—¿Nate murió para que yo pudiera convertirme en una verdadera impe?

Una lágrima le resbala por la mejilla, canalizada a través de un entramado de arrugas.

—Lo siento mucho. A veces mis poderes carecen de precisión... hay cosas que no alcanzo a ver.

Una oleada de solidaridad inesperada me recorre de arriba abajo. Al fin y al cabo, conozco bien la sensación del fracaso. Desvió la conversación de Nate, por el bien de ambas:

—Pero cuando me ahorquen, Alice regresará a nuestro mundo y escribirá una secuela progema. Los impes perderán, pase lo que pase.

—Quizá.

—¿Puedo detenerla? ¿Hay alguna forma de hacerlo?

—Cuando Alice regrese a vuestro mundo, no recordará lo ocurrido durante la última semana. Ninguna lo recordaréis. Tal vez algún eco esporádico, un fragmento aquí o allá, algo parecido a un sueño. Pero vuestras experiencias sí permanecerán con vosotras. Las experiencias de Alice determinarán la secuela que escriba.

—¿No puedo hacer nada?

—No todo está perdido, Violet. Todavía queda tiempo para que las dos encontréis vuestro camino. Puede que no seas la única capaz de sacrificarte y de amar.

—¿Qué quiere decir eso?

Se queda pensativa durante un instante.

—Sacrificio. Amor. Estoy segura de que para Alice tendrán un significado diferente. Pero ambas cosas son el meollo de toda gran historia, incluso el de la suya.

Tengo muchas preguntas, incertidumbres que me dan vueltas en la cabeza, pero Baba cierra los ojos y empieza a cantar:

—Cuento los cardos, uno, dos, tres, algún día libre seré.

La canción impe de saltar a la comba. Abro la boca para preguntarle qué importancia tiene, pero los colores de la sala de estar comienzan a mezclarse y el suelo parece desaparecer bajo mis pies.

—Cuento los cardos, cuatro, cinco, seis, todos los impes, mejor que os arméis.

Me coge las manos entre las suyas. El sonido de la tele se convierte en interferencias. El olor del guisado se transforma en antisépticos y detergente.

—La hoja del fresno ya enrojeció. Adiós primavera, el verano murió.

—¡Espera! —grito intentando ver a mis padres por última vez.

Pero ya se han desvanecido. Solo distingo oscuridad y no oigo nada más que los últimos versos.

—Cuento los minutos, las horas solo humillan, porque la esperanza brota como una florecilla.

CAPÍTULO 48

Hoy me ahorcarán.

Me ahorcarán por mis amigos, por mi familia y, sobre todo, por amor. Pero no por el amor de un hombre. No, me ahorcarán por algo más. Me ahorcarán por el amor de mi pueblo. Por el amor de los impes. Por Ash, Saskia y Matthew. Por Katie y Nate... incluso por Alice. Por todo aquel imperfecto accidente de la naturaleza que tiene derecho a llamarse ser humano.

Un extravagante equipo de estilistas con las uñas pintadas entra en mi celda, tal como ocurría en el canon. Me atacan con bases de maquillaje, coloretes y varias pinturas, me pegan pestañas a los párpados, me hacen la manicura, me pulen la piel hasta que brilla. Me miran de arriba abajo con expresión inquisitiva, crítica, y yo me remuevo, incómoda, bajo el vestido de noche.

Una de las estilistas sonrío, y el gesto hace que se le resquebraje el carmín rojo.

—Bueno, está claro que parece un poco menos simia.

Supongo que Stoneback no confía en que Willow me declare su amor si parezco una sucia rata callejera. Me lanzan ropa interior a las manos y me observan mientras intento ponérmela bajo el vestido. Apenas he acabado de ajustármela cuando me estiran el vestido y me rodean la cintura con una faja metálica. Parece contraerse por voluntad propia y me oprime el estómago contra el pecho. Me embuten el pecho en un sujetador mágico que me añade dos tallas de copa. No me cabe duda de que a Rose no le ocurrió esto. A pesar de lo próxima que está mi muerte, todavía me molesta un poco que mi figura necesite más ayuda que la suya. Me pongo el mono y me miro al espejo. Apenas me reconozco.

Llegan dos guardias. Los recuerdo del canon. Me agarran de los hombros con brusquedad y me empujan por una gran explanada de hormigón hacia el aerodeslizador. El sol ha alcanzado su punto álgido en el cielo e incide sobre el metal del vehículo y los rollos de alambre de espino que coronan las barricadas. Busco a Ash con desesperación, pero no lo veo por ninguna parte.

Continúan empujándome por la rampa del aerodeslizador hasta que llegamos al interior.

—Hombre muerto en marcha —dice uno de los guardias.

—Más bien «simio muerto en marcha» —replica el otro.

El habitáculo es idéntico al del canon. El aire es frío, está contaminado por el tufo a antiséptico y detergente. Me conducen hasta la celda de contención situada en la parte de atrás y abren la puerta. Es entonces cuando lo veo, la curva de su cuello, el

punto donde la negrura de su pelo se topa con la palidez de su piel. Ash. Tiene los brazos extendidos, las muñecas esposadas a una barra de metal y, justo en ese instante, me recuerda a un pájaro con las alas estiradas.

Los guardias me esposan de la misma forma; me obligan a ponerme de puntillas y las esposas me rajan la piel. La puerta vuelve a cerrarse y ambos nos columpiamos al ritmo del aerodeslizador, uno al lado de otro.

Creo que las estilistas han pasado completamente de él. Tiene el pelo apelmazado de mugre y sangre, los moratones están empezando a salirle de verdad: un remolino de magentas y amarillos le rodean el ojo izquierdo como un monóculo extraño. Hundo la cara en su cuello; su mono conserva el hedor del río y su piel está caliente y pegajosa en la frente. Pero cuando por fin lo miro a la cara, sus ojos continúan siendo del azul más pálido. Experimento un instante de paz, acurrucada a su lado. Pienso brevemente en Rose, sola en esta celda, dirigiéndose hacia su muerte sin compañía, y me siento triste por ella.

Me besa en la sien con tal suavidad que apenas lo noto.

—Lo siento mucho, Violet. Si no te hubiera seguido, no le habrías contado a Thorn lo de la Carnicería... Nada de todo esto habría ocurrido.

—Esto no es culpa tuya.

De repente exhala y, por la acidez de su aliento, deduzco que no ha comido ni bebido nada desde que nos arrestaron. Siento una punzada de culpabilidad al recordar mi ducha y la bandeja de comida caliente.

Deslizo las muñecas por la barra de metal y consigo acariciarle el dorso de la mano con los dedos.

—Intenta no preocuparte. Te prometo que todo saldrá bien.

Esboza su sonrisa torcida y la piel de los labios se le agrieta en el centro.

—¿Quién dice que esté preocupado?

Intenta parecer valiente, creo que por mi bien, pero su voz es una versión frágil de sí misma y una lágrima le cuelga de las pestañas. Es como una gota de aceite que refracta los colores de la magulladura.

Solo quiero hacerlo sentir un poco mejor, tratar de calmar el dolor. Lo beso en los labios y noto la aspereza de su piel agrietada sobre los míos.

—Ojalá pudiera explicártelo de alguna forma, pero este no es el final para ninguno de los dos.

—No sabía que fueras una chica espiritual.

—Todo acabará enseguida, y después...

—¿Y después?

Pego los labios a su oreja, pálida y curvada como una caracola de mar.

—Si te lo dijera, pensarías que estoy completamente loca, pero nada es lo que parece.

Se vuelve hacia mí y su nariz choca contra mi mejilla.

—Ya me has dicho que eres una asesina que viaja en el tiempo, ¿qué puede

superar eso?

Vuelvo a buscar su boca con la mía. Y siento hasta la última hendidura de sus labios, un patrón de rugosidades único, como los surcos de la yema de un dedo. Estoy a punto de echarme a llorar de nuevo, así que me aparto.

Sonríe.

—La esperanza brota como una florecilla.

Los versos de la canción no paran de darme vueltas en la cabeza. Tengo la sensación de que se me está escapando algo, algo realmente importante, pero cada vez que me acerco, se me escurre entre los dedos.

Ash ve mi expresión confusa y dice:

—Lo que quiero decir es que el mundo cobró vida cuando te conocí.

Se me vuelve a formar el nudo de pena en la garganta: un recordatorio de la siguiente pérdida. Hablo con seriedad, con un dejo de desesperación en la voz:

—¿Has tenido alguna vez un *déjà vu*? Una especie de eco o reflejo, como si ya hubieras vivido tu vida.

Frunce el ceño.

—¿Estás poniéndote espiritual otra vez?

Intento disimular mi decepción, pero es como si me hubieran atravesado el pecho con algo afilado, largo e implacable. Cuando me muera, cuando el canon se reinicie, Ash no me recordará.

—¿Qué ocurre? —pregunta.

—No importa.

Estudio todas las líneas de su rostro, todos los poros, todas las motas de esos ojos de invierno, tratando de grabarme su imagen a fuego en las retinas, porque me ha invadido un pensamiento aún más desgarrador.

Yo tampoco lo recordaré.

CAPÍTULO 49

El aerodeslizador comienza a descender y oímos un extraño zumbido que va aumentando de intensidad hasta convertirse en un clamor furioso.

—Es el público —dice Ash.

Me había olvidado del público. Cantan, gritan, empujan: una masa furibunda de gemas sedientos de sangre. Aúllan por la sangre de los impes. Por la mía y la de Ash. El vehículo aterriza y tengo la sensación de que la multitud nos rodea, braman a través de las ventanas tintadas, aporrean los paneles de metal con los puños.

Un guardia se aproxima a nosotros. Mira directamente a Ash.

—Estás de suerte, mono de alcantarilla. El presidente quiere que hoy solo se celebre un ahorcamiento... Dice que causará más impacto, aunque a saber qué demonios significa eso.

Me invade el alivio. Pues claro que el presidente me quiere sola en el escenario: en el canon solo estaba Rose. Stoneback busca que los dos hilos estén lo más entrelazados posible, para asegurarse así de que el ciclo se completa y Alice regresa a casa. Sé que Ash no habría muerto de verdad —se habría despertado al comienzo de la historia, de vuelta en casa de Ma removiendo la sopa—, pero aun así me alegro de que no tenga que pasar por todo ese dolor. «Todo ese dolor». Creo que voy a vomitar.

—No, esperad —grita Ash—. Si queréis un único ahorcamiento, ahorcadme a mí.

Los guardias no le hacen caso y le quitan las esposas.

—Esperad, por favor —suplica—. Ahorcadme a mí, no a Violet.

—No te preocupes. —El guardia se echa a reír—. Verás a tu novia desde el Chiquero.

—No, por favor, no. —Ash forcejea con el guardia, pero no es competencia para el fornido físico de los gemas. Me mira a los ojos—. Te quiero, Violet.

La parte emocional de mi cerebro se desencaja como la pieza de un puzzle y descubro que sé cosas, pero que ya no las siento. Ash me está diciendo que me quiere. Mi Ash. Y sin embargo me siento vacía... perdida. Dentro de menos de una hora, ya no nos conoceremos. Seremos extraños separados por algo más que unas cuantas mentiras, algo más que una muralla o un bosque de zarzas; nos separarán un universo entero, una alteración temporal, una total pérdida de la memoria. Nuestra historia de amor está a punto de convertirse en tragedia, igual que la de Rose y Willow. Capto la ironía, incluso en este estado de disociación.

Ash repite las palabras una y otra vez mientras lo sacan a rastras del aerodeslizador:

—Te quiero, Violet. Te quiero.

Se funden con el rugido de la muchedumbre hasta que dejo de oírlo.

Ya no está.

Esa idea me arranca de mi apatía. La pieza desencajada de mi cerebro vuelve a ocupar su lugar y ya no estoy perdida. La realidad de la situación me golpea como una maza: nunca volveré a ver a Ash.

—Yo también te quiero —le grito.

Pero llego demasiado tarde.

CAPÍTULO 50

Un guardia me quita las esposas. Estoy tan angustiada que le veo la cara borrosa, pero distingo a la perfección el brillo del odio en su mirada, nítido y claro. Me arrastra hasta la puerta y me preparo para el recibimiento de la multitud, pero cuando se abre no veo más que gris. El aerodeslizador ha aterrizado en la ciudad, junto al Coliseo. Quieren que entre franqueando las puertas de los impes, las puertas de los condenados. Igual que en el canon.

Bajo del vehículo y enseguida noto la peste a pájaro en descomposición. Durante un breve instante, se me dispara el corazón. Me tomo unos segundos para asimilar el entorno. Veo las paredes del Coliseo a unos cien metros de distancia. Pero no veo a Ash. Debe de estar ya en el Chiquero. Y tampoco veo a otros impes. Supongo que se han apretujado en sus cuchitriles para ver el acto en las televisiones que han encontrado en la basura. Busco las puertas de la ciudad, pero un enjambre de guardias armados me impide verlas, chocan contra mí, me rodean de manera que me convierto en parte de una entidad única, caqui.

Desde el otro lado del muro, me llega una algarabía alegre. Dentro de diez minutos, me ahorcarán. Dejan de funcionarme las piernas, así que los guardias tienen que cargar conmigo. Arrastro los pies, como dos manos de simio, como si de verdad fuera un mono. Llegamos a las puertas y me fuerzan a adoptar una posición erguida. Aparece uno de los estilistas extravagantes. Me da unos golpecitos bajo los ojos con un algodón, me frota los labios con aceite, me arregla el pelo.

Oigo que la voz aflautada del presidente Stoneback se alza por encima de las paredes del Coliseo. Pronuncia las palabras exactas del canon. Solo que esta vez está hablando de mí.

—Bienvenidos al baile del ahorcado, hermanos y hermanas gemas. Estamos a punto de presenciar la muerte de la impe número 753811. Una impe nocturna que empleó sus argucias animalescas para engañar a un distinguido joven gema hasta hacerlo creer que sentía algo por ella. Una impe nocturna que mintió y sedujo para abrirse camino hasta el corazón de un joven gema y acceder así a los secretos del gobierno. Una sucia espía que intenta derrocar a los gemas, que intenta destruir nuestra forma de vida.

La multitud ruge.

Todo el mundo se aparta de mí: el estilista, los soldados. Me tambaleo en mi sitio, me estremezco bajo el mono, con la mirada clavada en las impenetrables puertas metálicas. Comienzo a temblar sin control, más que cuando me sacaron del río, y creo

que mi corazón está a punto de estallar.

La voz del presidente de nuevo:

—Conozcamos, pues, a esta tentadora, a esta espía.

Las puertas comienzan a abrirse. La muchedumbre guarda silencio. Veo que la colorida fracción del mundo gema se expande cada vez más hasta que es lo único que veo. Y a pesar del terror que me late por todo el cuerpo, consigo entender la ironía de que mi propio momento negro esté tan desbordado de color gema. Trajes de tonos esmeraldas y escarlatas pigmentados en extremo, cortinas de pelo brillante, un abanico de tonos de piel que abarca desde la porcelana hasta el ébano. Aun así, todas las caras parecen iguales. Simétricas, perfectas y hambrientas de venganza.

El silencio continúa. Y yo permanezco absolutamente inmóvil, tan solo respiro, parpadeo y les devuelvo la mirada. Me doy cuenta de cuánto los odio. Y me sorprende la intensidad de esa emoción: es más arrolladora que el amor, es algo físico que irradia de mi ser en oleadas. Y el caparazón lacado de muñeca rusa reaparece, me envuelve como una coraza, me mantiene erguida, les confiere fuerza a mis piernas, a mis brazos, a todo mi cuerpo.

¿Quieren un ahorcamiento? Yo les daré un ahorcamiento.

—Y ahí está, señoras y señores. Culpable de dos cargos: relaciones con un gema y alta traición. Es una pena que no podamos ahorcarla dos veces.

El público rompe a reír. Yo comienzo a dar zancadas firmes, cargadas de odio, hacia el escenario. Oigo la voz de Nate en mi cabeza y sonrío. «Ovarios de acero. Ovarios de acero».

No miro hacia el nudo ni hacia Ash en el Chiquero. No puedo correr el riesgo de que mi armadura se resquebraje ni de que mi determinación se debilite. Intento no pensar en el helicóptero, en la hoguera gigante que iluminó los rostros de los rebeldes ayer por la noche. Ni en Nate a mi lado, con la emoción pintada en la cara. Me limito a mirar la masa de ojos brillantes, simétricos.

Entre la multitud, cerca del escenario, veo a Willow, con el rostro contraído por un sentimiento desconocido que debe de estar a caballo entre el miedo y el amor. Alice está a su lado, toqueteándose el cuello con nerviosismo. Y me doy cuenta de que a ella también la odio.

El verdugo, una columna negra, espera con una mano posada sobre la palanca. Sé que mi armadura no me decepcionará. No me derrumbaré. El coraje cobra fuerza en mi interior y me proporciona una agradable sensación de calma. Subo los escalones hasta el escenario de madera, me coloco sobre la trampilla y dejo que el verdugo me coloque el nudo alrededor del cuello. No sé por qué, quizá sea una última búsqueda de consuelo que me ayude a superar los próximos cinco minutos, pero acerco la mano a la cadena que guardo en el bolsillo. La aprieto con todas mis fuerzas. No hay lugar como el hogar.

El presidente vuelve a hablar:

—Impe, tus delitos están castigados con la pena de muerte.

Miro a Alice. Se le llenan los ojos de lágrimas, la nariz de mocos. No soporta ver que el canon se completa, no tolera tener que abandonar este lugar dejado de la mano de Dios. No tiene ni idea de que cuando regrese a casa, el presidente la estará usando para servir a los gemas. Aprieto la mandíbula, la sensación de vacío que tengo en el pecho me resulta casi insoportable. Desvío la mirada, y es entonces cuando los veo, de pie en el Chiquero. No solo a Ash, sino también a Saskia y a Katie.

Katie está muy nerviosa: se pasa las manos por el pelo rojo y veo que tiene los nudillos blancos, tanto que parecen a punto de rasgarle la piel. Nos miramos a los ojos y consigue hacer un guiño, como si hubiera regresado a aquella clase y estuviera escuchando mi presentación. Saskia parece destrozada. El dolor le contrae el rostro y las lágrimas le gotean por la barbilla. Pienso fugazmente en lo guapa que está ahora que toda la rabia se ha desvanecido de su rostro.

Después miro a Ash. Ojalá le hubiera contado la verdad, por muy alocada que hubiese sonado. Ojalá le hubiera contado lo de la Comic-Con, lo del universo alternativo, lo de Willow y Alice... todo. Pero, sobre todo, me gustaría haberle dicho que lo quiero. Aunque vivamos el resto de nuestras vidas ajenos a la existencia del otro, al menos durante el más breve de los instantes podría haberlo mirado a esos preciosos ojos y haber contemplado el reflejo de la verdad.

Comienza el redoble de tambores. Igual que en el canon. Me vuelvo hacia Willow. En cualquier momento saltará la barrera y subirá al escenario para declarar su amor por mí. El redoble va cada vez más rápido. En cualquier momento... Pero continúa absolutamente inmóvil, con las manos temblorosas y los ojos cerrados.

Se me revuelve el estómago, se me encoge el corazón. No se me había ocurrido pensar que Willow pudiera quedarse paralizado. Si no pronuncia sus frases, si el canon no se completa, a saber qué ocurrirá. Probablemente muera colgada de esta cuerda y este universo y todos sus ocupantes —Ash, Saskia, Katie, incluso Alice— dejen de existir.

El redoble se intensifica y Willow sigue sin moverse. Mantiene los ojos cerrados con firmeza, le vibran ligeramente los labios, como si estuviera murmurando una oración. Tal vez fuera el tiempo extra que pasó con Rose escapando por la ciudad impenetrable lo que consolidó sus sentimientos de amor hacia ella. Quizá el hecho de tener a Alice a su lado, una sustituta guapa y divertida, disminuya su determinación. O puede que el Willow del ahora, mi Willow, sea en verdad más débil que el Willow del canon. Sea cual sea el motivo, he fracasado. Las lágrimas cálidas me empapan la cara. Me siento derrotada, perdida. Todo esto no ha servido para nada.

«Venga —grito en mi cabeza—. Venga, Willow. Tienes que hacerlo».

Los tambores me inundan el cerebro, su estruendo es mayor que el de un pelotón de fusilamiento. Miro a Alice. La insto a intervenir, a darle un coscorrón a Willow o algo así. Pero sé que piensa que si el canon no se completa yo moriré y ella se quedará en este mundo. Ojalá supiera la verdad, ojalá pudiera explicárselo todo.

El redoble de tambores alcanza el clímax. Y aun así, Willow permanece

totalmente quieto, con los ojos cerrados, sin atreverse siquiera a mirarme. Vuelvo a fijar la vista en Alice. Parpadea despacio, casi distraída, esperando sin más a que mi cuerpo caiga por la trampilla.

Los ha elegido a ellos antes que a mí.

La cadena se me resbala de entre los dedos justo en el instante en que el redoble de tambores termina. Silencio. Salvo por el suave tintineo del corazón roto que cae en el suelo.

Ya está.

Contengo la respiración y espero en crujido de la trampilla al abrirse, el chasquido de la cuerda contra mi cuello. Pero, en lugar de eso, oigo una voz. Clara, fuerte y llena de ira.

—¡ALTO!

Levanto la vista y la veo. Salta sobre las vallas, se encarama al escenario, el pelo claro le enmarca el rostro. Alice. Está de pie en el escenario, le tiemblan las manos, su pecho sube y baja mientras toma varias bocanadas de aire, rápidas, jadeantes. Me mira durante un instante. Tiene un aspecto muy distinto: la cara deformada por el miedo, las mejillas desprovistas de su habitual color miel. Y reparo en que, en el hueco en el que sus clavículas nunca llegan a unirse, descansa el colgante de corazón partido, sobre cuyo borde irregular se refleja el sol. Durante un instante, la culpa por haber dudado de ella me devora.

Me señala con la cabeza, despacio. Compartimos un instante de entendimiento. Y entonces, se vuelve para enfrentarse a la multitud.

—Me llamo Alice. Y la impe que estáis a punto de ahorcar también tiene un nombre. Violet. Y es la persona más valiente y más buena que he conocido en mi vida. Impe o gema, es un ser humano. —Cita el canon casi palabra por palabra, se está ciñendo al guion por primera vez en su vida. Su voz trepa por encima de las paredes del Coliseo, desafiando a todo el mundo a llevarle la contraria—. No es una tentadora ni una delincuente. Es mi mejor amiga. Y la quiero con todo mi corazón. — Me rodea con su mirada azul oscuro—. Te quiero, Violet.

Oigo el grito contenido del presidente en la pantalla que tengo a la espalda. Sabe que ha perdido. Alice deseaba vivir como los gemas, quedarse en este mundo, pero ha renunciado a todo eso por mí. De repente entiendo qué quería decir Baba. Este es el sacrificio de Alice, este es el amor de Alice. Ahora ya está claro que es imposible que escriba una secuela progema. Le dedico una sonrisa. La más grande que soy capaz de esbozar.

Pensé que me costaría pronunciar mi última frase, sabiendo lo que me espera —la tensión de la cuerda, la repentina sacudida de dolor—, pero me parece sencillo, natural.

Así que, sin más ceremonia, lleno el Coliseo no de vilano de cardo, sino de mi voz.

—Yo también te quiero.

Y por fin, la trampilla se abre.

CAPÍTULO 51

Había imaginado que cuando me ahorcaran sentiría un dolor universal, que invadiría todos y cada uno de los rincones de mi ser hasta definirme, que se transformaría en mí. Pero en realidad es una sensación bastante precisa. El nudo que me tensa el cuello, el abrasador collar de fuego, el peso de mi cuerpo que tira hacia abajo, mis pulmones que tratan de recibir aire, desesperados, mis pies que giran por voluntad propia buscando la tierra firme. Y oigo los gritos de la multitud, que pasan de la alegría a la rabia, que me recorren de arriba abajo en oleadas. La luz se atenúa y mi visión está acribillada de estrellas que explotan.

Comienzo a sentirme igual que cuando murió Nate: extrañamente dislocada. Salgo del dolor, del collar, de las estrellas, como si no fueran más que un disfraz estafalario. Planeo sobre mi cuerpo, contemplo la escena como si de verdad formara parte de una película.

Oigo la voz de Alice, fuerte y clara.

—¿Vamos a seguir permitiendo el asesinato de impes inocentes autorizado por este gobierno?

Oigo otra voz, una voz conocida. Mamá.

—Eso es, Violet. Eso es.

«Todavía no, mamá», intento decir.

Me elevo más todavía, subo, me adentro en las nubes, y mucho más abajo veo a Alice y a Katie mirando hacia arriba como si pudieran ver a mi espíritu escapando hacia el sol. El olor a pájaro en descomposición y a polen desaparece de mis fosas nasales, reemplazado por algo más limpio, algo artificial.

—Eso es, cariño. Eso es. Tú puedes.

Veo que la multitud comienza a sublevarse, motivada por las palabras de Alice, enfurecida por mi muerte. Un grito de indignación colectiva. Puños alzados en el aire. Ash sube al escenario y, con el rostro empapado en lágrimas, carga con mi cuerpo y se sumerge entre la multitud.

—¿Quiénes son ahora los animales? —grita Alice a pleno pulmón—. ¿Quiénes son ahora los animales?

Y entonces veo que los impes rebasan las paredes del Coliseo, que se suman a los gemas, unidos por primera vez desde hace siglos gracias a mi muerte.

—Eso es, Violet, tú puedes. Abre los ojos.

El olor estéril a medicamentos, antisépticos y sábanas recién lavadas me inunda la nariz. Oigo una serie de pitidos, el repiqueteo del metal contra el metal.

«Todavía no, mamá. Solo tengo que completar el ciclo».

Bip. Bip. Bip. Continúo observando a la muchedumbre que sepulta el patíbulo, que arranca las vigas que lo sujetan, que levanta los tablones. El escenario se derrumba y el patíbulo se hunde como el mástil de un barco que naufraga. Todo el mundo permanece inmóvil, gemas e impes por igual. Las astillas de madera y las nubes de polvo se proyectan hacia el cielo, se arremolina, bailan y reflejan la luz del sol.

El ciclo está completo.

Bip. Bip. Bip.

Al fin, abro los ojos.

CAPÍTULO 52

Alice se ciñe la chaqueta de piel sintética al cuerpo.

—Aquí afuera hace un frío de narices.

Tiene razón. Es ese tipo de frío que parece emerger del suelo, atravesarte la suela de las botas, extenderse por tus pies y trepar por tu cuerpo hasta provocarte la sensación de que incluso tus dientes están en carne viva y desprotegidos. Yo me calo un poco más el gorro de lana e intento encogerme, como si así pudiera esquivar el frío.

—Para de lloriquear, sureña flojucha —le espeta Katie—. Estamos a solo cinco minutos.

Alice frunce el ceño.

—En cinco minutos se me habrán caído las tetas.

La fachada de piedra del hospital parece aumentar de tamaño a cada paso que damos; deja de ser una única pieza de Duplo para convertirse en una imponente torre de ladrillos y ventanas, resplandeciente de cristal y hielo. Siempre me pregunto si se verá nuestra ventana, la ventana de la habitación en la que me desperté hace unos seis meses, rodeándome el cuello con las manos, boqueando en busca de aire, agitando las piernas, con un remolino de sábanas blancas y enfermeras a mi alrededor. Y siempre me pregunto si mis amigas estarán pensando exactamente lo mismo que yo, si estarán intentando encontrar alguna pista: un jarrón conocido en un alféizar, tal vez.

Alice y Katie salieron del coma pocos minutos después que yo. Los Cuatro de la Comic-Con, ese fue el apodo que nos puso la prensa: un grupo de chicos que perdieron el conocimiento en la Comic-Con de Londres y entraron en coma tras un temblor de tierra poco grave. Ni una sola herida detectable en ninguno de los cuatro. Misterios médicos. Y cuando tres de nosotros recuperamos la conciencia justo una semana después, nos convertimos en pequeñas celebridades durante al menos un día, hasta que una de las hermanas Kardashian se puso otro implante en el culo.

Cruzamos la carretera y el viento levanta la nieve de la acera, de los capós de los coches, de las hendiduras del enladrillado de las fachadas de las tiendas; la hace girar, crear espirales, bailar en el aire. Eso me despierta una imagen familiar en el cerebro. Vilano de cardo. Cientos de semillas nos envuelven en nuestro propio globo de nieve. O puede que sean plumas, blancas y marrones, que estallan a mi alrededor y caen al suelo planeando, acompañadas de risas y los gritos de los pájaros.

Esas imágenes me asaltan a menudo. A veces explotan en mi conciencia, otras veces se abren camino poco a poco, revelándose por fases. Fragmentos de paisajes,

olores, ruidos. Al principio eran borrosos, oníricos; ahora todos mis sentidos perciben detalles más nítidos. Pero continúan siendo retales de una colcha de *patchwork* sin terminar. Da igual cuánto me esfuerce, no soy capaz de coserlos y formar un todo significativo. Al menos de momento. Una anciana extraña con los ojos del color de las manzanas verdes me visita en sueños. Intenta ayudarme, susurrándome cosas sobre un viaje y una tierra muy lejana.

—¿Estás bien, Violet? —me pregunta Katie.

—Sí —contesto... una mentira obvia.

Mis amigas me cogen cada una de un brazo y su calor corporal me envuelve. Avanzamos por el aparcamiento, medio caminando medio patinando, en dirección a la entrada del hospital. No puedo evitar fijarme en el cielo invernal. Es de un asombroso tono azul pálido. Es casi como una lámina de cristal suspendida sobre nuestras cabezas, pues refleja los colores suaves, apagados, de una Londres cubierta de escarcha. Durante un brevísimo instante, me recuerda con claridad a algo, o mejor dicho a alguien. Pero no consigo saber a quién.

Subimos los escalones a la carrera, agradecidas por el golpe de aire caliente que nos espera en el vestíbulo del hospital, y me pregunto si ese olor —a medicina, artificial— inquieta también a mis amigas. Nos soltamos para quitarnos los gorros y arreglarnos el pelo. Nuestra vanidad colectiva me hace sonreír: estamos rodeadas de enfermeras con cofias y pacientes con ásperos camisones de hospital.

La recepcionista me ve y me saluda. Conozco a todo el personal de administración no por sus nombres, sino por extractos de las descripciones que tengo en la cabeza; tal vez sea un síntoma de que me estoy convirtiendo en una verdadera escritora. Así que esta es «La mujer de los ojos que siempre parecen cansados y el pelo que nunca duerme». Le devuelvo el saludo y me sonrío, pero parece un gesto un tanto forzado, como si pudiera ver el peso aplastante, invisible que cargo sobre los hombros pero no tuviera ni idea de cómo reconocer su presencia o quitármelo. O tal vez sepa que debería ser yo, y no Nate, quien ocupa esa cama de hospital, con tubos serpenteándome hacia la garganta. A lo mejor ve el aura negra de culpa que me rodea, que me sepulta... el sentimiento incapacitante que me provoca saber que Nate también se habría despertado si yo hubiera sido más lista, más fuerte, más rápida... mejor. No tiene sentido, lo sé.

Enfilo el pasillo principal y mis suelas de goma chirrían sobre el suelo de vinilo. Alice, Katie y yo siempre recorremos este tramo lo más deprisa que podemos, es un acuerdo tácito. A ellas tampoco les gusta ver al personal médico; no es por nada, es solo que resulta más sencillo evitar el contacto visual con alguien que podría haberte cambiado el catéter.

—¿Qué le has traído hoy? —pregunta Katie cuando por fin llegamos al ascensor—. ¿La habitual colección de cuentos de hadas?

—Hoy no. —Presiono el botón y una luz jade me cubre el dedo—. Hoy le hemos traído algo un poco más personal.

Observamos los números que se iluminan secuencialmente por encima de nuestras cabezas, el ascensor que desciende hacia nosotras por su tubo de hormigón.

—Ah, qué curioso —dice Katie.

Alice sonríe.

—Algo un poco más futurista, un poco más distópico...

—¡Madre mía! —chilla Katie—. No me digáis que la habéis terminado...

Llega el ascensor y entramos en la pequeña caja metálica. Comienza a subir y me doy cuenta de que ya no pienso en el mecanismo que zumba sobre nosotras, que nos eleva cada vez más, que nos aleja de la seguridad del suelo. Antes del coma, me habría puesto a cantar algo de Abba en la cabeza para mantener el pánico a raya. Pero el coma me ha cambiado. Dejando la culpa a un lado, me ha transformado en una persona con más aplomo, más segura de sí misma. Cualquiera pensaría que, tras haberme llevado a las puertas del olvido, las consecuencias habrían sido precisamente las opuestas. No pretendo entenderlo, pero está bien eso de no cagarme encima cada vez que tengo que hacer una presentación.

Alice saca su Kindle del bolso.

—Bueno, hemos terminado el primer borrador, ¿no, Violet?

Asiento.

—Sí, pero estoy segura de que nuestro editor querrá hacer cambios.

—Uy, sí, querida, nuestro editor.

Katie transforma su voz en un graznido engolado que hace que se parezca más a la reina que a una chica de Liverpool.

—Vete a la mierda —le suelta Alice entre risas.

—No, en serio, es genial —dice Katie—. Me alegro mucho por las dos. Un contrato editorial como es debido... Y no para cualquier libro, ¡para la secuela de *El baile del ahorcado*!

La expresión de Alice se torna coqueta durante un instante.

—Bueno, hemos tenido un poco de ayuda.

Se refiere a Russell Jones. Después de que él publicara aquella foto en mayo, la popularidad de Alice como escritora de *fanfic* creció como la espuma. Conseguir un contrato editorial, con su desconocida mejor amiga como coautora, fue bastante sencillo. Pero la idea de escribir la secuela fue mía, no de Alice. Me la dio la anciana de los ojos verde manzana poco después de que recuperara la conciencia, aunque recuerdo ese sueño como si lo hubiera tenido ayer mismo.

Estaba en un huerto lleno de trinos de pájaro, rayos de sol y aromas frutales.

Entonces apareció la anciana y me puso algo en la mano. Separó los labios casi invisibles y me habló con una voz que me resultó conocida:

—Que vinieras a nuestro mundo con Alice no fue ninguna casualidad. Yo te traje. El presidente tenía su plan, yo tenía el mío.

No supe muy bien a qué se refería, pero pensé que debía preguntárselo de todas formas:

—¿Cuál era tu plan?

—La salvación de los impes no termina con la caída del patíbulo, hija mía.

—¿Cómo termina?

Sonrió.

—No hay lugar como el hogar, Florecilla.

Y cuando abrí la mano vi que una violeta diminuta descansaba entre las líneas de mi piel.

Esa mañana me desperté con una necesidad acuciante de escribir una secuela con Alice. Me parecía un asunto de vida o muerte, como si el futuro de los impes dependiera realmente de ello. Tardé una jarra de zumo de naranja y varias rondas de tostadas en recordarme que los impes no son más que los personajes de mi novela favorita.

Al principio me angustiaba proponerle a Alice que escribiéramos una secuela juntas, porque siempre ha mostrado una actitud algo protectora hacia sus escritos. Bueno, lo diré con claridad, algo posesiva. Pero creo que es posible que ella también haya cambiado después del coma. Sigue siendo Alice, pero parece un poco más... suave. Sale de casa sin maquillar, se sonroja cuando la halagas y el otro día hasta vino conmigo a uno de los recitales de chelo de Katie a pesar de que el pianista que la acompañaba ni siquiera estaba bueno. En cualquier caso, me abrazó y dijo:

—Es la mejor idea del mundo.

El proceso no fue del todo sencillo, pero como Alice se iba suavizando y yo iba ganando confianza, más o menos conseguimos encontrar el punto intermedio. Tuvimos unas cuantas discusiones. Por ejemplo: ella sigue con ese estúpido cuelgue de *fangirl* por Willow y quería que él fuera el protagonista absoluto de la novela, mientras que yo prefería dejarlo totalmente fuera de la trama. No sé por qué, pero ahora su personaje me saca de mis casillas; me parece demasiado débil y egoísta... Supongo que mis experiencias recientes me han hecho madurar y dar prioridad a la personalidad sobre los abdominales. Al final llegamos al acuerdo de que el protagonista sería otro personaje de *El baile del ahorcado*. Alguien que tuviera potencial para crecer de verdad. Enseguida supe que tenía que ser el cachorrillo, Ash. Porque un cachorro no puede sino crecer.

Pero hubo un personaje con el que nos pusimos de acuerdo al cien por cien desde el principio.

Las puertas del ascensor se abren y el olor a medicamento se intensifica y el corazón me da un vuelco. Recorremos el pasillo leyendo los carteles indicadores, a pesar de que ya los hemos leído mil veces, y aceleramos el paso a medida que nos acercamos al pabellón.

Llegamos a las puertas blancas y me detengo para echarme gel desinfectante en las manos. Echo un vistazo a través del ojo de buey. Nate está postrado en una cama, estirado, con la cabeza levantada, así que en un primer momento podría parecer que está viendo la tele o escuchando música en su iPod. Esta es mi parte favorita de las

visitas al hospital, verlo desde el otro lado de un cristal enmarcado por un trozo de madera circular. Es como si mi hermano estuviera en un mundo completamente distinto, atrapado en una foto o en una pantalla de televisión. Flotando en una burbuja. Hay algo en ese surrealismo, en esa distancia, que hace que parezca que podría suceder cualquier cosa... como que se despertara en cualquier momento.

—¿Estás lista? —me pregunta Katie.

Contesto empujando las puertas que dan paso al pabellón. Los ruiditos del hospital me llenan la cabeza —los pitidos de los monitores, los resuellos de los ventiladores, el olor a antiséptico y a orina— y esa sensación casi mágica, mística, se desvanece por completo. La realidad se impone. Nate está en coma. Lleva seis meses sin despertarse. Y con cada día, cada hora, cada minuto que pasa, las probabilidades de que lo haga alguna vez disminuyen. Las lágrimas me nublan la vista y mi aura negra de culpa parece proyectar su sombra por el pabellón.

Alice se sienta en la silla que hay a su lado y le coge la mano.

—Eh, mequetrefe —lo saluda.

Me lo imagino abriendo los ojos y mandándola a la mierda. Tiene catorce años. Entonces me acuerdo de que cumplió quince hace unas semanas —le puse su tarta de chocolate favorita debajo de la nariz para que pudiera olerla—, y las lágrimas comienzan a resbalarme por las mejillas.

Katie acerca otra silla para que pueda sentarme junto a Nate, en el lado opuesto de la cama al de Alice.

—Puñeteros muebles de hospital —masculla mientras forcejea con ella para colocarla.

Sonríó para mis adentros: Katie sigue siendo la misma buenaza de siempre, a ella no hay coma que la cambie.

Antes de sentarme, me agacho y le beso la frente. Huele un poco a sudor y a toallitas de bebé, y juro que sus pestañas doradas tiemblan ligeramente bajo la corriente de mi aliento.

Todavía recuerdo la primera vez que lo vi así. No hacía mucho que yo me había despertado, y aunque los médicos me aseguraban que estaba vivo, que de hecho estaba tumbado en la cama contigua a la mía, yo solo alcanzaba a ver las puntas arenosas de su pelo y me negaba a creer que fuera él. Estaba tan convencida de que estaba muerto que era como si lo hubiera visto marcharse con mis propios ojos.

Así que, en cuanto el personal médico y mis padres salieron del pabellón para mantener una charla privada «de adultos», me arranqué los tubos restantes y me dirigí tambaleándome a su cama. Alice y Katie no paraban de presionar sus timbres para intentar que las enfermeras vinieran a ayudar y me suplicaban con voces ásperas que volviera a la cama antes de que me cayera. Pero, aun así, llegué junto a mi hermano.

Parecía que estaba hecho de cera, que todos aquellos cables, tubos y trozos de cinta lo mantenían unido. Pero aquel monitor pequeño no paraba de pitar, y por fin pude ver con mis propios ojos lo que mi corazón era incapaz de creerse.

Los médicos tenían razón.

Nate estaba vivo.

Antes de que la culpa, la pena y la rabia hicieran su aparición (y, ostras, entraron por la puerta grande), solo sentí alivio. Quise besarlo, abrazarlo y reírme, todo a la vez, pero en verdad hice algo un poco más extraño. Lo destapé y le levanté la camiseta del pijama. Y allí estaba, no más grande que una moneda de cinco céntimos: una cicatriz circular, roja, en el abdomen. Una herida de bala curada. ¿Y lo más raro? No me sorprendió ni lo más mínimo. Miré a Alice y luego a Katie, y me di cuenta de que ellas tampoco parecían sorprendidas. Enseguida supe que las tres estábamos pensando lo mismo: era responsabilidad mía llegar hasta él, despertarlo, traerlo a casa.

Más tarde, mamá me contó que Nate había muerto el día anterior a que yo me despertara, que había pasado tres minutos sin constantes vitales antes de que consiguieran reanimarlo. Tres minutos enteros. Yo ni siquiera soy capaz de contener la respiración durante dos. Recuerdo la cara de mi madre, que empalideció por completo mientras me susurraba estas palabras: «Jamás olvidaré el pitido continuo del monitor, Violet». Y recuerdo haber pensado: «Yo tampoco».

Alice me pasa el Kindle y por fin me dejo caer sobre la silla situada junto a mi hermano. Le poso una mano en el brazo, que tiene un tacto sorprendentemente cálido, y con la otra cargo la primera página de nuestro manuscrito. *La secuela de El baile del ahorcado: La canción del patíbulo*.

Alice mira la pantalla por encima de la cama.

—¡No! —exclama—. Vete directa a la parte buena; ya sabes, a la parte que le va a encantar.

—Sí, no lo obligues a escuchar la ambientación —dice Katie mientras se sienta a los pies de la cama—. El pobre ya debe de estar más aburrido que una ostra sin necesidad de más rollos.

Mis amigas y yo nunca hablamos de ello... De por qué entramos en coma, de por qué nos despertamos con pocos minutos de diferencia, de la misteriosa herida de bala de Nate... Pero a veces me pregunto si ellas también tienen sueños extraños desde que volvieron, si están intentando coser los retales de sus propios recuerdos inconexos. Porque es como si supieran que Nate puede oírnos, como si supieran que los Cuatro de la Comic-Con tienen algo un poco distinto, un poco especial.

Aprieto varias veces el botón de pasar página y salto por las palabras electrónicas hasta encontrar el fragmento indicado. La entrada del chico. El único personaje sobre el que Alice y yo nos pusimos de acuerdo al cien por cien desde el principio.

Entonces aprieto con suavidad la carne cálida de Nate y empiezo a leer.

«Thorn rodeó al chico mirándolo de arriba abajo.

»—¿Y tú por qué dices que crees que puedes ayudarnos?

»El chico sonrió y su rostro se llenó de ángulos y picardía; después, se apartó el pelo del color de la arena de la frente.

»—Porque puede que parezca un chaval impe un poco tonto, pero soy tan listo como un gema medio. Eso me convierte en el espía perfecto, ¿no crees?

»—Muy bien, si tan listo crees que eres, demuéstalo.

»—Tú eres gema —dice el chico.

»Thorn frunce el ceño.

»—Eso no es tan difícil de adivinar. Soy alto y tengo rasgos simétricos.

»—No ha sido por eso. Los impes también pueden ser altos y atractivos. Te ha delatado el acento: te esfuerzas demasiado en suavizar las vocales.

»Thorn se ajustó el parche del ojo fingiendo no haberse puesto nervioso.

»—Bueno, lo que sí está claro es que eres más valiente que un gema medio, eso tengo que reconocértelo. ¿Cómo te llamas, impe?

»El chico esbozó su sonrisa de elfo.

»—Nate».

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, a mis maravillosos padres. Crecí en una casa llena de historias y amor, de ciencia ficción y música, de risas, bondad y bizcochos recién hechos. Llevo todas esas cosas en mi corazón, siempre. Me ofrecéis un amor y un apoyo infinitos. Me habéis convertido en quien soy.

A mis fabulosos lectores: Lucy Fisher, Liam Gormley, Jenny Hargreaves, Steve Lee, Helen Spencer, Heather Thompson, Len y Gill Waterworth (mamá y papá), Isobel Yates y Helen Yates. Sois algunos de mis parientes y amigos más queridos, mi escuadrón de animadores y sabios Yodas. ¡Gracias!

A mis asombrosos amigos. Me habéis secado las lágrimas, me habéis distraído y me habéis hecho reír. Me habéis dado la fuerza que he necesitado a lo largo de los últimos años, y os adoro a todos por ello.

Al *Times* y a Chicken House por celebrar todos los años el Concurso *Times/Chicken House* de Literatura Infantil, que ofrece la fantástica oportunidad de que escritores desconocidos y sin rumbo (como yo) sean publicados.

A todos los que forman Chicken House, un grupo de personas que me han apoyado muchísimo. A Barry Cunningham y Rachel Leyshon por la generosidad de sus ánimos, consejos y creatividad, y por su confianza ciega en mí como escritora. A Jazz Bartlett por insistirle a Barry en que leyera mi primer manuscrito y por sus magníficas ideas de publicidad. A Elinor Bagenal por hacer un trabajo tan fantástico vendiendo los derechos de *El baile del ahorcado* por todo el mundo. Y, por supuesto, a mi editora, Kesia Lupo, con la que ha sido un placer trabajar. La verdad es que no tengo ni idea de cómo era capaz de escribir antes de conocerte, Kesia. Aportas un montón de ideas, claridad y contención. ¡Y gracias por convencerme de no matar a ya sabes quién!

A la Big Idea Competition por reconocer el potencial de la idea de Angela y, claro está, a Angela McCann, por ser la persona a la que se le ocurrió la gran idea. Sin duda, los astros se alinearon el día en que entraste en la mencionada competición. ¡Gracias!

Y finalmente, a Ajda Vucicevic por toda su ayuda con mi primer manuscrito, la novela que llamó la atención de Chicken House. Sus ánimos y su confianza en mí al inicio de esta aventura escritora me transmitieron la seguridad que necesitaba para seguir adelante, y siempre le estaré eternamente agradecida.

Gracias otra vez, chicos. ¡No podría desear un *fandom* mejor!

